



*Promesas
de amor
cumplidas*

C L A U D I A V E L A S C O

PROMESAS
DE AMOR CUMPLIDAS

Claudia Velasco

*No, no aparta a dos almas amadoras,
adverso caso ni cruel porfia:
nunca mengua el amor ni se desvía,
y es uno y sin mudanza a todas horas.*

William Shakespeare

I

Filadelfia, septiembre de 1920

—Morirás soltera, amargada y sola, Madeleine Jane McDonaldson. Eres insufrible, ¡fuera de mi vista! ¡Largo! —Su hermana Christine gritaba como una loca, a la vez que lanzaba por los aires las telas de mil colores que la señora Ferguson, la costurera de su madre, acababa de ordenar por precios y preferencias en el suelo, sobre la costosa alfombra persa de la biblioteca. Madeleine permanecía quieta y tiesa como una escoba, mirando la escena sin la más mínima intención de marcharse. No se vestiría como un árbol de navidad en la boda de su hermana, ni se pondría flores en el pelo, ni se ocuparía de las invitadas, no quería hacerlo, y su inflexible carácter estaba a punto de provocarle a Christine, una vez más, uno de sus habituales desvanecimientos.

—¿Qué ocurre aquí? —Elizabeth McDonaldson entró en la biblioteca seguida por Patty, su doncella negra—. Christine, por el amor del cielo, ¿qué está sucediendo? Tus chillidos se escuchan desde la calle.

—Es ella, mamá, no quiere ponerse el vestido de dama de honor, dice que no le parece... ¿Qué palabra has usado?, ¿“coherente”? No me quedan parientes ni amigas solteras, ¿a quién pretendes que ponga en su lugar?

—Es estúpido, machista y ridículo, no me vestiré como un pastel de merengue. —Madeleine apenas levantaba la voz mientras se acariciaba su larga trenza cobriza—. No me podéis obligar, se lo diré a papá.

—No metas a tu padre en esto, Madeleine. —Su madre se arrodilló junto a la llorosa novia para consolarla por tanta desgracia—. ¿Te gusta hacer sufrir a tu hermana, a tan pocas semanas de la boda? ¿No puedes hacer un esfuerzo? Chris Norton vendrá especialmente desde Nueva York. Querrás que te vea guapa, ¿no es así, querida? ¿Maddy...? ¿A dónde se ha ido esta muchacha?

Madeleine ya se había escapado, la sola mención de Chris Norton, el buen partido que sus padres habían elegido para ella, le daba alergia y le provocaba una necesidad irreprimible de escapar. Un vestido de merengue y una visita de Chris Norton eran dos motivos más que suficientes para tomar

el primer barco a la India y abandonar Pensilvania para siempre. Subió corriendo las escaleras y se encerró en su habitación donde la esperaban un montón de libros y apuntes sobre la mesa.

A pesar de sus deseos, Madeleine Jane McDonaldson, no había asistido a la universidad, ni siquiera había podido ir a una academia para acabar sus estudios. Su madre se oponía firmemente a que una joven de la alta sociedad estudiara fuera de casa, y Maddy había tenido que suplicar a sus padres para poder asistir a las clases que sus hermanos, John y Gerard, recibían en “casa” con varios tutores privados. El resto de sus inquietudes intelectuales las había saciado con constantes visitas a la biblioteca de su padre o a la de Peter Hall, su cuñado, donde podía hojear y estudiar algunos de sus más preciados tesoros. En eso ocupaba la mayor parte de su tiempo, especialmente desde que estaba muy interesada en la Inglaterra del siglo XVI.

Por puro azar, había descubierto en el joyero de Mary, su hermana mayor, un extrañísimo medallón antiguo, que llevaba una turquesa y varias inscripciones en un idioma que ella desconocía. Mary le había asegurado que pertenecía a la familia desde el siglo XVI. Según ella, era una misteriosa herencia que había recibido bajo la promesa de que, llegado el momento, lo legaría a su primera hija. Madeleine había quedado inmediatamente prendada de la joya, y se había pasado varias horas tocándola y escrutándola en busca de sus misterios. Era evidente que aquellas inscripciones significaban algo y, tras muchas indagaciones, había sido el propio Peter, el marido de Mary, quien la había ayudado a descifrar el enigma.

Peter era profesor de Historia en la Universidad de Pensilvania, y fue el único que supo explicarle que aquellas extrañas palabras estaban escritas en gaélico, la vieja y misteriosa lengua de los druidas irlandeses y escoceses. —Veré si en la facultad si hay alguien que pueda ayudarte, querida— le había prometido su cuñado, enternecido ante su fascinación—. Seguramente, alguno de mis colegas entiende el gaélico.

Tres días después, Madeleine, Peter y Mary entraban en el despacho de Patrick O’Hara, un profesor visitante de Dublín que estuvo encantado de examinar la pieza y traducir la inscripción para ellos.

—Me temo que es un conjuro —dijo Patrick con su particular acento—. Si quiere se lo puedo traducir, pero ¡Dios santo!, no nos arriesgaremos a recitarlo en voz alta, no quiero mover las fuerzas de la naturaleza —sentenció divertido, guiñándole un ojo a Madeleine—. Soy un hombre de ciencia,

querida, pero no dejó de tener la mente abierta a las antiguas supersticiones.

Finalmente, la joven volvió a casa con el conjuro escrito en un papel y varios libros sobre el tema. La opinión particular de O'Hara al respecto hizo temblar de disgusto a su madre, aquel hombre creía que el galimatías que aparecía en el reverso del famoso medallón de la familia era nada menos que un conjuro para manipular el tiempo. Madeleine había aceptado con resignación las reprimendas de su madre, arrepentida una vez más de intentar compartir con ella sus intereses intelectuales, y se había encerrado en su cuarto para estudiar con avidez el material que la había prestado el profesor O'Hara. Así pues, mientras Christine seguía llorando en la biblioteca por la negativa de su única hermana soltera ("solterona", decía ella a espaldas de Madeleine) a ser su dama de honor, Maddy se sentó en su escritorio, abrió los libros y olvidó instantáneamente el desagradable incidente.

* * *

—¿Crees que es posible viajar en el tiempo, papá? —Era la hora de la cena, y Madeleine, sentada al lado de su adorado padre, intentaba mantener una conversación interesante mientras el resto de la mesa, ocupada por sus hermanos, bullía con la charla recurrente de los últimos meses: la boda de Christine— ¿Qué me dices?

—Eso es totalmente imposible —intervino su hermano John, impidiendo hablar al patriarca—. Es una idiotez.

—Lo mismo decías sobre el derecho al voto para la mujer, y hace unas semanas el presidente Wilson ha aprobado la Decimonovena Enmienda. —Maddy enfrentó tranquilamente al primogénito de la familia—. Además, no te lo estoy preguntando a ti, gracias.

John, tan alto, tan elegante y tan estirado que aparentaba casi la misma edad de su padre, la miró con los ojos muy abiertos y dejó, airado, su copa de vino sobre la mesa, salpicando el maravilloso mantel de hilo de su madre.

—¿Cómo te atreves? ¡Mocosa insolente! —gruñó levantándose de la mesa, mientras increpaba a su madre — ¿Cómo podéis permitir que me hable así? Madre, ¡por favor!

—Madeleine, pide disculpas a tu hermano y sube a tu cuarto inmediatamente —ordenó su madre indignada. No podía permitir que su idolatrado John estuviera sufriendo una vez más por las ocurrencias de la rebelde de la casa

—. Y sin cenar. Vamos, levántate.

—No —dijo tranquilamente su padre, y todo el mundo guardó silencio—. No ha sucedido nada malo, Maddy me ha hecho una simple pregunta. Tú no tenías por qué contestar, John, y tú, querida esposa, deja que las batallas de tus hijos las lidien ellos mismos, ¿quieres? Maddy, continúa comiendo con nosotros, por favor. —La mesa recuperó el ritmo normal de la cena, aunque John tuvo que salir del comedor para tomar un poco de aire fresco, se sentía completamente humillado y vilipendiado—. Lo cierto, querida, es que desde que el hombre es hombre, siempre se ha intentado conseguir la fórmula para viajar por el tiempo. ¿Por qué no? ¿No era imposible acaso para nuestros antepasados imaginar un coche sin caballos? Y ahora la ciudad está llena de vehículos impulsados por el motor de explosión... Es un tema interesante.

Los demás integrantes de la familia se dirigieron miradas de hastío. Estaban hartos de las excentricidades de Madeleine, la penúltima de los cinco hijos McDonaldson, pero todos evitaban enfrentarse a ella delante de su padre, un razonable y prestigioso abogado de Filadelfia, para el que su hija más rebelde y brillante era la niña de sus ojos.

Madeleine y su padre siguieron hablando durante la sobremesa sobre el tema. La joven le explicó detalladamente sus nuevos hallazgos sobre el medallón y el secreto galimatías en gaélico que se encontraba impreso en él, y el señor McDonaldson recordó, con una copa de coñac en la mano, las viejas historias familiares sobre la Condesa de Lancaster, su ancestro más conocido y noble, de la que circulaban innumerables leyendas en la vieja Inglaterra.

—Estoy seguro de que el medallón era de Marian de Lancaster, condesa de Lancaster, querida —le dijo su padre, para fascinación de Madeleine, que inmediatamente corrió a la biblioteca en busca de pluma y papel, y se sentó luego junto a él para anotar todos los datos interesantes de la familia—. Fue una mujer poderosa, algo conflictiva para su época y, según mi abuela, una de las amantes favoritas de Enrique VIII.

Tomó un sorbo de coñac y se detuvo un segundo, meditando sobre la imprudencia de mencionar estas intimidades a su preciosa Madeleine. Su hija de veintidós años no estaba preparada para oír las aventuras amorosas de su noble antepasada, y era mejor seguir por otro camino.

—Según parece —continuó—, una de sus hechiceras personales le preparó

un conjuro privado, lo mandó grabar en ese medallón, y Marian lo legó a todas sus descendientes femeninas. Mi madre me lo dejó a mí porque ella no dio a luz mujeres, pero yo se lo di a tu hermana Mary en cuanto cumplió los catorce años, ahora ella se lo tendrá que dar a la pequeña Elizabeth cuando cumpla esa edad.

—Pero ¿para qué sirve el conjuro?

—No lo sé, Madeleine, nadie me lo ha dicho.

—¿Puede ser el secreto del viaje en el tiempo?

—Puede ser, preciosa, puede ser, pero no lo sabemos. —De pronto recordó algo, dejó la copa encima de la mesa y se levantó camino del ático—. ¿Vienes conmigo? —preguntó volviéndose hacia su hija—. Ven, sígueme, creo que tengo algo que te interesará muchísimo.

Subieron por una frágil escalera de madera. El abogado ascendió los viejos peldaños, sin reparar en las protestas de su esposa, escoltado por su hija y, una vez dentro del polvoriento y abandonado recinto, se puso a buscar un baúl pequeño y de cuero, que su abuela Anne le había legado antes de morir. “Es de color marrón oscuro”, le explicó a Madeleine para que ella también colaborara en la búsqueda.

Veinte minutos más tarde lo hallaron, oculto detrás de unos cuadros antiguos, y Maddy pudo observar con la boca abierta cómo su padre giraba la llavecita que lo cerraba y dejaba al descubierto una serie de valiosos documentos.

—Tú eres la única de la familia a la que de verdad le pueden interesar estos papeles, querida —le dijo su padre mientras le entregaba el cofre—. Así que son todos tuyos, tal vez encuentres alguna respuesta a tus preguntas sobre el famoso medallón.

II

Una semana entera dedicó Madeleine a leer los documentos que contenía el baúl de su bisabuela. Primero los clasificó por fechas y comprobó, con gran deleite y sorpresa, que tenía delante de sus ojos pergaminos fechados en 1534, 1535, 1536 y 1537, escritos de puño y letra por la propia Condesa de Lancaster y protegidos únicamente por unas artesanales fundas de cuero.

Los papeles, abundantes y llenos de complicados esquemas e instrucciones de todo tipo, fascinaron a la joven, especialmente por la exquisita caligrafía cargada de ondulaciones y ligeramente inclinada hacia delante, que transmitía la personalidad de una mujer ambiciosa y soñadora. Madeleine leía con avidez las ideas y los mandatos de Marian de Lancaster, y muy pronto comprendió que los planes de su famosa pariente no eran ni muy santos ni muy legítimos.

Leyó por primera vez el apellido Forterque-Hamilton, unido a un esquema con varios nombres y circunstancias, aparentemente eran planes para desprestigiar y destruir a aquella familia, enemigos acérrimos, según pudo leer, de la condesa y sus intereses. William, James, Mary y Elizabeth Forterque-Hamilton llenaban páginas y páginas de planes y venganzas cargadas de odio y dolor, y Madeleine sintió pena por su pariente lejana y su desgraciada existencia. Al parecer aquellos nobles, a los que Marian describía como salvajes y vengativos, le habían arruinado la vida, y ella solo buscaba con sus maniobras políticas y sociales un poco de justicia para su familia.

Al poco de iniciar el estudio de los papeles de Marian, Madeleine comenzó a tener verdadera obsesión por ella, pasaba horas y horas encerrada en su cuarto, estudiando y descifrando los complots que la astuta condesa urdía con gran talento y, sin darse cuenta, quedó completamente a merced de los planes que su madre elaboraba para ella a sus espaldas.

* * *

—Tienes que casarla antes de que acabe el año, madre. —John paseaba su elegante estampa por el cuarto de costura de Elizabeth McDonaldson,

indignado por la pasividad de sus padres ante el incierto futuro de su hermana —. Tiene veintidós años, por el amor de Dios, ¿no os dais cuenta de que, si Norton decide no casarse con ella, se quedará soltera?

—Por supuesto, querido, pero ya sabes cómo es tu padre, dice que Madeleine no está preparada y que Chris es un poco torpe para ella...

—¿Cómo puedes tolerar que manipule a mi padre de esa manera? —John había encendido un puro que inundaba el pequeño cuarto de un humo denso y desagradable—. En cuanto se celebre la boda de Christine, no habrá motivo alguno para que Madeleine permanezca soltera y sola viviendo en esta casa. Ella no es la menor, está a punto de convertirse en una solterona insufrible, con sus libros y sus fantasías; madre, debes poner una fecha hoy mismo. Yo hablaré con Chris Norton si hace falta.

Elizabeth McDonaldson asintió, su hijo tenía razón. Madeleine era una muchacha preciosa, llena de vida y tal vez la más hermosa de sus tres hijas, pero era diferente a las demás, siempre estudiando, leyendo, protestando y enfrentándose a todo el mundo sin importarle la edad o el rango de la persona, apoyada incondicionalmente por su embobado padre, que veía en ella un dechado de virtudes.

La gente murmuraba y hablaba de ellos cuando Madeleine se presentaba en misa sin sombrero o caminaba por la calle sola, sin acompañante, con pasos firmes y enérgicos, sin reparar en la admiración que generaba en los hombres. De hecho, habían sido cientos los pretendientes que habían llamado a su puerta desde que había cumplido los diecisiete años, pero Maddy los había rechazado a todos, uno a uno, sistemáticamente, hasta que su madre, harta de tantos caprichos, había aceptado al rico y educado Chris Norton como futuro marido de la penúltima de sus hijos.

Ahora Maddy alargaba la decisión de una fecha para la boda con infinidad de trucos y vías de escape, pero había llegado el momento de hacerla sentar cabeza. Chris era un buen muchacho, incluso había perdonado la imprudente incursión de la joven en los movimientos sufragistas norteamericanos, que la habían llevado a la cárcel unas horas tras de ser detenida en una marcha de protesta por las calles de Filadelfia. Elizabeth misma se había negado a salir a la calle durante varias semanas después de soportar semejante vergüenza, mientras sus hijos mayores le recriminaban el atroz comportamiento de la muchacha.

Era hora de acabar con sus locuras, casarla y mandarla a Nueva York,

donde su futuro marido se ocuparía de ella para siempre.

Miró a John con orgullo. Su aristocrático hijo mayor acababa de cumplir los treinta años, y era más juicioso y serio de lo que su marido había sido en toda su vida. Abogado, escritor, político en ciernes y soltero de oro en todos los salones, John había perdido a su prometida hacía cinco años, y ahora las solteras de medio país se disputaban tu atención. Él era su mayor logro, su tesoro y, como siempre, haría caso a todo lo que él le aconsejara.

—Está bien, querido, anunciaremos la fecha de la boda en el banquete de tu hermana Christine, de una boda siempre sale otra, ¿no es así? Habla con Christopher y cierra una fecha. Cuanto antes, mejor.

—Me parece perfecto, madre, mandaré una carta mañana. Con suerte, antes de navidad tendrás una hija menos en casa.

John salió con grandes zancadas, un viento agitado lo recibió en la calle y decidió caminar en dirección del club de caballeros al que pertenecía. Aquella noche lo esperaba una partida de póquer y tal vez, con algo de fortuna, alcanzaría a visitar a Deidre —su última amante, una sureña sensual y risueña que olía a violetas—, antes de regresar a casa para dormir en su acogedor dormitorio, como el buen hijo que era.

De los cinco hijos del apacible matrimonio McDonaldson, John y Madeleine eran a la vez los más diferentes y los más parecidos. John, el primogénito, compartía con su hermana un irresistible atractivo, un don de gentes natural y una inteligencia sólida, sin embargo, apenas se dirigían la palabra. Madeleine no soportaba los aires aristocráticos de su hermano, su rectitud implacable, su machismo y su cinismo, mientras John no toleraba los arranques de modernidad y la rebeldía perpetua de la joven, a la que de pequeña había mimado y protegido con cariño.

Madeleine había sido una niña preciosa y risueña que andaba siempre pegada a los talones de sus hermanos varones, pero, durante la adolescencia, su empeño por estudiar y su contacto con los ambientes más liberales de la ciudad, motivados por su irresponsable primo Ridley, la habían ido transformando en una muchacha guerrera y contestataria, a la que su padre mimaba hasta la saciedad; todo eso la había convertido en una mujer difícil. Pocas veces hablaban, salvo para discutir, y John McDonaldson había tenido que hacer acopio de todo su sentido del honor familiar para acudir a rescatarla del calabozo el día que Madeleine había sido detenida, junto a otras bulliciosas sufragistas, por hacer una manifestación ilegal por el centro de la

ciudad. Él, conservador convencido, amante de los valores religiosos y morales que habían construido su país, tenía que soportar estoicamente las indiscreciones de su hermana y, peor aún, había tenido que pagar su fianza y defenderla delante de un juez por sus acciones. Una defensa que solo hizo por amor y respeto a su padre, y para evitar un escándalo aún mayor porque, si por él hubiese sido, la habría dejado de buena gana unos días en la cárcel.

Sin embargo, aquel carácter indómito, fuerte y guerrero los unía a pesar de todo, y también el respeto porque, aunque en diferentes direcciones, ambos luchaban denodadamente por lo que creían, y aquella coherencia, en el fondo, muy en el fondo, les provocaba una admiración mutua.

Hacia solo unos días la había vuelto a sorprender paseando con sus amigas camino del Independence Hall. Allí, las seguidoras de Susan B. Anthony, la mayor heroína del feminismo estadounidense, fallecida en 1906 e incansable luchadora por el voto femenino, convocaban una conferencia informativa para hablar sobre la Decimonovena Enmienda aprobada por el Congreso en agosto. Al fin habían conseguido el sufragio para la mujer, y Maddy se dirigía, exultante y entusiasta, a celebrar el hecho con sus camaradas.

John se había despedido cortésmente de su colega, Andrew Petersen, para seguir discretamente a Maddy por el centro de la ciudad, y finalmente la había interceptado a un metro de la puerta de entrada de la biblioteca. Madeleine se había revuelto como una leona al verlo, pero tuvo que ceder para evitar que la sacara a tirones del recinto, y regresó a casa con la cabeza gacha y sin rechistar. Él no había querido contar nada a sus padres sobre la clandestina incursión de su hermanita, había guardado silencio, la había protegido, y ella seguía insultándolo y faltándole al respeto delante de la familia. ¿Quién demonios se creía?

Si su padre llegaba a saber que Maddy había vuelto a las andadas después del episodio de la cárcel, moriría del disgusto. Ella había prometido entre lágrimas y sobre la Biblia que jamás volvería a comprometer su nombre y el de su familia con sus actividades políticas, había aceptado de buen grado la reprimenda por el incidente y, en teoría, se había alejado completamente de los círculos feministas de Filadelfia. Sin embargo, ahí estaba, engañando a su ingenuo padre y distraendo su atención con alocadas quimeras sobre viajes

en el tiempo, medallones mágicos y encantamientos.

Se ajustó el sombrero y miró hacia la segunda planta de la casa, donde la luz del dormitorio de Madeleine seguía encendida. Resopló indignado, aquella muchacha lo sacaba de quicio. Sus aspiraciones políticas peligraban por culpa de aquella rebelde; un futuro presidente de los Estados Unidos de América no podía tener una pariente tan díscola y conflictiva, y él aspiraba a ocupar, algún día, el despacho oval de la Casa Blanca. Así pues, Madeleine debía desaparecer pronto de su entorno y, sobre todo, de Filadelfia, solo esperaba que Norton tuviera suficiente hombría para saber controlarla.

—Letrado —susurró alguien a su lado haciendo tintinear unos pendientes. Clara Higgins sonreía, coqueta, del brazo de su padre. John se detuvo en seco y comprobó que ya había llegado al Club—. ¿Cómo está usted?

—Perfectamente, señorita Higgins —respondió con una de sus legendarias sonrisas a la joven casadera, que se sonrojó inmediatamente bajo su mirada. John entornó sus enormes ojos verdes para mirarla con descaro—. ¿Y usted? Supongo que sabe que no puede entrar a nuestro sagrado recinto, ¿verdad?

—Oh, señor, yo no...

—No se preocupe, señor McDonaldson —intervino el juez Higgins, liberando el brazo de su joven y turbada hija—. Clara solo me ha hecho el favor de acompañarme hasta aquí. ¿Tiene la cartera bien llena, amigo? —preguntó con un guiño—. Vengo dispuesto a recuperar lo que me diezmó la semana pasada.

—Por supuesto, juez Higgins —respondió él antes de despedirse con una reverencia de la joven Clara. Mentalmente registró la necesidad de visitar más a menudo la casa de los Higgins. Clara, a sus dieciocho años, era una buena opción para sus futuros planes, tras la muerte de su prometida no había vuelto a comprometerse, y ya era hora de volver a hacerlo. Miró los rizos rubios de la hija del juez y consideró que la oportunidad era interesante, luego entró al club detrás de Martin Higgins.

III

—No me casaré. —Madeleine permanecía sentada con la espalda recta y los ojos muy abiertos observando a su madre. Su padre, de pie delante de la chimenea, evitaba mirarla a la cara—. Tengo derecho a elegir mi futuro.

—Dijimos que Chris era el elegido, y él necesita una fecha, lleva más de un año esperando.

—Vosotros elegisteis a ese tarugo, no yo.

—Hija, por Dios. —Su padre giró sobre sus talones para enfrentarla con dulzura—. No hables así de ese pobre muchacho.

Tu hermana se casa dentro de seis días, y tú serás la siguiente. Tal vez a finales de mes... Tu madre lo tiene todo preparado, será una boda sencilla, como a ti te gusta.

—No quiero casarme. —Se puso de pie, conteniendo las lágrimas—. No quiero ir a Nueva York, ni vivir con ese hombre; no estoy enamorada de él. Papá, ¡por favor...!

—¿Enamorada? —Su madre intervino con sarcasmo, le encantaba tenerla bajo su dominio y demostrar quién mandaba en la familia—. ¿Quién te ha dicho a ti que el matrimonio es amor? El amor viene solo, Madeleine. Norton es un buen hombre, un excelente partido, miles de muchachas morirían si él les regalara solo una de sus sonrisas, no seas tan desagradecida.

—No quiero, por favor; haré lo que quieras, mamá, pero esto no. —Se arrodilló junto a su madre y hundió la cara entre sus faldas. Aunque Elizabeth McDonaldson jamás se había mostrado cariñosa con ella, Madeleine sintió un irrefrenable deseo de acercarse y suplicar compasión—. Te lo ruego...

—Lo que quiero que hagas es que te cases con Chris Norton —gruñó su madre mientras se ponía bruscamente de pie—. No seas llorona ni dramática, no estoy preguntando tu opinión, Madeleine, solo te estoy informando de la situación.

Madeleine miró a su padre, y él le devolvió un gesto de resignación que le congeló la sangre. Se levantó, se arregló la falda y salió de la biblioteca con la decisión tomada, escaparía de su casa, de aquel matrimonio y de todo cuanto odiaba. Marian de Lancaster y su medallón aparecieron en su mente

como la única salida posible hacia la libertad.

Llevaba varios días dándole vueltas al tema. En uno de los escritos de Marian, ella mencionaba que la joya era la clave para el viaje en el tiempo. Un pasaporte mágico que enviaría a su portador a otra era, aunque la condesa no daba detalles ni instrucciones, aseguraba en una de sus páginas que el medallón era eficaz y que había sido probado con éxito. No decía en qué casos, ni aclaraba el modo de utilizarlo, pero sus palabras eran claras: “la joya es la llave hacia otra época, y Agnes lo ha podido comprobar en su propia carne”.

Ella no tenía nada que perder, simplemente lo intentaría. En el peor de los casos, conseguiría un viaje astral de esos de los que tanto presumía su primo Ridley, empeñado en meterse en toda clase de disciplinas espirituales y mágicas. En el mejor, lograría evadirse de su época y su familia, y viajar al pasado o al futuro para conocer otras gentes. No es que creyera mucho en el poder de la joya, pero le parecía divertido intentarlo y sería fantástico, pensó, si llegaba a funcionar de verdad.

Su infinita pasión por la historia la hacía soñar con ver de cerca la Roma de César Augusto, la Grecia de Aristóteles o la Alejandría de la mismísima Cleopatra, pero si llegaba hasta allí, ¿qué haría? Las opciones eran variadas, y llegó a convencerse de que quizás su paso por otros tiempos fuera fugaz e incluso etéreo, y que no tendría que verse enfrentada a ningún tipo de conflicto ni de interrelación con los hombres y mujeres de aquellos años. ¿Y cómo regresaría? Era lo que menos le importaba, no pretendía regresar y, si lo hacía pronto, se iría luego a otra época y a otra, y así sucesivamente, hasta que Chris Norton desapareciera de su futuro.

Aquel tipo era insufrible, y la única vez que habían estado juntos, le había tocado un pecho mientras le metía la lengua por la oreja... “¡Puaj! — pensó mirándose al espejo—. Seguro que no había nada peor que eso”.

* * *

Después de la penosa escena con sus padres en la biblioteca, se encerró en su cuarto y se negó a recibir visitas ni alimentos. La fiel Dotty, cocinera de la casa, le subía bocadillos y delicias varias, pero ella las rechazaba sistemáticamente, se sentía la más humillada y desgraciada de las criaturas. Su hermana Mary y su cuñado Peter, los únicos amigos que tenía, la visitaron

el segundo día de encierro, y no pudo negarles la palabra. Cuando vio los preciosos ojos oscuros de su bellísima hermana, ojerosos y preocupados, corrió para abrazarla y tuvo que prometerle que empezaría a comer un poco y que dejaría de

odiar tanto a su familia.

—Le hemos propuesto a mamá que te vengas a vivir con nosotros —le dijo Mary abrazándola muy fuerte—. Ahora que Elizabeth es tan pequeña, necesito un poco de ayuda, pero se ha negado.

—Dice que su hija no se convertirá en una sirvienta. —Peter habló con su diplomacia habitual, aunque una nota de fastidio hacia su estirada suegra se revelaba sutilmente en sus palabras—. Lo siento, Madeleine, no podemos hacer más...

—No pienso casarme —dijo, acentuando cada una de las sílabas—. Aún no tengo claro lo que haré, pero no me casaré, os lo juro.

—Todo el mundo dice que Chris es un hombre excelente —intervino Mary—. Además, es muy guapo, ¿por qué no le das una oportunidad?

—¿Tú también? —Maddy no podía creer lo que estaba oyendo, incluso Mary defendía las arcaicas costumbres de su época—. Dios santo, hermana, no me hagas esto, por favor.

—Tienes razón, lo siento, no volveré a mencionarlo, solo quiero que seas feliz, los dos lo queremos. Prométeme que el sábado asistirás a la boda de Christine y no arruinarás ese día tan especial. —Mary hizo una estupenda imitación de su hermana pequeña, la más cursi y superficial de las criaturas, para hacerla sonreír—. Al menos ya no eres dama de honor, el cargo ha recaído sobre los hombros de la desdichada Louis Montgomery...

—¡Pero si Christine la odia!

—Lamentable —sentenció Peter y la animó para acompañarlos a su casa.

Esa misma noche, después de regresar de la casa de Mary y Peter, donde había seguido discutiendo con su cuñado la cuestión del viaje en el tiempo. Madeleine decidió preparar su experimento sin demora.

El día elegido sería el de la boda de Christine, el 20 de septiembre de 1920, una jornada perfecta, donde todo el mundo estaría ocupado en otras cosas mucho más importantes que la solterona e infeliz hermana de la novia. Era una decisión impulsiva; además, ¿quién le garantizaba a ella que el medallón y su conjuro funcionaran en realidad? Pero al menos lo intentaría,

poco tenía que perder. Se imaginó con una sonrisa en los labios el revuelo que aquello podría ocasionar en la familia. La díscola Maddy desaparecida, en medio de la nada, solo con un medallón en la mano, mientras todos despedían a los novios, que partían con cara de idiotas a su luna de miel. Solo la perspectiva de ver a Christine furiosa por el inoportuno protagonismo de su hermana en el mismísimo día de su boda le parecía divertida. Tanto, que se echó a reír a carcajadas sobre la cama.

IV

Condado de Berkshire, abril de 1537.

El viento le helaba la cara, le revolvía el pelo y le impedía ver con claridad el sendero. Acentuó la presión de sus rodillas sobre Twister, que seguía por instinto el camino correcto. El corazón parecía estallarle en el pecho; tenía frío, le dolían todos los músculos del cuerpo, pero debía encontrarla.

—¡Ellie! —gritó al ver su silueta a lo lejos. Gracias a Dios, era ella y estaba sola—. ¡Ellie!

Tiró de las riendas y el caballo giró con precisión hacia la pequeña figura vestida de amarillo que corría hacia el bosque. Llevaba el pelo suelto y el traje hecho jirones, a William se le paralizó el pulso al ver como caía y se volvía a levantar para seguir huyendo.

—¡Elizabeth! —volvió a gritar, pero ella no lo oía—. ¡Ellie, soy yo! ¡Ellie, maldita sea!

Dobló el cuerpo sobre Twister y lo fustigó aún más.

—Vamos, viejo amigo, corre —susurró muy cerca de la oreja oscura del animal, pero aún así no la alcanzaba, a pesar de que su fiel caballo galopaba volando por la campiña.

Corrió como si el mismísimo diablo lo persiguiera, el sudor le empapaba la espalda, el pulso latía con fuerza contra sus oídos, hasta que finalmente ella se detuvo, y William dejó de contener el aliento y relajó el trote, al fin la había encontrado.

—¿Ellie? —preguntó con el corazón contenido, Elizabeth se volvió y lo miró a la cara, estaba sangrando y lloraba, los brazos chorreaban sangre, todo estaba rojo, había muchísima sangre por todas partes— ¡Ellie!

Se despertó y se puso de pie de un salto con la espada en la mano, no estaba en la campiña, estaba en casa, en el castillo, se había dormido una vez más en la biblioteca junto al fuego y ahora estaba calado hasta los huesos, los rescoldos se habían consumido, y un sudor helado le empapaba la camisa... Tembló de frío y de angustia, solo había sido un sueño, no era Ellie, ella no

estaba ahí, estaba a salvo. Lejos, muy lejos, pero a salvo. Cayó de rodillas al suelo y se echó a llorar.

—William. —Su hermana Mary acababa de interrumpir su sufrimiento al irrumpir en la biblioteca con un plato comida. William ni siquiera la miró, se levantó lentamente del suelo y se instaló frente a la ventana, dándole la espalda. Fuera llovía, pero ya había amanecido—. Aquí tienes el desayuno, deberías comer algo.

—Gracias —gruñó. Desde que había enviado a Elizabeth, su mujer, al siglo XXI para protegerla de los constantes ataques que sufría la familia, William apenas hablaba con sus allegados. Su padre había muerto, su casa no era más que un triste vacío en el que no soportaba vivir, y Mary... Mary se empeñaba en tratarlo como a un niño.

—James dice que se irá a Edimburgo mañana —comentó su hermana mientras recogía, distraída, los restos de su agitada noche de insomnio—. Dice que ya no tiene nada que hacer por aquí, lo de Londres ya está controlado. William, ¿no crees que deberíamos persuadirlo de que se quede? No sé, estamos solos, tan tristes... Deberíamos permanecer unidos. ¿Will?

—Si quiere irse, deja que se vaya —respondió por puro formalismo, en realidad le importaba bien poco lo que hicieran o dejaran de hacer a su alrededor. Suspiró, necesitaba ir en busca del maestro Ulrik, debían volver a discutir lo del retorno de Ellie. No podía seguir viviendo con aquella angustia, la echaba tanto de menos...

—Si tú le pides que se quede, lo hará.

—Ya hemos pasado por bastante sufrimiento, Mary, deja que al menos él pueda hacer lo que quiera hacer.

VI

Filadelfia, septiembre de 1920.

Aquel sábado amaneció soleado y ventoso, con la casa bullendo desde muy temprana hora. A las cinco de la mañana, Christine se había levantado para sumergirse en un caldeado y oloroso baño de lavanda, preparado especialmente para la ocasión por su orgullosa madre, mientras las doncellas planchaban los últimos detalles de su traje y comenzaban a llenar la casa de flores.

Madeleine apenas había dormido. Desde la noche anterior, no había hecho más que trazar planes y esquemas, como hacía Marian de Lancaster en su tiempo, para definir su decisión de viajar en el tiempo. Tras muchas horas de meditación, el asunto quedaba claro: probaría, solo sería eso, probar. Probablemente no funcionara, pero al menos lo intentaría y se quedaría más tranquila, porque la cuestión del medallón ya la estaba obsesionando en serio.

Los últimos documentos de la condesa de Lancaster hablaban de un tardío intento por asesinar a un tal James Forterque-Hamilton. Según indicaba, el joven era vulnerable durante sus continuos viajes a Londres, y Marian daba instrucciones precisas a un hombre llamado Burke para que se ocupara del encargo, e incluso señalaba el lugar exacto del pago del oro por aquel trabajo. Madeleine estaba fascinada por la historia y la guardó en su bolso para seguir leyendo las cartas durante la aburrida fiesta de la boda.

A las ocho de la mañana, había acabado su baño y se encontraba delante del espejo, en ropa interior, esperando a que la doncella de su madre la ayudara a vestirse para el enlace. De reojo miró el enorme espejo de cuerpo entero, y la imagen que le devolvió fue la de una mujer joven, esbelta y bien formada, con la piel inmaculada, y un precioso y largo pelo ondulado, brillante como el cobre, que caía como una cascada hasta la altura de las caderas. Maddy se sorprendió y evitó su propia mirada desviando la atención hacia la ventana.

El traje elegido por su madre le llegaba justo a la altura de los tobillos, estaba confeccionado en seda color lavanda y tenía un amplio cinto, un tono

más oscuro, que le afinaba la estrecha cintura y le destacaba los pechos. El escote cuadrado llevaba como único adorno un finísimo encaje de Irlanda y dejaba al descubierto su ya famoso busto, del que su hermano Gerard tanto se burlaba. Como mujer moderna, ya no llevaba corsé, y lucía unos zapatos de seda con tacones, muy coquetos y de última moda en París. Finalmente, y para rematar el conjunto, su madre le había puesto unos pendientes de perlas y la había

mandado al salón a la espera del coche que los llevaría a la iglesia.

Antes de salir, Madeleine recogió el medallón y lo metió a escondidas en el bolso donde también estaban las cartas.

—Dios mío, Madeleine, me deja usted sin aliento. —Chris Norton la abordó mientras ella intentaba relajar el medio moño con sombrero que Patty le había elaborado con tanto mimo y que a ella le incomodaba terriblemente—. ¿Cómo está?

—Usted tampoco está mal —respondió con descaro, dejando a Norton a medio camino de su ostentosa reverencia—. Estoy bien, gracias, si me disculpa, debo sentarme al lado de mis hermanos.

—Por favor, Madeleine. —Aquel tipo osaba rozarle los guantes de cabritilla—. Le ruego que me conceda un minuto durante el banquete. Necesito, bueno, ya sabe, su hermano me ha hecho llegar una carta muy esperanzadora, y quisiera hablar con usted al respecto.

Madeleine se detuvo y lo observó entornando sus ojos oscuros. Christopher Norton le sostuvo la mirada, seguro como estaba de su impecable imagen. Vestía de etiqueta, calzaba zapatos de charol y llevaba sombrero. En sus ojos azules, se notaba el esfuerzo que hacía por no mirar su generoso escote. Se inclinó un poco hacia ella buscando algo de complicidad, le cogió la enguantada mano y se la besó.

Maddy retiró bruscamente la mano de su zarpa y se dirigió, muy digna, hacia el banco de la iglesia donde esperaba su familia; no se molestó en mandarlo de paseo porque dentro de poco tiempo dejaría de verlo para siempre, pero mentalmente maldijo al presuntuoso y se sentó bufando junto a Mary.

* * *

A las doce en punto se inició la melosa ceremonia, muy larga a ojos de

Madeleine y, a las dos de la tarde, la mayoría de los invitados se encontraban ya sentados en las primorosas mesas de la casa familiar de los McDonaldson, que resplandecía para la ocasión.

Madeleine se había pasado horas saludando a los familiares y amigos más cercanos a la par que esquivaba la insistente mirada de su supuesto prometido, pero su madre los había sentado en la misma mesa. Por mucho que intentó presionar a sus primas para cambiar de sitio, finalmente había tenido que sentarse a su lado y forzar una sonrisa falsa durante toda la comida.

—La amo, Madeleine —le confesó teatralmente Norton arrinconándola contra una de las columnas de la terraza. Maddy se había escapado al patio trasero con la excusa de jugar con sus sobrinos, y aquel desagradable individuo la había seguido y aprisionado contra la columna, dejándola indefensa e indignada—. Ardo en deseos de hacerla mía, no me haga sufrir más...

—Esto es una falta de decoro y de respeto, señor Norton —contestó ella esquivando la boca ansiosa de aquel hombre—. Estamos en mi casa, por el amor de Dios, déjeme en paz o tendré que ponerme a gritar.

—Su hermano me ha dicho que tengo la aprobación de la familia para adelantar la fecha de la boda, y quiero que sea antes de un mes.

—¿Hermano? ¿Qué hermano? —Con ambas manos mantenía alejado a Norton, completamente fuera de sí en aquellos momentos.

—John, él me ha dado permiso para abordarla, Madeleine, es lo justo, llevo dos años esperando y tengo derecho a hacerlo.

—¿Qué? Déjeme en paz, ¡no me toque!

Miró con ansiedad a su alrededor, sentía cerca las risas y los gritos de sus sobrinos, pero no había nadie adulto a mano, estaban en una zona lejana al centro de la fiesta, el atardecer se acercaba y Maddy se vio completamente sola. Hizo un gesto para gritar, pero la lengua de Norton se lo impidió, con brutalidad el tipo la había agarrado por la nuca y le había plantado un beso húmedo e inesperado que ella intentó repeler sin éxito.

Se revolvió con rabia, y él aprovechó para sobar su cuerpo contra el de ella, gimiendo y respirando con deseo, aplastándola, hasta que una de sus manos subió por su pecho y le apretó un seno con violencia. Madeleine levantó una de sus rodillas y le plantó un golpe seco en la entrepierna que dobló de dolor al pretendiente.

—¡Serás bruja! —chilló Norton sujetándola por un brazo—.

Cuando seas mi esposa, te enseñaré quién manda, pequeña estúpida.

—Eso es, eso es. —Su hermano mayor acababa de interrumpir la escena, y aplaudía mientras caminaba hacia ellos. Norton la soltó y se volvió hacia John, intentando recuperar la compostura—. Muy bien, Chris, así hay que tratar a estas mujercitas. Yo, en su lugar, me la llevaría ahí detrás y le demostraría quién lleva los pantalones...

Antes de que el insolente neoyorquino pudiera decir algo en su descargo, John McDonaldson le plantó un puñetazo en plena cara que lo dejó doblado contra la columna de la terraza.

—Lo siento, señor —le dijo después, con absoluta serenidad—.

Una cosa es que le hayamos dado la mano de mi hermana, y otra muy distinta es que falte al respeto a mi familia de esta manera. Le ruego que se marche.

—Señor McDonaldson —atinó a balbucear Norton—. Yo no quisiera que esto significara...

—Está bien, láguese de aquí antes de que mi madre sospeche algo. Y no se preocupe, la fecha de la boda sigue en pie, pero hasta entonces, no vuelva por aquí. Después, será asunto suyo; de momento, no se acerque a mi hermana.

Madeleine miró a su hermano, llorando y avergonzada. Intentó decirle algo, pero no pudo porque antes de poder reaccionar John comenzó a gritarle, mientras Chris Norton corría ya hacia la puerta principal sin mirar atrás.

—¡Estúpida! —la insultó, dejándola apoyada contra la pared—.

¿Acaso no sabes defenderte?, ¿no sabes comportante como una joven decente? Ya estoy harto de tus ideas, tu rebeldía y tu falta de juicio. Avergüenzas a nuestra familia.

Maddy tardó pocos segundos en reaccionar, y antes de que John se diera la vuelta, lo agarró por la manga para detenerlo. ¿Quién se creía que era? Con las rodillas temblando, avanzó dos pasos y abofeteó a su hermano mayor, con tanta fuerza que, aunque era treinta centímetros más alto y casi la doblaba en peso, se tambaleó, sorprendido.

—No vuelvas a insultarme o a decidir sobre mi destino, John, te lo digo en serio.

—¡Soy tu hermano mayor, maldita sea! —John sacó un pañuelo de seda de un bolsillo de su impecable chaqué y le limpió las lágrimas. Maddy quedó sorprendida por el gesto y lo observó con curiosidad. John era

un tipo distante, frío y calculador; guapo como un ángel, decían las sirvientas, pero absolutamente insoportable—. Volveré a ponerte en tu lugar cada vez que sea necesario, mocosa, y pasaré por alto esto —Se acarició el mentón con dolor—, porque supongo que tu frágil estado de ánimo te está nublando las ideas.

—No tienes ningún derecho...

—Te equivocas, tengo todos los derechos, y ahora entra ahí y deja de avergonzar a mamá con tu comportamiento. No comentaremos este incidente con nadie, fin de la historia.

—Le contaré a papá inmediatamente que Norton me ha faltado al respeto, él anulará esta estúpida boda, no dejará que me case con un tipo que no es un caballero.

—Oh, no, querida. — John se enderezó y cuadró los hombros—. No harás eso. Si anulas la boda, les contaré a papá y mamá que sigues asistiendo a tus reuniones clandestinas con esas feministas radicales. Si mal no recuerdo, juraste sobre la Biblia que abandonarías esas actividades.

—Eres un...

—¿Un qué? ¿Quieres partirle el corazón a tu padre otra vez? No me provoques, Madeleine, tienes muchos motivos para ser más cuidadosa.

—Es igual —respondió ella, enderezándose y arreglándose el pelo—. No pienso casarme, ni siquiera estaré aquí, me iré y no volverás a verme.

—Perfecto, haz lo que quieras.

Se sentó en un banco del jardín e intentó respirar hondo para conseguir un poco de serenidad. Su hermano no amenazaba en balde, y sus revelaciones podrían matar a su padre del disgusto. Después de su detención por manifestarse, nada pacíficamente, en favor del sufragio femenino, su padre había sufrido un principio de infarto. Si llegaba a enterarse de que continuaba asistiendo a las reuniones clandestinas de las sufragistas... ¡Dios, no quería ni pensarlo! Pero tampoco podía casarse con aquel asqueroso. No había mejor momento para intentar el viaje en el tiempo, la fecha era la adecuada, y ella estaba preparada.

Si llegaba a fallar, mataría a John y después ingresaría en el convento de las Clarisas, se dijo entre risas. Su hermano, a veces, le provocaba deseos de

matarlo, pero solo con la imaginación.

Esperó pacientemente a que se hiciera de noche, oculta en un rincón de la terraza. Si alguien la veía con el vestido arrugado y manchado por el forcejeo con Norton, haría preguntas, todo se complicaría, y sus planes se irían al traste. Dejó el sombrero en un rincón, se soltó el moño y se hizo una trenza sencilla, suelta, a su espalda. Se sacó los zapatitos de tacón, los dejó junto al banco y recuperó del bolso el medallón de los Lancaster.

Tras comprobar que se hallaba sola en la parte más oscura del jardín, trazó un artesanal círculo alrededor de ella, tal como lo explicaba Marian en sus escritos, se cruzó el bolso en bandolera y agarró la joya con ambas manos. A lo largo de las semanas había memorizado perfectamente el galimatías gaélico, pero prefirió leerlo en voz alta para no cometer errores.

Al acabar la primera frase, un viento cálido y potente empezó a rodearla, levantando la ligera falda de seda. El corazón comenzó a latirle deprisa, y el miedo fue aumentando a la par que el aire huracanado la cegaba y le arremolinaba el pelo. Sintió pánico y guardó silencio, pero el galimatías parecía cobrar vida propia en su interior, y las frases se repetían automáticamente en su cabeza.

—¡Madeleine, ¿qué diantres...?! —John había regresado para obligarla a entrar y se encontró a su hermana envuelta en un remolino ensordecedor. Intentó acercarse a ella, Maddy lo miró con ojos aterrados, extendió la mano y le rozó los dedos, el aire la empujaba a un abismo y John McDonaldson hizo presión para sujetarla con todas sus fuerzas, sin ningún éxito.

Maddy buscó a su hermano con lágrimas en los ojos, luego miró al suelo y observó, con horror, cómo sus piernas habían desaparecido hasta la altura de los muslos. Intentó detener el proceso, pero resultaba imposible, soltó el medallón y lo vio caer flotando, rebotar en la hierba y posarse inocentemente en el suelo, con la turquesa hundida en el césped.

Gritó y se abrazó a John con los ojos cerrados. El viento se hizo cada vez más intenso, y entonces una fuerza enorme, sobrenatural, le dio en la cabeza y todo se volvió negro.

VII

Condado de Berkshire, agosto de 1537.

—¿Quién es usted? —Una ruda voz le hablaba a gritos—. Levántese, muchacha.

Madeleine abrió los ojos con dificultad, estaba boca abajo sobre la hierba húmeda y abundante. Movi6 un poco la cabeza, y un dolor agudo le atraves6 la columna vertebral como un latigazo. “¿D6nde estoy?”, pens6 e inmediatamente entr6 en pánico. De un salto se puso de pie, asustando a quienes la rodeaban en aquel momento, cuatro hombres grandes y mal encarados, que la observaban con enorme curiosidad.

—¿Qué es esto?, ¿d6nde estoy?

Aquellos grandulones la miraban como si hablara en un idioma desconocido. Todos presentaban un aspecto amenazador, de un vistazo localizó espadas, arcos, flechas y lanzas por doquier, y el corazón estuvo a punto de salirse del pecho. Llevaban ropas de cuero y la piel curtida, los pelos largos y sucios, los músculos bien visibles. Sintió que estaba a punto de desmayarse, pero su instinto de supervivencia la obligó a permanecer consciente.

—¿D6nde estoy? —repiti6, modulando lentamente.

—Inglaterra —contest6 el que parecía el jefe del grupo.

—¿Inglaterra? —pregunt6, a punto de echar a correr aterrada—.

¿Qué año?

—Inglaterra —le confirm6 el hombre con cara de asombro. Mir6 a sus amigos, y los cuatro escrutaron el bello rostro de aquella rara mujer de extraña vestimenta y lengua desconocida—. El año del Señor de 1537. 28 de agosto de 1537, para ser exactos, señorita.

¿1537? Madeleine sintió náuseas y vomit6 a pocos centímetros de aquellos desconocidos, borrando de un plumazo todas las normas de etiqueta que su madre le había inculcado. Estaba en la Inglaterra de 1537, lo había conseguido. Cuando pudo recuperar el aliento, se irgui6 con una idea clara en la cabeza, rebuscó dentro de su bolso, sac6 los documentos escondidos y

pronunció lentamente el nombre de su pariente.

—Marian de Lancaster —dijo en voz alta, extendiendo los papeles hacia el único que contestaba a sus preguntas—. Busco a Marian de Lancaster.

Los cuatro hombres desenvainaron instantáneamente las espadas y se pusieron en guardia. El ruido de los metales paralizó a la joven, quien pidió compasión con las palmas de las manos en alto.

—¿Quién es usted? —El más hablador hacía gala de un inglés primario, lleno de eles y eses que asombraron a Madeleine.

—Soy Madeleine Anthony —mintió. La actitud agresiva de aquellos hombres la hizo sospechar que no estaban en buenos términos con los Lancaster—. Soy una pariente que viene desde muy lejos —Si Marian la recibía, le explicaría todo el asunto del medallón y el viaje en el tiempo; de aquel modo, seguramente conseguiría que ella la protegiera y la ayudara hasta que decidiera volver a Filadelfia—. Necesito verla.

—¡Aquí hay un hombre! —chilló de pronto alguien a la espalda de Maddy, interrumpiendo el interrogatorio.

—¡Dios mío, John! —Madeleine recordó cómo su hermano la había sujetado para salvarla del remolino. John la había sujetado y había pasado con ella el umbral del tiempo—. ¡John, John...!

Ignorando a sus vigilantes, se acercó corriendo al rincón donde yacía su hermano inconsciente. El peligroso individuo que lo había localizado recorría su elegante traje con un palo, intentando comprobar si llevaba armas encima.

Aunque no se movió cuando Maddy se arrodilló junto a él, pudo comprobar que respiraba. Había perdido el sentido, pero estaba vivo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, la preocupación por el bienestar de su hermano mayor superó el miedo inicial, y lo abrazó para protegerlo.

—¿Es su marido? —preguntó el jefe del grupo.

—No, es mi hermano —respondió Maddy—. Viajamos juntos. Por favor, ¿pueden buscar ayuda? Necesitamos ayuda...

—Ve y llama al amo —ordenó el tipo a uno de sus acompañantes—. ¡Ahora!

—El amo no está en el castillo...

—Pues avisa al amo James, dile que es importante.

Madeleine se pasó los veinte minutos siguientes sujetando a su hermano sin cruzar una sola palabra con los tres soldados que se quedaron con ella. Armados hasta los dientes, los tipos se limitaban a mirarla con curiosidad,

con las espadas desenvainadas y muy serios.

Lamentó tremendamente no haberse cambiado el vestido de fiesta por un atuendo más cómodo antes de iniciar el viaje, pero las circunstancias se lo habían impedido. Llevaba los pies desnudos y tenía mucho frío; la hierba estaba mojada, se hacía de noche y empezó a helarse. John estaba cada vez más pálido, y solo atinó a masajearle las manos para infundirle un poco de calor.

Los cascos de un caballo la sobresaltaron, el hombre que había partido en busca del amo James se había ido a pie, y ahora era un caballo enorme el que se acercaba hasta ellos. Cuando la bestia se detuvo a escasos metros de Madeleine, el miedo y la confusión de apoderaron de ella, el jinete que acababa de desmontar era un hombre enorme, fuerte y parecía molesto.

Maddy lo siguió con la mirada y pudo comprobar que, aunque llevaba un atuendo básicamente elaborado en cuero, su vestimenta era diferente a la de los otros hombres. Unas botas altas hasta los muslos le estilizaban aún más su enorme estatura, y una especie de chaqueta de piel larga le hizo comprender de inmediato que el amo James, como lo llamaban, era un señor noble y poderoso.

—¿Quién es usted? —le espetó mientras se acercaba.

—Me llamo Madeleine Anthony —contestó arreglándose instintivamente el pelo. Aquel hombre no iba armado, y pudo ver de reojo el cabello largo y rubio que enmarcaba su rostro angelical y varonil, y que la hizo olvidar, por un segundo, su penosa situación en otro mundo y en otro siglo, y a su hermano herido a sus pies.

—Dicen que busca a Marian de Lancaster. —Se instaló con las piernas separadas justo delante de ella, observándola con descaro y arrogancia. Maddy fue incapaz de mirarlo a los ojos—. ¿Por qué?

—Soy una pariente suya, señor, solo quiero hablar con ella.

—Está muy lejos de las tierras de Lancaster, señora. —Extendió un brazo hacia los papeles que ella tenía en las manos y se los arrancó de un tirón—. No parece de aquí. ¿De dónde viene?

—De muy lejos —respondió con un miedo atroz, si no encontraba a Marian, ¿qué haría?—. ¿Me podría ayudar a encontrar a mi pariente? Se lo agradecería muchísimo. Mi hermano ha tenido un accidente, está inconsciente y necesita un médico, señor.

James ya no la oía y apenas dedicó una mirada de reojo al cuerpo

tendido sobre el césped húmedo, estaba leyendo atentamente las cartas de Marian de Lancaster y no le gustaba nada lo que encontró en aquellos documentos. Miró a la muchacha, por una fracción de segundo vio algo muy familiar en ella, y sintió un pinchazo de ternura que espantó inmediatamente.

Vestía de manera extraña, con un traje de suave seda verde, bastante ceñido y muy fino. El pelo, sujeto en una larga trenza, era pelirrojo oscuro, ondulado y salvaje, y sus asustados ojos tenían un profundo color negro. Le temblaba la barbilla, más de miedo que de frío y, a sus pies, yacía un tipo vestido de manera extraña, alto y de pelo oscuro, que parecía malherido.

—¿Sabe leer? —preguntó sin levantar la cabeza.

—Por supuesto —replicó ella enderezando los hombros.

—Entonces, ¿sabe lo que dicen estos documentos? —La miró directamente a los ojos, y Madeleine estuvo a punto de perder el equilibrio, aquel desconocido era un hombre realmente guapo, algo salvaje, pero muy guapo. Sin querer, se sonrojó hasta las orejas—. ¿Los ha leído?

—Sí, señor.

—Comprende que son planes para matar a un hombre, ¿verdad?

—Eso creo, la verdad es que no he tenido tiempo para leerlo todo, yo...

—¡Charles! —Le dio la espalda y llamó a uno de sus soldados, con los documentos en la mano—. Lleváoslos al castillo, dadles ropa de abrigo, atended al hombre. Ya me ocuparé de esto más tarde.

A Madeleine le dieron un empujón bastante severo mientras observaba, aún con la palabra en la boca, cómo el jinete regresaba a su montura y partía al galope lejos de ella.

—¡Camine! —le ordenó su anterior interlocutor, indicándole un sendero a su derecha—. Vamos, al castillo.

—¿Qué castillo?

—¡Silencio! —Fue la respuesta de aquel bruto, que la empujó una vez más con el bastón que llevaba en la mano.

Dos de los hombres trajeron del campo un trozo enorme de cuero, empujaron el cuerpo de John encima y luego, entre cuatro, lo elevaron, sin mucha dificultad, para llevarlo suspendido en el aire camino del castillo del “amo” James. Maddy siguió a los porteadores lo más cerca que pudo, ya que a menudo tropezaba con las piedras y los guijarros del camino. Casi no pensaba ya en el miedo y la confusión, solo aspiraba a llegar a un lugar

caliente y seguro para que alguien atendiera a pobre su hermano.

* * *

James entró en el patio central del castillo montado sobre Hail, su caballo. No podía dejar de leer los documentos escritos de puño y letra por Marian de Lancaster que aquella joven llevaba encima. Los papeles daban instrucciones minuciosas para asesinarlo, y el lugar y el momento de pagar a sus asesinos, marcado con precisión en un rústico mapa que estudió durante su regreso a casa.

Entregó las riendas al mozo de cuabras, dio un cariñoso golpecito al lomo de Hail y se encaminó a la biblioteca, donde su hermana lo esperaba para la cena. Pero antes entró en la cocina para lavarse las manos y alertar al personal de la llegada de Charles y los demás:

—Traen a una mujer y a un hombre herido —dijo sin dar mayores explicaciones—. Que los atiendan. Luego vendré a verlos.

Al salir al pasillo y acercarse a la biblioteca, dudó si debía informar o no a William de su hallazgo en el campo. Su hermano estaba desquiciado desde que su mujer había partido hacía casi once meses, sin que pudiera hacer nada para recuperarla. Deambulaba solo por sus tierras como un fantasma, apenas comía, y sus diálogos se limitaban a monosílabos apenas audibles, más aún después de que la reciente muerte de su padre lo había convertido en el flamante Duque de Forterque.

William era un alma en pena, y James no quería aumentar sus preocupaciones. Dio un paso dentro de la agradable estancia, y su amigo Robert, la mano derecha de la familia, salió a su encuentro.

—¿Qué ocurre, hermano? —Robert lo observó esperando alguna noticia—. ¿Qué quería Charles? ¿Por qué te necesitaba en el campo a estas horas?

—Nada importante, ¿Qué hay de comer?

* * *

—¿Cuánto tiempo nos retendrán aquí? —Madeleine había entrado al enorme castillo por una puerta lateral, habían instalado inmediatamente a su hermano en una humilde cama de paja, en medio de una pequeña habitación junto a la

cocina, y finalmente le habían traído algo de ropa y comida, sin dirigirle la palabra—. Por favor, contésteme...

—No lo sé, muchacha —contestó el único hombre que le hablaba un poco—. Supongo que mañana el duque lo decidirá.

—¿El duque? ¿Qué duque? ¿El hombre que me quitó los papeles?

—No, muchacha, ese era el hermano de mi señor.

Acto seguido cerró la puerta de un golpe seco, dejando a Madeleine sola y asustada junto a John. En un rincón de la habitación, un escuálido fuego se alimentaba malamente dentro de una chimenea pequeña. Se acercó, para quitarse el vestido mojado y vestirse con los ropajes y el calzado que le habían dejado en una silla y cuando terminó de cambiarse, se ocupó de John, le quitó los zapatos y la chaqueta de su traje, y lo tapó con las mantas que encontró. La combinación de la chimenea y el caldo caliente la reconfortaron inmediatamente, por lo que pronto recobró fuerzas para planificar sus próximos pasos, antes de que el misterioso duque decidiera su suerte.

Apoyó la espalda en la pared de piedra e intentó clarificar su agotada cabeza, sujetó la enorme mano de John, que parecía más tibia y esperó rezando. Unos minutos después, se abrió la puerta de la habitación, y un hombrecillo de pelo blanco entró con un maletín en la mano.

—Mi nombre es Pitt, soy el médico de su excelencia. ¿Quién es el herido?

—Gracias a Dios, doctor, este es mi hermano John. Creo que se golpeó la cabeza, no despierta; respira, pero no reacciona.

* * *

—Mira esto. —James había salido a montar al alba acompañado por Robert Wilson. Robert se había criado con ellos, era uno más de la familia, y siempre había demostrado la sensatez y la frialdad de la que muchas veces carecían los Forterque-Hamilton. James confiaba en su amigo y, tras pasar una noche de insomnio desbordado por la presencia de aquellos desconocidos en su casa, había decidido compartir con él sus preocupaciones—. Son planes para asesinarme.

—¿Qué dices, James? —Robert tomó los documentos y los desplegó sobre su montura—. ¿De dónde sale esto?

—Los llevaba una persona que conocí ayer.

—¿Quién? —Robert se giró para mirar a James a los ojos—. ¿Qué persona?
—Ayer aparecieron una mujer y un hombre en el campo, al este del río; el tipo está herido, aunque John Pitt dice que solo tiene un golpe. Ella me dijo que buscaban a Marian de Lancaster, que eran parientes de la condesa y lo único que llevaba encima eran estos documentos...
—En el campo. ¿Solos? ¿A caballo? —Robert sintió una repentina inquietud y respiró hondo—. ¿Dónde están?
—No vimos a los caballos ni a nadie que los acompañara. Ahora están en el castillo, en la torre norte, no quise dejarla marchar hasta decidir la importancia que tiene todo esto. Lo cierto es que parece una pobre muchacha, Robert, y el hombre no puede ni ponerse en pie, pero son Lancaster, prefiero tener cuidado, especialmente después de lo que pasó con Elizabeth.

* * *

Madeleine despertó sobresaltada cuando la puerta de hierro chirrió al abrirse. Una muchacha joven y taciturna entró con un enorme tazón de leche y un trozo de delicioso pan moreno. Lo dejó en el suelo y abandonó la estancia sin hablar.

Ella se incorporó y apoyó la espalda contra la pared intentando recuperar la conciencia. Una pesada somnolencia le seguía nublando la cabeza y concluyó que tal vez se tratara de algún efecto secundario de su viaje en el tiempo, no era muy habitual en Madeleine la fatiga, ella siempre estaba en guardia y llena de energía. Estiró las piernas, se levantó con esfuerzo y se acercó al camastro donde aún dormía John para tocarle la frente. Afortunadamente no tenía fiebre, el médico le había curado la herida en la sien y le había explicado que el golpe había sido fuerte, que debían dejarlo dormir y descansar, pero que despertaría pronto. Ella había aceptado el diagnóstico sin chistar, al fin y al cabo, estaban en el siglo XVI, ¿qué podía hacer aquel médico? Dios santo, cuando su familia advirtiera su ausencia, morirían de preocupación, sobre todo por John, pensó de pronto, su madre no podría soportar la desaparición de su idolatrado hijo mayor. Se asomó a la única ventana del cuarto, y comprobó que llovía y hacía frío, observó también su precioso vestido de seda doblado en un rincón y reparó en su ropa de campesina, tosca y áspera, pero caliente y muy cómoda, luego se agachó y cogió el tazón de

leche con la intención de apurarlo de un trago.

—Buenos días. —La puerta se había vuelto abrir, esta vez sin ruido, y dos hombres entraron en la habitación, sorprendiéndola en medio de su desayuno—. ¿Cómo se encuentra usted, señora?

—¿Es usted el duque? —Madeleine se reprochó su falta de educación, pero ya le importaban bien poco las normas sociales. Retrocedió instintivamente para proteger a su hermano y se quedó observando al recién llegado con atención, sobrio, elegante y muy cortés, a quien seguía el “amo James”, el atractivo caballero que había ordenado su encierro—. ¿Nos dejará marchar?

—Me llamo Robert Wilson —contestó el desconocido—. Lamento decir que no soy el duque, pero tal vez pueda ayudarle. ¿Puede decirnos qué hacía en estas tierras, señora?

—He venido a buscar a una pariente muy lejana, señor Wilson.

—Madeleine observó de reojo a James, que se había instalado cerca del ventanuco para mirar hacia afuera con bastante indiferencia—. A la condesa de Lancaster, pero ya me ha dicho él —Lo señaló con una mano y sintió inmediatamente una vergüenza atroz. Era una falta de educación tremenda señalar a la gente, lo sabía, y James se había girado para mirarla con cara de asombro—, lo siento, el señor, me ha dicho que estoy muy lejos de sus tierras.

—¿Cuál es su nombre?

—Madeleine Anthony, señor.

—¿Y quién es ese hombre? ¿Su marido?

—No, señor, es mi hermano mayor, John Anthony.

—¿Qué hacen aquí, señorita Anthony? ¿Vienen de Escocia?

—No, señor, vengo de más lejos. —Mentalmente empezó a pensar en una serie de ciudades lo bastante lejanas como para que el hombre no sospechara demasiado, las gentes del siglo XVI no brillaban especialmente por su cultura—. Del otro lado del canal, del continente europeo.

—¿Francia? —Robert comenzó a ponerse nervioso, aquella bella jovencita tenía un acento que la delataba a millas de distancia, pero no podía ser posible... Debía haber un error, y encima mentía, y eso empeoraba las cosas—. ¿Conoce a la condesa de Lancaster? ¿Ella la espera? ¿Quién la trajo a Inglaterra?

—Vinimos en barco, por supuesto, y luego en carruaje, pero mi hermano tuvo un accidente cerca de aquí, perdió el conocimiento, y al final

sus hombres nos encontraron, lo siento mucho señor, ya no quiero molestar más, yo... quisiera que nos ayudaran a llegar a la casa de mi familiar.

—¿Por qué llevaba esos documentos encima? —Le enseñó las cartas de Marian, y Maddy a punto estuvo de perder la cordura, mentir no era una de sus habilidades, y aquel hombre no se cansaba fácilmente—. Su contenido es muy serio, señorita Anthony.

—Eso creo, señor, no los he leído todos. —James parecía inquieto y se acercó hasta ella para mirarla fijamente, demostrando muy poca consideración y cortesía—. Creo que son unas instrucciones para... Ejem, bueno, un crimen.

—Un crimen, eso es, órdenes para asesinar a lord James Forterque-Hamilton, señorita —replicó Robert completamente confundido, aquella mujer, que guardaba en su aspecto un aire muy familiar, se delataba en cada frase con su marcado acento extranjero. Un abismo se abrió ante sus ojos, y sintió vértigo solo de pensar en lo que tendrían que hacer con ella y con aquel hombre que ella decía era su hermano, aunque por la ropa y el aspecto que tenía, era evidente que no mentía—. Esto la inculpa directamente.

—¡No, no, por Dios! —Madeleine avanzó unos pasos y se atrevió a tocarlo. Inmediatamente retrocedió en su atrevimiento, pero ya era tarde, lo había cogido del brazo para acentuar su negativa—. Lo siento, señor Wilson, se lo juro, no sé nada de esto. Yo, bueno, encontré estos papeles en mi casa, en la de mis padres, quiero decir, y los traje aquí, a Inglaterra, para dárselos a ella.

—¿De dónde viene, señorita?

—De muy lejos, ya se lo he dicho, señor. —Las lágrimas le rodaban por las mejillas, y pudo advertir que James la miraba con algo de lastima—. No creo que conozca mi ciudad.

—Inténtelo.

Suspiró y miró a aquel hombre a los ojos, no sabía muy bien porqué, pero Robert Wilson le inspiraba confianza, su presencia rotunda y firme le transmitía honestidad y seriedad.

—No puedo, señor.

—¿Sabe quién es este señor? —Robert se volvió hacia James antes de volver a clavarle la mirada—. ¿Sabe dónde se encuentra usted en este momento?

—No, señor, nadie me ha dicho nada.

—Este señor es lord James Forterque-Hamilton, señorita, y usted

se encuentra en su propiedad, teóricamente, en territorio enemigo. Madeleine, creo que debería empezar a decirnos la verdad.

James abandonó la torre muy afectado. Robert había actuado como siempre, con frialdad y justicia, pero se trataba de una mujer, maldita sea, y no le había hecho ninguna gracia verla llorar al final del interrogatorio, la pobre chica era inocente, bastaba con mirarla a los ojos y no pensaba cebarse con ella, además el único que podía defenderla, su hermano, yacía herido e inconsciente en una cama.

—No es culpable de nada Robert.

—Lo sé James, lo sé — Robert bajaba los escalones de piedra de dos en dos. No quería detenerse a discutir, tenía que encontrar a William cuanto antes y alertarle del problema que les había caído encima— no le haremos nada, al contrario, tendremos que buscar una fórmula para ayudarla.

Entró muy rápido en la cocina, James lo seguía con sus grandes zancadas y juntos subieron hasta el dormitorio principal donde en ese momento se encontraba el duque solo y descansando después de pasar toda la noche montando por los alrededores.

Robert abrió la puerta y se encontró a William recostado con los ojos cerrados, su aspecto era lamentable. Desde la partida de Elizabeth habían hecho todo lo posible por recuperar a la joven, sin ningún éxito. Los problemas sociales y políticos que afectaban a la familia habían aumentado y la repentina muerte del viejo duque de Forterque les había dado la estocada final... William se sentía desolado, solo y culpable, añoraba a su mujer, estaba volviéndose loco de dolor y Robert sufría por no poder hacer nada por él. Empujó con la punta de la bota la ropa mojada esparcida por el suelo de la habitación y se acercó hasta la gran cama.

—Tenemos que hablar —soltó sin preámbulos —es importante...

William le clavó entonces los ojos celestes, enrojecidos por la falta de sueño, el cansancio y la pena, y le hizo un ligero gesto con la mano para que hablara.

—James y los hombres encontraron ayer en el claro a una mujer deambulando por la zona. Estaba acompañada por un hombre joven, que ella dice es su hermano, pero el tipo está inconsciente y no hemos podido interrogarlo... los chicos los trajeron al castillo. Dice que se llama Madeleine Anthony y que es pariente de Marian de Lancaster —la sola mención de ese

nombre tensó todos los músculos del duque de Forterque— quiere encontrarla...

—¿Cómo que es pariente de Marian? —William se levantó lentamente, desplegando su enorme estatura por encima de la cabeza de Wilson—¿qué demonios me estás contando? ¿James?

—Es una pobre muchacha, dudo mucho que sea una pariente de los Lancaster —respondió James, a quien no se le pasaba por alto el mal aspecto de su querido hermano.

—La muchacha traía encima unos documentos escritos por la propia condesa de Lancaster —continuó Robert—. Unas cartas donde da instrucciones precisas para asesinar a James... —Hizo un gesto con la mano pidiendo que lo dejara continuar—. Pero ese, creo, es el más pequeño de nuestros problemas ahora.

—¡Oh, muchas gracias! —bromeó James, dejándose caer sobre una de las butacas—.

—Perdona, hermano, pero es así por el momento. —Robert lo miró con una media sonrisa—. La muchacha no es de aquí, miente muchísimo, está asustada y no tiene ni idea de lo que está haciendo.

—¿Dónde está? —preguntó William—. ¿La habéis retenido?

—Sí —intervino James—. Está en la torre norte, pero no te preocupes, está bien atendida.

—No es de aquí, William —repitió Robert, acentuando las palabras mientras miraba fijamente a su amigo—. No es de aquí.

—¿Qué estás insinuando, Robert? —William se acercó más para observarlo mejor, la actitud de su siempre sereno Robert lo estaba inquietando un poco—. ¿Qué está sucediendo?

—Lo que estás pensando —confirmó Robert—. No tengo dudas sobre ello. No sé de dónde ni de cuándo, pero no es de aquí.

—¿Qué os ocurre? —James se levantó de un salto—. Por supuesto que no es de aquí, ya ha dicho ella que viene del continente. William, no tienes buen aspecto, ¿te encuentras bien?

William Forterque-Hamilton se sentó, se aferró al dosel de su cama y tuvo que reprimir las náuseas y el mareo. ¿Qué sucedería ahora con Elizabeth?

—¡Will! —Robert y James se le abalanzaron para sujetarlo, pero él los rechazó, zafándose y bramando como un toro.

—¿Qué demonios significa esto, Robert?! ¿Qué ocurrirá con mi mujer ahora?! ¡Mierda! —Con un gesto brusco, se arrancó la camisa húmeda que llevaba puesta y buscó en un baúl una limpia y seca—. ¡James! coge tu caballo, ve a Eton y trae al maestro Ulrik, dile que es urgente. Robert, llévame a ver a esa gente.

James no entendía nada de lo que estaba sucediendo, las palabras en clave de Robert, el desconcierto de su hermano, la tensión, ¿qué ocurría allí que no alcanzaba a comprender?

—¡Un momento! —rugió, harto de tantos misterios—. ¿Qué demonios está sucediendo, hermano?

Robert y William guardaron silencio y cruzaron una elocuente mirada.

—No es de este tiempo —le dijo su hermano tranquilamente—.

Es de otra época, James, al igual que mi Elizabeth. Debe de ser una pariente lejana que usó el medallón para llegar hasta aquí. Ahora debo averiguar en qué afecta esto a mi esposa, así pues, corre y trae al maestro antes de que anochezca.

—¿Por qué estáis tan seguros? —preguntó James, aturdido por las palabras de su hermano—. ¿Y si no es más que una patraña? ¿una trampa?

—Lo sé, basta con oírla hablar —respondió Robert—. ¿Por qué habría de ser una trampa?

—Marian de Lancaster puede haber viajado al futuro y ordenado a esa muchacha que llegara hasta aquí, ganara nuestra confianza y finalmente atacara desde dentro, en nuestra propia casa. Es perfectamente capaz de preparar algo así.

—Tiene acento estadounidense —replicó Robert, pensativo—.

Eso es innegable, además de un aspecto muy particular, un aire familiar... Si es pariente de Marian, también lo es de Elizabeth. Lo siento —dijo de repente, observando como aquel comentario había oscurecido la mirada de su amigo—. Debe de ser extranjera, su inglés es muy característico.

—Creo que mi hermano podría tener razón. —Lord Forterque se puso una chaqueta de cuero y se encaminó hacia la puerta—. Iré a verla, le echaremos un vistazo y luego decidiremos. De momento, James, ve a Eton lo más rápido que puedas, por favor.

* * *

Cuando Madeleine consiguió controlar el llanto, había pasado al menos una hora. Tenía los ojos hinchados y el vestido empapado porque, a falta de pañuelos, había tenido que utilizar su falda para secarse las lágrimas.

La pregunta era, ¿qué debía hacer? En medio de un ataque de pánico, consideró la posibilidad de que, si se ponía a hablar de viajes en el tiempo, hechizos y medallones, tal vez sus enemigos la retuvieran acusándola de brujería, en aquellos años era perfectamente probable; y, al final, solo conseguiría acabar con sus huesos en una hoguera.

La suya era una verdad demasiado compleja para aquellas gentes, aunque Robert Wilson parecía un hombre sensato e inteligente, ¿cómo podría creerle? ¿Y el duque? Aquel tipo no querría tener a una mujer tan extraña en su castillo, en el mejor de los casos, ordenaría la expulsión de sus tierras. Y entonces, ¿qué haría ella en aquellos confines, completamente vulnerable?, ¿qué ocurriría con John?

Había escuchado a alguien comentar por lo bajo que el duque vivía desolado por culpa de su mujer, tal vez se trataba de un matrimonio mayor, supersticioso, desconfiado... ¡Maldita sea! Necesitaba encontrar una historia creíble, y pronto, si aspiraba a salvar su vida y la de su hermano.

La puerta se abrió, y Madeleine se puso de un salto lo más cerca de la ventana que pudo, justo en el ángulo contrario a la entrada de la torre. Si corría algún peligro, quería tener tiempo para defenderse.

Los dos hombres que entraron la buscaron con la mirada. Uno era Robert Wilson, el otro, imponente, era un hombre joven, alto, tanto como el “amo James”, y verdaderamente hermoso, el pelo largo hasta los hombros, con visibles reflejos dorados, cuerpo de atleta, y unos ojos celestes enormes y brillantes que la miraban desde un rostro varonil, bronceado por la vida al aire libre. Madeleine se sintió inmediatamente intimidada por su presencia y clavó la vista en el suelo.

—Señorita Anthony —dijo Robert Wilson—, este es el duque de Forterque, nos gustaría hablar con usted.

Así que ese era el Duque de Forterque.

—Buenas tardes —contestó con un hilo de voz—. La verdad es que no quería molestarlo, señor Forterque, creo que todo esto es un malentendido.

—Eso hemos venido a aclarar.

—Pues, la verdad, me siento muy confundida.

—¿Qué motivo la ha traído hasta mis tierras?

—He venido a buscar a una pariente lejana —contestó sin titubear—. Pero ya me han informado que estoy muy lejos de su propiedad. Por pura casualidad, llevaba encima unos documentos que inculpan a mi pariente de conspiración contra lord James, y creo que eso me convierte en peligrosa ante sus ojos, pero le juro por Dios que no tengo nada que ver con esas cartas, y mi hermano tampoco.

William miró de reojo el cuerpo que yacía en la estrecha cama. Se trataba de un tipo alto y fuerte, solo podía ver su pelo oscuro y ondulado, y la enorme venda que seguramente el doctor Pitt le había puesto alrededor de la cabeza, pero era evidente su potente complexión física. Suspiró y volvió su atención a la jovencita de ojos oscuros que lo observaba aterrorizada.

—¿De dónde proviene, Madeleine?

—De muy lejos, señor...

—No tengo demasiada paciencia, milady, queremos una respuesta ahora mismo. —La autoridad de aquel individuo la hizo titubear—. Sea sincera.

—Filadelfia —dijo al fin desplomándose, derrotada, contra la pared—. Estados Unidos.

El silencio se apoderó de la pequeña habitación circular, y Madeleine creyó que hasta podía oír los latidos acelerados de su corazón. Ninguna de aquellas dos personas pronunció palabra, ni siquiera se movieron de su sitio.

—Muy bien —dijo Robert Wilson, se movió un poco e intentó mirarla a los ojos—. Le informo que somos conscientes de cómo ha llegado hasta aquí, señorita. Lo que no sabemos es el porqué de su llegada y en qué nos afecta su presencia en esta casa.

Madeleine McDonaldson se irguió y estiró la falda con bastante dignidad, se atusó el pelo y cuadró los hombros. A su derecha, William Forterque la observaba con una tristeza en la mirada que la conmovió.

—¿De que año viene, Madeleine? —preguntó Robert Wilson.

—1920.

—¿Y cuál ha dicho que es su nombre? —Wilson entornó los ojos sin perderla de vista, la muchacha era lamentable mintiendo.

—Madeleine Anthony, señor. Ya lo he repetido varias veces —dijo sin mucha convicción.

—Pues verá, señorita, no hay nadie con ese apellido en la línea de sucesión de los Lancaster. Ni en 1920, ni antes, ni después. Conocemos a

la familia a la perfección, de la misma manera que sabemos de la existencia del viaje en el tiempo. Díganos su nombre verdadero y ahórrenos un poco de tiempo.

—McDonaldson, Madeleine McDonaldson, señor.

—¿Y por qué miente tanto? —Robert la observó discurrendo rápido: McDonaldson, Filadelfia, 1920, todo encajaba. Se volvió y miró a William con los ojos muy abiertos.

—McDonaldson —susurró el duque con su profunda y modulada voz—. Mary McDonaldson, casada con Peter Hall, madre de Elizabeth Hall, la abuela de Ellie...

—¿Cómo sabe eso? —Madeleine estaba realmente sorprendida de que aquel individuo del siglo XVI conociera a su hermana, su cuñado y a... ¿Elizabeth Hall? ¿su sobrinita?—. ¿Qué me está diciendo?

—Desde que ha tomado contacto con el medallón de los Lancaster y lo ha puesto en marcha, ya nada es lo que parece, señorita McDonaldson —terció Wilson caminando a su alrededor.

—¿Conoce el medallón? —Demasiada información, demasiados datos, y todo de golpe, de pronto un mareo empezó a invadirle la cabeza.

—Por supuesto —contestaron los dos al unísono.

Madeleine no consiguió quitarse el gesto de estupefacción de la cara durante la media hora que siguió. William Forterque se sumió en un ensimismamiento profundo, mientras Robert Wilson se dedicaba a explicarle, de manera muy resumida los acontecimientos que precedían su llegada a la Inglaterra de 1537.

Madeleine comprendió entonces la tristeza del duque, que había conocido en Nueva York a Elizabeth Butler, bisnieta de su hermana Mary, tras ser enviado al siglo XXI por el encantamiento de una hechicera. La joven lo había ayudado a volver a su época. Se habían enamorado, casado y esperaban un hijo cuando su pariente, Marian de Lancaster, había obligado a la pareja a separarse, al poner en peligro de muerte a Elizabeth y a su bebé. Hacía algo menos de un año que Elizabeth Forterque-Hamilton había regresado al futuro por su seguridad, y su marido penaba su tristeza en 1537, esperando el momento y la forma de recuperarla.

—Pero ¿por qué la condesa de Lancaster querría matar a la señora Forterque? —preguntó Maddy conmovida por la historia, mirando de reojo al duque—. Lo siento, no entiendo, es todo tan confuso, señor Wilson...

—Por intereses políticos, sociales, por venganza... Esta es una época oscura, señorita, dudo mucho que pueda explicarle la complejidad de la situación en pocas palabras. El caso es, ¿qué hacemos con vosotros ahora?

—¿Cómo? —Maddy se puso tensa, obviamente aquella familia era enemiga acérrima de los Lancaster y jamás querría tenerla entre sus paredes—. No sé qué responder...

—¿Por qué hizo el viaje?

—Fue un experimento —contestó sincera, ya no podía adornar la realidad, estaba atrapada y no pensaba mentir—. Mi época tampoco es sencilla, señor Wilson, alguien me habló del medallón, mi hermana me lo entregó e hice la prueba; soy una imprudente, lo sé, pero le juro que jamás pensé, seriamente, en que esto funcionaría.

—Lo correcto ahora sería mandarla a la casa de los Lancaster, señorita —dijo Robert Wilson—. Tenemos demasiadas preocupaciones como para mantenerla en este castillo. ¿Dónde tiene el medallón?

—No lo tengo conmigo. —La sola mención de dejar el castillo la asustaba, era absurdo, llevaba allí solo unas horas, pero no quería enfrentarse a más sorpresas—. Lo perdí en el jardín de casa en el momento de iniciar el viaje, cuando un viento tremendo me envolvió y me lo quitó de las manos. Supongo que está en el siglo XX, señor.

Robert y William cruzaron una mirada imperceptible que la congeló de pies a cabeza. Aquellos hombres querían deshacerse de ella, la echarían a la calle o la mandarían con Marian de Lancaster. ¿Qué podría hacer, negarse? Sintió pánico, al parecer, la sola mención del nombre de aquella mujer la aterraba. Pero ¿por qué? Hacía tan solo unas horas, su único deseo era encontrarla.

—Por favor, señores. —Se levantó con la voz temblorosa—. Solo quiero volver a casa, además...

—¿Hay algo más?

—Mi hermano viajó conmigo de forma involuntaria, él me sorprendió en medio del proceso e intentó retenerme, pero al final se trasladó conmigo y ni siquiera sabe dónde está. Debemos volver a nuestro tiempo.

—¿Sí? ¿Y cómo demonios pretende hacerlo sin el maldito medallón? —William Forterque abandonó de pronto su silencio y se levantó, llenando con su envergadura el pequeño recinto, y haciendo temblar a Madeleine—. Lo único que me preocupa ahora es saber si su estúpido

“experimento” puede afectar en algo el regreso de mi mujer, jovencita.

—¡William! —Robert se interpuso entre ambos—. Cálmate, por favor, es evidente que la muchacha no es la culpable. Nació casi cien años antes que Elizabeth, no podía saber nada de esto... Creo que lo mejor es mandarla al castillo de los Lancaster, Marian se ocupará de ella. —Se volvió hacia la pálida Madeleine y agregó—: Después de todo, usted es su pariente, señorita, se lo haremos saber, y no le hará ningún daño.

—Supongo que no tengo elección.

—En efecto, no la tiene.

—Un momento —intervino de pronto William Forterque—.

Ellie no querría esto, jamás permitiría que la dejara en manos de aquella bruja.

—¿Estás seguro? —Robert lo cogió por el codo e intentó buscar su mirada—. Ella no es nuestro problema, y su hermano, tampoco; creo que Elizabeth lo comprendería.

—No, Robert, no lo permitiría nunca. De modo que continuará bajo mi protección, señorita —se dirigió a Madeleine mirándola con aquellos impresionantes ojos celestes—. Al menos hasta que encontremos una solución a su problema, y hasta que su hermano se recupere. Espero que sepa que solo lo hago en honor a mi esposa, si por mí fuera, saldría ahora mismo de mis tierras.

Antes de que Madeleine pudiera articular un agradecimiento, el Duque y su acompañante abandonaron la torre.

VIII

Cuando Madeleine era pequeña, su padre la sentaba en sus rodillas, y le contaba largas y apasionantes historias sobre la vieja Escocia, Inglaterra, Irlanda. Su familia había llegado hasta los Estados Unidos desde Inglaterra tan solo cien años antes de su nacimiento, y Maddy había crecido en medio de historias familiares, cuentos, anécdotas e innumerables leyendas que alimentaron su imaginación durante la infancia.

Ahora se encontraba atrapada en el siglo XVI, prisionera en una torre de piedra en medio del castillo de un poderoso Duque, que estaba casado con una descendiente suya nacida en el siglo XX. Los acontecimientos la desbordaban, y ni su imaginación ni sus sueños eran capaces de hacerla asimilar semejante realidad.

—¿Madre? —John se revolvió en su lecho, y Maddy corrió a su lado para atenderlo—. ¿Eres tú? Me duele la cabeza, tengo sed.

—John, bendito sea Dios, soy Madeleine. Tranquilo, no te muevas...

John McDonaldson intentó incorporarse, pero un rayo le partió el cráneo de lado a lado; se volvió un poco y vomitó sobre una palangana que su hermana había puesto, oportunamente, a su alcance.

—Dios mío, me duele todo el cuerpo, ¿qué demonios...? ¿Me ha pasado un tren por encima? ¿Dónde está mamá?

—No estamos en casa, hermano. —Maddy se acercó para limpiarle la boca con un poco de agua y decidió soltarle inmediatamente la verdad—. ¿Te acuerdas de algo? Estábamos en el jardín, tú intentaste ayudarme...

—Oh, mierda, sí, ¿qué diantres estabas tratando de hacer, Madeleine, por el amor del cielo? —Abrió con dificultad los ojos y recorrió lentamente las cuatro paredes de piedra que los cercaban, miró el alto techo, la ausencia de luz, la pequeña ventana y a Maddy vestida como una campesina—. ¿Dónde estamos?

—En un castillo de Inglaterra.

—¿Qué?, ¿cuándo?, ¿cómo? —Se apoyó en los codos para mirar mejor su humilde morada, y el corazón empezó a latirle con fuerza, algo iba muy mal—. ¿Adónde demonios me has traído, insensata?

—Estamos en el siglo XVI, John, en el castillo de un noble, el Duque de Forterque. El medallón funcionó, y viajamos en el tiempo.

—¿Qué?! — John estuvo a punto de sufrir un infarto. Se sujetó a los bordes del camastro y comenzó a respirar hondo para controlar su pánico. Miró a su hermana con furia y, antes de poder hablar, las náuseas lo atacaron nuevamente.

—Lo siento, de verdad lo siento... —Maddy se arrodilló a su lado llorando desconsoladamente—. No tenía que suceder así, tú no tenías que venir conmigo, ha sido un accidente, no ha sido mi culpa... Lo siento tanto...

—Pero ¿en qué estabas pensando, mocosa?! ¡Dios mío! ¿De modo que todo esto es verdad? ¿Y ahora qué haremos?

La puerta de la habitación se abrió de golpe e interrumpió sus gritos, Maddy se volvió asustada, y John guardó silencio de inmediato.

Una hermosa joven, alta y rubia, hizo su entrada triunfal acompañada por dos fornidos hombres que cargaban, a duras penas, con una bañera de hierro llena de agua caliente, y dejó a los dos hermanos sin palabras.

La mujer les sonrió con mucha dulzura y roció sobre el agua humeante aceite de violetas, cuyo aroma inundó inmediatamente el pequeño recinto. Maddy lo aspiró y sonrió agradecida.

—Buenos días —dijo la joven con un educadísimo acento—. Me llamo Mary, soy hermana del Duque de Forterque. Pensé que querrían darse un baño. —Observó al hombre echado sobre el camastro y desvió rápidamente la mirada—. Veo que ya se ha recuperado, milord, haré que le traigan ropa y algo de comida.

—¡Dios mío! —respondió Madeleine emocionada—. Es usted un ángel, señora, muchísimas gracias. Mi hermano acaba de despertar, creo que necesita ayuda.

Mary Forterque la observó con ternura y, sin dejar de sonreír, se acercó al enfermo, lo incorporó y lo acomodó sobre las almohadas con la ayuda de sus dos sirvientes. Con aire profesional, se inclinó sobre John y le quitó las vendas viejas, examinó con atención la herida y la limpió con un pañuelo que llevaba entre sus ropas. John creyó que estaba en el cielo; el suave aroma a rosas de aquella joven le llegó a la nariz de forma deliciosa, y la suavidad de sus movimientos lo impresionó; la contempló extasiado durante unos segundos mientras ella se ocupaba de la herida.

—No es nada —sentenció Mary, acostumbrada a terribles heridas de guerra, de caza o de justa que solía curar a sus hermanos y a sus empleados sobre la mesa de la cocina—. Es evidente que ya se encuentra bien, milord, tal vez quiera sumergirse en la bañera, eso ayuda siempre.

—Sí, gracias —contestó John con la voz pastosa, Dios sabía cuánto tiempo llevaba sin bañarse, seguramente olía a demonios, y eso lo avergonzó un poco delante de aquella mujer que tenía la cortesía de llamarlo “milord”. Miró a su hermana con furia, y Maddy le sonrió.

—Estoy de acuerdo, señora, creo que le vendrá estupendamente, yo puedo esperar. John, ¿crees que podrás levantarte solo? Señorita, le agradecería que me permitiera salir un momento, para darle un poco de intimidad.

—Por supuesto, Hugh se quedará para asistirlo, es uno de los ayuda de cámara de mi hermano; no se preocupe, milord, él lo auxiliará. Paul, por favor, baja a la cocina, pide la ropa limpia que dejé preparada para el señor McDonaldson y tráela en seguida. Señorita McDonaldson, la acompañaré fuera.

Una vez fuera del recinto, Maddy respiró hondo el aire limpio que subía desde la escalera y suspiró agradecida, porque la oportuna aparición de Mary Forterque-Hamilton en la habitación había evitado, milagrosamente, el estallido de ira de su hermano.

—Le he traído alguna ropa de mi cuñada —le dijo Mary después de cerrar la puerta a sus espaldas—. Mis hermanos me advirtieron que compartíais la misma complexión física y, ahora que la conozco, estoy segura de ello. Son prendas sencillas y calientes.

—Muchas gracias, no quiero molestar, agradezco muchísimo su hospitalidad.

—Estoy segura de que a mi cuñada le gustaría que usted tuviera esta ropa.

Minutos más tarde, sería la propia Madeleine la que se sumergiría en otra deliciosa bañera llena hasta arriba de agua perfumada de violetas. John seguía en su habitación, masticando a solas su desconcierto, mientras ella había sido instalada en un cuarto contiguo con una bañera y ropa limpia. Se lavó el pelo con un aceite aromático y se pasó más de media hora relajándose con la mente en blanco, sin pensar, solo disfrutando del contacto con el líquido, los aromas que la envolvían y la maravillosa sensación de sentirse limpia.

Antes de que el agua se enfriara, se secó, se puso la agradable ropa de lana de Elizabeth Forterque y se sujetó el pelo en una sencilla trenza. Cuando Mary regresó, Maddy la esperaba de pie junto a la puerta, con todo perfectamente ordenado y recogido.

—¿Lo ha disfrutado? —preguntó la joven noble—. Tiene un aspecto magnífico, señorita.

—Ha sido maravilloso, muchas gracias y, por favor, llámeme Madeleine, se lo suplico.

—Bien, Madeleine, muy bien. —Mary giró y le regaló una amplia sonrisa—. Usted puede llamarme Mary, si lo desea.

Maddy estaba agradeciendo su gesto de amistad con innumerables palabras de cortesía cuando la puerta se abrió, y entró James Forterque, casi tropezando con la doncella que en aquel momento salía con la toalla y la ropa sucia camino del lavadero.

—¿Está lista? —le preguntó a su hermana, mientras Maddy se sonrojaba hasta las orejas impresionada por el porte del atractivo caballero—. William dice que ya es hora.

—Sí, ya estamos listas, James. —Mary miró a Maddy animándola a que los acompañara—. Nos esperan en el salón, Madeleine.

—¿Dónde? ¿por qué? —Madeleine se puso tensa, cualquier cambio en su situación la aterraba—. ¿Dónde está mi hermano?

—Ya está allí. Simplemente quieren hablar con ustedes, señorita McDonaldson —respondió James mirándola directamente a los ojos—. Además, le vendrá bien airearse un poco, ¿no cree? Mi hermano la espera abajo, vamos.

* * *

—Bien, pues, ¿qué haremos con ustedes dos?

William Forterque-Hamilton permanecía de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, de espalda a la enorme chimenea del salón.

John McDonaldson aún no salía de su asombro y, aunque un mareo pertinaz le atenazaba la cabeza, seguía de pie para enfrentarse a aquel Duque del siglo XVI. No afrontaría su suerte sin pelear, de eso estaba seguro; y aunque la irresponsable de su hermana no tuviera soluciones para su insólita situación, él las encontraría y negociaría con aquellas primitivas gentes para

conseguir regresar en seguida a su tiempo.

Robert Wilson, el hombre de confianza de su anfitrión, lo había puesto al día de forma muy resumida acerca de las circunstancias que habían precedido su llegada al siglo XVI. El relato incluía una increíble historia sobre más viajes en el tiempo, donde la viajera había sido la esposa de William Forterque-Hamilton, que en aquel momento estaba perdida en el futuro, de donde, por cierto, provenía. Como si eso fuera poco, una intrincada red de lazos familiares lo convertía a él en el descendiente lejano de una pérfida condesa, dueña y creadora del famoso medallón que había usado la alocada Madeleine para arrastrarlos a aquella época. Solo pensar en ello, le aumentaba el dolor de cabeza, así que había preferido guardar silencio y esperar.

—¿Está usted segura, señorita, de que el medallón se quedó en 1920?

—Sí, señor. Lo perdimos en el tránsito, ¿No te acuerdas, John?

—¿Yo?, en absoluto, estaba cegado por el viento que nos envolvía.

—El caso es que no sabemos aún en qué ha podido afectar su viaje en el tiempo al regreso de mi esposa, por lo tanto, no haremos nada hasta averiguarlo.

—¿Cómo que no? —John interrumpió a William descaradamente y provocó una mirada furibunda de su interlocutor—. Lo siento, señor, pero no podemos permanecer aquí más tiempo. Nuestra familia debe de estar desolada, yo tengo un trabajo, una vida...

—Señor McDonaldson —terció Robert para aplacar a William—. Entendemos perfectamente su postura, pero debe comprender que su presencia aquí es absolutamente fortuita, no es nuestra responsabilidad. Salvo la hospitalidad que amablemente lord Forterque se ha prestado a ofrecerle a usted y a su hermana, no podemos hacer más de momento. El viaje en el tiempo, sin los instrumentos necesarios, no es tan sencillo.

—¿Qué instrumentos? Madeleine, maldición, ¿cómo diablos nos hiciste viajar? No me digas ahora que has perdido la... —De golpe comprendió todo: el medallón era la llave; sin el medallón, estaban perdidos. Maldita sea, mataría a aquella mocosa.

—No hace falta blasfemar, señor —James, que hasta el momento permanecía impertérrito a espaldas de su hermano, se levantó lentamente para acercarse a la diestra de William, no le gustaba el tono empleado por aquel individuo—.

Hay damas presentes.

El silencio se extendió por la estancia durante unos largos segundos que a McDonaldson le parecieron siglos. A medida que transcurrían las horas, iba asimilando a pasos agigantados su situación y una realidad que no hacía más que inquietarlo.

—¿No podemos conseguir el medallón en esta época? —Maddy intervino temblando, se sentía tan culpable y estúpida—. Quiero decir, si ha llegado a mi época, su origen está en esta, ¿no es así? ¿No hay forma de llegar hasta él para hacernos regresar a nosotros y traer a su esposa? No lo sé, tal vez sea una idea estúpida, después de todo.

—La joya está en manos de la Condesa de Lancaster, enemiga acérrima de mi familia, señorita, es imposible acceder a él.

—¿Por qué no? —Ulrik de Armagh acababa de entrar en el gran salón, vestido íntegramente de blanco. Los seis se volvieron para verlo entrar—. Siento el retraso, milord, estaba analizando el asunto y creo que ya tengo una conclusión.

—Él es el maestro Ulrik —explicó William a sus huéspedes—.

Es la única persona que puede lanzar un poco de luz sobre todo este embrollo. Maestro, lo escuchamos.

—Gracias, milord. Hemos realizado en total tres viajes en el tiempo, y solo uno con el medallón de los Lancaster. Estimo que, usando nuestros propios métodos, podemos ir a buscar a lady Elizabeth y al pequeño, y traerlos de regreso. Y si conseguimos llegar al medallón de Marian, podemos mandar a esta familia a su siglo sin interferir en nuestros proyectos. Por otra parte, si tuviera la joya —a la original, me refiero—, podría potenciar el éxito de nuestro tránsito. La partida de tu esposa se realizó con riesgos, no quisiera correrlos con el retorno de vuestro primogénito. Necesitamos esa joya si queremos asegurar la vuelta de tu amada esposa, milord, debemos conseguirla, y todo estará solucionado.

—Perfecto —dijo James—. Pero dígame, querido maestro, ¿cómo diantres nos haremos con ella?

—Ellos pueden ayudarnos. —Con un gesto teatral, apuntó a Madeleine y John McDonaldson.

—¿Crees que ya llegó la hora de ir a por mi mujer, maestro? —intervino William, emocionado, hacía tanto tiempo soñaba con aquel momento. Una serie de intrigas, peligros y desquiciantes venganzas habían impedido que

fuera a buscar a Ellie y al bebé, pero él había superado uno a uno todos los obstáculos. ¿Sería aquel el momento adecuado?

—Querido William —susurró el maestro con cariño—. Lo haremos pronto, te lo prometo, pero necesito el medallón, y estas personas no pudieron haber llegado en mejor ocasión. Tenemos que conseguirlo, y tu esposa estará a tu lado.

* * *

Para el viejo druida la cuestión estaba bien clara. Hombre cauto y normalmente sereno, había decidido hacía meses que Elizabeth Forterque-Hamilton debía permanecer en el año 2005 hasta conseguir liberar a la familia de la loca venganza de Marian de Lancaster, que buscaba llevar el deshonor, la ruina y la muerte a la dinastía Forterque.

Con mucho esfuerzo, William y James habían conseguido limpiar el nombre de la familia delante del Rey, de manera que el honor de los Forterque-Hamilton estaba limpio, pero Marian seguía conspirando a sus espaldas para hacerles daño, y Ulrik sabía que el mejor instrumento para atentar contra William era Elizabeth.

William le había obedecido ciegamente y había mandado a su adorada mujer, embarazada, de vuelta al siglo XXI, y de aquel modo le habían salvado la vida. Aunque languidciera de pena por los rincones y se estuviera muriendo en vida por la ausencia de Ellie, aquella había sido la decisión correcta. Sin embargo, Ulrik sabía que el momento se acercaba, y que debía conseguir traer a la Duquesa de regreso, pero para ello necesitaba el conjuro del medallón. Por un milagro del cielo, Madeleine y John McDonaldson habían llegado para ayudarlos en su empresa y había que aprovechar tan valiosa oportunidad.

—Vuestra tarea será acercarse a su pariente y conseguir el medallón de los Lancaster —sentenció Ulrik con sus ojillos brillantes—. Así podrán regresar a su tiempo.

—¿Acercarnos? ¿Cómo? —John oía con atención, era un buen trato, buscar a su pariente, pedir el medallón, volver a Filadelfia y quedar en paz con todos.

—Eso es una locura, con perdón, maestro. —James, que conocía a la Condesa, sabía que la aventura no sería nada sencilla.

—No lo es, confía en mí —repuso el anciano—. Recuerda que son sus parientes. Marian conoce los viajes en el tiempo y los recibirá. Una vez en sus dominios, les será sencillo conseguir el medallón, luego los ayudaremos a salir y usaremos la joya.

—Muy bien, iré yo. —John cuadró los hombros y se enfrentó a la mirada de lord Forterque, de pronto se dio cuenta de que William y su hermano eran muy altos y tremendamente fuertes, seguro que podrían ayudarlo—. Madeleine no tiene por qué ir, ¿verdad? Vamos, pues.

—Debemos trazar un plan —intervino Robert Wilson—. A finales de mes, la condesa estará de caza con la corte, deberíamos ir a Londres cuanto antes.

—¿En qué mes estamos? —Maddy recordó que había iniciado su viaje el 20 de septiembre del año 1920—. Creo que es una buena idea que vaya yo. Tal vez confíe más en una mujer. Al fin y al cabo, eligió legar el medallón a las mujeres de su familia.

—Estamos a 2 de septiembre. ¿Estáis seguros de que queréis ayudar? —preguntó William.

—Por supuesto, es por el bien de todos, pero quien irá seré yo —respondió John.

—No, la señorita tiene muchísima razón —interrumpió Wilson—. William, ella está en lo cierto, confiará más en una mujer de su familia.

—De acuerdo. —William se pasó la mano por la cara, estaba agotado, pero la esperanza de recuperar a Ellie le había inyectado una enorme dosis de energía—. Irá usted, Madeleine. James la llevará a Londres y la acompañará hasta que pueda regresar aquí con la joya, recuerde que tenemos muy poco tiempo y debemos darnos prisa. Señor McDonaldson, cuidaremos de su hermana, usted puede esperar aquí.

—No permitiré que se exponga a mi hermana de esta forma.

—No eres nadie para impedir nada, John. —Maddy se cruzó en su campo visual, envanecida por la tarea que acababan de encomendarle. Con suerte, colaboraría en el regreso de lady Forterque y conseguiría, de paso, la vuelta de ellos a casa. Dos pájaros de un tiro, y la oportunidad, impagable, de subsanar el daño que había infringido a tanta gente—. Tengo veintidós años, soy adulta, iré yo, y se acabó.

—¿Cómo te atreves, mocosa? —John, ofendido hasta los huesos,

avanzó hacia la joven con malísimas intenciones, pero William Forterque-Hamilton se le adelantó; se le puso a un palmo de su nariz y lo miró directamente a los ojos.

—Irá ella. Esa es su decisión y la mía, y aquí, señor, el que tiene la última palabra soy yo.

—¡Señor, me ofende! —No podía creer que aquel salvaje de pelo largo le hablara en aquel tono—. Exijo...

—Usted no exige nada, caballero. —James se le acercó y le habló calmadamente en el oído. A aquellas alturas, el Duque de Forterque había abandonado el salón sin hacer caso de sus protestas, seguido de cerca por Wilson y el maestro Ulrik—. Y, como vuelva a dirigirse de esa manera a su hermana, se las verá conmigo, ¿me oye?

Madeleine levantó la vista para mirar de soslayo al joven James con el corazón escapándosele por la garganta. Nunca nadie había actuado de manera tan gentil con ella, y quiso agradecer el gesto, aunque a él, que en aquel momento dedicaba toda su atención a enfrentar a su hermano, sus emociones le importaran bien poco. Era más bien una cuestión de principios que de galantería, estimó Maddy, pero aun así bajó la vista con una sonrisa enorme dibujada en sus labios.

Escoltada de cerca por James Forterque-Hamilton, Madeleine bajó por primera vez los escalones de piedra camino al patio central del castillo. Delante de ella, Mary descendía veloz y segura en silencio, mientras James, a su espalda, hacía esfuerzos por no chocarse con ella en su lento e inseguro recorrido.

Finalmente, el patio se abrió ante ellos, y Maddy pudo admirar la intensa actividad de los habitantes de la fortaleza, y la numerosa cantidad de cerdos, perros, patos y gallinas que campaban a sus anchas entre los atareados residentes.

Irregular y enorme, aquel espacio estaba rodeado por la construcción cuadrada del castillo medieval; a su derecha, una galería de piedra, llena de sacos apilados contra la pared, daba paso a dos grandes arcos —puertas, en la práctica—, que llevaban a la cocina y a otras dependencias grandes como almacenes. A su izquierda, pudo divisar un gigantesco portón, abierto de par en par, donde en aquel momento se registraba un agitado tránsito, con entrada y salida de caballos y carros. Por último, a lo lejos, se alcanzaba a ver, verde y exuberante, el campo por donde ella había entrado. Caminó con la boca

abierta observando aquella estampa de la vida inglesa del siglo XVI, una postal viviente de sus mejores sueños.

El viaje a Londres se organizó en cuestión de horas. Mary se ocupó de su ajuar, que incluía dos vestidos, un camisón de dormir, un abrigo y algunos artículos de aseo, todo, propiedad de la ausente Duquesa de Forterque, mientras William y Robert intentaron advertirle sobre la peligrosa mujer con la que se encontraría en la capital. Resumieron en pocas frases las intenciones de Marian de Lancaster, viuda del Conde de Lancaster y actualmente esposa de un hermanastro bastardo de Enrique VIII, un tal Charles, aunque había sido amante del soberano inglés desde su más tierna infancia.

Antigua amiga de William y su familia, había desarrollado un odio acérrimo hacia la familia Forterque-Hamilton, concentrado en Elizabeth. Entre otros ataques, la había secuestrado e intentado matar, en fin, podía decirse que su mayor deporte era destruir a los Forterque, y que esa afición suya estaba motivada por una antigua venganza personal hacia el propio William, que la había rechazado en diversas ocasiones como amante.

—¿Estamos seguros de que ella me recibirá? —preguntó a William Forterque antes de su partida—. Es lo único que me inquieta. Del resto, ya me ocuparé yo, milord, créame, vengo de una familia muy complicada...

—Por supuesto que la recibirá. —William bajó la vista y la observó con una sonrisa—. Ella es muy ambiciosa y pensará en usted como en una buena moneda de cambio, ya sabe, matrimonios, alianzas, divertimento para su agitada vida palaciega... Esos eran los planes que trazó para mi esposa en cuanto supo de su existencia. Pero no se alarme, si todo marcha bien, la sacaremos de ahí antes de que la obligue a aceptar un marido.

—Eso espero. —Maddy sonrió por primera vez delante del Duque—. Porque no quiero casarme aún.

—Si hay suerte —intervino James—, en dos días, habrá encontrado el medallón, y dentro de una semana, estaremos de regreso.

Alto e imponente, vestido con ropa de viaje y recién afeitado, parecía un ángel descendido del cielo. Maddy sintió un extraño nudo en el estómago al mirarlo, porque, estaba claro, aquel hombre la hacía temblar cada vez que se le acercaba.

—Tampoco hay que precipitarse; prudencia ante todo, Madeleine, no se exponga demasiado —dijo William mientras los acompañaba hasta el

carruaje. Dio un abrazo a su hermano y tocó suavemente el hombro de Madeleine. Robert y Mary se encontraban ya junto a la puerta para despedirlos—. La veré pronto, señorita McDonaldson, proceda con cautela y no se preocupe, cuidaremos de su hermano.

* * *

John McDonaldson había tenido que tragarse a duras penas su orgullo y aceptar, de mala gana, los desquiciados planes de su hermana y de aquella familia. Al fin y al cabo, era un huésped inesperado de aquellas gentes y estaba a su merced. ¿Qué podía hacer? Si Madeleine no se dejaba proteger y se embarcaba en una locura semejante, en la Inglaterra de Enrique VIII, ¿quién era él para evitarlo? Nadie, solo su maldito hermano mayor.

Finalmente había visto marchar la comitiva, con aquel individuo, James Forterque-Hamilton, a la cabeza, y se había resignado a esperar pacientemente a que fuera su irresponsable hermanita la que consiguiera la llave para volver a casa.

—Señorita Forterque —dijo al encontrarse con aquella guapa mujer en el jardín trasero del castillo. Llevaba horas paseando por la fortaleza y se alegró de ver a alguien “civilizado” por ahí—. ¿Puedo ayudarla?

—Oh, no es necesario —contestó Mary, algo turbada con su presencia. Había estado recolectando hierbas para la cocina, y ahora su canasto estaba lleno y pesado—. Pero muchas gracias, de todos modos.

—Hay mucha gente por aquí, ¿verdad? —preguntó curioso—. ¿Cuántas personas viven en el castillo?

—Dentro del castillo, alrededor de cuarenta o cincuenta, señor, pero entre los arrendatarios y los trabajadores, más de trescientas.

—Una propiedad enorme, sin duda.

—Eso creo.

—¿Y que hacen aquellos niños? —Al final del patio, al lado de las gigantescas caballerizas, varios niños y adolescentes jugaban con espadas de madera.

—Ah, eso. —Mary desvió su mirada azul hacia el animado grupo de muchachitos—. Se están entrenando. James, mi hermano, les enseña a diario el uso de las armas, pero como se ha ido, Peter lo reemplaza.

—¿Entrenando?

—Claro, aquí desde muy jóvenes aprendemos a usar armas, milord, es algo básico. Ya sé que para usted puede resultar insólito, mi cuñada Elizabeth opinaba que era una barbaridad, pero para todos nosotros es una necesidad. No hay nadie en nuestras tierras que no sepa defenderse, usted ya sabe, desenvainar una espada, usar un arco, una ballesta o una daga, por ejemplo.

—¿Las mujeres también?

—Por supuesto. —Mary lo miró risueña—. Todas las manos son necesarias, milord. ¿No le gustan las armas?

—Bueno, yo... — John miró a Mary algo sorprendido por aquella revelación. Aunque aquella joven era alta, tenía un aspecto muy frágil, los hombros y la cintura estrechos, un rostro dulce y angelical, no se la podía imaginar blandiendo una espada contra un atacante—. Yo soy del equipo de esgrima de mi Club en Filadelfia, competí en el equipo de la Universidad; me gustan los sables y los floretes, pero no sé si podría usar con destreza una espada como la que su hermano James llevaba hoy para el viaje, son mucho más pesadas, ciertamente... En fin, supongo que es cuestión de intentarlo.

—Hablaemos con William, podemos pedirle que ordene a alguien que le enseñe, así le será menos tediosa la espera.

—¿Usted que prefiere? Quiero decir...

—Sí, le entiendo; a mí me gusta el arco, desde muy pequeña.

Teníamos un arquero que había luchado con el ejército del Rey cuando era joven, y él fue mi maestro. Inglaterra es famosa en toda Europa por sus arqueros y, en mi opinión, es el arma más cómoda y menos peligrosa para quién la blande: no necesitas acercarte demasiado a tu adversario —Mary se echó a reír, pero de pronto comprendió que estaba cometiendo tremenda indiscreción al hablar a solas con aquel desconocido en medio del patio, por lo que carraspeó incómoda y decidió volver rápidamente a la cocina—. Excúseme, milord, debo regresar a mis tareas. A las siete, la cena estará en la mesa, mandaré a que le avisen.

Mary giró sobre sus talones y se marchó. John se quedó observándola durante varios minutos. ¿Qué edad tendría aquella muchacha?, se preguntó, fascinado por su manera de hablar y su espléndida silueta, que podía apreciar incluso aunque estuviera embutida en un sencillo y sobrio vestido. De pronto, una sensación extraña le hizo levantar la vista hacia la enorme mole de la torre del homenaje; en una de las ventanas, William Forterque-Hamilton lo

observaba con semblante serio. Sintió un escalofrío por toda la columna vertebral, agachó la cabeza y le dio la espalda para seguir paseando por los alrededores.

IX

Parte de la alegría por la aventura que acababa de iniciar se relacionaba con el hecho de que podría ver en directo la vida del Londres del siglo XVI. Aquella circunstancia emocionaba aún más a Madeleine, y no dejó de sonreír pensando en todo lo que podría conocer, mientras miraba por la ventana el precioso paisaje de la campiña camino de la capital del reino.

Solo ella viajaba en el interior del vehículo; James Forterque-Hamilton y otros tres hombres la escoltaban a caballo. Tras cuatro horas de viaje, una orden de lord Forterque detuvo el movimiento, y la portezuela se abrió para que bajara y estirara las piernas.

—Deberá tener mucho cuidado, muchacha —le dijo James en cuanto se sentaron para comer las viandas que traían preparadas. Los hombres, antiguos camaradas de James en el ejército, habían instalado hábilmente un pequeño campamento en cuestión de minutos y los observaban desde lejos, mientras ellos comían un tentempié —. Esto no es un juego, mi cuñada decía que, por mucho que estudiaras este siglo, los libros eran incapaces de reflejar ni una mínima parte de nuestra realidad. Según ella, vivíamos en una época cruel y violenta, señorita McDonaldson, tal vez debería prepararse para lo peor...

—Madeleine, por favor —corrigió en un arranque de coquetería—. Llámeme Madeleine. Soy consciente de las diferencias, milord, pero hasta el momento, solo he visto cortesía y caballerosidad a mi alrededor.

—Usted puede decirme James. —El joven noble la miró con ojos sonrientes, y a Maddy se le paralizó el pulso durante unos segundos—. Vea, mi familia no es nada convencional, Madeleine —Con su cuidado acento, parecía acariciar las sílabas de su nombre, pensó ella—, y Marian de Lancaster es una maldita bruja.

—Me prepararé para lo peor; además, si usted tiene razón, no será por mucho tiempo, creo que podré soportarlo. Solo espero agradarle, o será difícil ganarme su confianza.

—La agradecerá, se lo aseguro; una mujer joven es una buena moneda de cambio en estos tiempos, y Marian sabrá valorar eso. Ya intentó usar a mi cuñada Elizabeth en sus numerosas intrigas para ganarse

nuevamente el favor del rey, ofreciéndole a cambio la belleza y la juventud de Ellie. Usted será una buena recompensa por haber perdido a la Duquesa de Forterque. Créame, la aceptará con los brazos abiertos.

—Pero su cuñada debe de ser una verdadera belleza, una dama, en cambio, yo... —Asustada, se miró la ropa y se atusó como pudo el pelo, consciente por primera vez de su falta de atractivo.

—Usted no tiene nada que envidiar a nadie en cuanto a la hermosura, Madeleine —respondió James observando a la joven de soslayo. Desde que había reparado en ella hacía unos días, había podido admirar su belleza serena, su dulzura y aquel cuerpo de escándalo que se adivinaba bajo los vestidos de lana. Su perturbadora figura no dejaba de desconcertarlo, y William le había advertido que no osara acercarse a ella más de la cuenta, después de verlo observando a Madeleine en la biblioteca. “Mantente alejado de ella, James, ya tenemos demasiados

problemas”, había dicho su hermano, pero él no podía evitarlo—. Veo que, al igual que Elizabeth, usted no es consciente de sus encantos. Una cualidad muy poco apropiada para esta época, milady. En fin, de todos modos, Marian de Lancaster sí sabrá valorarla, no se preocupe.

Madeleine se puso roja como un tomate y sintió como la sangre le subía por las mejillas. Aquel espectacular hombre le acababa de hacer un cumplido, y ella no sabía cómo responder. Se arregló nerviosamente el pelo y se estrujó la falda en silencio, desvió la mirada hacia el bosque y notó alarmada que James se acercaba sigilosamente a su lado.

—Tengo algo que decirle —susurró mientras se instalaba a su derecha—. ¿Madeleine?

—Sí, lo escucho —respondió ella, con el pulso acelerado e incapaz de mirarlo a los ojos—. Dígame, James.

—Marian de Lancaster es una mala persona, peligrosa, dañina y no conoce la palabra compasión. Maddy soltó un suspiro de alivio y se atrevió a mirarlo a los ojos. ¿Entonces era eso? Se sintió estúpida por fantasear con la posibilidad de una declaración de amor en medio del campo. “Por el amor de Dios, Madeleine, mira si eres idiota”, pensó—. Debe tener muchísimo cuidado —continuó James—. Y, si siente la más mínima duda sobre este plan, salga corriendo de aquella casa; mis hombres y yo estaremos cerca, no me moveré de Londres hasta que usted esté a salvo, ¿me entiende?

—Sí, por supuesto —respondió ya repuesta, con los ojos fijos en

los de su interlocutor. James Forterque tenía una transparente mirada dorada, más limpia y dulce que la de un niño pequeño, con preciosas pestañas oscuras que la enmarcaban. Bajó la vista y se topó con una sensual boca que dejaba asomar unos bonitos dientes a través de una preciosa sonrisa. Dio un respingo y volvió a sonrojarse como una colegiala—. No pienso arriesgarme más de lo necesario, no soy una heroína, se lo aseguro.

—Prométalo. —James la observaba fijamente, divertido ante la perspectiva de ponerla nerviosa. Estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran con cierto descaro y admiración, pero aquella inocente mujercita le hacía especial gracia—. Prométamelo, Madeleine.

—Lo prometo.

El resto del trayecto hacia Londres duró exactamente dos jornadas, en el lenguaje de sus acompañantes, es decir, dos días enteros con sus respectivas noches. La primera la pasaron al raso, durmiendo en un improvisado campamento preparado por los hombres de James. Ella se acomodó en el carruaje; desde fuera, le llegaban los murmullos y las risas de su escolta alrededor de una fogata. Era divertido oírlos hablar muy rápido, con aquel acento tan particular. Forterque le había ofrecido algo de cena y la había invitado a acompañarlos, pero estaba muy cansada y había declinado la invitación con amabilidad. Minutos más tarde, estaba dormida, acurrucada en el asiento.

Al día siguiente, los alcanzó la noche antes de llegar a la capital; se detuvieron en una posada bastante decente y James decidió que dormirían allí. Bajó encantada de su transporte y se encaminó junto al noble al interior del establecimiento, pero su ilusión se deshizo cuando una bocanada aire viciado la recibió como un golpe en la boca del estómago.

Varios viajeros, instalados en largas mesas de madera, comían sonoramente los manjares servidos por una mujer enorme, con delantal blanco y amplio escote, que al verlos entrar les regaló una desdentada sonrisa de bienvenida. Dejó una hogaza de pan sobre una de las mesas y se encaminó hacia lord Forterque-Hamilton con los brazos abiertos.

—¡Milord, milord! —dijo con una voz de pito que sobresaltó a la ya sorprendida Maddy—. Hace mucho que no lo veíamos por aquí. ¿Comida? ¿Su habitación de siempre, milord?

—Oh, sí, Rose —contestó James a la par que sujetaba cariñosamente las manos de su anfitriona. Madeleine notó las miradas descaradas de los

presentes sobre ella y observó con cierta sorpresa cómo James Forterque-Hamilton se movía levemente para cubrirla con su enorme estatura, haciéndola desaparecer a su espalda—. Necesitamos cenar y una cama limpia.

—Muy bien, milord —asintió Rose, asomándose por detrás de él para observar a la joven que traía—. ¿Es su hermana?

—Sí, Rose —respondió sin dudar—. Mi hermana Mary. Usaremos mi habitación de siempre para los dos, y un buen alojamiento para los cinco hombres que vienen conmigo.

—Encantada, milady —dijo la mujer, sin terminar de creerle, al tiempo que elaboraba una grotesca reverencia hacia Maddy.

—El placer es mío —respondió Madeleine, antes de que James la empujara hacia una de las mesas más discretas del comedor.

Tras la abundante cena, grasosa pero muy sabrosa, James la condujo a la segunda planta, en donde una pequeña habitación, limpia y ventilada los esperaba con una enorme cama.

—Le dejo esta palangana con agua caliente —le explicó mientras revisaba los rincones del dormitorio—. Le daré media hora, Madeleine, luego subiré para dormir aquí.

—¿Aquí? —preguntó Maddy con los ojos oscuros muy abiertos—. ¿Dónde?

—En el suelo, muchacha. —Se volvió hacia ella con los brazos en jarras. Con una barba incipiente, el pelo revuelto y la camisa abierta hasta la cintura, le provocó un calor inesperado que la recorrió de pies a cabeza—. No puedo permitir que duerma sola en un sitio como este. Si le molesta, le diré a uno de mis hombres que la acompañe, aunque no sé qué es más peligroso —bromeó, sonriendo, mientras se acariciaba la mandíbula—. No se preocupe, a todos los efectos, soy su hermano, milady.

Pese a la cama dura y a la excitación del viaje, Madeleine McDonaldson durmió como una bendita toda la noche previa a su encuentro con Marian de Lancaster. A la mañana siguiente, muy temprano, James la despertó para contarle sus planes para el día.

—¡Buen día, milady! He mandado a Billy a la casa Lancaster para anunciar nuestra llegada. Estaremos allí a la hora del almuerzo. William escribió una carta para Marian explicándole su situación.

—No me dijo nada —contestó Maddy intentando no mirar el cuerpo semidesnudo de James, que se vestía muy relajado frente a ella—.

¿Qué le cuenta en la carta?

—No sé cómo será en su tiempo, Madeleine, pero en este, nadie se presenta en una casa sin anunciar antes su llegada. Le explica que usted es una pariente lejana que ha aparecido por error en nuestras tierras y le ruega que se haga cargo de usted.

—¿Y ella entenderá? ¿Le creerá? ¿No desconfiará? Tal vez...

—La recibirá —le aseguró él apoyándose contra la ventana, el cielo estaba anunciando el alba—. Es curiosa, ambiciosa y además cree que mi hermano está derrotado desde que perdió a Ellie, por lo que no representamos ningún peligro en este momento para ella.

—Siento mucho lo de su hermano.

—¿Qué cosa?

—Bueno, lo de su esposa, su partida, es evidente que sufre mucho.

—Está destrozado porque la echa de menos, pero sabe que conseguirá traerla de regreso; aunque el tiempo pase, él no se rinde. Su amor lo hace fuerte, y Elizabeth lo sigue amando desde donde esté, creo que es un hombre afortunado.

Se hizo un silencio incómodo, y Maddy pudo percibir claramente la respiración de ambos. James la observaba sin hablar, mientras ella concentraba toda la atención en sus manos sobre las sábanas. No tenía nada que decir, siempre había destacado por su charla animada, pero delante de James Forterque-Hamilton no encontraba las palabras. Su presencia sólida era difícil de asimilar, aquel hombre del siglo XVI era diferente a todos lo que ella había conocido antes, con su belleza, su aire varonil, su seriedad y a la vez aquel encanto arrollador que desplegaba sin ningún esfuerzo.

—Ha pasado un ángel —bromeó el noble dándole la espalda—. Levántese y bajemos a desayunar, no la miraré.

Madeleine asintió y se deslizó de la cama como un gato. Se lavó la cara con un poco de agua y se puso el vestido por encima del camión; luego, con una maniobra experta, se sacó el camión por debajo de su traje, y se ordenó las cintas y la falda como pudo. El vestido tenía un generoso escote, y tuvo que lidiar para acomodar el pecho entre los encajes. En eso estaba, cuando James se volvió hacia ella e hizo una rápida revista a su aspecto.

—Hoy conocerá a Marian, Madeleine —dijo acercándose—. No se esconda, que vea lo hermosa que es su nueva sobrina.

—¿Esconderme? ¿A qué se refiere?

—A que siempre oculta sus encantos, ya sabe. —Se puso a su espalda y comenzó a tensar hábilmente la cinta que se ajustaba justo por debajo de la curva de los pechos, para que el vestido se le pegara como un guante—. Cubrirse no es muy habitual en las damas de hoy en día...

—¡No! Pero ¿qué demonios...? —Instintivamente Maddy se volvió y se zafó de sus manos, muy enfadada—. No me gusta así, en mi época, esto es una vulgaridad intolerable. Milord, no creo que las mujeres debamos ir enseñando nada, de modo que la Condesa de Lancaster tendrá que conformarse con lo que hay.

—¿Con una monja? —James se rió de buena gana y la sujetó por las muñecas mientras ella seguía protestando—. Debo decir que poseo todo un carácter, señorita.

La muchacha intentaba liberarse, forcejeó hasta que sus ojos se encontraron, y el silencio se apoderó de ambos otra vez. Madeleine sintió que el corazón se le salía del cuerpo cuando James Forterque-Hamilton recorrió su rostro con aquella maravillosa mirada dorada. No pudo hablar y dejó que la devorara con los ojos. Jamás nadie la había mirado así y deseó que el tiempo se detuviera para siempre.

—Bajemos a desayunar —carraspeó James, soltándola como si le quemara, de pronto sintió que debía salir corriendo de ahí o tomaría a aquella muchacha tan extraña y la haría suya en aquella cama y en aquella horrible habitación... ¿En qué estaba pensando?, ¡maldita sea!—. Arréglese como le plazca, la esperaré abajo, no tenga prisa.

Cuando llegó al comedor, con la vergüenza atenazándole el alma, uno de los hombres de James la esperaba respetuosamente para acompañarla en el desayuno. Mientras le servía, Rose la miró con sus picarones y sonrientes ojillos.

—¿Ha pasado una buena noche, milady? —le preguntó con sorna—. Lord Forterque ha comido como un toro esta mañana...

—No la molestes —intervino con brusquedad su escolta—. Déjanos en paz, mujer.

Tras el frugal desayuno, salió al patio donde la esperaba su carruaje. Lord Forterque brillaba por su ausencia, de modo que Maddy siguió su camino hacia Londres acompañada únicamente por los escoltas, preguntándose si James no la habría abandonado y dejado sola a su suerte para siempre.

* * *

Muy pronto llegaron al puente de Londres, entrada principal de la ciudad, pero el tráfico de personas, carruajes y animales era tan inmenso, que se vieron obligados a esperar pacientemente su turno para entrar en la capital del reino.

—Estamos cerca, milady —dijo Charlie, su escolta, asomándose a su ventana—. Pero aún nos queda el paso por el puente; si lo desea, puede bajarse y caminar un poco al lado del carruaje.

—¿Dónde está lord Forterque, Charlie?

—Ha entrado en Londres hace rato —respondió el muchacho escupiendo de cuando en cuando los restos de una raíz dulce que masticaba con energía—. Dijo que nos esperaría al lado del Palacio de Westminster, tenía cosas que hacer esta mañana.

Madeleine, entumecida y agotada, decidió entonces bajarse de su transporte y caminar junto a las ruedas en su lentísimo avance hacia el puente. Delante de ella, podía ver el río humano que los precedía y temió que no llegarían nunca al otro lado del Támesis. Hacía calor, y la ciudad bullía de gente y actividad. Ferias, mercados, negocios y actos sociales varios. Londres era en aquellos años el centro neurálgico del comercio internacional de Europa, una ciudad rica y enorme a la que mucha gente quería llegar. La espera se podía eternizar, así que optó por observar y asimilar todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Dos horas después, seguían atascados en el recorrido y, aunque ya podía ver el enorme puente, que se alzaba justo frente a ellos, calculó mentalmente que les faltaba al menos otro par de horas para llegar. Se subió nuevamente al carruaje para protegerse del sol que se elevaba sobre sus cabezas y se dispuso a dar cuenta de una jugosa manzana que Charlie le había regalado, pero no alcanzó a dar el primer bocado, cuando la rubia cabeza de James Forterque-Hamilton se asomó por su ventana y la sobresaltó.

—Es un mal día para entrar con el carruaje —dijo sin mirarla—.

Seguiremos a pie. Lady Lancaster le ha enviado a su mayordomo para escoltarla hasta su casa, la están esperando. Recoja sus cosas y baje, por favor.

Madeleine masticó un trozo de manzana, y recogió la maleta y su

neceser del asiento, mientras un montón de preguntas se agolpaban en su cabeza. El paje abrió la puertezuela, y la muchacha bajó el peldaño de metal del carruaje ayudada por una amable mano llena de encajes. Levantó la vista y se encontró con un elegante hombre maduro, de rojas mejillas y librea impecable, que le sonreía con cortesía.

—Mademoiselle McDonaldson —dijo con un marcado acento francés—. Soy Pierre, el mayordomo de la Condesa de Lancaster, y la acompañaré hasta la casa. Al otro lado del puente, nos espera nuestra carroza.
—Muchas gracias —respondió, buscando a James Forterque-Hamilton con los ojos. Delante de ellos, a pocos metros, la enorme altura del noble lo destacaba por encima de sus conciudadanos, y su brillante melena dorada, suelta sobre sus anchos hombros, lo volvía inconfundible—. Encantada de conocerlo, Pierre.

Después de que Maddy se despidiera de su chofer y su paje, iniciaron el trabajoso recorrido por entre los cientos de transeúntes, guiados por lord Forterque que los precedía con uno de sus hombres y se encargaba de abrir huecos entre el gentío. El largo vestido y los incómodos zapatos le dificultaban el avance, pero finalmente, y tras varios empujones y trastabillones, llegaron a la parte superior del puente; entonces James Forterque retrocedió unos pasos para situarse justo a su espalda.

Con su porte, la protegió los últimos metros, atestados de gente, y la ayudó a llegar hasta el otro lado sin apenas tocarla, aunque su sola presencia parecía intimidar al resto de las personas, que les cedían paso y se apartaban en cuanto miraban hacia arriba. Seguramente su estampa, su ropa y, sobre todo su actitud, ayudaban, pensó Madeleine, un noble rico y gigantesco que caminaba serio y solemne entre la multitud debía de ser un espectáculo inusual.

—Debe permanecer serena y seguir los planes —le susurró al oído cuando llegaron a la casa Lancaster y la ayudó a bajar de la preciosa carroza de la Condesa—. Ya he hablado personalmente con ella, y la espera ansiosa. El camino está abierto, Madeleine. Sea fuerte y muy prudente. Yo... Bueno, nosotros estaremos en nuestra casa de Londres, está muy cerca de Whitehall, pregunte por ella y la encontrará en seguida.

—No acoses a mi pariente, James querido. —Una voz fuerte y segura los interrumpió, paralizando a Maddy—. Veamos, date la vuelta, bonita, deja que te admire.

Madeleine giró sobre sus talones para enfrentarse a una hermosa mujer, elegantemente vestida, que la esperaba en la escalera de entrada a su mansión. Marian de Lancaster se destacaba sobre la balaustrada en la que se había apoyado teatralmente, bella y llena de joyas, con una espléndida sonrisa y unos ojos hermosos, pero tan fríos que escarcharon el alma de Madeleine mientras la recorrían entera, desde el pelo hasta los pies.

—Preciosa —dijo deslizándose por los escalones hasta ellos—.

Muy hermosa, Jamie, no has exagerado ninguno de tus halagos. —Madeleine sintió cómo los colores subían por sus mejillas—. Y... ¡Hum!, ¿te has sonrojado, querida? ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós, milady —respondió Maddy sin mirarla a los ojos, estrujando la falda del vestido.

—Pareces más joven. —Marian Lancaster se acercó hasta ella y le bajó uno de los tirantes del vestido, acariciándole con el movimiento la suave piel de los hombros. Maddy dio un pequeño respingo con el contacto, y James avanzó un paso imperceptible hacia ella, tenso y silencioso—. Pasarás por una dulce virgen de dieciséis o diecisiete años fácilmente.

—No asustes a la muchacha, Marian —susurró James Forterque-Hamilton con una sonrisa—. Necesita tiempo para hacerse a su nueva vida, ¿no crees? ¿O es que piensas deshacerte de ella de inmediato?

—No, querido. —le aseguró, olvidando a Madeleine y concentrando toda su atención en el atractivo hermano menor de William Forterque-Hamilton—. ¿Te preocupa? ¿La quieres desflorar tú, precioso cachorro Forterque? —Faltó poco para que Maddy se desmayara con el comentario, e instantáneamente fijó la vista en el suelo sin querer oír nada más, aquella mujer era una vulgar y una descarada—. ¿Te gustaría, Jamie?

—¿A que hombre no le gustaría? —respondió James con el mismo descaro, permitiendo que Marian le posara su enjoyada mano en el pecho y la deslizara sensualmente hacia sus pantalones. Madeleine miró de reojo la maniobra y comenzó a rezar para no tener que presenciar nada más bochornoso—. Pero supongo que esperarás para encontrar un candidato más adecuado que el hijo menor de un duque muerto.

—Tiene gracia —dijo ella entre risas—. Estaba pensando lo mismo. Eres muy listo, Jamie, y muy guapo, ¿no piensas lo mismo, Madeleine?

Madeleine guardó silencio, pero Marian de Lancaster ni siquiera la miraba. Encendida de pronto por una atracción instantánea, la condesa fijaba

todos sus sentidos en James, que seguía quieto y clavado en su sitio, sin intenciones de oponerse a su acoso. Como una gatita en celo, Marian se pegó al cuerpo del joven Forterque, apoyándole los pechos a la altura del esternón, sin dejar de mirarlo a los ojos. Maddy levantó la vista para observar la escena y comprobó la tensión en los hombros de su amigo.

—Tú necesitas una mujer de verdad, Jamie —susurró juguetona—. Yo le enseñé a tu hermano y te puedo enseñar a ti, querido.

—Gracias, madame —respondió él con la voz ronca—. Lo tendré en cuenta.

—Eres incluso más atractivo que William y debes de ser un animal en la cama, ¿verdad? Ven, dejemos que Madeleine se instale tranquilamente, vamos, acompáñame dentro...

—Eres una grandísima zorra, querida. —Una voz de hombre interrumpió, afortunadamente, la escena, que había provocado en Madeleine un irreprimible y estúpido ataque de celos—. Estamos en Londres, santo cielo, deberías medir un poco tus arranques de ramera desquiciada. ¿Y esta belleza, quién es?

¿Nuestra nueva sobrina?

Los tres desviaron su atención hacia el recién llegado. Un hombre regordete, sudoroso y de aspecto lamentable había aparecido en la entrada con un perro en brazos. Vestía de terciopelo y oro, y miraba a la sorprendida Maddy con ojos lujuriosos, incluso tuvo la desfachatez de lamerse los labios mientras la desvestía con la mirada.

—Es Madeleine, querido esposo. —Marian le dio la espalda a James, sin dejar de tocarlo con su mano libre—. Es guapa, ¿verdad? He pensado que a Su Majestad le encantará conocerla, se parece mucho a la estúpida que William llamaba esposa.

—Si sigues hablando en esos términos —intervino James serio, alejándose varios pasos—, tendré que retar a duelo a tu esposo, Marian, estás hablando de la mujer de mi hermano.

—Bah, bah, bah —respondió el hombre gordo, que a aquellas alturas estaba junto a Maddy y la miraba de cerca con ojos de cordero—. Yo no me bato por nada, y menos por mi mujer; Forterque, pierdes el tiempo. Marian, pide disculpas al joven y deja que se vaya, nos esperan en Greenwich dentro de una hora.

—Muy bien, Jamie, querido, disculpa, se me olvidaba lo sensibles

que sois los nobles del campo—. Hizo un gesto con la mano, y dos doncellas aparecieron para llevarse a Maddy, que parecía una estatua de sal, quieta y desorientada—. ¿Vendrás a verme, cielo? —Le pellizcó la entrepierna, sin importarle la presencia de su esposo, y pasó la lengua por sus labios como invitación—. ¿Vendrás?

—Vendré a ver cómo se adapta la señorita McDonaldson —contestó James, con mucha cortesía—. Me siento responsable por ella. De paso podremos charlar, condesa.

—Claro que sí —dijo ella, lanzándole un beso.

Madeleine entró empujada por Marian dentro del enorme recibidor. Antes de que se cerrara la puerta a su espalda, volvió disimuladamente la vista para mirar a James, que permanecía quieto, con las piernas separadas y un dolor evidente en la mirada. Maddy le sonrió imperceptiblemente y dejó de verlo enseguida porque la condesa la hacía avanzar muy rápido escaleras arriba, a la par que espantaba a su marido para que las dejara en paz.

—Ya basta, Charles —gritó Marian con voz estridente—. No es para ti, olvídate de ella, se la daremos a Enrique.

—A mi hermano apenas se le empina, bruja —contestó el otro en el mismo tono—. Tú bien lo sabes.

A Madeleine se le aceleraba el corazón a cada segundo. Hablaban de ella como un objeto. Apenas había llegado, y ya existían planes para su futuro. Por fortuna, William y Robert le habían advertido eso, y se había prometido comportarse de forma sumisa y silenciosa, para evitar la ira de aquella mujer, pero una cosa era hablarlo tranquilamente junto a la chimenea, y otra muy distinta estar viviendo semejante pesadilla.

—Muy bien, jovencita, ¿es verdad que vienes de otro tiempo, como la mujer de William?

—Así es, señora. —Maddy se encontraba en medio de una barroca habitación a solas con Marian de Lancaster, la condesa había despedido al servicio y la había enfrentado sin rodeos.

—O sea, que eres otra descendiente. ¿Cuántas más como tú tendré que encontrarme por aquí? ¡Maldita sea! —Dio un puntapié a un taburete forrado en terciopelo y se volvió para mirarla—. Por una cortesía estúpida, he aceptado tenerte bajo mi techo, pero no creas que te saldrá gratis. Escúchame, jamás hablarás de tu verdadero origen con nadie y me obedecerás, o te cortaré

el pescuezo como a una gallina, ¿entendido? —chilló.

—Sí, señora —respondió muerta de miedo—. Le agradezco su hospitalidad.

—¿Eres virgen, verdad?

—Sí, señora. —Madeleine estaba colorada otra vez. No estaba acostumbrada a aquella brusquedad y falta de pudor, y las piernas estaban a punto de fallarle. Bajó la vista y la clavó en el suelo.

—Bien —dijo Marian antes de desplomarse sobre la cama—. Si mientes, te mato, ¿me oyes? Haremos un buen trato contigo, te ofreceremos al mismísimo rey Enrique, le encantan las jovencitas guapas y virginales como tú. Cuando se canse de ti, te buscaremos un buen marido. Te forjaré un futuro, ¿sabes?, al fin y al cabo, eres de mi sangre. Pero quizás tengas suerte, y el Rey se encapriche y quiera casarse contigo, te convierta en su Reina y a mí, en su mejor consejera. Serías muy afortunada, muchacha.

La puerta se abrió de un golpe, y una anciana delgada y enjuta entró sin llamar, interrumpiendo el parloteo de Marian y clavando inmediatamente sus ojillos inquisidores en Madeleine. Vestía como una mendiga, pero en sus dedos destacaban enormes anillos de oro y piedras preciosas que captaron inmediatamente la atención de Maddy.

—Siento el retraso, milady —balbuceó la mujer—. He venido en cuanto me ha llamado. ¿Es ella?

—Sí, aquí la tienes, otra del futuro.

La mujer se acercó a Madeleine entornando la mirada y la hizo retroceder instintivamente, con el corazón a punto de salirse del pecho. Aquella anciana daba miedo. Cuando llegó junto a ella, estiró su huesuda mano y le tocó el vientre; aunque la joven dio un respingo, la mujer siguió palpando sin importarle su incomodidad.

—Está intacta —sentenció. Luego subió la mano, y le tocó los senos y la piel suave del cuello—. Ardiente y saludable, engendrará enseguida, podéis ofrecerla cuanto antes. ¿de dónde vienes? ¿De cuándo? —preguntó mirando directamente los ojos llorosos de Maddy—. ¡Contesta!

—Del siglo veinte. —Madeleine rompió a llorar como una niña sin poder remediarlo, en menos de media hora Lancaster había derribado toda su fortaleza—. De 1920...

—El mismo siglo de la ramera de William. —Marian contestó sin emoción y sin un ápice de compasión hacia la joven llorosa que decía ser

su descendiente—. Tu dichoso medallón, Agnes. Me pregunto cuándo terminará este fastidio.

Madeleine miró entonces a la anciana, era Agnes, la bruja de Lancaster; tal como le habían explicado los Forterque, aquella era la hechicera que había conseguido el conjuro del tiempo y quien había intentado matar a William y Elizabeth Forterque...

—No lo sé, milady, pero mientras tanto, úsela en su beneficio, creo que la corte ya no se rinde a sus pies como antes. Use a esta zorra en su beneficio, déselo al Rey antes de que otro Forterque-Hamilton se la arrebathe.

—¿Cómo? —Marian salió de su sopor de golpe—. ¿Qué insinúas, vieja bruja?

—Que tal vez la muchacha ya esté en la mente de uno de sus enemigos, tal vez ya la ha tocado y quiera quitársela. Tenga cuidado, mi señora...

—¿Quién es?! —La condesa se levantó de un salto y se le puso delante con ojos de loca—. ¿William? ¿Has intentado enamorar a William? —Con su enojada mano, la lanzó al suelo de un bofetón. La joven cayó sobre la alfombra, mientras ella le lanzaba una lluvia de insultos y puntapiés que Agnes detuvo sujetándola por la cintura.

—No, no, no, milady, no es el duque. Déjela, mi señora, la necesita bella y sana. ¡Deténgase, mi señora!

Marian dejó de pronto de golpear a Madeleine, pero aún respiraba como un caballo de carreras. Maddy, en el suelo, se doblaba de dolor; sintió la boca llena de sangre, pero no estaba tan asustada por los golpes como por la evidente locura de aquella mujer. Se protegió hecha un ovillo en el suelo y esperó con los ojos cerrados su destino.

—No, milady —repitió Agnes—. Es el joven Forterque-Hamilton. El soldado, a ese veo en tu futuro, tenga cuidado con el joven Forterque. Hay que darse prisa en entregársela al Rey.

—Esta noche hablaré con Enrique y le diré que le tengo un regalo... Sí, sí, se lo diré hoy mismo.

Acto seguido, abandonaron a Madeleine en el suelo y cerraron la puerta de la habitación con llave. Ella permaneció sobre la alfombra sin moverse, llorando en silencio y muy dolorida, pensando mil formas para escapar, pero lo primero era lo primero, lo había prometido y debía hallar el medallón

cuanto antes, porque obviamente no disponía de demasiado tiempo, si la llevaban al Rey, según los planes de Marian, tal vez no volvería jamás a aquella casa donde creían estaba la joya. Robert Wilson le había asegurado que la condesa de Lancaster no se separaba de él, y ella debía concentrar toda su atención en encontrarlo.

Se levantó, y se lavó las lágrimas y el labio partido con el agua de una palangana primorosamente decorada que le habían dejado. Se quitó la ropa de viaje y se colocó un camisón y una bata que encontró sobre la cama. Fuera ya era de noche, pensó en dónde estaría James Forterque en ese momento y cayó desplomada sobre los almohadones, con el estómago contraído por el hambre y el agotamiento.

* * *

—No debí haberla dejado allí. No es una buena idea, para nada. —James se encontraba en una taberna atestada de gente en el centro de Londres. Frente a él, el elegante y atractivo Conde de Dorset, uno de sus mejores amigos, lo escuchaba en silencio, con una enorme jarra de cerveza en la mano. Llevaban un par de horas bebiendo, y James era incapaz de olvidarse de Madeleine McDonaldson, tan hermosa, tan indefensa—. Hemos sido imprudentes y egoístas al arriesgar la vida de aquella muchacha.

¡Maldita sea, Joseph! Deja de mirarme así.

—¿Te gusta la muchacha? Hum... —dijo Joseph Wrioth Mills después de paladear un trago de cerveza—. ¿Es guapa? Si es pariente de Elizabeth debe de ser preciosa... ¡Demonios, James! Por la mujer de tu hermano yo daría mi título y mi castillo; solo por una noche con ella, bien valdría la pena.

—¡Calla de una vez, por el amor de Dios! No quiero tener que matarte en medio de tanta gente, no olvides que estás hablando de mi cuñada—. Cerró los ojos y se rascó la cabeza.

—No seas tan sensible, estamos hablando de su pariente, a la que tú quieres para ti, amigo, a mí no me engañas. Y, la verdad, Jamie, si es como Ellie, te comprendo.

—¡Ya basta! Calla de una vez, si William te oyera, te partiría el cuello. —Se acomodó en el duro asiento, intentando acoplar su envergadura al pequeño espacio—. Tengo que sacar a Madeleine de esa casa,

me dan igual los planes de mi familia, ella está en peligro. Con el asqueroso marido de Marian allí... no sabía que estaba en Londres.

—En esta época, nadie que se precie se quedaría en el campo, Jamie, salvo los Forterque-Hamilton, claro. Septiembre es temporada de fiestas, querido, y nosotros deberíamos dejar

este tugurio y buscar alguna; quiero dormir sobre unos turgentes y aristocráticos pechos esta noche.

—¿Y tu mujer qué opina al respecto?

—Está embarazada e insoportable, amigo —contestó el otro observando con descaro el escote de la camarera—. Y comprende mis necesidades...

—¿Y a eso llamas matrimonio? —respondió James moviendo la cabeza—. Por mi parte, debo pensar un modo de sacar a la joven de Lancaster House. ¿Me ayudarás?

—¿Dejarás que me acueste con ella?

—Vete al infierno, Dorset. —James se puso de pie y casi tumba la mesa con el movimiento—. Me largo de aquí.

—Era una broma, hombre, relájate un poco. —Joseph lo detuvo sujetándolo por una manga—. Veremos qué podemos hacer, puedo ir a ver a Marian y distraerla, mientras tú rescatas a tu dama en apuros. Mañana, si quieres, ahora está en Greenwich.

—No es tan sencillo, Madeleine es de su familia. Marian me ha dicho que ya tiene concertado un encuentro con el rey, ya sabes, quiere granjearse la simpatía de Enrique de cualquier manera, y Madeleine le ha caído del cielo. Le hemos puesto un bocado en la boca, y no lo soltará ahora. Ha sido nuestra culpa, maldita sea, no sé cómo no lo vimos antes.

—No entiendo qué hace en esa casa, sinceramente, es todo muy confuso, la muchacha llega a tu castillo y, después de todo lo que le ha hecho Marian a Elizabeth, dejáis que se venga con ella a Londres, ¿cómo lo habéis permitido? ¿Qué es lo que está sucediendo aquí, Jamie? Dime la verdad, si quieres que te ayude.

—La verdad es que debe recuperar un objeto muy importante para nuestra familia. Ella se ofreció a conseguirlo, entrar en la casa Lancaster y luego salir de allí en seguida. No contábamos con que Marian actuaría tan rápido y tuviera planes tan urgentes para ella.

—¿Qué objeto?

—Una joya, no preguntes más, porque ahora esa joya me da igual, hay que

sacar a la muchacha cuanto antes de allí.

—¿Qué tiene esa joya de especial?

—Nos ayudará a traer a Ellie de vuelta a casa.

—¿Desde Francia?

—Sí. —James contestó incómodo. Habían inventado la excusa de que Elizabeth se encontraba con su familia en Francia para alejarse del odio de Marian de Lancaster y tener a su hijo tranquila, rodeada por los suyos. Debía mantener la mentira incluso con su mejor amigo—. La joya es una prueba que nos liberará de Marian y traerá a Elizabeth a Inglaterra, es muy importante.

—Si tú lo dices... —Joseph Dorset lo miró con una sonrisa, todo lo que envolvía a la cuñada de su amigo era un verdadero misterio, y no pretendía hurgar más de lo necesario. Si quería una joya, lo ayudaría a conseguir la maldita joya; Marian de Lancaster era una víbora y cualquier empresa que la perjudicara merecía toda su colaboración—. Acerquémonos a Lancaster House a ver qué podemos hacer, ¿te parece?

¡Vamos!

X

Era su quinto día en el castillo de los Forterque, el segundo desde que se había marchado su hermana a Londres, y John McDonaldson decidió que debía hacer algo para ayudar en la casa y de paso distraer su excesivo tiempo libre.

Solo veía a la familia a la hora de la cena. En ese momento William, duque de Forterque, se sentaba con ellos a la mesa, con la mirada perdida en sus pensamientos. El Duque estaba verdaderamente angustiado por la ausencia de su mujer, y John se preguntó si era realmente posible sentir tanta añoranza y tanto amor por otro ser humano.

Estaba también Robert Wilson, un tipo serio, inteligente y muy culto que hablaba con John del siglo XX con soltura y familiaridad, él era el brazo derecho del Duque, y su mujer, Jane, la mano derecha de lady Mary. En la cena, los acompañaba el druida irlandés llamado Ulrik, y John se pasaba las horas escuchando innumerables divagaciones sobre viajes en el tiempo, rescates, retornos y coordenadas... En pocas palabras, estaba harto.

—Tome la espada, McDonaldson —le dijo Robert, que practicaba en aquel momento con dos jóvenes soldados de la casa.

—Muy bien. —Se sacó la chaquetilla de cuero curtido que le habían prestado y se quedó en mangas de camisa, luego se acercó a Wilson y sostuvo con fuerza una espada, de media mano, no demasiado pesada, antes de ponerse en guardia—. Veré que puedo hacer, Wilson.

El combate de esgrima había mantenido las mismas reglas casi desde su origen, salvo por algunos cambios menores, que poco interferían en un buen duelo de espadas. A los dos minutos de tocar los hierros con Robert Wilson, la adrenalina se le disparó e inició un potente enfrentamiento con un contrincante duro y experto.

Mary se asomó desde la cocina para ver el duelo y se sobresaltó. El hombre del futuro parecía otra persona con la espada en la mano, el ondulado pelo despeinado, la camisa abierta, el sudor empapándole los músculos de los brazos y el torso. Avanzó unos pasos y se sumó al público que miraba con interés el combate. Aquel individuo, tremendamente educado y cortés, era en realidad un tipo frío y distante, siempre impecable, controlado. Una persona

extraña a la que ella no sabía tratar, acostumbrada como estaba a la personalidad directa, apasionada y explosiva de sus hermanos. Sin embargo, verlo luchar contra Robert la hizo sonreír, tal vez no estaba del todo perdido, tal vez unos días más en el castillo y cambiaría, se haría más humano, pensó con cierta emoción en el pecho.

—¿Qué miras? —preguntó William, que había aparecido a su lado de repente—. ¿No estás cansada?

—Sí —respondió cogiéndolo del brazo—. Solo estaba espionando un poco... ¿Tú no tienes sueño?

—Estoy preocupado por la muchacha, no sé si hemos hecho bien al mandarla directo a las garras de esa bruja, pero Ulrik insiste en que es buena idea. No sé, mi desesperación por Ellie tal vez me ha nublado la mente y... en fin.

—Estás en tu derecho, querido, y ella estaba emocionada de poder hacer algo para ayudar.

Un tremendo estruendo se sintió a los lejos; el cuerno del vigía interrumpió a Mary y puso inmediatamente en marcha a toda la casa. Los hombres se distribuyeron sin necesidad de hablar, mientras William y Robert partían con paso firme hacia la entrada. John McDonaldson detuvo en seco el combate pero, espada en mano como estaba, corrió detrás del Duque. Al parecer, según el vigía de turno, unos salteadores se habían colado en la fortaleza por alguna entrada desprotegida, lo cual hizo rugir a William de indignación.

De todas partes aparecieron antorchas, y el señor del castillo mandó a sus hombres a inspeccionar palmo a palmo cada rincón de la propiedad. John esperó instintivamente órdenes, pero Wilson le dijo que era mejor que volviera al interior de la casa y esperara en las cocinas.

—No es nada grave, señor McDonaldson, mejor es que regrese adentro; los muchachos se encargarán, no se preocupe —le explicó, animándolo a retirarse.

Un poco contrariado, bajó la guardia, en realidad no debía exponerse a un enfrentamiento verdadero en aquel siglo, pensó, y volvió sobre sus pies para entrar en el castillo. Sin embargo, no había dado ni dos pasos, cuando encontró a un individuo con aspecto amenazante, agazapado cerca de la cocina, donde Mary y otras mujeres se encontraban reunidas con los niños de la casa.

Miró a su espalda y no localizó a nadie, levantó la espada, caminó

tranquilamente y se enfrentó al tipo que olía a mil demonios.

—Levántese y salga al patio —dijo con voz firme.

—¿Qué?! —Aquel hombre se quedó asombrado por su forma de hablar y se volvió con sorpresa hacia él. Antes de que John parpadeara, el bellaco se le abalanzó encima con un cuchillo de carnicero en la mano—. Estás muerto.

—Me temo que no —contestó con frialdad. Se deslizó un paso a la izquierda, dejó pasar al tipejo y, cuando lo tuvo a su altura, lo golpeó en la nuca con la empuñadura de plata de la enorme espada. El maleante cayó redondo en el suelo, justo en el momento en que Mary Forterque-Hamilton aparecía delante de él con una ballesta entre las manos, lista para defenderlo. John le sonrió agradecido, y el pulso se le aceleró deliciosamente.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Robert al llegar hasta ellos.

John estaba perfectamente, con una gran sonrisa en los labios, sudando, con la camisa y el pelo empapados, y los enormes ojos verdes brillantes por la emoción—. Levantad a esta basura y sacadla de aquí —dijo a sus hombres antes de que William llegara a la escena con el ceño fruncido.

—Ya veo que práctica no le falta —le dijo el Duque con una palmada la espalda. De soslayo observó cómo su querida Mary miraba con ojos chispeantes a McDonaldson, y una punzada de preocupación le atravesó el alma—. Ya está todo controlado, gracias, señor McDonaldson, su intervención ha sido muy oportuna. Creo que nos merecemos una jarra de cerveza, ¿le parece?

—Solo si deja de llamarme señor, milord —respondió con un inusual buen humor.

—Muy bien, John, bebamos un trago.

Tenía mucho calor, se destapó un poco, pero el aire seguía siendo asfixiante. Se quitó el camisón por encima de la cabeza. Las suaves las sábanas de hilo le acariciaron la piel y le erizaron la epidermis de una forma deliciosa. Ronroneó...

No podía abrir los ojos, estaba agotada y tenía sed, mucha sed... De pronto sintió la caricia suave y húmeda de una cálida lengua sobre uno de sus

senos, Madeleine abrió los brazos y se tendió boca arriba entregándose a aquella maravillosa sensación, alguien le lamía el abdomen y...

—James —susurró—, amor mío.

Era un sueño maravilloso, James Forterque-Hamilton en todo su esplendor, sus ojos color ámbar sonriendo para ella en medio del campo. De pronto algo le mandó una señal de alarma, y Madeleine recordó que no estaba en el campo, ni con James, estaba en un cuarto de la mansión Lancaster.

—¡Dios mío! —gritó con todas sus fuerzas, pataleando y retorciéndose como podía—. ¡No!

—¡Calla! —gritó en su oído Charles, el asqueroso marido de Marian, que intentaba tocarla a través de las sabanas—. Calla de una vez.

El terror la cegó y le dio una fuerza descomunal. Gritando como una loca se zafó de las manos de aquel sátiro, lo pateó y se puso de pie de un salto, blandiendo uno de los candelabros de la mesilla de noche como amenaza.

—Si me pone un solo dedo encima, le parto la cara —chilló con su improvisada arma en las manos—. Váyase de aquí.

La puerta del dormitorio se abrió de un golpe... Marian entró sofocada, seguida por dos doncellas y el mayordomo. Su marido se mantenía pegado a la pared mientras su huésped, despeinada y aterrada, lo mantenía a raya con un candelabro de plata. La Condesa se acercó en dos zancadas a su marido y le plantó un tremendo bofetón.

—¡¿Qué demonios estás haciendo?! —gritó histérica mientras el mayordomo sacaba a su amo de su escondite con enorme esfuerzo—. ¡Cerdo asqueroso! Te dije que era para Enrique, estúpido idiota...

—Es mía, es mía... —Lloriqueaba el improvisado e indeseado amante cubriéndose con una bata, mientras Madeleine soltaba el candelabro agitada—. Solo quería probarla, la quiero y ella me desea.

—Eres un depravado, Charles. —Marian de Lancaster parecía una loca, con el batín abierto, los pelos revueltos y el traje de noche aún puesto, al parecer acababa de llegar de palacio y afortunadamente había oído los gritos de Madeleine—. Hoy le he dicho a tu hermano que le entregaría a mi sobrina de dieciséis años, y se ha mostrado complacido ¿Qué quieres, perder su favor, Charles? ¿Tú nos vas a mantener a todos? ¿Tú nos vas a proteger? ¡Eres un imbécil!

Una de las jovencísimas doncellas de la Condesa se acercó hasta Maddy

y le puso un vaso de agua en los labios, intentando reconfortarla sin demasiado éxito. Madeleine, temblando aún por la escena, entornó los ojos y miró a la abominable pareja que discutía en medio de sus sirvientes. De pronto, sus temblores se congelaron, un brillo en el cuello de Marian la paralizó y puso todos sus sentidos en alerta. Siguió el movimiento de la Condesa mientras se paseaba por la habitación: en su cuello, sobre su amplio escote, el medallón de los Lancaster brillaba con arrogancia, tal como ella lo recordaba.

* * *

—Solo quiero saludar a la señorita McDonaldson. —La voz fuerte y bien modulada de James Forterque-Hamilton subía por toda la casa través del hueco de la escalera. Maddy se despertó. Era de mañana ya, pero el ajetreo de la noche anterior la había agotado. Intentó moverse sin éxito, porque el dolor le atenazaba todo el cuerpo.

—No entiendo cuál es el problema, Pierre —decía James.

—Lo siento, milord, la Condesa ha dado órdenes, yo no puedo obrar en contrario. Y la señorita duerme, está un poco indispuesta, el agotamiento por el viaje, seguramente.

—Despiértela, dígame que hemos venido a verla. —James, vestido elegantemente y acompañado por el Conde de Dorset, había acudido a la hora de las visitas, según el protocolo, y no pensaba abandonar la casa de los Lancaster sin ver a Madeleine—. O llame a su señora.

—Milady no está en casa, lord Forterque, lo siento. Debo rogarles, a usted y al Conde de Dorset, que regresen en otro momento. Joseph empujó suavemente a James hacia la calle, susurrando corteses frases de despedida al mayordomo.

—Vamos a ir por las cocinas, amigo —sugirió Joseph, empujándolo hacia la parte trasera de la casa—. Buscaremos a Betsy.

Betsy era hermana de unos de los lacayos de Joseph, y el Conde de Dorset estaba seguro de que la joven, que se había criado en su casa, los ayudaría. Solo necesitaba contener a su amigo Forterque, cegado por la furia, e intentar entrar por la zona de servicio sin llamar demasiado la atención.

Cuando llegaron a las caballerizas de Marian, se colaron por un pasadizo hacia las cocinas y, en medio del trájín matutino, localizaron a un

niño de corta edad. Le pidieron que buscara a Betsy, a cambio, Joseph le ofreció una moneda como recompensa. Diez minutos más tarde, la jovencísima doncella, pelirroja y sonriente, llegó hasta ellos con cara de sorpresa.

—Oh, milord —dijo la muchacha besando las manos de Dorset en una muestra de sumisión que indignó a James—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Betsy, Betsy querida —dijo Joseph con cariño—, necesitamos de tu ayuda. Mi amigo y yo queremos ver a la joven pariente de tu señora, la joven Madeleine. Lord Forterque la trajo ayer, y no nos permiten verla. Es muy importante, pequeña.

—No puede verla nadie, milord. —Betsy se puso en guardia y miró a su alrededor con temor—. Lady Lancaster la tiene encerrada en su cuarto, bajo llave, solo la vemos si le llevamos la comida. Lo siento, milord, lo que me pide no es posible...

—Ya sé que no es posible, Betsy, por eso necesitamos de tu ayuda.

—Yo no puedo hacer mucho, milord, ¿qué quiere que haga?

—Que nos llesves a su cuarto —intervino James, algo nervioso por la serenidad y pasividad de aquella muchacha—, que abras la puerta y guardes silencio.

—Mi señora me mataría, milord. —Betsy se puso roja, y se le humedecieron los ojos—. Me golpearía hasta desollarme, y me quedaría sin trabajo. No puedo hacerlo, necesito el dinero, milord...

—Vamos, Betsy, entramos y ya está, nadie tiene que saber que tú me has ayudado. Y si quieres, luego te vienes a casa con mi esposa y conmigo, pronto habrá un nuevo bebé Dorset, ¿sabes? Tal vez tú quieras cuidarlo, ¿qué te parece?

—¿Un bebé? ¡Enhorabuena, milord! —Betsy sonreía, a la par que James se enfadaba cada vez más—. ¿Y me llevaría a su casa? —Hizo una pausa y cerró los ojos un instante para pensar, pero enseguida volvió a hablar con desconfianza—. Yo los puedo guiar, les abro la puerta y luego me largo. No quiero saber nada sobre esto, además, la señorita está enferma, no sé si puedan hablar con ella.

—¿Qué le ocurre, Betsy?

—La señora le pegó cuando llegó, dijo que era insolente y engreída, y luego el señor... —Betsy bajó la voz para hablar. James estaba a punto de estallar,

solo el miedo a empeorar la situación de Madeleine lo contuvo—. Quiso acostarse con ella, ya sabe, lo hace con todas las muchachas de la casa. La pelea fue peor que nunca, la Condesa casi lo mata...

Dorset golpeó el pecho de James con una mano para detenerlo. Le cerró el paso y lo miró a los ojos con severidad. Tenían casi la misma estatura y, aunque James siempre había sido el más fuerte de los dos, sabía como detenerlo.

—Si quieres salvar la vida de esa jovencita y, de paso, la nuestra y la de toda tu familia, James, es mejor que pares y uses la cabeza.

—¡Mataré a ese bastardo! —Sentía tal rabia e impotencia que hubiese despellejado al gordinflón marido de Marian con sus propias manos. Miró a su amigo y bufó—. Intentó lo mismo con Elizabeth, el muy desgraciado. Tiene una deuda con mi familia, Joseph, lo partiré en dos ahora mismo.

—No, ahora no, lo harás, te lo prometo, pero más tarde. Ahora subiremos ahí arriba y sacaremos a la muchacha de aquí, luego volverás y harás lo que quieras con ese cerdo, pero lo primero es lo primero, viejo amigo.

Betsy los observaba con terror. El amigo de su antiguo amo, lord Forterque-Hamilton, parecía una bestia, con los ojos inyectados de odio. Tenía que actuar rápidamente, o aquellos dos acabarían matándose entre ellos, pensó, así que giró sobre sus talones y les hizo un gesto con la mano para que la siguieran. Hizo todo el recorrido por la zona de la servidumbre rezando, hasta que llegaron a la segunda planta de la casa en silencio. Entonces metió la llave en la cerradura del cuarto de invitados y desapareció como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás. Si su señora se enteraba de lo que acababa de hacer, le arrancaría la piel a tiras.

Cuando James y Joseph abrieron la puerta, se encontraron con la más completa oscuridad. Fuera era pleno día, pero unas gruesas cortinas impedían la entrada de luz en la habitación.

—¡James! ¿Qué demonios hace aquí? —Maddy se apartó del alfeizar de la ventana, donde ese encontraba curioseando, y se puso delante de él con cara de asombro, estaba encantada de verlo, pero era evidente que su amigo se había colado en la casa, porque a ella la mantenían aislada y no la dejaban ni abrir las ventanas—. ¿Quién les ha permitido entrar?

—Ya entiendo por qué querías salvarla —bromeó Joseph; aunque la joven estaba llena de magulladuras y vestía con sencillez, su belleza era evidente, y

los ojos con los que miró a James denotaban algo más que una simple admiración por el apuesto soldado—. Buenos días, milady.

—Buenos días —respondió ella con una media sonrisa, le dolía muchísimo la boca—. ¿Lady Lancaster los ha dejado subir?

—No, Madeleine, vengo a sacarla de aquí. Ha sido un error; vamos, en dos minutos estaremos camino de mi casa.

—Pero ¿qué dice? —Se puso en el centro del dormitorio con los brazos en jarras—. No me iré ahora de aquí, ¿está usted loco?

—Me da igual lo que usted opine, vamos.

—No, no me iré, no ahora, lo peor ya ha pasado.

—¡Le ha pegado, Madeleine!

—Y no lo volverá a hacer, quiere mantenerme presentable para llevarme ante el rey Enrique.

—Es lo mismo, también está Charles.

—¿Qué sabe de Charles? —Maddy miró al suelo, era evidente que las noticias volaban en aquella casa—. No volverá a acercarse. No me ha hecho daño, y además, si vuelve a ponerme un solo dedo encima, lo capo.

—¡Amén! —comentó Joseph, divertido por el carácter de la muchacha.

—Perfecto —protestó lord Forterque, agarrándola por una manga—. Pero ahora, vámonos.

—No, no, no, James, será mejor que se marchen. No puedo irme ahora, ya sé dónde está lo que busco, lo cogeré y me iré, no pienso salir de aquí hasta que lo consiga.

—¿Qué?

—Sí, he visto el medallón, James —le sonrió, y James sintió que le flaqueaban las piernas—. Lo he visto y sé donde lo guarda, una de las doncellas me ha dicho dónde está el joyero. Lo robaré y me iré, se lo prometo, pero ahora piense en todo lo que está en juego, por favor, piense en su hermano y apóyeme, ¿quiere? ¿De qué servirá tanto esfuerzo si no hago lo que vine a hacer?

—Es muy lista —intervino Joseph—. Está bien, salgamos de aquí, amigo. Si eso es lo que usted desea, milady, siga adelante con el plan.

James se quedó estático pensando, normalmente era él el que tomaba las decisiones, mantenía la mente clara y el pulso firme. ¿Qué estaba sucediendo? Aquella joven lo hacía dudar, se movió un poco y se pasó la

mano por el pelo mientras pensaba. Necesitaban el medallón, necesitaban traer a Ellie y mandar a Madeleine de vuelta a su casa, su hermano confiaba en él y tenía puestas todas sus esperanzas en ese plan. Él mismo no soportaría volver a casa con las manos vacías, no podría volver a mirar a William a la cara. Pero, por otra parte, estaba la muchacha... Se volvió y la miró, con el pelo suelto, la cara hinchada y una dulce sonrisa. Ella parecía decidida, era valiente y luchadora, no sería fácil convencerla. Miró a Joseph y asintió.

—Está bien, pero oiga una cosa, Madeleine. —Se acercó a ella y buscó el tono más autoritario de su repertorio—. Estaré vigilando la casa de cerca. Al más mínimo problema o contratiempo, la sacaré de aquí, quiera o no, ¿me oye?

—Muy bien, es un trato —respondió ella con los ojos brillantes. Su sola aparición le había valido el disgusto de la última noche. Miró sus ojos dorados cargados de preocupación, y la emoción le subió por el pecho y le llenó el alma... Lo tenía que hacer por William y por Elizabeth, por su hijo y, sobre todo, por James, nada la podría hacer más feliz.

—¿Cuándo piensa hacerse con la joya?

—En seguida, porque la próxima semana me llevará a Hampton Court para entregarme a Enrique y dejarme entre sus damas, según me ha dicho.

—¡Maldita sea! —exclamó el Conde de Dorset—. Tiene que hacerlo antes de Hampton Court, porque ahí será imposible acceder a usted, milady, ese lugar es un maldito fortín.

—Ya lo sé, será antes, no se preocupe, milord.

—Bien, bien. —James se paseaba por la habitación, nervioso—.

Será antes del fin de semana, si puede, claro. Consiga el medallón, saldremos de la ciudad el viernes por la noche, cuando Marian vaya a la fiesta de disfraces de Whitehall, ¿de acuerdo, Dorset? —Joseph asintió en silencio—. Eso significa que tenemos tres días. ¿Qué opina? ¿Podrá hacerlo?

—Haré lo posible.

Diez minutos más tarde, James Forterque-Hamilton y Joseph Dorset abandonaban sigilosamente el interior de la casa y dejaban los patios traseros mezclados entre el personal, sin ningún problema. James anotó mentalmente los puntos débiles de seguridad de la casa Lancaster y regresó a su hogar donde inmediatamente organizó un sistema de vigilancia entre sus hombres, para mantener a Madeleine McDonaldson todo el tiempo escoltada.

XI

Tenía muchísimo trabajo, cuentas que llevar, pagos que hacer...

La administración de sus propiedades lo mantenía siempre muy ocupado; desde la partida de Elizabeth, este había sido su mejor salvavidas para no perder completamente la cordura, sin embargo, aquella mañana la preocupación por Madeleine McDonaldson y su estancia en casa de Marian de Lancaster, ocupaba sus pensamientos más de lo debido. Mientras su hermano estuviera en Londres jugando a los espías, su futuro quedaba en manos, una vez más, de los caprichos del destino.

Suspiró. ¿Qué habría hecho Ellie en su situación? Observó por la ventana los árboles mecidos por el viento, oyó claramente las idas y venidas de la gente en el patio central de la casa, el trajín típico del castillo, e intentó recordar la risa clara y contagiosa de su mujer. Sus ojos oscuros, su piel dulce y acogedora. Ella siempre sonreía y, por un momento, un pinchazo de celos le atravesó el cuerpo como un hierro candente. ¿Quién estaría disfrutando ahora de su compañía, de su voz, de su atención? ¿Qué estaría haciendo Elizabeth lejos de él?

Muchas noches despertaba con un miedo atroz. Miedo a que ella lo hubiese olvidado, a que fuera otro el que acariciara su pelo, la amara y cuidara mientras él, un marido fantasma perdido en el tiempo, no podía hacer nada por recuperarla. Se atusó el pelo preocupado y sujetó la pluma para seguir escribiendo. Debía espantar aquellos malos pensamientos; ella lo amaba, con toda su alma, tenían un hijo, el bebé sería el recordatorio constante de su amor... Y ella le era fiel, y leal, era su mujer. Maldita sea.

—Te quiero, mi amor, te necesito tanto, Ellie —susurró con lágrimas en los ojos.

—Lo siento, William. —Mary asomó la cabeza tímidamente en la biblioteca; era temprano, pero quería despedirse de su hermano—. Iré a Reading para comprar algunas cosas, ¿necesitas algo?

—¿Va Robert contigo?

—No, viene Jane, y el señor McDonaldson se ha ofrecido a

acompañarnos con dos de los muchachos.

—¿McDonaldson?, ¿por qué? —De un salto se puso de pie, dejó la pluma sobre la mesa y se acercó para mirar a su hermana a los ojos. ¿Qué demonios tendría que hacer John McDonaldson en Reading?

—No lo sé. —Mary se sonrojó inmediatamente. Aquel hombre tan amable se había ofrecido a acompañarlas al pueblo, y a ella la sola idea de compartir unas horas con él la había emocionado, sin embargo, era consciente de que la idea no era muy normal—. Dice que conoció Reading en 1910, cuando pasó un semestre estudiando en Oxford, y tiene curiosidad de ver cómo es ahora.

—Ah, muy bien, y tú, encantada.

—¡William!

—¿“William”? —Avanzó unos pasos y miró a su hermana entornando los ojos. No quería avergonzarla, pero no podía dejar pasar la oportunidad de advertirle sobre aquel hombre—. He visto cómo te mira McDonaldson, Mary. Y, peor aún, he visto cómo tú lo miras a él. ¿No era que querías quedarte soltera? Parece que has olvidado eso súbitamente, querida hermana.

—¡Jesús bendito! —Absolutamente ofendida, Mary le dio la espalda y salió de la biblioteca, indignada.

* * *

La Condesa la mandó llamar a su cuarto la mañana del viernes, cuando su plazo para recuperar la joya y salir de la casa estaba próximo a expirar. Maddy se había pasado dos largos días encerrada intentando acceder a Marian y su cuarto, pero la tarea le resultó imposible, la tenían aislada y sola y estaba a punto de perder las esperanzas, cuando le anunciaron que quería verla.

Curiosamente Marian, que se preparaba para una monumental recepción en Whitehall, estaba de buen humor aquel viernes por la mañana. Su doncella la peinaba con cuidado, mientras dos costureras terminaban de rematar su vestido de noche, cuando la hicieron pasar a sus habitaciones.

—¿Muchacha, eres tú? —preguntó la Condesa al oírla entrar vestida con un sencillo traje de lana, demasiado grueso y demasiado recatado para el gusto de Marian—. Ven, pasa, ponte a la luz y déjame verte.

—Buenos días, milady.

—¿Sabes que se espera que seas dulce, hermosa y complaciente? —le espetó sin más preámbulos, preocupada como estaba de sus rizos—. Observa a las demás y aprende, Enrique quiere una hembra caliente y suave cada noche. No es difícil, si tienes esa cara y ese cuerpo... ¡Anne! —gritó de repente, sobresaltando a Madeleine—. Desnúdala, quiero verla.

Maddy dio un salto hacia atrás y quiso protestar, pero su sentido común la obligó a tragarse la vergüenza, miró a su alrededor y se dejó sacar el vestido. Aquellas muchachas estaban acostumbradas a desnudar a sus señoras así que podría

soportarlo, pensó cerrando los ojos. Marian de Lancaster se puso de pie y caminó a su alrededor calibrándola con ojos expertos.

—Es perfecta —dijo a la par que levantaba el dedo índice para recorrer su piel inmaculada—. Ni una cicatriz, ni una marca, y lozana, firme. Sin duda eres de mi familia. Y no hay hematomas, gracias a Dios.

Madeleine permaneció en silencio, roja como un tomate y se limitó a mirar al frente con toda la dignidad que pudo reunir. La Condesa se pasó un rato observando y tocando de vez en cuando alguna parte de su cuerpo y ella pudo ver, sobre el tocador repleto de maquillajes y joyas, el poderoso medallón de los Lancaster al alcance de su mano. Se le tensó el cuello,

respiró hondo y abrió la boca para decir algo, pero, antes de que le saliera una frase, un pellizco en su pezón derecho le provocó un respingo.

—Ah, qué delicada —bromeó Marian, y todas sus doncellas le rieron la gracia—. Los tienes duros y muy sensuales, eres una muchacha bella y apasionada, en eso no me equivoco nunca. Aprenderás rápido y alegrarás al Rey, a Enrique le excitan las muchachas tímidas. Me caes bien, mucho mejor que la zorra con la que se casó William Forterque-Hamilton; aunque te le pareces, ¿sabes?, pero tú eres más lista. Te enseñaré lo que le gusta a Enrique, partiremos el domingo hacia Hampton Court y en el viaje tendremos tiempo para hablar. Ahora déjame en paz, tengo mucho que hacer.

—Milady —susurró Maddy mientras se volvía a poner el vestido—. ¿Puedo ver su medallón? Es hermoso...

—¿Qué? —Marian se volvió y la miró con sorpresa, siguiendo los ojos de la joven llegó hasta el medallón que reposaba sobre un joyero abierto—. ¿Por qué? ¿Te gustan las joyas?

—Es muy bonito.

—Es mi favorito, pero ¿qué dices? ¿No lo conoces? Es el medallón del hechizo, ¿para qué lo quieres?

—Oh, ¿es ese? —Maddy disimuló como pudo y fingió sorpresa—. Es muy distinto al que tenía mi familia, milady, al menos parece otro.

—Viniste gracias a esta joya, ¿no? ¿Dónde está ahora? ¿Se la quedó William? —De pronto la ira pareció nublar los ojos de la Condesa, y a Madelaine se le congeló la sangre. Las doncellas retrocedieron y callaron—. ¿La tienen los Forterque-Hamilton? ¡Contéstame, estúpida!

—No, no, milady. —Madeleine retrocedió hasta la puerta temblando—. La perdí en el viaje, no sé dónde quedó, pero no vino conmigo hasta aquí, se lo juro.

—No me mientas. —De un salto, la inmovilizó contra la pared—.

No me engañes, puedo matarte ahora mismo si quiero, no te atrevas a mentirme, muchacha.

—Le digo la verdad, milady, la perdí y ahora no la tengo. Los Forterque-Hamilton ni siquiera me hablaron de ella, solo quisieron deshacerse de mí y mandarme a Londres.

—Si esa joya, mi joya, ha caído en manos de William, te despellejaré con mis propias manos, ramera. Es muy poderosa, y no quiero que él la toque,

¿entiendes? —La empujó y, con un movimiento rápido, le puso una fina daga en el cuello. Madeleine dio un respingo y cerró los ojos—. Ahora eres una buena pieza para ganarme el favor del Rey, pero mañana puedes no tener ningún valor. Dependes de mí, si me estás engañando, te mataré.

Madeleine cayó al suelo del pasillo empujada por la ira de Marian. Nadie la auxilió y la condenada Condesa le dio un puntapié antes de abandonarla y cerrar la puerta de su cuarto. Comprendió inmediatamente que había cometido un tremendo error al mencionar la joya, ahora Marian la escondería o no se la quitaría del cuello, era consciente del poder de medallón y de la necesidad de los Forterque de tenerlo, seguramente sabía que Elizabeth había vuelto a su tiempo y que William quería traerla de regreso.

Se odió por su imprudencia y permaneció en el suelo maldiciendo su estupidez y su falta de previsión. Había subestimado a Marian de Lancaster, era más inteligente de lo que ella pensaba y tenía más información de lo que ella creía; ahora jamás dejaría que se acercara al dichoso medallón, así que debía encontrar otra solución, otro plan, y rápido, si no quería terminar atada a la cama del pervertido rey Enrique en Hampton Court.

El plan de emergencia llegó subiendo por las escaleras. Charles, el marido de Marian, se dirigía hacia sus habitaciones y se la encontró despatarrada en el suelo.

—¿Qué has hecho ahora, muchacha?

—Nada. —Maddy se puso de pie y pensó en utilizar al bobalicón Charles antes de que Marian los pillara hablando—. ¿Cómo se encuentra usted, milord?

—“¿Cómo se encuentra usted, milord?” —repitió el hombre con aire dolido. Su bovina mirada no podía apartarse del escote de la joven—. Me rechazaste, ¿recuerdas? Pero no importa, cuando mi maldito hermano se canse de ti, pasarás a mis manos. Solo debo esperar...

—¿Por qué esperar, milord? —Maddy le regaló una coqueta sonrisa y lo miró con ojillos juguetones, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para flirtear con aquel tipo, pero descubrió rápido que el asunto no se le daba tan mal—. Lo cierto es que no puedo dejar de pensar en usted.

—¿¿Qué?? —Charles avanzó hacia ella bajando la voz. Lo tenía en sus manos, solo debía seguir hasta el final y rematar la faena como una manipuladora de manual—. ¿De verdad? Ya lo sabía, me besaste...

—No quiero dar mi virginidad al Rey. —Levantó la mirada para fijarla en los anodinos ojos del hermanastro del Rey—. No sé si me entiende, milord...

—Sí, preciosa. —Charles se acercó hasta ella y le clavó el aliento en el cuello. Maddy bajó la cabeza con pudor y se dejó abrazar por la cintura—. Ya que nos conocemos, podemos remediar el asunto.

—¿Antes de que lady Lancaster me lleve a Hampton Court, milord?

—Por supuesto, y no me llames milord, llámame Charles.

—¿Qué me darás a cambio, Charles? —Sorprendida por su tono sensual e insinuante, Maddy avanzó hacia su cuarto, para alejarse de los oídos indiscretos que podían estar espíándolos; luego se mordió el labio inferior y clavó los ojos negros en su galán, a aquellas alturas rojo de deseo—. Quiero un regalito, querido.

—De acuerdo. —Charles pareció dudar y luego se concentró en el escote de Madeleine, ella se tocaba suavemente el pecho, y él estaba loco por perderse en aquellos turgentes y suaves senos—. Lo que quieras.

—Quiero el medallón turquesa de su esposa —le soltó sin rodeos y lo miró aflojándose la cinta superior del escote. Más tarde moriría de vergüenza al pensar en su comportamiento, pero, por el momento, estaba dispuesta a quemar todas sus naves—. Me gusta mucho, y lo quiero.

Charles se atusó su escaso pelo y se arregló la ropa. Madeleine intentó no mirarlo y se apoyó teatralmente contra la pared, con la espalda erguida para lucirse aún más.

—¿El que le dio la vieja bruja Agnes? Esa maldita joya es su favorita, me mataría, preciosa —dijo mirándola con ojos vidriosos de lujuria—. Pídeme lo que quieras, pero eso no.

—¿No? —Madeleine fingió llorar tapándose la cara—. Creí que me apreciaba, milord.

—No llores, por favor. —Se acercó a ella y le ofreció su ancho pecho para que Maddy apoyara su cabeza en él—. Bien, bien, tendrás el medallón, ahora dame una recompensa—. Su mano regordeta bajó lentamente por la espalda hacia su trasero, pero Maddy se escurrió dando un respingo.

—¡Milord! —exclamó azorada—. Ahora no. Que sea esta noche, cuando la Condesa no esté, cuando se haya ido a la fiesta en Whitehall. Lo esperaré desnuda sobre mi cama, pero antes quiero ver el medallón.

—Bien, a las nueve estaré aquí —dijo acercándose otra vez—. Y, si eres buena, tendrás la joya.

Minutos más tarde, entraba en su habitación trastabillando a duras penas. Completamente asqueada, vomitó en una palangana y se desplomó sobre la cama. Debía pensar en cómo conseguiría evitar a Charles después de que le entregara el medallón.

¡James!, debía avisarle cuanto antes. Con un poco de suerte, lograrían huir de Londres antes de que Marian regresara de la fiesta. De Charles se ocuparía ella y jamás le contaría a su amigo ni una sola palabra de lo que había hecho para conseguir la joya; se avergonzaba de su descaro, pero necesitaban una solución y aquella parecía funcionar, al menos de momento.

Se compuso el traje y salió en busca de Betsy, la joven doncella le haría llegar a lord Forterque su mensaje.

Betsy no tuvo que invertir mucho tiempo en cumplir con su encargo porque cuando salió de Lancaster House rumbo a la residencia del Conde de Dorset, solo pudo avanzar unos pocos metros antes de que una mano fuerte la sostuviera por el codo y

la hiciera doblar hacia un callejón inmundo y oscuro.

Asustada, se resistió un poco, pero al mirar la fina tela de la camisa de su agresor, se dio cuenta rápidamente de que no estaba siendo atacada. Subió la mirada y se encontró con el bello rostro de James Forterque-Hamilton, escoltado por dos desconocidos.

—Hola, señorita Betsy —dijo el lord con una agradable sonrisa—.

¿Tiene alguna noticia para mí?

—Sí, milord —dijo ella bajando la voz. Aquel hombre tan alto parecía verdaderamente un ángel. La gallardía y la belleza de los Forterque-Hamilton eran la comidilla de la corte, y ver de cerca a uno de aquellos caballeros la embelesaba—. La señorita Madeleine dice que esta noche tendrá su encargo, que lo recoja sobre las nueve y media en la salida del servicio, yo se lo daré.

—¿Cómo, Betsy? Repita sus palabras exactas, por favor. —James temblaba, ¿qué tramaba aquella muchacha? Él no se iría con el medallón y sin ella.

—Dijo: “Betsy, dile que el encargo estará listo esta noche, que lo recoja a las nueve y media en la salida de las cocinas. Yo te lo daré a ti y tú se lo darás a él”.

—¿Nada más?

—No, milord. Bueno, sí...

—¿Sí? —James se agachó lo suficiente para observar de cerca los ojos azules de Betsy, tal vez Madeleine le había dicho algo sobre su huida—. Tranquila, Betsy, piénselo bien, soy todo oídos.

—Bueno...—La joven sirvienta se quedó unos segundos observando el bello rostro de lord Forterque, como una niña pequeña delante de un puesto de golosinas. Los ojos dorados de él la miraban desde muy cerca, y su boca dibujaba una hermosa sonrisa. Cuando se cansó de admirarlo, se atrevió a hablar—. Ella me dijo que usted me daría una buena recompensa por esto, milord...

—Bien. —James se estiró contrariado. No podía llevarse la joya sin más, Maddy tenía que salir de aquella casa cuanto antes. Tal vez estaría esperándolo por la noche en las cocinas, seguramente tenía un plan... Suspiró, se metió la mano en el morral y sacó dos monedas de plata—. Gracias, Betsy, aquí tienes; esta noche te daré dos más.

Betsy recibió las monedas con los ojos desorbitados, nunca había tenido un tesoro semejante en sus manos. Miró a James, le sonrió, le hizo una reverencia y salió corriendo. Él se quedó observándola en silencio.

—¿Cómo piensas sacar a la joven dama de la casa? —preguntó Michael, uno de sus hombres de confianza—. Te recuerdo, milord, que ella es de la familia Lancaster, nos pueden ahorcar por intento de secuestro.

—Lo sé, Michael, lo sé —respondió pensativo—. Creo que ella saldrá sola, hoy es el baile en Whitehall, y Marian estará fuera toda la noche.

—Tal vez deberías asistir al baile para no levantar sospechas

—dijo Michael Tate masticando regaliz—. Nosotros podemos recoger a la dama y su encargo. Aunque se vaya por su propio pie de la casa, te acusarán de secuestro, apuesto mi montura, milord.

James se quedó mirando a su compañero con los ojos entornados. La lógica lo empujaba a seguir el consejo de Michael, pero tenía miedo de que, si no iba personalmente a Lancaster House, Madeleine no pudiera salir de la casa y acabaran perdiéndola para siempre. Se inquietó por sus propias palabras: “¿Perderla para siempre?”, ¿en qué demonios estaba pensando?

Pateó con rabia un trozo de madera abandonada y decidió dar un corto paseo para pensar. Si rescataba a Madeleine McDonaldson de la casa de Marian de Lancaster, el medallón la ayudaría a regresar a su tiempo, y la

Condesa jamás podría encontrarla, pero tendría un nuevo motivo para acusar a su familia de secuestro, traición y miles de argumentos más para amargar la vida de William.

Lo más sensato era asistir al maldito baile y dejar la huida en manos de sus hombres, ellos llevarían a Madeleine a casa y, una vez en el castillo Forterque, William y Robert la mandarían al futuro. Así, jamás la encontrarían, y Marian pensaría que la joven había actuado sola, con la única intención de volver a su tiempo gracias al medallón. ¿No habían entregado ellos mismos a la joven McDonaldson a su pariente? Entonces, ¿por qué la secuestrarían luego? La coartada era perfecta.

Volvió sobre sus pasos con una decisión tomada y el dulce rostro de Madeleine grabado en sus pensamientos. Michael y los demás la ayudarían, y él podría olvidarse de ella. Después de todo, jamás la volvería a ver. Sin embargo, desde que la había dejado en Londres, su recuerdo no lo abandonaba ni de noche ni de día. Su piel, tibia, suave y delicada, sus ojos negros e inocentes, su cuerpo sensual y generoso... Se detuvo para tomar aire con energía: debía olvidarse de ella.

—Está bien —sentenció con voz ronca—. Vosotros os encargaréis de todo, yo me iré al baile con los Condes de Dorset y me dejaré ver por palacio. Mañana por la mañana, mi hermano se ocupará de lo demás, ¿de acuerdo?

—Sí, milord —le respondieron.

XII

Esa noche Madeleine McDonaldson se acicaló como para asistir a una fiesta. Se dio un baño de rosas y se puso un sugerente camisón de Marian, se cepilló el largo pelo cobrizo, y lo dejó suelto y ondulado sobre los hombros, se miró contra el reflejo de la ventana y decidió que estaba sorprendentemente atractiva.

Antes de que volviera la doncella para retirar la bañera de metal, guardó sus pocas pertenencias en la maleta que había traído desde el castillo Forterque, abrió las cortinas y se sentó a esperar a Charles rezando su rosario.

—La casa se queda sola, señorita —le dijo Betsy al acudir para llevarse la bañera; la jovencita se sentía feliz con poder ayudar a tan generoso caballero, y estaba más servicial y atenta de lo normal—. Nos han dado la noche libre para ir a ver cómo el Rey se divierte en el baile, ¿sabe? Solo se queda el viejo Alfred en las caballerizas. ¿Cuándo me dará el encargo para lord Forterque? Quiero ir a Whitehall con las demás muchachas...

—Puedes ir a palacio, Betsy —contestó Maddy, excitada ante la idea de huir de aquella casa vacía de gente. Al parecer el destino se ponía de su parte—. Yo me encargaré de todo, no te preocupes, gracias.

* * *

Vestido completamente de negro, James Forterque-Hamilton se paseaba como un león encerrado en el pasillo de entrada a Whitehall. El palacio bullía de actividad, y el pueblo se agolpaba a sus puertas para ver a la familia real y a la corte en pleno, que bailaba y se divertía en medio del lujo y la opulencia. James hervía de rabia, no solo por el penoso espectáculo que lo rodeaba, sino también por no poder intervenir en la huida de Madeleine McDonaldson. Llevaban una hora esperando su turno para entrar al besamanos, y su paciencia se estaba agotando.

—¿De dónde demonios salen tantos nobles? —preguntó al elegante Joseph Dorset, que permanecía sentado en una banqueta con aire distraído. A unos metros de él, varias jóvenes y aristocráticas herederas los observaban, dándose codazos y riéndose entre dientes—. ¿Nadie se ha quedado en casa?

—Nadie, querido, salvo tus hermanos. —La respuesta la dio Eleonor, la mujer embarazada de Joseph, agarrándose a su brazo para tranquilizarlo—. Lo cierto es que Mary debería venir a Londres de vez en cuando para encontrar marido, Jamie. Ya tiene... ¿cuántos, veinticinco años?

—Mary no necesita esto, Eleonor, gracias —respondió James bruscamente, no soportaba a la esposa de su mejor amigo, tan superficial, artificial y ambiciosa como sus semejantes de la corte Tudor—. ¿Cuándo entraremos, por el amor de Dios?

—Paciencia, Jamie —contestó el Conde de Dorset, consciente de la ansiedad de su amigo—. Hablaré con el Lord Chamberlain para que nos dé paso, al fin y al cabo, mi dulce esposa está encinta.

James siguió con la mirada el elegante paso de Joseph hacia la entrada principal, con el corazón saliéndosele del pecho. Se sentía mal, inquieto y rodeado de gente insoportable, mientras Madeleine se enfrentaba sola a su huida de la casa Lancaster. Miró a Eleonor, maquilladísima y con aspecto cansado, y le sonrió con esfuerzo.

—Querida Condesa —le dijo con galantería—. Lo siento, pero debo ausentarme unos minutos. Dile a tu esposo, por favor, que vuelvo dentro de una hora, más o menos, ¿de acuerdo?

—¡Ay de mí, gentil lord Forterque! —le contestó la otra abanicándose—. ¿Qué es lo que veo en esa mirada? ¿Se trata de una muchacha? ¿Te vas a buscar a tu amante, James? ¿Es eso? Vamos, dímelo.

—Volveré enseguida, Eleonor, resérvame un baile, ¿quieres? —le alcanzó a decir antes de escabullirse rápidamente haciendo sonar sus botas contra el mármol. Un murmullo de admiración siguió sus pasos, mientras Eleonor Dorset soltaba una carcajada chillona. James no se volvió para despedirse, simplemente salió a paso ligero rumbo de la casa Lancaster.

* * *

Cuando Charles abrió la puerta de un golpe, Madeleine lo esperaba sentada sobre su gran cama, con el rosario en la mano y helada hasta los huesos. La ligera tela de su camisión abrigaba poco, y los nervios le congelaban la sangre, sin embargo, observó a su improvisado amante con una cálida sonrisa en los labios.

El hermanastro bastardo del Rey de Inglaterra lucía un batín de seda

como única vestimenta, se había peinado el escaso pelo hacia atrás, y sus mejillas, llenas de venillas rojas, brillaban coloradas y sudorosas. Su excitación era más que evidente, y Maddy no pudo evitar observar con horror la abultadísima barriga elevada por encima de una exagerada erección, enorme e indiscreta. Se puso de pie y lo detuvo con un gesto.

—Milord, ¿dónde está el medallón? —Sus palabras tintinearón y llegó a dudar de que fuera ella misma la que hablaba—. Quiero verlo. Además, habéis llegado antes de tiempo.

—Estaba ansioso, pequeña. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó el medallón de los Lancaster, que colgaba brillante de un grueso cordón de terciopelo—. Aquí lo tienes, cielo, ahora tumbate en la cama y desnúdate, me lo prometiste...

Madeleine se acercó a él y sujetó el medallón con ojos fascinados, lo hizo girar y vio el hechizo grabado en el reverso, exactamente como ella lo recordaba, la misma joya que había tenido en sus manos casi cuatrocientos años más tarde. Con una rápida maniobra, Charles se lo colocó en el cuello y cayó pendiendo entre sus pechos agitados por la emoción. Él soltó un suspiro y la miró con ojos vidriosos.

—Estoy esperando —le susurró acercándose suavemente hasta ella—. Quiero verte desnuda. ¡Vamos! Compláceme.

—Es que tengo mucha sed, milord. —Continuó su plan con firmeza. Bajaría a las cocinas, entregaría la joya a James Forterque y regresaría al dormitorio para ocuparse de Charles. Agnes, la hechicera, preparaba una tisana especial para que Marian conciliara el sueño, y ella había pedido una jarra aquella misma tarde fingiendo agotamiento e insomnio. Betsy le había subido el encargo sin problema, y ahora tenía suficiente dentro de una botella mezclada con vino. Se la daría a beber y jugaría un rato con él antes de que cayera dormido como un bebé, o al menos quedara lo suficientemente atontado como para que ella pudiera escapar sin ser vista por el servicio—. Bajaré a la cocina a pedir un poco de vino, ¿os apetece?

—¡No! —replicó el noble, enfadado—. Estoy harto de juegos. Ven aquí y compláceme, yo ya he cumplido con mi parte.

Madeleine comprendió inmediatamente que embaucar a Charles no sería tarea tan sencilla como esperaba. Se movió por la habitación con sigilo y con la mejor de sus sonrisas, pero él le cerró el paso antes de llegar a la puerta e intentó besarla. La joven retrocedió, fingiendo coquetear, se zafó

de su abrazo y

retrocedió hacia la cama, temblando de miedo. Aquel tipo de casi cien kilos se le abalanzó lujurioso, y ella buscó con desesperación una rápida solución, pero, antes de poder recuperar la lucidez, sintió la presión del cuerpo de Charles contra su pecho, mientras sobaba con manos desesperadas su piel desnuda.

—Está bien, milord —dijo azorada y aterrada—. No tan rápido, es mi primera vez, ¿recuerda? ¡Charles! —gritó, apartándolo un poco.

—Haga el favor de soltar a la señorita, milord. —La voz clara y fuerte de James lo paralizó inmediatamente. Volvió la mirada hacia la puerta y ahí se encontró con la figura espigada y elegante de lord Forterque-Hamilton, que los observaba con los brazos cruzados sobre el pecho—. Me parece que ambos sabemos que esto está muy mal.

—¿Qué demonios...? —La espada de James contra su cuello no lo dejó terminar la frase—. Desgraciado...

—Si su mujer se entera de esto, podría peligrar su cabeza, milord.

—Salga de mi casa inmediatamente, Forterque —balbuceó Charles temblando de pies a cabeza. Madeleine se había zafado fácilmente de su presión y se movía rápido, buscando sus cosas. El medallón brilló sobre su pecho, y James no pudo evitar observarlo con interés—. Lo acompañaré a la puerta, y la señorita podrá quedarse aquí tranquila. Le doy mi palabra de honor.

—Me parece que no ha comprendido bien. Quien saldrá inmediatamente por esa puerta es usted, milord. ¡Vamos, lárguese!

Charles, se aprestó a obedecer, y Maddy, aliviada, dejó de prestarle atención para abrigarse un poco. Mientras se ponía el abrigo de lana, James le preguntó con un gesto por la joya que colgaba de su cuello, ella asintió y se agachó para recoger del suelo su humilde maleta. Se inclinó levemente, con prisa, pero un sutil brillo a su izquierda le tensó instintivamente los músculos de la espalda. Giró y vio cómo Charles levantaba una pequeña y fina daga hacia el pecho de James.

Forterque, distraído por el brillo del medallón, observaba con curiosidad la joya. Madeleine quiso advertirle, pero no hubo tiempo, el hábil marido de Marian se había hecho con un cortaplumas muy pequeño que llevaba escondido en algún lugar de su cuerpo y se disponía a lanzarlo contra su

amigo, así que avanzó rápidamente, agarró un jarrón de su mesilla y se lo estampó en la cabeza. El marido de Marian giró sobre sus talones antes de caer redondo al suelo, con un hilillo de sangre saliendo de su sien herida.

—Vamos —Ordenó James cogiéndola de la mano y tiró de ella escaleras abajo—. Espero que sepas montar, muchacha.

Veinte minutos más tarde, Madeleine cruzaba el puente de Londres a galope tendido, escoltada de cerca por tres hombres de James Forterque-Hamilton. Un segundo antes, se habían despedido apresuradamente a orillas del Támesis.

—Debo regresar a Whitehall —dijo James mirando nervioso a su espalda—. Con ayuda de Dios, podré justificar mi ausencia de la fiesta y dejarme ver lo suficiente en palacio como para que nadie me relacione con este incidente.

—Pero ¿y el Conde? Seguramente hablará —respondió Maddy subiéndose al caballo—. Te denunciará, James. Es un lío tremendo, deberíamos pensar un poco, buscar una solución más práctica. Nunca debiste subir a mi cuarto, Santo Cielo, ahora todo el plan se ha ido al carajo.

—¡Milady! —exclamó Forterque sonriendo—. ¡Cuida ese lenguaje! Por Dios bendito. Charles no hablará, si sabe lo que le conviene, no le dirá a su mujer que lo descubrí intentando acostarse contigo y que te saqué de la casa por la fuerza.

—Sí que puede.

—No lo hará y, si lo hace, lo negaré todo, es su palabra contra la mía. En teoría, tú has huido con la joya, sola, te has escapado y has vuelto a tu época. Ese es el plan, así que fuera de aquí, te veré mañana camino de casa, Michael se ocupará de todo. ¡Ah! Una cosa más...

—Sujetó las riendas del caballo con una mano y miró a Madeleine a los ojos—. ¿Qué hacías con ese cerdo en tu habitación, medio desnuda y con el medallón en el cuello?

—“Ese cerdo”, como lo llamas, fue quien me dio el medallón —contestó cuadrando los hombros.

—¿A cambio de qué?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Qué? Esa no es la respuesta correcta, señorita, usted es mi responsabilidad. —se puso serio y respiró hondo antes de volver a hablar—. ¿Pensabas acostarte con ese degenerado?

—¿Cómo dices? —Se puso roja y desvió la mirada—. ¿Quién te crees que soy? —Él seguía observándola en silencio con los ojos entornados—. Tenía todo un plan al respecto: pensaba darle un sedante mezclado con el vino.

—Pero se lo habías prometido, ¿verdad?

—Sí, bueno, no había otra opción, teníamos poco tiempo, y creía poder controlar la situación. Es un pobre hombre, no es muy listo...

—Te equivocas, es un hombre peligroso, nada menos que el hermanastro del Rey de Inglaterra, Madeleine. ¿En qué estabas pensando? —suspiró—. Has tenido suerte. Hemos tenido suerte, quiero decir. Pero las cosas no funcionan así, no sé cómo es en tu tiempo, muchacha, pero mientras estés aquí, no vuelvas a tomar decisiones de esa clase tú sola, podrían costarte la vida, ¿entendido?

—Bien —susurró avergonzada. James tenía razón, a punto estuvo de no controlar a Charles. No sabía dónde habría terminado todo si no hubiera aparecido él en escena.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

—Bien. Ahora sal de aquí. —Instintivamente y por puro impulso, se acercó a la muchacha y le plantó un beso fugaz en los labios. Nada apasionado, ni romántico, un simple beso que ella recibió con sorpresa—. ¡Vamos!

Llegó a Whitehall a paso ligero, Joseph Dorset y Andrew, uno de sus hombres, lo esperaban en la entrada mezclados con el mar de gente que rodeaba la zona. Vendedores ambulantes, saltimbanquis, floristas, prostitutas y rateros pululaban a sus anchas entre el pueblo llano que acudía en masa para ver de cerca las fiestas del Rey.

—¿Qué sucede? —preguntó al llegar—. ¿Ya podemos entrar?

—Hace media hora que mi mujer está dentro. ¿Dónde diablos te has metido? Te dije que debías quedarte quieto aquí, James —exclamó el Conde—. Entremos de una maldita vez, ya me contarás qué has hecho.

La fila de entrada al besamanos oficial era aún abultada, pero Joseph pudo colarse por un rincón discreto, y llegaron directamente al patio central del palacio, donde el rey Enrique y su desaliñada mujer, Jane Seymour, saludaban a sus invitados con cara de aburrimiento. El pelirrojo Rey parecía hastiado. A sus cuarenta y seis años, el soberano ya sufría innumerables

problemas de salud, y su excesivo peso era cada día más evidente debajo de las recargadas vestiduras.

Joseph y James llegaron hasta él y se inclinaron cortésmente para saludarlo. A la diestra de Enrique, justo a su espalda, de pie y con un vestido tan escotado que dejaba poco para la imaginación, Marian de Lancaster charlaba con otras damas, pero detuvo la plática para observar a los recién llegados.

—¿Cómo estáis, Majestad? —preguntó Joseph con su encanto habitual.

—Aburrido, Dorset —respondió el monarca observando el magnífico aspecto de ambos caballeros—. ¿Quién sois vos, joven amigo?

—Clavó sus ojos, tan parecidos a los de Charles, en James—. No os reconozco.

—Es lord James Forterque-Hamilton, Majestad —intervino Marian, atenta, antes de que Joseph o James pudieran abrir la boca—. Hermano del Duque de Forterque, a él debemos la llegada a Londres de nuestro regalito.

—¡Oh! —exclamó Enrique; James miró a su izquierda y observó a la joven consorte mirar con desprecio a la Condesa de Lancaster antes de volver a concentrarse en la conversación con sus damas—. ¿Y dónde está ahora ese delicioso bocado?

—En mi casa, durmiendo, Majestad, quiere estar preciosa para vos...

Dorset y Forterque guardaron silencio mientras el Rey se quedaba pensativo unos instantes. El lord Chamberlain, quien tenía a su cargo el protocolo y el cuidado de las reuniones sociales, se paseaba inquieto alrededor de ellos, con intenciones de acelerar la charla, mientras Jane Seymour se levantaba sin pronunciar palabra y abandonaba su sitio algo ofuscada. Era evidente que acababa de oír las alusiones a la nueva y futura amante de su marido, y el asunto no le hacía la menor gracia.

—¿Cómo está tu hermano? —El Rey volvió a dirigirse a James con curiosidad.

—Está bien, Majestad, gracias.

Un segundo de silencio más, y luego Enrique los abandonó para posar sus ojos en otros recién llegados. James y Joseph se movieron sin despedirse hacia el centro del patio, mientras Marian les guiñaba un ojo, con medio

rostro oculto detrás de un abanico de encaje.

Nervioso, inquieto, pero muy sonriente y especialmente encantador, James Forterque-Hamilton pasó el resto de la velada halagando a las jóvenes casaderas y charlando con los caballeros sobre la caza y los perros, mientras su amigo Dorset se dedicaba a bailar y coquetear con todas las mujeres de la fiesta.

A medianoche, cuando se cansaron de dejarse ver, los dos nobles se escabulleron desde Whitehall a la casa de Dorset, acompañados por lady Eleonor, que había bebido más de la cuenta y no hacía más que protestar y quejarse por el mal comportamiento de su atractivo marido.

—Eres detestable, Joseph, te odio, te odio —gruñía en su calesa—. No me has hecho el menor caso, ya verás...

—¿Dónde está tu Madeleine? —preguntó finalmente el Conde cuando se quedaron solos en el salón de su residencia—. Supongo que no la habrás dejado en Londres.

—Va camino de casa con Michael y no es “mi Madeleine” —respondió James desplomándose en una gran butaca de cuero—. En realidad, les he dicho a los hombres que la instalen en el convento de la Anunciación, fuera del castillo, allí estará a salvo.

—¿A un convento? ¿Por qué?

—Porque es mejor que no se la relacione con mi familia —explicó con voz cansada—. No fue una huida muy limpia, amigo, es mejor que se quede unos días entre las monjas. Mañana a esta hora, Marian se habrá presentado en mi casa reclamando explicaciones, y es mejor que la muchacha no esté allí.

—¿No muy limpia? —Joseph lo interrumpió bruscamente—. ¿Qué me estás diciendo, James?

—El asqueroso de Charles intentó atacarme, y ella, bueno, Madeleine lo golpeó con un florero.

—¿Qué? —Joseph Dorset soltó una sonora carcajada—. ¿Ella te defendió a ti? ¡Dios Santo! ¿Y qué hacías tu ahí? ¿No se suponía que tus hombres se ocuparían de todo?

—Algo me decía que la cosa no iría bien, la muchacha no apareció en la cocina con el medallón cuando debía. En fin, subí a su dormitorio, y Charles estaba intentando abusar de ella. Casi lo atravieso como a un cerdo de Yorkshire, pero ella actuó antes. El caso es que en este momento se dirige con el medallón camino del condado de Berkshire. Mañana iré a buscar la

maldita joya y, dentro de unos días, todo habrá vuelto a la normalidad. Y ahora —dijo mientras se levantaba despacio—, me vuelvo a casa, necesito dormir.

—¿Qué crees que sucederá cuando Marian descubra que su patético marido ha sido herido y que la muchacha ha desaparecido?

—Espero que Charles no confiese su incursión nocturna al dormitorio de la joven; en cuanto a Madeleine, supongo que la Condesa lo interpretará como una simple huida. —“E imaginará que ya ha vuelto a su tiempo gracias al medallón”, pensó sin compartirlo con su amigo—. Es momento de quedarse quieto y esperar. Además, supuestamente yo no sé nada de todo el asunto porque estaba bailando como un experto en el baile real de Whitehall.

—No diría que como un experto —resopló Joseph—, pero al menos no has pasado inadvertido, cuatro matronas me preguntaron por tus planes para elegir esposa. Has triunfado esta noche en el palacio, Jamie, espero que lo hayas hecho en todo lo demás.

XIII

Se sentía satisfecho, por primera vez en muchísimos años, se sentía animado y lleno de energía. Ni sus sobresalientes calificaciones en Yale, ni sus triunfos deportivos, ni sus brillantes éxitos en los tribunales o sus innumerables conquistas femeninas habían conseguido apaciguar su alma tanto como el trabajo puro y saludable realizado con sus propias manos.

John McDonaldson se sentía otro, vigoroso y optimista, y todo se lo debía a su inesperada llegada al siglo XVI. Ciertamente era que, más de una semana después de su aterrizaje en el castillo de los Forterque, su mente aún no conseguía asimilar los cambios y las novedades, pero, a pesar de todo, era libre, y eso lo fascinaba. Se levantaba muy temprano para desayunar tocino, huevos, avena, pan y vino caliente en las cocinas atestadas del castillo, mientras observaba cómo Mary Forterque-Hamilton, la señora de la casa, atendía a todo el mundo y daba órdenes con aquel tono autoritario pero amable que tan buen efecto causaba entre su gente. John no se cansaba de mirarla y, aunque ella apenas le dirigía unas cuantas frases de cortesía al día, se contentaba simplemente con saber que estaba cerca.

Tras su efectiva incursión contra los asaltantes, Robert Wilson practicaba a diario con él, para que se habituara a las pesadas e incómodas espadas de aquella época, al arco y a la lucha cuerpo a cuerpo con cuchillo. John estaba sorprendido con su destreza, y corría como un niño, después de la cena, para reunirse con Wilson y sus pupilos en el patio central. Lord Forterque-Hamilton se mostraba taciturno y silencioso, solo cumplía con sus obligaciones sociales lo estrictamente necesario y se pasaba las horas dedicado al trabajo, aunque, de vez en cuando, charlaba un poco con el maestro druida que debía conseguir la vuelta a casa de su preciosa esposa. Y pensar que aquella mujer era una joven de su propia sangre, bisnieta de su hermana Mary... Cada vez que John intentaba meditar sobre el tema, se mareaba, de modo que prefería no pensar en que la actual Duquesa de Forterque era nada menos que su futura sobrina bisnieta.

De momento, nada sabían de Madeleine que, convertida en una espía en 1537, se había infiltrado en las líneas enemigas capitaneadas por Marian de

Lancaster. Todo el mundo le aseguraba que estaría bien bajo la protección de James, sobre todo Robert Wilson, que se mostraba confiado y optimista.

—No creo que su hermana tenga problemas, John —decía amablemente Wilson—. James no permitirá que le suceda nada malo.

A él los sentimientos se le mezclaban, por una parte, seguía pensando que era el único responsable del bienestar de su hermanita pequeña y, por otra, seguía muy enfadado por lo irresponsable e irreflexivo de su comportamiento. Maddy siempre actuaba de un modo egoísta, que acababa por afectar a su entorno más cercano, y eso lo sacaba de quicio.

—Señor McDonaldson, ¿puede usted ayudar a Eddie? —John miró a Mary, la joven le indicaba al muchacho que sacaba en aquel momento un enorme fajo de telas de una de las tiendas del pueblo. Se había distraído con la visión del Reading del siglo XVI mientras la joven Forterque recogía su pedido de telas, cintas y demás del tenderete del hilandero del pueblo—. Por favor...

—Por supuesto. —Se acercó de un salto y levantó el pesado paquete para subirlo en la carreta, que a aquellas alturas ya estaba bastante llena.

Mary lo observó y vio la metamorfosis tan radical que había sufrido aquel caballero en tan pocas jornadas. Llevaba el pelo revuelto, y algunos negros mechones le tapaban de vez en cuando la cara; los ojos verdes, bordeados de oscuras pestañas, lucían más serenos, y su cuerpo, fuerte y saludable, era fácil de apreciar bajo sus sencillas prendas de montar. Llevaba puesta una vieja camisa de William, abierta hasta la altura del ombligo, y Mary no pudo evitar ver el vello oscuro que poblaba su liso torso... Suspiró y desvió su indiscreta mirada.

—Ya está. ¿Tiene algo más que comprar, señorita? —La miró con una gran sonrisa en sus pícaros ojos, y Mary sintió como un golpe seco en el corazón, ¿qué demonios le estaba sucediendo?—. Debería dejar algo para los demás clientes —bromeó.

—Ya está todo —respondió turbada—. Podemos volver a casa, ¿no es así, Jane? —Buscó apoyo en su vieja amiga, y esta le respondió con una extraña sonrisita que inquietó aun más a la joven—. Vamos, pues.

John se subió al caballo, satisfecho porque su habilidad con las damas seguía intacta, aun en aquel confín del tiempo y miró de reojo a Mary, que preciosa con su vestido azul oscuro y su discreto moño en la nuca, cuadró los hombros y fijó su mirada transparente al frente, roja hasta las orejas,

—Déme algo para comer, milady.

Un vagabundo joven, aunque desdentando, andrajoso y maloliente, se aferró al borde del vestido de Mary y la asustó con su insistencia. John se volvió levemente en su montura para ver qué sucedía, mientras Jane, la mujer de Robert, comenzaba a lanzar una serie de improperios contra el desagradable individuo. Los muchachos, Eddie y Ralph, ya iban varios metros por delante, caminando distraídos, y John comprobó por el rabillo del ojo que otro vagabundo se acercaba por detrás, con malísimas intenciones.

—Deja a la dama en paz —lo increpó, poniendo pie en tierra y echando mano a la espada que tenía bien sujeta en su cadera derecha—. Lady Forterque, siga adelante, ahora me reúno con vosotros.

—No, señor McDonaldson, no vale la pena. ¡Patrick!, ¿cómo te atreves? —dijo de pronto muy enfadada, sobresaltando al primer vagabundo—. Si lord Forterque te sorprende mendigando, ya sabes lo que te sucederá. Busca un trabajo y déjanos en paz.

—No, milady, déme algo —insistió mientras su colega cometía la tremenda torpeza de saltar por detrás de la carreta para hacerse con algún botín. John no lo pensó ni medio segundo, avanzó hasta él y, de un tirón, lo hizo caer del vehículo, era un oponente fácil que no pesaba ni sesenta kilos y le llegaba a la altura del codo.

—Sal de ahí, ¿qué pretendes? —Antes de que el sujeto se pusiera de pie, Patrick se le lanzó al cuello como un gato salvaje, John giró y se lo quitó de encima, a tiempo para meterle un tremendo codazo en la cara. El delincuente cayó sangrando copiosamente, y el segundo intentó huir, con un carísimo ovillo de encaje bajo del brazo, pero Mary lo detuvo poniéndole una daga en el pecho.

—Suelta eso, sinvergüenza, y empieza a rezar para que mi hermano no te arranque la piel a tiras. ¡Vamos!

El tipejo arrojó el encaje al suelo y salió corriendo como el demonio; su compinche se levantó con la nariz rota y, antes de escapar, dedicó una sarta de maldiciones contra John, que los observó desde donde estaba, jadeando, cansado y enfadado.

McDonaldson avanzó lentamente hasta el ovillo de encaje color crema y, al igual que estaba haciendo Mary, se agachó para recogerlo, por lo que quedaron a la misma altura. Se miraron a los ojos y, durante una milésima de segundo, permanecieron en silencio, luego sonrieron y al instante se echaron

a reír a carcajadas. Jane se acercó hasta ellos y los observó sorprendida ante tanta complicidad.

* * *

Solo supo que se encontraba en un convento y no en el castillo de los Forterque cuando estaban ya entrando en el humilde recinto. Llevaban toda la noche galopando, y pensó que simplemente se detendrían para repostar y descansar un poco, pero Michael le explicó que en realidad su destino no era la casa de lord James, sino aquel refugio sagrado, donde varias monjas ejercían su labor en una especie de hospital, bajo la protección del duque de Forterque.

Madeleine estaba demasiado agotada para protestar; de todos modos, parecía que Michael Smith, lugarteniente de James Forterque-Hamilton, no estaba dispuesto a discutir ni a dar explicaciones. Era un hombre de honor, un soldado de graduación y se limitaba a cumplir órdenes, así que entraron en el silencioso convento con los caballos sujetos por las riendas y fueron atendidos por la única monja despierta, la madre superiora, quien les asignó una celda a cada uno sin pronunciar apenas palabra. Madeleine se desplomó entonces sobre el estrecho colchón de lana, sin siquiera desvestirse, y se quedó dormida como un bebé.

Doce horas más tarde, despertó desorientada e inquieta. Aseada, peinada y con el medallón de lady Lancaster escondido bajo su vestido limpio, se aventuró a la primera planta de aquella casa; en el camino, se encontró con varias religiosas que la saludaron con una sobria venia, mirándola apenas, y Madeleine respondió con la misma discreción, para evitar llamar la atención más de lo necesario.

Una vez en el pasillo principal, el murmullo de voces masculinas llamó su atención desde su derecha y, cuando se asomó por la puerta de entrada a la cocina, se encontró con los hombres de James, que estaban dando cuenta de una buena comida.

—Buenos días —dijo con amabilidad.

—Buenas tardes. —La corrigió Michael Smith—. Espero que haya descansado. Siéntese, le serviré un poco de caldo, debe de estar hambrienta.

—Gracias —dijo Maddy con la mejor de sus sonrisas—. ¿Y lord

Forterque? ¿No saben nada de él?

—No —dijo Michael mientras le servía un enorme y aromático caldo de carne, acompañado por una hogaza de pan blanco. A Maddy se le hizo agua la boca—. Aún no ha llegado y, hasta que no venga, no nos moveremos de aquí.

—Claro —respondió. Había recordado de pronto el fugaz beso de James a orillas del Támesis y se estremeció—. Por supuesto. —Bajó la vista y puso toda su atención en la deliciosa sopa, confiando en que muy pronto retomaría su viaje hacia el castillo Forterque.

Una semana entera pasó en el convento de la Anunciación antes de volver a ver a James Forterque-Hamilton. Aquel retiro involuntario ya la tenía inquieta a las pocas horas de su llegada, cuando el medallón de los Lancaster empezó a quemarle en las manos. La preocupación le atenazaba el alma. James Forterque no daba señales de vida, tampoco el Duque, y los hombres que la custodiaban apenas le dirigían la palabra. Repasaba mentalmente los últimos acontecimientos en casa de Marian y cada vez veía un panorama más negro.

¿Y James? No podía olvidar sus ojos dorados, el suave roce de sus labios... ¿Qué sucedería si lo culpaban a él? Harta de cavilaciones, se decidió a poner actividad en su vida y se ofreció ante la madre superiora, la madre Fleur, para ayudar en alguna de las infinitas tareas del convento. En aquel humilde monasterio, las monjas cultivaban sus propios alimentos y cuidaban de los enfermos y heridos más pobres de la comarca. Una noble actividad que sustentaba en parte la familia Forterque-Hamilton desde hacía más de treinta años, cuando Andrew, Duque de Forterque y padre de William y James, había

empezado a intentar mejorar las paupérrimas condiciones de vida de su gente.

Su ayuda fue recibida con los brazos abiertos por la madre Fleur, y en seguida fue asignada a cuidar del huerto de la casa, ubicado en la parte trasera del convento. Eso la tranquilizó, ya que estaría en una zona segura, alejada de las miradas curiosas y, además, la horticultura era una actividad que muchas veces había practicado en su propia casa de Filadelfia.

De ese modo, estaba de rodillas sobre la tierra húmeda del jardín, cuando la voz profunda y modulada de James Forterque-Hamilton la sacó bruscamente de su ensimismamiento, provocándole un susto de muerte.

—¿Se le dan bien las hortalizas, señorita McDonaldson?

Madeleine se volvió tan rápido que quedó sentada cómicamente en el suelo, mirando con sorpresa la alta figura del recién llegado. Sonrió con alegría, y levantó una mano para protegerse de la luz del sol y ver mejor a su amigo, que la observaba divertido con el sombrero en una mano y la fusta en la otra. Su pelo dorado se mecía por efecto del viento otoñal y sus blancos dientes se asomaron antes de volver a hablar, parecía cansado, cubierto del polvo del viaje, pero su potente presencia bastó para transmitir seguridad y un bienestar instantáneo a una Maddy encantadísima de volver a verlo.

—Dios mío qué sorpresa —dijo sin poder dejar de sonreír—pensé que ya se había olvidado de nosotros...

—Y yo pensé que ya nos tuteábamos.

—Oh sí, muy bien, de acuerdo —él estiró la mano y Maddy se sujetó para ponerse de pie—gracias James. Me alegro de verte.

—Según me dicen te has integrado muy bien a la tranquila vida de estas señoras.

—Sí, sí, fenomenal, pero —interrumpió—pero dime ¿qué pasó con Charles? ¿cómo están las cosas en Londres? ...

—Bueno —James resopló mirando a su alrededor, a Maddy casi se le paraliza el corazón observando sus enormes y dulces ojos dorados fijos en el horizonte, tragó saliva y desvió la mirada al suelo, no era cuestión de que su amigo la pillara espíandolo—. Charles murió hace cuatro días, Madeleine. Y Marian de Lancaster ha dicho que murió a consecuencia de las heridas que tú le inflingiste.

—¿Qué?

—Al parecer, junto con Agnes, descubrieron el porqué de tu huida, pero, oficialmente, tú robaste unas joyas de la casa, dejaste malherido a su marido y desapareciste sin dejar rastro.

—¿Me están acusando de asesinato?

—Asesinato, robo, fuga... La única solución es que partas pronto de vuelta a tu tiempo.

—¡Oh, Dios mío!

—Era ingenuo pensar que Marian iba a rendirse tan fácilmente.

Obviamente Charles no murió del golpe en la cabeza, Madeleine.

Betsy asegura que su señora envenenó al condenado en su propia cama, pero eso no lo podremos probar jamás.

Madeleine se tocó el medallón de los Lancaster a través del vestido. No se lo quitaba desde su huida de la casa Lancaster y miró el campo verde y fresco de Inglaterra con el corazón encogido, no quería marcharse, no quería volver a su tiempo, no tan pronto, pero no quedaba más remedio que aceptar el destino que ella misma se había buscado.

—¿Estás bien? —James le tocó tímidamente el brazo.

— Sí, gracias. —Maddy se volvió para mirarlo y se topó con sus preciosos ojos antes de bajar por su cara, recorrer con la mirada su mandíbula bien marcada, su cuello, su pecho fuerte y varonil. Suspiró, para reprimir el deseo y la necesidad de lanzarse a sus brazos, de abrazarse a él, y hacer que el mundo y el destino desaparecieran para siempre—. Gracias, James, supongo que debo ir a buscar a John y partir en seguida.

—Eso es, prepara tus cosas. Pero ¿qué te sucede? Pronto estarás a salvo.

—No es eso, James, es que me siento tan culpable...

—¿Culpable?, ¿de qué? Has conseguido el medallón, deberías estar satisfecha, muchacha.

—Si no hubiera aparecido en tus tierras, Marian de Lancaster no tendría un motivo más para perjudicar a tu familia. Vaya donde vaya, no hago más que empeorar la vida de los demás. Al menos eso siempre me ha dicho mi madre y parece que tiene razón.

—No puedo imaginar que una madre diga algo semejante a su hija —susurró James siguiéndola por el camino de regreso a la casa—. No pienses tonterías, nos estás ayudando muchísimo, deberías estar orgullosa de cómo te has comportado. Y ahora debemos pensar en tu retorno. Ulrik te dirá cómo hacerlo de manera segura.

—Lo hice sola una vez, podré hacerlo sola de nuevo, no te preocupes.

* * *

—La pena por asesinato es la decapitación —comentó Madeleine delante de James, que terminaba en aquel momento de dar buena cuenta de un pollo entero guisado en el horno—. Me lo ha explicado Michael y dice que, si tengo suerte, el verdugo terminará en uno o dos intentos, que para Ana Bolena se contrató al mejor de Inglaterra, y la decapitó de un solo estoque.

—Pero bueno, ¿qué es esto? —James arrojó la servilleta encima de la mesa—. A ti nadie te decapitará. Michael, ¿estás loco?

Michael Smith soltó un gruñido por toda respuesta, él era un hombre de acción, no de palabras. La joven le había preguntado sobre las posibles consecuencias de su captura por parte de la Guardia Real, y él se había limitado a explicarlas, nada más.

—En cuanto lleguemos a casa, el maestro Ulrik se ocupará de todo, y el problema se habrá resuelto, Madeleine —dijo James mirando a su hombre de confianza con desaprobación—. No pienses en eso. No hagas caso a Michael, vamos, preparemos los caballos, acompáñame.

Salió detrás de él, más compungida por los sentimientos que le provocaba su maravillosa presencia que por la imagen, nada tranquilizadora, de terminar como Ana Bolena decapitada en la Torre de Londres y se atusó el pelo moviendo la cabeza.

—No tengas miedo—susurró James sin dejar de caminar—. No permitiremos...

—Sinceramente, no estoy asustada, pero la verdad es que me da mucha pena tener que regresar a mi tiempo ahora, eso es todo. Lo de la decapitación me trae sin cuidado.

—¿No quieres volver? ¿De verdad? —Se detuvo y buscó sus ojos— ¿Por qué? ¿Y tu familia, tu vida?

—Para mi familia soy un problema, y no tenía vida, no al menos la que yo quería. Cuando vuelva deberé casarme con un tipo al que no soporto, tener hijos y languidecer en una existencia triste y carente de amor.

—¿Quién es él?

—Da igual, es un imbécil. ¿Y tú? ¿Cuándo te casarás, lord Forterque?

—¿Yo? —Se quedó perplejo ante la pregunta tan directa y cambió su postura, incómodo—. No lo sé, deberá ser pronto, supongo.

Se detuvieron uno frente al otro, en silencio y mirándose. Madeleine estiró la mano y rozó su muñeca, pero James no movió ni un solo músculo del cuerpo. Decepcionada por su falta de respuesta, estuvo a punto de huir de regreso al convento, pero una energía invisible la animó a seguir. Respiró hondo y dio un paso al frente, ¡qué diantres!, en unas horas, no volvería a verlo jamás, pensó, y lo deseaba tanto...

Cuando la vio tan inevitablemente cerca, James Forterque-Hamilton parpadeó e instintivamente estiró la mano y la cogió por la cintura y la nuca; Maddy se puso de puntillas y le plantó un beso en plena boca, beso que él respondió con dulzura, primero, y con pasión, después.

—No, no, esto no está bien, pequeña. —finalmente recuperó un poco de cordura y la apartó con determinación—. Mira, Madeleine, me gustas mucho, lo juro por Dios, pero mi hermano me mataría si se enterara de esto, debes volver a tu casa, no quiero mancillar tu honor...

—¿Mancillar mi honor? —Maddy sonrió, a pesar de la enorme vergüenza que empezó a sentir—. Créeme, James, no es mi honor lo que me importa ahora. Tú me gustas mucho, no tienes que comprometerte conmigo por esto. Yo solo quería darte un beso.

—Eres una muchacha decente, no pretendas decirme cuáles son mis obligaciones para contigo.

—No hay obligaciones. —suspiró, contrariada—. Soy una mujer adulta, James Forterque-Hamilton, no estoy manchando tu buen nombre o el de tu familia con un beso, ¿sabes? Mañana tal vez no estaré aquí, no me trates como una persona sin voluntad ni criterio, por el amor de Dios.

James Forterque-Hamilton se quedó completamente atónito con las palabras de aquella muchachita. Ninguna mujer le había hablado de forma tan directa. Él era un tipo joven, un soldado, y había tenido muchas aventuras, pero normalmente acababa por arrepentirse de semejantes escauceos amorosos, porque las jóvenes siempre terminaban por demandar de él un compromiso, una boda, su palabra de honor... Madeleine no le pedía nada, y sabía que, además, era absolutamente sincera.

Observó con atención su boca sensual, su piel perfecta y tersa, sus ojos oscuros, sombreados por unas espesas pestañas, y aquel pelo color del vino, ondulado y fragante, que se rebelaba ante la rigurosa trenza que lo sujetaba. Suspiró, se inclinó y le besó los labios con ternura, atrapó su fina cintura y la abrazó, hundiendo la cara en su adorable cabello.

—¡Pagarás por esto, James Forterque-Hamilton!

El grito los sobresaltó a los dos. James se volvió tan rápido que Madeleine apenas tuvo tiempo de reaccionar, echó la mano al costado, pero no llevaba arma alguna, tiró de Maddy y la puso a su espalda.

—Sabía que tú te habías llevado a la ladrona, eres muy previsible, cariño. —Marian de Lancaster se encontraba justo frente a ellos, escoltada por seis esbirros armados hasta los dientes—. ¡Maldita ramera!

Maddy se adelantó sin pizca de miedo, una serenidad algo inconsciente se apoderó de ella, se puso delante de James y lo cogió de la mano.

—Lord Forterque no tiene nada que ver en esto —dijo con la

voz firme—. Yo lo he seducido y lo he hecho venir. Él es inocente.

—Muy noble y estúpido —le gritó—. ¡Idiota! ¿Qué clase de ridícula estirpe he procreado?

James se revolvió y sujetó a Marian por la muñeca, la Condesa miró a uno de sus escoltas, y este levantó la espada y se la clavó al joven en un hombro. El ardor de la herida lo mantuvo quieto mientras la Condesa lo separaba bruscamente de Madeleine.

—Voy a llevarme a esta ramera para ver si cumplo con Enrique. —Resolvió Marian, tirando de ella hacia el campo—. Y voy a perdonarte la vida, James; dile a William que ahora también me debe eso, ¿entendido? Como te muevas, me sigas o hagas algo por acercarte a esta ladrona, te acusaré a ti y a tus amigos de la muerte de mi marido, ¿queda bien claro? ¿Dónde está la joya?

—Observó a Madeleine y vio el medallón colgando entre sus ropajes, estiró la mano y se lo quitó de un zarpazo.

XIV

“El medallón, el medallón”, era en lo único que podía pensar porque si lo perdía definitivamente, truncaba el viaje en el tiempo de Elizabeth Forterque, el de John y el suyo propio. Se estiró y sus pies tocaron la pared de la estrecha habitación donde la habían confinado. Estaba en Hampton Court, el palacio favorito de Enrique VIII, llevaba horas encerrada en un cuartucho con espacio solamente para permanecer sentada contra la fría pared. El único movimiento que podía hacer era extender de vez en cuando las piernas y tocar, con las plantas desnudas, el muro.

Respiró hondo y pensó en James. Lo último que había visto de él habían sido sus preciosos ojos angustiados por la rabia y la impotencia. Sintió que las lágrimas le rodaban por el rostro y se limpió la nariz con la manga del vestido. Cuando Marian la había metido a empujones dentro del carruaje, había podido oír perfectamente cómo aquellos hombres se habían lanzado contra James Forterque-Hamilton para golpearlo y apalearlo en el suelo. A ella la habían inmovilizado con un fuerte golpe en la nuca, que la dejó inconsciente durante horas, no sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces, pero tenía la certeza de que era mucho.

Cuando entraron en Hampton Court, Marian la había ocultado entre sus criadas, y finalmente la había encerrado en aquel reducto de humedad e inmundicia sin dirigirle la palabra.

Como si fuera poco, le habían quitado la famosa joya, y no tenía esperanzas de acceder a ella. ¿Qué haría para recuperarla? Pensar en aquel asunto la animó un poco y, mientras ideaba estrambóticos planes para conseguirla, vio por una rendija sobre su cabeza cómo llegaba la noche.

Despertó de un puntapié, Marian de Lancaster le chillaba desde lo alto para que se levantara. Dormir en el suelo helado no sentaba muy bien a sus huesos y a sus músculos agotados, sin embargo, se puso de pie e intentó mirarla a los ojos, aunque estaba desorientada y mareada.

—Sigue a la criada hasta el cuarto, te adecentarán un poco, y me esperarás ahí hasta que regrese.

Con ayuda, porque estaba entumecida, la llevaron hasta una gran bañera metálica, la sumergieron en el agua, y varias manos profesionales y enérgicas

la bañaron hasta dejarla limpia y olorosa. Aquellas mujeres no hablaban, eran más mayores y más ariscas que las que había conocido en la casa Lancaster, así que, como no conocía a ninguna, se limitó a cerrar los ojos y dejarse secar, perfumar y vestir con un viejo traje de la Condesa. Finalmente la sentaron en un duro sillón junto a una ventana y ahí se quedó esperando a que su verdugo apareciera nuevamente.

—¡Despierta, ladrona! —le gritó Marian, y ella se enderezó obediente. Se había dormido contra la pared. Tenía un poco de fiebre, no estaba en sus mejores condiciones y se maldijo por ello—. Tienes un aspecto lamentable. Tendrás que recuperarte en seguida e ir a complacer a tu Rey. Ha perdonado nuestro retraso y sigue ansioso. —Se acercó y le escupió la cara—. Espero, por tu bien y por el mío, que James Forterque-Hamilton no te haya desflorado... ¿Lo hizo? ¿Lo hizo? —Tras la pregunta, la sujetó de un brazo y la sacudió—. ¡Habla!

—No —contestó sin energía.

Momentos después la sentaron a la mesa y la obligaron a tragar leche con pan desmigado. Vomitó todo y se desmayó, pero la criada asignada a su cuidado insistió con la tarea hasta que logró que retuviera la leche caliente y pudiera dormir con el estómago lleno. Al día siguiente, continuó la tortura con la comida, y así hasta que, dos días después de repetidas escenas de vómitos y desvanecimientos, decidieron que la visitara un galeno de la corte. Con horror tuvo que soportar que el cirujano la sangrara y la dejara con aquellos asquerosos insectos pegados a su cuerpo, mientras Marian maldecía y protestaba por su frágil estado de salud. Meditó sobre la anemia que le estaban provocando, pero no era ni el momento ni el lugar para ponerse a discutir con aquellos primitivos individuos, así que se resignó a soportar el tratamiento con los ojos cerrados.

* * *

William tardó un minuto en asimilar las novedades que George, uno de los hombres de James, le soltó como pudo. El soldado había cabalgado durante toda la noche hacia el castillo, bajo la lluvia, y los había despertado a las cinco de la mañana con las terribles noticias.

Después de recibir una soberana paliza, James había sido detenido por los hombres de Marian de Lancaster y trasladado a Londres para ser

entregado a las autoridades, acusado de agresión contra Charles, del rapto de la sobrina de la Condesa, de allanamiento y de robo. Por lo que sus hombres habían podido entender, el joven sería ingresado directamente en la Torre de Londres, no en vano James era noble, y su presunta víctima, hermanastro del Rey de Inglaterra, por lo tanto, se enfrentaba a un delito de traición.

—Lo siento, milord —dijo George, rodilla en tierra, con el sombrero entre las manos y empapado hasta los huesos—. No pudimos hacer nada, cuando reaccionamos ya lo arrastraban hacia un carromato. No quiso que hiciéramos nada, pero ordenó que viniera a avisarle.

—¿Dónde está la joven Madeleine? —preguntó William con el corazón encogido.

—La Condesa se la llevó.

—¿Sabes adónde, George?

—Al palacio de Hampton Court, milord, empieza la temporada de caza.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está mi hermana? —John entró en la biblioteca, asustado. El aviso del vigía y los cascos de un caballo lo habían despertado, y el revuelo en la casa le había aconsejado bajar para ver qué sucedía. En cuanto llegó a la biblioteca, comprendió que su hermana era la causante de todo aquel escándalo.

—Han detenido a mi hermano —respondió William con calma—. Y la Condesa de Lancaster se ha llevado a Madeleine a uno de los palacios del Rey. Tenemos que partir en seguida hacia Londres.

—¿Cómo? ¿Y qué sucederá con el plan? —John miró cómo William empezaba a dar instrucciones a todo el mundo, seguido por uno de sus pajes. Miró a Mary, pálida y estática, de pie al lado de la puerta y levantó la voz para que alguien le hiciera caso—. ¡Por favor!, ¿puede alguien explicarme qué demonios sucede?

—James venía de camino a casa con su hermana y el medallón —le explicó Robert—. Pero, al parecer, la Condesa de Lancaster los ha interceptado, ha acusado falsamente a James de varios delitos y se ha llevado a Madeleine de vuelta con ella.

—¿Y eso qué significa exactamente, Robert?

—Significa que mi hermano está ahora en la Torre de Londres y que la suya está bajo el dominio de Marian de Lancaster. Me voy a la capital, intentaré ayudar a James, y sacaremos a su hermana de Hampton Court, no se

preocupe.

—¿Qué clase de delitos? —La cabeza le daba vueltas—. Iré con usted, soy abogado.

—No en el siglo XVI, McDonaldson —dijo Robert con su serenidad tan característica.

—Tiene razón, por supuesto —respondió John, turbado. ¿Qué ocurrirá ahora con Maddy?— No puedo quedarme aquí sin hacer nada, iré con usted de todos modos.

—John, por favor. —William Forterque-Hamilton se detuvo, se volvió hacia él y le clavó la mirada celeste unos segundos antes de hablar—. Robert y yo iremos a la capital, tenemos amigos allí, haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudar a su hermana, le doy mi palabra de honor, pero necesito algo de usted.

—¿Qué?

—Quédese, cuide de mi hermana y de mi gente. Lo necesito aquí —dijo con convicción—. No podrá hacer nada en Londres, créame; sin embargo, si permanece en el castillo, me quedará más tranquilo.

—Muy bien —contestó algo desorientado—. Muy bien.

El broche de turquesa brillaba justo en la mitad de su escote. No podía desviar la mirada de aquel brillo. Un murmullo de voces femeninas la rodeaban, y un último golpe de polvos de arroz se estrelló suavemente sobre su espalda semi desnuda. Levantó la mirada, y un oscuro espejo le devolvió la imagen de una mujer desconocida. Delgada, angulosa, bellísima. Con unos enormes y tristes ojos oscuros, y una sensual boca pintada de rojo.

Marian la había disfrazado con los colores y las piedras preciosas favoritas de Enrique. Llevaba unos zapatitos de terciopelo y las piernas desnudas, para que el Rey no encontrara ningún impedimento al tocarla. Le habían recogido el pelo con un espectacular moño, sus pechos blanquísimos asomaban por un escote cuadrado y ribeteado en perlas, muy de moda en aquella época, y un pesado perfume de rosas se esparcía por todos los rincones de su cuerpo. Incluso, hasta le habían untado los pezones con una tinta carmesí, traída de Oriente que, decían, volvía locos a los hombres de la corte, especialmente al soberano. Suspiró y se volvió para ponerse de pie.

Aunque había jurado y perjurado sobre su virginidad intacta, Marian la había hecho revisar por su bruja, Agnes, y esta había confirmado un himen entero bajo sus faldas. El escandaloso examen la había dejado espantada, y así seguía aquella noche en la que conocería, al fin, a su futuro amante y, con suerte, al padre de sus hijos, como había dicho Marian.

Estiró la espalda y caminó detrás de Marian hacia el salón principal. Cruzaron muchos pasillos, muchos jardines, muchas personas que la miraban con la boca abierta al verla pasar, majestuosa, junto a su pariente. No sonreía, miraba al frente y pensaba en James, en que, si su sacrificio carnal con Enrique era útil para salvarlos a él y a su familia, para ella sería suficiente.

No sabía si por agotamiento, por el miedo o por el aislamiento, su mente no funcionaba a buen ritmo. Pasaba las horas reflexionando sobre sus circunstancias, sus planes, su antigua vida, sus sueños, pero cada día le costaba más fijar la atención, meditar y establecer sus prioridades. Estaba como atontada e incluso, abrir los ojos cada mañana se convertía en una verdadera lucha, solo quería dormir durante una eternidad.

Marian la había estado instruyendo en las artes amatorias más sofisticadas y, en vez de oponerse, la escuchaba como ausente, sin escandalizarse ni contestar, sin analizar nada, simplemente se pondría debajo del hombre y se dejaría hacer, estaba convencida de ello. No necesitaba hacer nada más y, si le ordenaba cumplir alguna otra orden, lo haría y rápido. No protestaría ni se rebelaría, luego podría dormir escondida en su cuarto... ¿Qué demonios le estaba sucediendo? Ni siquiera podía recordar con claridad el rostro de James Forterque-Hamilton, el de su hermano, sus padres. ¿Acaso la estarían drogando? No lo sabía, pero el hecho es que tampoco le importaba.

Cuando llegaron al salón atestado de gente, sintió las miradas lascivas de los hombres y la envidia de las mujeres como puñales sobre su cuerpo, sin embargo, no se inmutó, siguió a Marian hasta donde la quiso llevar y se sentó en un rincón a mirar, ausente, cómo los demás comentaban su belleza. Nada podía perturbarla, quería que apareciera pronto el Rey y se la llevara de una vez al dormitorio, con suerte terminarían rápido, y podría volver a su cama. Pero si Enrique decidía dormir junto a ella, un verdadero honor para sus amantes, debería velar el sueño del monarca con mimo y ternura, a él le gustaba dormir pegado a los pechos de las jovencitas, había dicho Marian. La Condesa le había augurado que, si pasaba la primera noche en el dormitorio

real, todo lo demás sería coser y cantar. Suspiró y se concentró en el rostro de Marian de Lancaster, que en aquel momento la miraba desde muy cerca.

—Estás muy guapa —le susurró con una sonrisa forzada—. Todos están sorprendidos contigo. No me falles, ¿me oyes? Ahora te quedarás aquí quietecita mientras yo me relaciono con los demás. No hables con nadie, no mires a nadie. Peggy está detrás de ti, y Peter, a dos metros, si alguien te molesta, llámalos. Ahora vuelvo, el Rey no tardará en llegar.

Madeleine observó cómo su pariente se alejaba contoneándose como una cualquiera. En toda época y lugar, aquella mujer parecería una zorra, pensó y se volvió para localizar a su vigilante, un hombre tuerto y soez que servía a Marian como un perrito faldero; las criadas comentaban que la Condesa y su lacayo eran amantes, y Maddy no lo dudó un instante.

—Señorita McDonaldson, ¿está usted bien? —Se sobresaltó al oír una voz conocida, la buscó con la mirada y vio a aquel hombre tan elegante, tan distinguido, que le hablaba con disimulo desde cierta distancia. ¿Cómo se llamaba? Dios Santo, era el amigo de James Forterque-Hamilton, era él, y ahora se escondía para que no los descubrieran juntos.

—Lo siento, querida —le dijo muy educado—. Es mejor que no me vean charlando con usted, es peligroso para ambos ¿Cómo se encuentra?

—Lo entiendo, señor. —Maddy miró al suelo y fingió concentrarse en los faldones de su vestido verde oliva—. Ya ve, sigo viva. —Soltó una leve sonrisita, aunque sentía unas ganas irreprimibles de echarse a llorar—. ¿Sabe algo de lord Forterque?

—A él solo le preocupa su bienestar, así que contésteme usted primero. ¿Cómo está?

—Estoy aturdida y algo asustada, pero estoy bien, dígaselo, por favor, todo va bien. Marian ya no me trata tan mal, supongo que pronto se olvidará de mí.

—¿Y el Rey?

—Lo conoceré ahora, milord. —Se puso roja como un tomate, era evidente que todo el mundo conocía su destino como querida del Rey de Inglaterra. Le resultaba bochornoso, pero, en aquellos años, si lo pensaba bien, no sería considerado un destino tan humillante—. Aún no lo he visto. Ahora respóndame, ¿cómo está lord Forterque?

—Está bien, a pesar del encierro —contestó el noble—. Es un hombre fuerte y joven. Y la rabia lo ayuda a sobrellevar el proceso. Solo he podido verlo

una vez, y me preguntó por usted, por eso he venido hasta aquí.

—¿Encierro? —Maddy se puso tensa—. ¿Qué encierro?

—¿No lo sabe? —Joseph Dorset comprendió que le estaba dando la primera noticia al respecto—. James está en la cárcel, señorita, los hombres de Marian lo entregaron como el asesino de Charles. Lleva una semana en la Torre. Lo siento, pensé que ya lo sabía.

—No. —Maddy se aferró a la falda para no levantarse y salir corriendo—. ¿En la Torre? Pero ¿cómo...? ¡Oh, Dios mío!

—Está encerrado porque ha sido acusado de asesinar al hermano bastardo del Rey, eso se considera traición.

—Hablaré con el Rey y le diré la verdad, no se preocupe, milord, yo hablaré con Enrique, podré hacerlo. Hoy me llevarán a él, y se lo explicaré todo.

—Madeleine, no es su culpa, tranquila, por favor, tenga cuid... —La inesperada aparición de Marian interrumpió al Conde y sobresaltó a la joven. Con el abanico, golpeó a Maddy en el brazo y se dirigió con frialdad hacia el noble.

—Querido Conde, ¿no estarás intentando seducir a la futura favorita de tu Rey?

—Querida Condesa —respondió Dorset con el mismo retintín—. Qué sorpresa, solo estaba saludando a la señorita McDonaldson, ya sabes, compartimos amistades en Londres.

—Oh, claro. —Marian sujetó a la muchacha por el codo y la levantó de un tirón—. Eso ya no nos interesa, Dorset, mi sobrina está muy por encima de aquellas amistades, y ahora, si nos disculpas, Enrique la reclama.

Madeleine se despidió de Dorset con la mirada cargada de pánico. El Conde vio cómo era arrastrada por aquella bruja camino de los aposentos privados del Rey, sin poder hacer nada por consolarla o ayudarla. Se maldijo por carecer de la influencia necesaria para enfrentarse a Marian de Lancaster, pero lo cierto era que, en aquellos tiempos, nadie podía enfrentarse a ella, más aún después de haberse convertido en la doliente viuda del hermanastro de Enrique.

—¿Qué te dijo Dorset? —le preguntó Marian mientras la empujaba por los pasillos camino del dormitorio real—. Dímelo si no quieres que te rompa la muñeca aquí mismo.

—Nada, milady —contestó humilde y sin levantar la vista. Debía ser lista y

utilizar su posible influencia con el Rey para intentar salvar a James, ya nada más importaba.

—Eso espero, ladrona. —Detuvo el paso y se tocó la frente sudorosa, hacía días que Marian tenía fiebre, solo su abundante maquillaje conseguía ocultar las secuelas del mal oscuro que sufría, pero Maddy había oído murmurar a las doncellas de que la Condesa estaba muy enferma.—. El Rey no ha podido salir hoy al salón, no se siente muy bien, me lo ha dicho su ayuda de cámara, pero quiere verte de todos modos, así que ya sabes lo que tienes que hacer.

Madeleine asintió y la siguió con paso firme. Al llegar a las puertas de la cámara real, dos lacayos les abrieron para permitirles el paso. La habitación era despampanante, y estaba íntegramente forrada de terciopelo rojo a pedido del Rey, que era muy extravagante y gustaba de los lujos más exquisitos. Acompañadas por el ayuda de cámara, se adentraron en los aposentos reales y apenas habían dado un par de pasos, cuando vieron acercarse al rey Enrique, vestido de gala, que caminaba con energía y la cabeza muy levantada hacia ellas, rodeado de un enorme séquito de servidores. Maddy sintió que el corazón se le subía a la garganta. Suspiró sin atreverse a levantar la mirada pensando involuntariamente en que aquel legendario monarca pasaría a los anales de la historia más por sus mujeres que por su

política, y lo observó disimuladamente. El soberano era obeso, pelirrojo y altivo. Con respiración trabajosa, sudoroso y tambaleante al andar, Enrique Tudor sostenía a duras penas su peso sobre unas elegantes zapatillas color turquesa; como remate de aquella estrafalaria vestimenta, un sobrecargado sombrero de plumas y perlas se calzaba sobre su gran cabeza.

Aquel hombre no tenía un aspecto muy saludable, era cierto, pero su presencia era contundente y su majestuosidad, innegable. Se acercó a Marian mientras Maddy se mantenía en un discreto segundo plano, y habló con voz firme y autoritaria.

—¿Qué tenemos aquí, Marian? —preguntó a la par que ellas le hacían una gran reverencia.

—Mi sobrina, mi señor —respondió Marian con una dulzura y una humildad insólita en ella—. Es para vos.

—Muy bien, me complace —dijo y se acercó a Maddy, que seguía con la cabeza gacha en una perfecta reverencia, atenta a los pies del monarca, que estaban acompañados de otros innumerables zapatos de seda—. Sube la

cabeza, pequeña.

Madeleine se irguió, pero no lo miró a los ojos, tal como la había instruido la Condesa, y esperó; sentía que el corazón se le saldría del pecho. Estaba aterrada, y su apretado escote la ahogaba por momentos, pero debía aguantarse y así lo hizo. Con un sudoroso dedo, Enrique VIII le tocó la barbilla y la obligó a levantar la mirada, sus ojos azules le recordaron a Charles, y un nudo le atenazó el estómago, pero respiró hondo y mantuvo la mirada sin pestañear.

—Hermosa —dijo el Rey lanzándole su tibio aliento a la cara. El poderoso gobernante de Inglaterra estaba acostumbrado a tener lo que quería y la escrutó de arriba abajo sin ningún disimulo—. Joven y sensual. Me complace, querida, pero no ahora. Con la palma de la mano abierta, le tocó el pecho y apretó un poco antes de marcharse hacia la puerta. Maddy se quedó paralizada, y Marian la empujó a un lado, en un vano intento por seguir al Rey.

—Ahora no, milady —dijo uno de los secretarios e impidió el paso de la Condesa—. Ya ha oído a Su Majestad. Ahora no, tiene asuntos más importantes que atender. Por favor, vuelva al salón, y ya le avisaremos cuando necesitemos a su sobrina.

—Pero ¿será esta noche?

—No, Condesa, la reina está delicada, esta noche el Rey la visitará en sus aposentos.

Salieron andando rápido por el mismo recorrido que habían hecho tan solo unos minutos antes, Marian de Lancaster caminaba furiosa, haciendo retumbar sus pasos, y Madeleine, aún afectada por el encuentro, lo hacía en silencio, temblando de pies a cabeza. Al llegar al salón, la Condesa se detuvo en seco y la sujetó bruscamente por el brazo.

—Te vuelves a mis apartamentos privados. No quiero verte merodeando por aquí, y menos aún hablando con la gente. ¡Vete!

Trastabilló gracias a un empujón que le propinó la Condesa y cuando se recompuso, giró sobre sus talones para tomar el camino hacia los aposentos privados donde estaban instaladas desde hacía ocho días. Sintió un enorme alivio al verse liberada de la presión de Marian y de su exhibición pública como la próxima cortesana del Rey. Tenía muchas cosas en qué pensar. Debía urdir un plan para

ayudar a James Forterque-Hamilton, su pobre James, preso en la Torre de

Londres. Debía despertar de su letargo y defenderlo.

—¿Qué hace esta fruta tan apetitosa por aquí? —La voz de un borracho interrumpió sus pensamientos—. Ven conmigo, preciosa.

Era uno de los soldados del destacamento real, que se le había acercado y, sujetándola con violencia por la cintura, la manoseaba entre jadeos. Maddy lo esquivó con violencia, y el soldado se lanzó hacia ella con furia, pero, antes de llegar a ponerle otro dedo encima, Madeleine le atravesó la cara con una soberana bofetada. Toda su furia, su humillación y su dignidad se expresaron en aquel gesto, y siguió abofeteándolo hasta que aquel horrible tipejo huyó entre maldiciones.

—Como vuelvas a acercarte a mí —gritó—, te mato, ¿me oyes?, os mato a todos. —Con la vista, recorrió los rincones oscuros donde los vasallos de Enrique se ocultaban para espiar y chismorrear, escupió al suelo y se fue taconeando con renovada energía.

* * *

—Estás maldita —dijo Marian mientras se comía un mazapán de licor que le había traído Peter, su fiel lacayo—. Nunca, ninguna de las amantes del Rey ha tardado tanto en ser llamada a su cama.

Madeleine cosía con entrega. Dos días después de su encuentro con el Rey, seguían en Hampton Court sin noticias de Enrique. Al parecer la Reina, embarazada y deprimida, estaba enferma, y su estado, sumado a las presiones de los consejeros reales, había terminado por hundir al soberano en uno de sus continuos ataques de gota. Chillaba de dolor en su cama y no estaba para amantes, por muy nuevas, vírgenes y hermosas que fueran.

Aunque al principio se había puesto furiosa, Marian de Lancaster ya se había resignado a la evidencia, porque conocía muy bien los achaques del Rey, pero disfrutaba torturando a Madeleine con sus comentarios. La muchacha, cada día más silenciosa, se había convertido pronto en la comidilla de la corte, por su belleza, elegancia y dulzura, así que ella dormía tranquila; sabía que, tarde o temprano, Enrique Tudor las llamaría a sus aposentos.

Maddy la miró sin hablar, no estaba en posición de ponerse a discutir con aquella bruja y, además, con aquel silencio y aparente sumisión, estaba consiguiendo un gran triunfo: que la Condesa la ignorara, fuera olvidándose

de ella, concentrada, como estaba, en su nuevo amante. Conforme pasaba el tiempo, todo su séquito relajó paulatinamente la estrecha vigilancia sobre la extraña pariente de su ama. Sin Agnes cerca, pocos eran los que seguían sus pasos por el palacio, y ella aprovechaba esta afortunada circunstancia para buscar continuamente el famoso medallón por los rincones.

—Me siento mal. —Terminó por mascullar la Condesa, estirada teatralmente en su sillón y mimada por su joven lacayo—. ¡Vete de aquí, muchacha! Idos todos, dejadme sola.

Madeleine salió del saloncito de un salto, directo hacia el interior del dormitorio principal, mientras el resto de las doncellas se escapaba hacia los pasillos con la intención de tomarse un descanso en plena tarde. Sin vigilancia alguna, decidió echar un vistazo por el cuarto. No tenía nada que perder y quería localizar el arcón de madera que siempre viajaba con Marian de Lancaster. Aquel enorme baúl de maderas nobles no se separaba jamás de su dueña, e inspeccionarlo se había convertido en una obsesión para Maddy desde su llegada a Hampton Court, así que lo primero que hizo al encontrarlo fue arrodillarse junto él y abrirlo con cuidado, procurando que no chirriaran las bisagras.

Miró a su espalda y respiró hondo antes de sumergirse en los tesoros ocultos de la Condesa: sedas, hilo de oro, una estola de armiño, cartas sujetas con cintas, un diario, un botecito de perfume, un espejo y un crucifijo de madera, enorme y hueco. Se detuvo medio segundo y, sin pensarlo dos veces, lo agarró, mientras oía a los lejos los suspiros de placer de la pareja al otro lado de la puerta. Marian estaba enferma, pero no prescindía jamás de las atenciones sexuales de su nuevo amante, por lo tanto, era un buen momento para actuar, rápido como una ladrona.

¿Qué hacía un crucifijo tan grande escondido dentro de un arcón de viaje? Lo sujetó con cuidado y lo examinó a conciencia, de manera que tardó poco en dar con una pequeña rendija oculta por unas piedras preciosas; la presionó, y la cruz se abrió inmediatamente. Para su sorpresa, al hacerlo, el medallón de los Lancaster cayó en su mano con total inocencia. Dio gracias al cielo, lo guardó entre su ropa, salió de las dependencias de Marian vestida como una de sus doncellas y se mezcló de inmediato con la actividad del palacio. Cruzó a paso ligero por las cocinas y las bodegas, y finalmente llegó a un pequeño jardín, donde se sentó un minuto para respirar y calmarse. Debía actuar con prudencia, ya tenía un plan, solo debía serenarse. Y lo hizo.

XVI

—Yo maté al esposo de la Condesa de Lancaster, señor.

El obispo Tunstall la miró con la boca abierta. Madeleine McDonaldson, firme y segura, se puso delante de la mayor autoridad religiosa en Hampton Court en cuanto se enteró de su presencia en palacio porque, por alguna razón, decidió que era el único que podía ayudarla, protegerla de Marian y solucionar sus innumerables problemas.

—Mi pariente, lady Lancaster, ocultó los hechos, me trajo hasta aquí y culpó a lord James Forterque-Hamilton injustamente.

—¿Y por qué habría de hacer semejante cosa?

—Quería entregarme al Rey, señor, y vengarse de la familia Forterque-Hamilton.

Cuthbert Tunstall, obispo protestante de Durham y amigo personal de Enrique VIII, odiaba con furia a la casquivana lady Lancaster, y aquella bella jovencita le traía un excelente motivo para deshacerse de ella para siempre. Observó pensativo a la desdichada doncella y se tocó el mentón antes de hablar.

—¿Entregarla a Enrique?

—Sí, como su amante, señor. —Bajó la mirada y se estrujó las manos—. Pero no puedo vivir con esta pesada carga, yo no sabía que lord James Forterque-Hamilton estaba pagando por mi pecado. Ahora solo deseo confesarlo todo.

—¿Y qué sucedió?

—El Conde intentó abusar de mí, y yo me defendí. Mi pariente, lady Lancaster, dice que murió unos días después por culpa de las heridas que yo le infringí.

—¿Qué pretende que haga yo ahora?

—Que me entregue a las autoridades. Debo exculpar a lord Forterque. Confesaré la verdad, pero debe protegerme, señor, o lady Lancaster me impedirá pagar por mis pecados. Ella me mantendrá retenida o me matará, pero no dejará que me entregue, por favor, se lo ruego. —Se arrodilló suplicante—. No deje que ella me reclame, por Dios se lo ruego.

—Está bien, está bien —contestó el Obispo algo irritado. Protegería a la

muchacha y, con suerte, podría acusar a lady Lancaster de perjurio contra un noble; la idea lo animó—. Levántese, muchacha, se quedará en mis aposentos, bajo mi custodia y la de la Iglesia anglicana, la Condesa no podrá reclamarla. ¡Andrew! —gritó para llamar a su asistente—. Ocúpate de la dama, dale un lugar donde quedarse.

Dos horas más tarde, Madeleine descansaba en un humilde catre de una de las dependencias privadas del obispo Tunstall en el palacio de Hampton Court, fuera del alcance de Marian de Lancaster. Por primera vez en muchas semanas sonrió, palpando entre su ropa el suave tacto del medallón de los Lancaster.

XVII

Se sentía fuerte y serena. Hacía días que no probaba agua, infusión o líquido que le sirvieran las criadas de Marian, y eso había bastado para hacerla recuperar su aplomo y entusiasmo. Evidentemente la habían estado drogando para mantenerla bajo control, pero eso se había acabado gracias a su ocurrencia de pedir amparo al poderoso obispo Tunstall. Una gran idea, y gracias a la cual ya viajaba camino de Londres, con la cabeza despejada y el cuerpo despierto.

Había repetido varias veces su confesión a los secretarios de Enrique VIII y, tras dos días de interrogatorios, la trasladaban a la Torre de Londres en uno de los carruajes del obispo Tunstall. Marian permanecía mientras tanto retenida en sus aposentos, bajo custodia del destacamento real, y sus gritos y protestas se oían en kilómetros a la redonda, por supuesto eso no le importaba lo más mínimo, había conseguido que le creyeran y que la llevaran delante de un tribunal.

La noche anterior a su partida, el Conde de Dorset había conseguido permiso para visitarla, y se sentía tan lúcida y tranquila que aquel encuentro no hizo más que confirmar que hacía lo correcto.

—¿Está usted loca, Madeleine? —Dorset había olvidado los saludos protocolarios y las reverencias. Había entrado como una tromba en su improvisada celda, pálido y angustiado—. ¿No sabe que se enfrenta a la muerte segura? No sólo es usted una mujer, sino que, además, se trata de un hermano del Rey, por el amor de Dios, no durará viva ni tres segundos...

—Yo atacé a Charles de Lancaster, milord; si murió por eso, es mi culpa, no la de James Forterque-Hamilton, no hago más que decir la verdad.

—Lancaster murió envenenado por su mujer, estamos intentando probarlo, solo es cuestión de tiempo; tenemos testigos, salvaremos a James de todas maneras.

—No creo que puedan hacer nada, nadie hablará, se lo aseguro, milord, esto es lo más correcto. No tema por mí, todo irá bien.

—¿Qué? —Joseph la observó con enorme curiosidad, estaba poco acostumbrado a las mujeres con carácter. Esperaba que ella llorara, se derrumbara y se sacrificara por el amor que, obviamente, sentía por James,

pero verla entera y con argumentos lo dejaba a él sin palabras. ¿Qué demonios pretendía aquella muchacha?— ¿“Todo irá bien”? ¿No sabe que mañana la llevarán a la Torre, milady? Ruegue al cielo porque la ajusticie un buen verdugo pronto porque, de lo contrario, está condenada a morir de pulmonía, diarrea o melancolía en una de sus espantosas celdas. ¡Dios! James me matará por esto, jamás debí contarle que estaba detenido...

—No, no, milord. —Maddy se levantó y le tocó el brazo con cariño—. Si usted no me hubiera dado la noticia, aún estaría languideciendo junto a Marian, esperando a que el Rey me reclamara. Esto es lo mejor que he hecho hasta ahora, necesitaba que alguien me despertara, y usted lo hizo; se lo agradezco muchísimo y le ruego que confíe en mí, todo irá bien, se lo aseguro.

—¿Que confíe en usted? ¿Sabe algo que yo no sé?

—Solo confíe en mí. Si puede hablar con James, dígame que no se preocupe. ¿Haría eso por mí?

—Por supuesto, si no me parte el cuello antes.

Se moría por cabalgar a galope tendido por sus húmedas tierras, aunque, en su situación, se conformaba únicamente con poder tomar una buena bocanada de aire limpio, o con estirarse y caminar erguido, aunque solo fuera una hora al día. Llevaba casi quince días preso en la Torre de Londres, acusado de asesinato y recluido en una inmunda celda, cuyo techo era incapaz de albergar su metro noventa de estatura. Se echó al suelo y se estiró todo lo que pudo, y comprobó que podía tocar con la punta de las manos y los pies las paredes derruidas. Estaba atrapado y aislado, disponía de una pequeña mesa de madera y un taburete en muy mal estado donde pasaba las horas leyendo una Biblia que su hermana Mary le había hecho llegar a través de innumerables sobornos y favores.

Dos veces al día, le daban una jarra de agua, pan y una ración de comida. Gracias a uno de los guardianes, antiguo arrendatario de su padre, y amigo de la familia, podía comer de vez en cuando un poco de cerdo, leche y hasta queso, alimentos que su familia pagaba a precio de oro y que para él significaban su única esperanza de mantener la salud porque, aunque era joven, fuerte y sano por naturaleza, el encierro y las malas condiciones de vida podían acabar con cualquiera.

Tras su detención en el convento había perdido la noción del tiempo. En los largos días de cautiverio, solo había podido tener dos visitas, la de su hermano William, que había aparecido acompañado por Robert Wilson y por lord Walter Applewhite, su abogado, y la de su amigo Joseph Dorset, que había repartido monedas de plata a todos sus carceleros para intentar comprar favores y mejorar su estadía en la cárcel. Joseph siempre actuaba así, derrochando dinero, simpatía y clase; lo cierto era que su generosidad había dado buenos resultados y, desde entonces, lo trataban algo mejor.

No sabía nada de Madeleine McDonaldson, los esbirros de Marian se la había llevado sin que él pudiera hacer nada por impedirlo, un hecho que le destrozaba el alma. Aquella inconsciente chiquilla le había nublado el entendimiento y anulado la precaución, y el error que habían cometido les estaba costando demasiado caro a ambos.

Cada vez que pensaba en su suave piel, en la dulzura de sus labios y en su generosa sensualidad se encendía como una batea. Era una mujer preciosa

y apasionada, y volvería loco a cualquier hombre, incluso al Rey de Inglaterra, por mucho que estuviera acostumbrado a tener atrevidas amantes, ella era única, y estaba seguro de que Enrique se encapricharía de ella. La sola idea de ver a su Madeleine sometida al Rey le despertaba instintos asesinos, y daba gracias a Dios por encontrarse encerrado.

Creía que la amaba. Había estado con mujeres, claro, y con muchas, pero ella era diferente. Necesitaba protegerla, amarla, hacerle el amor y pasar con ella el resto de sus días. No importaba lo que hubiera hecho con el Rey, no importaba su otra vida en el futuro, nada le importaba, solo la quería tener en sus brazos y no dejarla marchar jamás...

—James Forterque-Hamilton, ¡levántese!

La ruda voz del carcelero lo hizo ponerse en pie de un salto y golpearse la cabeza contra el techo. No lo había oído entrar ni abrir la puerta, estaba sumido en un duermevela delicioso que lo mantenía junto a Madeleine, muy lejos de allí.

—Recoja sus pertenencias y acompáñeme, milord.

James obedeció sin chistar. O William había conseguido probar su inocencia, o lo llevaban ante el juez o el verdugo. No lo sabía, pero cogió la Biblia, lo único que llevaba consigo, y siguió al hombre por los húmedos y mal iluminados pasillos.

Cuando entró en el despacho del alguacil, su hermano y su abogado lo esperaban charlando en voz baja. No estaban solos, un hombre desconocido, un clérigo aparentemente, aguardaba sentado en una de las banquetas.

—Dios Santo, James, ¿cómo te encuentras? —William avanzó hacia él y lo sujetó por los hombros con cara de asombro. James pensó que su aspecto debía de ser lamentable para asustar así a su hermano.

—¿Qué ocurre, William? ¿Me voy a casa?

—Queda usted en libertad, lord James George Andrew Forterque-Hamilton, por orden de Su Majestad, el rey Enrique VIII. Estará bajo la custodia de su hermano aquí presente, lord William Forterque-Hamilton, Duque de Forterque, que se ha comprometido, con su palabra de honor y ante Dios, a velar por su buen juicio y por la rectitud de sus actos —James oyó la retahíla como en trance. ¿Libre? ¿Por qué? ¿Marian habría confesado?—, a partir de ahora y hasta que el legítimo tribunal que estudia la causa por la muerte del Conde de Lancaster estime conveniente liberar a su tutor legal de sus responsabilidades para con la Corona, para con usted y para con él mismo.

Puede irse, lord Forterque.

—¿Qué significa esto? —James permaneció en su sitio, sin coger la pluma que le extendían para firmar el documento que el clérigo acababa de leer en voz alta—. William, explícame lo que está sucediendo, por favor.

—Lo que sucede, joven Forterque —El clérigo se levantó y le clavó una penetrante e inteligente mirada, firme e intensa como la de un ave de rapiña. A James un escalofrío le recorrió la columna vertebral de arriba abajo, pero no movió ni un solo músculo del cuerpo—, es que el verdadero culpable ha confesado, ya viene camino de la Torre de Londres. Ha tenido suerte, milord, el asesino ha reconocido su crimen y lo ha exculpado a usted. Puede irse bajo la tutela de su hermano, el honorable Duque de Forterque, pero esperamos que muy pronto este vínculo legal también desaparezca.

—¿Quién ha confesado? ¿Marian? —De pronto, la extraña certeza de que algo iba muy mal le invadió el alma. Se volvió, miró a William y comprobó que su hermano tampoco respiraba tranquilo, algo marchaba realmente mal, y no pensaba abandonar su cautiverio sin saber exactamente lo que estaba pasando—. ¿Quién me ha exculpado? Tengo derecho a saberlo.

—Por lo que a mí respecta —dijo el religioso—, usted ya había manifestado en reiteradas ocasiones su inocencia en este caso, así que no hay nada más que hablar. Todo se ha aclarado.

—No soy culpable, pero sé quién lo hizo, solo quiero asegurarme de que la persona correcta es la que ha confesado. Señor, no firmaré nada si no me lo aclara. ¿Por qué un clérigo es ahora quien decide en todo esto?

William caminó hacia la mesa, cogió la pluma y se la extendió con ojos suplicantes. James pudo ver una vez más el dolor en la mirada de su hermano. Primero su padre, luego Elizabeth y su hijo, y ahora él, su propio hermano, le partían el corazón.

—El culpable confesó ante el Obispo de Durham, Jamie. —El elegante porte de su hermano se dibujó contra la luz que entraba por el único ventanuco de la estancia. Se mantenía firme, pero algo en su forma de hablar delataba su abatimiento y tristeza—. La Iglesia ha tomado el caso como propio, han puesto bajo su custodia al asesino y han acelerado todo este proceso. Deberíamos estar agradecidos, así que ahora firma esto de una maldita vez, y larguémonos de aquí.

Media hora más tarde, abandonaban la Torre por el este. Fuera, el clima era cálido, y James llenó sus pulmones de aire puro antes de alcanzar el

carruaje que los esperaba a solo unos metros de distancia de la fortaleza. Cuando llegaron al vehículo, la puertezuela se abrió, y Joseph Dorset bajó para encontrarse cara a cara con su amigo.

—¿Ha sido ella, verdad, Joseph? —James preguntó directamente y sin errar en la respuesta. Estaba seguro de que Madeleine McDonaldson estaba detrás de toda aquella estratagema—. No me mientas, llevo mucho tiempo encerrado en una pocilga, no estoy para bromas.

—Me dijo que confiara en ella —le contestó Dorset. James bajó la mirada y pegó un puñetazo contra la rueda del carruaje—. Lo cierto es que confesó ante el obispo Tunstall, en Hampton Court. No podría habérselo impedido, la muchacha tiene mucho carácter, amigo, no sé cómo lo hizo ni por qué, solo me dijo que confiara en ella y que te dijera que todo iría bien. Nada más.

—Es solo una imprudente, Joseph, te dije que la vigilaras, que intentaras ayudarla. Por el amor del cielo, ¿qué entendiste tú por “ayudarla”?

—Yo creo saber por qué lo hizo. —William intervino antes de que James partiera la cara de su amigo. Los empujó a ambos dentro del carruaje y ordenó al cochero que los llevara a Forterque House en Westminster—. Luego hablaremos.

XVIII

La Puerta de los Traidores era célebre y temida en Inglaterra. Ubicada en la zona sur de la Torre de Londres, estaba emplazada a la altura del río, como un práctico embarcadero cuya única función era recibir a los prisioneros que llegaban hasta la fortaleza acusados de traición, conspiración o sedición contra la Corona.

Madeleine se acercó hasta la famosa puerta con el corazón en un puño. Estaba helada dentro de su vestido húmedo, y le dolía todo el cuerpo tras el incómodo viaje de Hampton Court a Londres. En su barcaza, la acompañaban un sacerdote protestante, emisario del mismísimo obispo Tunstall, un funcionario de Enrique, dos guardias y una dama de compañía impuesta por el protocolo, que no hacía más que suspirar y quejarse.

Era de noche, pero aun así vio a lo lejos los famosos escalones que diecisiete años más tarde subiría, con una dignidad legendaria, la futura reina Isabel I de Inglaterra, y no pudo evitar emocionarse. Mil veces había leído el relato histórico que contaba cómo la joven hija de Ana Bolena había ascendido la escalera, camino de un injusto cautiverio, con la cabeza bien alta y la mirada desafiante. Isabel había resbalado en los escalones mojados y había caído, pero se las había arreglado para componer inmediatamente su postura y entrar por la Puerta de los Traidores con paso firme. Ella había sido acusada de traición por su envidiosa hermana, la inepta y mediocre reina María, y ahora Madeleine se enfrentaba al mismo escenario con la misma inocencia, pero seguramente no con el mismo miedo. Estaba tranquila, el medallón descansaba entre sus ropas, y muy pronto saldría de aquella cárcel y de aquella época sin demasiados problemas. Después iría a buscar a su hermano y lo llevaría de nuevo a su tiempo. Tenía todo organizado al milímetro.

Una antorcha esperaba su llegada. Subió los escalones, realmente deslizantes y llenos de moho —comprobó con una sonrisa—, y rápidamente fue conducida a la llamada Torre Blanca, donde un cansado y apático alguacil le leyó un breve documento en el que se anunciaba su ingreso en prisión y la mandó, junto con la doncella, a su celda. Le había tocado en suerte una pequeña habitación en la parte alta de la torre, que resultó ser más cómoda de

lo que esperaba y donde rápidamente se acomodó para pasar la noche. Debía dormir en el suelo, sobre un colchón de paja y con pocas mantas, pero al menos estaría tranquila, lejos de Marian de Lancaster y la lujuria de su amigo el Rey. Solo por aquellos dos motivos, Madeleine se sintió afortunada. Apretó el medallón en su mano y concilió el sueño inmediatamente.

* * *

—Lord Forterque-Hamilton abandonó hace tres días la Torre, unas horas antes de nuestra llegada, milady. —Rose, la doncella, era una mujer de unos treinta años, triste y malhumorada. Antigua dama de la reina Ana, había quedado abandonada a su suerte hacía poco más de un año, tras la muerte de la segunda esposa de Enrique VIII en aquel mismo lugar el 19 de mayo de 1536, y a partir de entonces entraba al servicio de quien quisiera contratarla, en este caso, del Obispo de Durham. Por aquella extraña relación con Cuthbert Tunstall, Madeleine desconfiaba de Rose, seguramente era una espía del Obispo, y prefería mantenerla a raya. Por su parte, la mujer la servía con mala cara y fríos modales, pero con eficiencia—. ¿Se le ofrece algo más? —No, Rose, gracias, puede salir a dar un paseo si lo desea.

Gracias a Dios, James ya estaba a salvo. Lo habían dejado libre, la influencia del Obispo y de la Iglesia anglicana era sorprendente en aquellos días. Había sido una idea extraordinaria acudir a Tunstall, se sentía orgullosa de sí misma por haber podido llevar a cabo el plan, y estaba agradecida por la providencial presencia del Obispo en el palacio favorito de Enrique. Todas las circunstancias se habían aliado en su favor y en el de James, y ella había sabido aprovecharlo. Suspiró aliviada y satisfecha, y pensó en él, tan guapo, tan elegante, tan caballeroso...

Las lágrimas asomaron a sus ojos cuando se dio cuenta de que jamás volvería a verlo.

—Tiene una visita. —Se había dormido, y el golpe de la puerta al abrirse, sumado a la chirriante voz del guardia, la hicieron saltar del camastro. Detrás del guardia, una altísima figura avanzó hacia ella y le paralizó el corazón. ¿James? No, cuando el guardia se hizo a un lado, pudo comprobar que se trataba del Duque de Forterque, que tuvo que agachar la cabeza para pasar por la puerta.

—Señorita McDonaldson —la saludó William con su grave y modulada voz, tan parecida a la de su hermano. Luego le sonrió, mientras de reojo comprobaba que el guardia permanecía de pie a su espalda, justo en el marco de la puerta abierta—. Espero que se encuentre bien.

—¡Milord! —exclamó conmovida. Avanzó dos pasos y se abrazó a él sollozando. Los fuertes brazos de William Forterque-Hamilton la reconfortaron en seguida. Él no dijo nada, simplemente le acarició el pelo como un padre y esperó con paciencia a que ella se desahogara y dejara de llorar.

—Lo siento, milord, lo siento, yo no quería causar problemas...

—No es nada. Y llámeme William, ¿quiere? —Con sus celestes ojos y su sonrisa de ángel, se sentó en una banqueta frente a ella. Maddy comprendió lo duro que sería para Elizabeth Forterque-Hamilton estar lejos de su marido y volvió a llorar—. Después de todo, somos familia, ¿no es así? Si usted es pariente de mi esposa, yo soy su pariente, así que dejemos las formalidades de lado, ¿de acuerdo?

—Sí. —Maddy asintió y sonrió—. ¿Cómo está su hermano?

—De salud, muy bien. —William se estiró incómodo al comprobar que sus sospechas no eran infundadas. Evidentemente había algo entre esos dos, lo cual era un motivo más para preocuparse—. Gracias a Dios, ha soportado muy bien su cautiverio y, gracias a usted, ya duerme en su cama. Dígame, Madeleine, ¿cómo se le ha ocurrido semejante imprudencia?

—Tengo el medallón —lo dijo en un susurro; aunque el guardia de la puerta parecía ausente y aburrido, debían tener mucha precaución—. Esa es mi llave a la libertad.

—Suponía que la joya algo tendría que ver en todo esto. — William acercó más la banqueta y la miró con intensidad—. Ahora bien, ¿cómo demonios —y perdone la expresión—, cree que podrá usar el medallón entre estas cuatro paredes?

—Los que tenemos sangre Lancaster podemos usarlo en cualquier lugar y momento, usted lo sabe, lo haré cuanto antes.

—En eso se equivoca, debe ser al aire libre. No sé muy bien por qué, tal vez para evitar un cataclismo nuclear.

—¿Un qué? —La expresión era muy rara, pero no tenía tiempo para averiguar a qué se refería—. En fin, creo que podré hacerlo sin problemas, y si no, pues tendré que buscar el modo de salir al aire libre.

—Oh, perdone. —El cataclismo nuclear era un fenómeno sobre el que había leído durante su estancia en el siglo XXI, la muchacha no tenía manera de comprenderlo. Suspiró y volvió a fijar su atención en ella—. Si es así, debe hacerlo antes de ir a juicio, no es una experiencia muy agradable pasar por un juicio en el siglo XVI, Madeleine, créame.

—Si he conseguido llegar hasta aquí, sobrevivir a un viaje en el tiempo, a Marian de Lancaster, a la corte de Enrique VIII y al Obispo de Durham, creo que podré hacerlo, no se preocupe por mí.

William sonrió, algo compartía aquella muchacha con Ellie, además del parentesco. Su esposa era la mujer más intensa y tenaz que había conocido jamás. Nunca se callaba y creía tener derecho a todo, tal vez porque había nacido en una época en la que los derechos de las mujeres se tenían en cuenta. Madeleine McDonaldson tenía el mismo ímpetu de Elizabeth y comprendió que sería imposible hacerla cambiar de opinión.

—Solo me intranquiliza una cosa. —Maddy interrumpió sus divagaciones y lo trajo de vuelta al presente—. No podré entregarle el medallón ahora, aunque tendré que volver, debo llevar a John de regreso a casa, pero no sé si puedo usar el medallón a mi antojo cuantas veces quiera y con éxito. Me asusta un poco el tema.

—Sinceramente, ahora solo me preocupa sacarla de aquí con vida.

—No, no he pasado por todo esto para dejar el trabajo a medias, quiero ayudarlo, William, se lo prometí y soy fiel a mi palabra. Debemos hacerlo todo bien y con prudencia, y podremos matar dos pájaros de un tiro.

—Buscaremos una solución, le agradezco su lealtad, pero ahora definamos nuestros próximos pasos, porque no creo que me quede mucho tiempo de visita.

—¿Qué propone?

—Bien. —William volvió a sonreír e iluminó toda la estancia—. Tenemos contactos dentro de la Torre, estoy seguro de que no le faltará de nada. El obispo Tunstall también ha pedido un trato preferencial, suponemos que quiere implicar a Marian en todo este feo asunto del asesinato y la necesita a usted de su parte. Obviamente ella es la culpable de la muerte de Charles, así que le sugiero que colabore en todo lo que pueda con Tunstall.

—Por supuesto, ¿no han detenido a Marian?

—No, de momento, y pienso que sería mejor que esperara para hacer su viaje hasta después de que ella fuera oficialmente implicada, ¿qué opina? Así

podríamos matar ¿“tres pájaros de un tiro”? —sonrió.

—Por supuesto, no tengo prisa.

—Muy bien. El juicio se retrasará hasta que la iglesia tenga pruebas y testimonios fehacientes contra Marian de Lancaster. Nosotros le procuraremos algún testigo, así que espero no tenerla aquí mucho tiempo, con suerte un par de semanas; no se preocupe, yo vendré a verla todo lo que me permita el Alguacil.

—Tengo una idea. —De pronto a Madeleine se levantó con energías renovadas—. Pero necesito conseguir otra doncella. Sí, sí, William, búsqieme una doncella de su total confianza, y yo intentaré que me cambien a Rose, que es la que me ha asignado el Obispo. Si soy buena y obediente —y lo seré—, podré pedir este capricho. Si tengo una amiga conmigo, podría soltar el medallón antes de transportarme, como lo hice la vez anterior, y ella guardaría la joya cuando me fuera. De esa manera, usted contará con el medallón de los Lancaster para Elizabeth, y John volverá a casa sin problemas. ¿Me sigue?

—La sigo, tal vez tenga razón. Es una buena idea, buscaremos a alguien en seguida. Es usted una muchacha muy lista, Madeleine.

Haga ya su petición al Obispo, y yo me encargaré de traerle a alguien de mi confianza.

—¡Ya es suficiente! —El alguacil Smith apareció en la puerta para anunciar que la entrevista se había acabado—. Milord, le dije que solo tenía media hora, y ya lleva una hora completa.

—Por supuesto, Smith. —William Forterque cambió el tono amistoso por uno cordialmente distante, se puso de pie y miró al desgredado Alguacil a los ojos—. Tiene usted razón.

—Adiós, milord, y gracias por su visita.

—Hasta pronto, Madeleine. —Se volvió sonriendo antes de partir—. Volveré cuanto antes, ¿necesita algo?

—Dígale a su hermano que estoy bien y mándele mis saludos.

—De acuerdo. —Una sombra asomó a los ojos celestes del Duque—. Se lo diré y también le traeré una biblia la próxima vez. Nos veremos pronto.

* * *

—Está bien y entera. Deja ya de protestar, James, pareces un crío. Esa

muchacha es de otro tiempo y está hecha de otra pasta. Te lo aseguro, está muy bien.

James había estado esperando a su hermano como un león enjaulado en su casa de Westminster. William se había empeñado en visitar él solo a Madeleine en la Torre, y se sentía indignado, ofendido e impotente. Al fin y al cabo, ella estaba en prisión por salvarle a él el pellejo, tenía derecho a querer verla, y ahora William volvía tan tranquilo sin darle detalles de su encuentro con ella.

—Debe de estar asustada, no me digas a mí que está entera en aquel maldito lugar, te recuerdo que acabo de salir de allí.

—No está en tus mismas condiciones de alojamiento, hermano, el Obispo le ha procurado un buen pasar. Tiene una habitación en la planta alta, no hay humedad, no hace frío, tiene una doncella, ¿qué más puede pedir?

—¿A cambio de qué? ¿Qué quiere ese Tunstall de ella?

—Ya hemos hablado de esto. —William caminó por las cuadras dispuesto a atender a su caballo, y bufó ya harto por la actitud de su hermano—. Ya basta.

—¿“Ya basta”? ¿Qué sucedería si la que estuviera en la Torre fuera Elizabeth?

—Es diferente. —William se volvió y lo enfrentó directamente. Ambos tenían más o menos la misma estatura, pero William era temible cuando estaba furioso, y James no quería enzarzarse en una pelea con él porque sabía que acabarían fatal—. Ella es mi esposa.

—Estoy preocupado por una mujer que ha sacrificado su libertad por mí, es posible que, hasta su vida, no me trates como si no tuviera nada que ver con esto. Ya no soy un niño, William.

—¿Qué tienes con la muchacha? ¿Has intimado con ella?

—¿Cómo te atreves?!

—¡Responde!

—No, pero quería hacerlo, aún lo quiero, y ella también.

—Ella vive en una nube desde que encontró el maldito medallón, no sabe nada, ni entiende dónde está, ¿cómo puedes pretender...? Oh, Dios mío, Joseph Dorset tenía razón...

—¿De qué estás hablando?

—Estás enamorado de ella.

—¿Ah, sí? ¿Ahora Joseph y tú os dedicáis a hablar como comadres a mis

espaldas?

—No, Jamie, no. Solo estaba preocupado, no quiero que pases por lo que yo estoy pasando. Madeleine McDonaldson es un problema, tiene que regresar a su tiempo, hermano, y no podrás retenerla.

—No tiene por qué ser así.

—No puedes protegerla, el único camino es que ella vuelva a su tiempo; ella lo sabe, y tú tienes que entenderlo, ha actuado muy bien con todo lo que ha hecho para liberarte a ti, implicar a Lancaster, y salir sana y salva de una situación tan penosa, pero...

—Tú mismo has dicho que no entiende nada. Precisamente por eso debo verla, tenemos que buscar otro camino, tal vez Tunstall pueda conseguir liberarla.

—Tunstall tiene su confesión, lo único que pretende es implicar a Marian, y Madeleine es su mejor baza. Jamás liberará a la muchacha, no seas ingenuo, ella se entregó y no hay nada que hacer, solo le queda el medallón de los Lancaster como salida.

—¿Tiene el maldito medallón?

—Sí, James, y lo usará en cuanto pueda. Ahora necesitamos una doncella de confianza que la acompañe y nos entregue el medallón después de que ella viaje. No hay otro camino, hermano, no compliques más las cosas.

—No se puede ir sin hablar conmigo. Yo hice todo lo que pude por Elizabeth, por ti. Me lo debes William, tienes que ayudarme.

—Es rastrero y miserable que intentes presionarme con eso. —

William se puso en jarras y frunció el ceño—. Ya te dije que te lo agradecería toda la vida, no es justo que ahora intentes chantajearme con eso.

—William, estoy enamorado de ella, no puedo permitir que se vaya sin decírselo. Siento apelar a tu comprensión con estos argumentos, pero no me dejas otra opción. Yo la amo, y tú ya sabes lo que eso significa.

—O se marcha a su época, o le cortarán la cabeza en la Torre de Londres, solo te enfrentas a esos dos destinos, James, y ambos implican perderla.

—En ese caso, buscaré otro camino.

—No lo hay.

—Entonces al menos déjame amarla el tiempo que nos queda.

Cuando le concedieron el cambio de doncella, Madeleine esperó con gran ilusión la llegada de una persona de confianza de los Forterque-Hamilton. Ordenó su pequeña habitación, preparó los camastros y esperó leyendo la biblia que el Duque le había hecho llegar de contrabando.

Ni el juez, ni el abogado, ni Tunstall la habían reclamado para declarar de momento, así que esperaba impaciente cualquier cambio, más aún uno tan significativo como una nueva dama de compañía.

—El Duque de Forterque me mandó llamar para acompañarla, milady — explicó Lucy, su nueva doncella. Algo impresionada de encontrarse en la mismísima Torre de Londres, en cuanto entró en la celda se sujetó de las manos que Maddy le extendió—. Le he traído algunas cosas. —Se volvió y dejó entrar a un criado demasiado alto para ser un simple campesino inglés—. Solo tenemos unos minutos, milady.

A Madeleine se le llenaron los ojos de lágrimas. James Forterque-Hamilton entró en la celda, ocultando su rostro. Iba vestido pobremente, con una capa raída y destartada, sin zapatos y con un gran canasto lleno de víveres. Todos guardaron silencio mientras depositaba la cargada cesta sobre la mesa. Lucy se movió sigilosamente hacia la puerta y la entornó mientras le sonreía al guardia con dulzura. Algo desconcertado, el carcelero no protestó y permitió que la puerta de hierro se cerrara completamente, momento que aprovechó Madeleine para saltar a los brazos de su adorado amigo.

—Dios santo, ¿estás bien? —preguntó hecha un mar de lágrimas. El rostro de James Forterque-Hamilton le pareció hermoso, a pesar de estar más anguloso y cansado de lo que ella recordaba, él le sonrió mientras le recorría el rostro con las manos—. Di algo, cuéntame cómo estás.

—¿Cómo estás tú, señorita McDonaldson? —respondió él guiñándole un ojo—. Te veo bien. —Con la vista dorada recorrió el estrecho espacio—. Y tus aposentos son como un palacio, comparados con otras habitaciones de este mismo recinto, créeme.

—Ya ves, al final siempre me las arreglo muy bien sola.

—No sé si esa conclusión me gusta demasiado. —La sujetó delicadamente por la nuca—. Me has tenido muy preocupado, Madeleine. ¿Qué te hizo Marian? Y, sobre todo, ¿qué te hizo Enrique?

—El Rey no me hizo nada. Creo que su Reina estaba demasiado

indispuesta como para que él le fuera infiel. Jane Seymour morirá después del parto, ya lo verás. —Se detuvo en seco. Lucy la estaba mirando con los ojos abiertos como platos y comprendió de inmediato que no podía continuar por ahí o acabaría espantando a la muchacha—. Al menos, eso dicen los médicos, está muy débil... Y de Marian ya no me acuerdo.

—¿Cómo que ya no te acuerdas? Mataré a esa bruja en cuanto tenga oportunidad, es una víbora, una mal nacida, algún día morirá a manos de un Forterque, te lo juro por Dios.

—¿Sabes dónde está ahora? Aún temo que entre en cualquier momento por esa puerta, y solo Dios sabe lo que haría si me tiene delante.

—Según parece, está aquí, en Londres —intervino Lucy—. Y ha encargado asesinar a lord James, mi hermano Michael dice que ha contratado a un montón de mercenarios, todos estamos muy preocupados.

—No exageres, Lucy —bromeó James—. Ya se sabe cómo son los rumores en la Corte. Marian está escondida, esperando a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Ha pedido perdón al Rey por ocultarte, y ha jurado venganza contra toda Inglaterra, esa mujer está loca, cree que el mundo entero ha conspirado para hundirla.

—Un momento. —Maddy miró a James con ojos suspicaces—. ¿Marian ha ordenado asesinarte? Eso estaba escrito en las cartas... ¿Recuerdas las cartas que yo traía de mi... de mi país, esas en las que...

—Sí, recuerdo. —James se alejó un poco para mirarla mejor—. Es cierto, esas cartas, ahí había datos, lugares... Supongo que William las ha traído, pueden ser de gran utilidad. Y ahora dime, ¿cómo estás? Creo que la cárcel te sienta bien, milady, estás más guapa que nunca.

—Oh, gracias, milord. —Madeleine se sonrojó a pesar de la broma, el corazón se le salía del pecho.

Sin decir nada más, James la cogió de la mano y la llevó a un rincón detrás de la enorme puerta de hierro. Lucy entendió el movimiento y se concentró en desembalar los víveres que le habían dado en Forterque House.

La enorme estatura de James ocultó completamente a Madeleine de Lucy, se inclinó y, sujetándola por la cintura, le plantó un beso decidido y cargado de pasión, que ella devolvió con la misma intensidad. Estuvieron besándose largo rato, sin hablar, no hacía falta, era un reencuentro maravilloso y merecido. Después de varios minutos, sin embargo, Lucy tuvo

que interrumpirlos para recordarles la hora. No debían despertar sospechas; James debía irse, pero la ternura flotaba ya por aquella pequeña y olvidada celda, y Maddy se sintió la mujer más afortunada del mundo.

Él se volvió hacia Lucy, se puso la capa y se preparó para partir. Cabizbajo y con la mandíbula tensa, se inclinó para besarle la cabeza y susurrarle:

—Te amo y no dejaré que me abandones.

Luego salió del cuarto, dejándola de pie en medio de la nada, tan feliz y tan dichosa como jamás habría podido imaginar.

XIX

—¿Quiere comer algo caliente?

—No, gracias, milady. —John McDonaldson permanecía sentado con aire ausente junto a la gran ventana de la biblioteca. Desde que William Forterque-Hamilton había partido, no tenían noticias de Madeleine, ni de James, ni de lo que realmente estaba ocurriendo en Londres con Marian de Lancaster. La preocupación iba en aumento, y el silencio pertinaz de su bella anfitriona, lady Mary, no lo ayudaba lo más mínimo.

La casa seguía funcionando con su ritmo habitual, Mary Forterque-Hamilton se levantaba cada mañana al alba para dirigir con mano firme a todo aquel ejército de almas, pero, sin embargo, sus ojeras y su aspecto cansado denotaban claramente su miedo y sus preocupaciones, aunque no compartiera con nadie estos temores. De modo que John pasaba los días trabajando en el castillo sin apenas charlar con ella, y la espera se hacía cada día más difícil de sobrellevar.

—Debería comer, hoy ha sido un día duro, milord.

—Ya he comido unos bollos de leche en la cocina, gracias, milady

—respondió John a la dulce joven. Mary llevaba el pelo rubio recogido en una trenza, muy tensa, sujeta contra la nuca; su cuello largo y delicado le hizo retener el aliento, ella era tan hermosa y tan inocente...

—Eso no es comer, hay estofado y puré de castañas, y un caldo de ave muy espeso.

—Gracias, pero de verdad que no podría comer nada ahora mismo.

Mary se volvió hacia él mientras terminaba de poner la bandeja sobre una mesa de piedra junto a la chimenea. Sus ojos azules, bordeados por unas largas y espesas pestañas, lo miraron ceñudos; se puso en jarras y torció su preciosa boquita en una mueca que lo hizo sonreír.

—Estoy bien, milady, se lo juro por Dios, muchas gracias, pero he comido muchas de esas delicias en la cocina.

—Un hombre joven no se alimenta con unos cuantos bollos de leche. No pretenderá que me preocupe también por usted, John, lo necesito fuerte y sano. —De pronto calló ante su propio comentario y se sonrojó.

—No se preocupe por mí. —Conciliador, John se levantó lentamente y se

acercó hasta ella con precaución. Llevaban semanas conociéndose, sin embargo, seguían tratándose de “usted”, y Mary apenas lo miraba a los ojos, pero a él su dulzura y fortaleza le encendían el corazón—. Estoy bien, pero usted debería sentarse un poco y descansar. Mary, dígame, si las noticias sobre Madeleine y James fueran malas, su hermano nos lo haría saber, ¿verdad?

—Sí, claro, pero no pensemos en eso, estoy convencida de que William conseguirá traerlos de vuelta a casa, sanos y salvos. Debe confiar en mi hermano, John.

—Es que ya son muchos días...

—Lo sé... —Mary sintió de pronto que las fuerzas le flaqueaban.

Estaba cansada, le dolía la espalda, hacía días que William y Robert se habían marchado, y no sabía nada de ellos... Su corazón le decía que algo andaba mal y apenas dormía. Se apoyó en el alféizar de la ventana ¿hasta cuándo tantas preocupaciones

y tanto sufrimiento? Una lágrima rebelde rodó por su mejilla y, de pronto, la cálida mano de John McDonaldson se posó sobre su hombro, reconfortándola.

—Está bien, siento haberla alterado, Mary. —John se acercó más a ella y pudo oler perfectamente el aroma a violetas de su pelo. Quiso tocarla, abrazarla, consolarla, pero era consciente de que cualquier intento por aquel camino podría ofender terriblemente a la joven. Suspiró al notar lo tensa que estaba.

—Jonathan me ha dicho que mañana lo ayudará usted con los herrajes de los nuevos caballos. —Mary se apartó de él bruscamente, el corazón le palpitaba con energía, pero no quiso ni imaginar siquiera la posibilidad de sentir algo especial por aquel desconocido venido desde el futuro. El contacto de su mano sobre el hombro le quemó la piel, así que se alejó de él sin mirarlo—. Se lo agradezco.

—Claro. —John, bastante turbado por el evidente rechazo, retrocedió. Desde su llegada al siglo XVI, pasaba muy a gusto las horas en el campo, o cooperando en las diversas tareas del castillo, y la idea de aprender herrería era una de sus últimas iniciativas—. No hay nada que agradecer, lo hago encantado.

—Le dejo la cena en la cocina, buenas noches, milord. —Mary abandonó la biblioteca sin mirarlo ni una sola vez a los ojos.

Con el alma revuelta, John la observó irse. El golpe de la puerta a su espalda fue como un mazazo en su propio cuerpo, se desplomó en una de las butacas y cerró los ojos para intentar controlar sus inexplicables y novedosas emociones.

—Diga su nombre completo.

—Madeleine Jane McDonaldson.

—¿Jura por Dios que lo que acaba de relatar es completamente cierto?

—Lo juro, Eminencia.

—Está bien, Madeleine, vuelva a su celda.

Acababa de pasar dos horas de pie, delante del improvisado tribunal que la había reclamado dentro de la Torre de Londres, contando detalladamente los acontecimientos que rodearon la muerte de Charles de Lancaster y obviando, eso sí, los puntos más escabrosos y la presencia de lord James Forterque-Hamilton en ellos.

El tribunal estaba compuesto por dos magistrados, un funcionario real y el propio obispo Cuthbert Tunstall, que había llegado a Londres aquella misma mañana con la intención de zanjar cuanto antes el asunto Lancaster. En la corte no se hablaba de otra cosa, y la maléfica e indecente Condesa no paraba de conspirar desde las sombras para desacreditarla y quitarle veracidad a su caso.

Por su calidad de mujer y por ser una especie de protegida de Tunstall, la habían interrogado con cierta cortesía y en la propia Torre; no querían desplazamientos, ni curiosos, ni nada que interfiriera en las declaraciones. Madeleine acusó nuevamente a Marian de secuestro y de testificar en falso contra lord Forterque-Hamilton con el único propósito de vengarse de su familia. También relató el acoso de Charles y finalmente su intento de violación. Contó con detalles la pelea en la casa Lancaster y su posterior huida, su detención por parte de Marian y sus hombres, el maltrato y las vejaciones a las que la había sometido y su intento fallido de entregarla al Rey como amante, para ganar de este modo sus favores. Incluso tuvo tiempo de revelar las ambiciones políticas de la Condesa, de las que presumía entre sus amigos.

La comparecencia había sido larga y agotadora, pero se sentía más libre y más tranquila. James la amaba, y era todo lo que ella necesitaba. Asumiría los hechos y ya vería cómo salían de la encrucijada. Si tenían suerte, tal vez

no necesitaría usar el medallón de los Lancaster.

—Señorita. —Su abogado, amigo de la familia Forterque, la alcanzó en la escalera camino de la celda—. Estamos pidiendo que revoquen la pena de muerte. Aunque es un atentado contra la vida de un hermanastro del Rey, en teoría no fue usted quien lo mató, sino las heridas que le provocó al defenderse. Contamos con el apoyo del señor Obispo, pero, si tenemos fortuna, y son piadosos con usted, la pena no será la muerte, pero sí la prisión perpetua, ¿comprende?

—Claro, lord Applewhite.

—El Duque de Forterque quiere que le explique con crudeza el proceso, está empeñado en que usted sepa exactamente lo que sucederá, discúlpeme si sueño brusco.

—Lo comprendo, milord; no tengo miedo y agradezco muchísimo su sinceridad.

—Una última cosa, señorita. —El abogado rebuscó entre su túnica de letrado y le extendió una misiva—. Es de lord James, me pidió que se la diera.

La caligrafía de James era firme y elegante, fruto de una esmerada educación y una rígida disciplina. Madeleine abrió el sello y se encontró con un mensaje inesperado. Lo había visto aquella misma mañana en la Torre, ¿por qué la carta? Leyó sus palabras con el corazón en un puño.

“Te amo, Madeleine —decía—. Me hice soldado para proteger a mi país y a mi familia, pero ahora haré todo lo que esté en mi mano para protegerte a ti. William, Joseph, Robert y yo haremos todo lo posible por liberarte, y sé que lo conseguiremos. Solo te pido, amor mío, que estés preparada. Siempre tuyo, James”.

¿“Preparada”? Maddy miró a su doncella y le pidió que la siguiera, algo marchaba mal, el miedo le subía por el pecho y la ahogaba. ¿Qué estaría planeando James? Volvió corriendo a la celda y se sentó en su mesilla para escribir inmediatamente una respuesta. No debía hacer nada, debían esperar...

* * *

A la misma hora, mientras Madeleine declaraba ante el tribunal, la Condesa de Lancaster celebraba, feliz, su venganza contra ella. La víspera, Marian había conseguido colarse en la alcoba del Rey, volverlo loco de

pasión y robarle lo único que la haría liberarse de las acusaciones de la joven venida del futuro: una declaración firmada por el mismísimo Enrique en la que la exculpaba de todos los hechos y acusaba, oficialmente, a la joven McDonaldson de la muerte de Charles.

Enrique firmó los papeles preparados por la Condesa, ebrio de vino y lujuria, mientras Lancaster le practicaba todo tipo de atenciones amorosas con maestría y eficacia. A la mañana siguiente, la Condesa de Lancaster abandonaba los aposentos del Rey con los documentos firmados y una risa perversa en la boca.

—Todo arreglado, Agnes —dijo a la bruja que le esperaba cerca del dormitorio real—. Lo que me diste surtió efecto, estaba drogado como un bendito, aunque antes tuve que darle un poco de la medicina que más le gusta, ya sabes.

Ambas festejaron la broma y avanzaron hacia el despacho de uno de los ministros de Enrique, entregaron la declaración, y un mensajero partió veloz rumbo a los tribunales.

—¿Pidió la cabeza de la muchacha? —preguntó Agnes a su ama. La quería muerta, temía tremendamente el poder de las mujeres llegadas de otros tiempos, como Elizabeth Forterque-Hamilton o la propia Madeleine. Debían matarla cuando antes.

—Sí, querida —contestó Marian satisfecha—. Morirá en la Torre como la desgraciada Ana. Es casi un honor, así que debería sentirse orgullosa, la muy zorra. —Soltó una carcajada chillona que llamó la atención de los nobles que paseaban a aquellas horas por los jardines de Greenwich, la residencia real a la que se había trasladado el Rey tras su estancia en Hampton Court—. Eres muy lista, Agnes, tenías razón, debía ir a la fuente, venir a Greenwich y hablar con él. En la cama, Enrique es como mi mascota. Te recompensaré por esto.

—¿Y que ocurrirá con los Forterque?

—Están hundidos, vieja amiga. William, sin su zorra extranjera, y James, a punto de morir a manos de mis hombres. Todo es perfecto. Vamos, nos iremos a Londres esta misma mañana, no me perdería la ejecución por nada del mundo.

* * *

William Forterque-Hamilton recibió inmediatamente la noticia de la condena de Madeleine McDonaldson en su residencia londinense, el servicio de espías funcionaba perfectamente en palacio, y las novedades llegaron a sus oídos antes incluso que a la Torre de Londres.

—Las órdenes vienen de Greenwich, Duque, firmadas de puño y letra por el Rey. No podemos hacer nada. —El juez encargado de la causa lo recibió en los pasillos de Westminster, William había intentado localizar a James, pero la tarea había sido inútil, finalmente se había ido solo a palacio para hallar algunas respuestas—. Lo siento, milord, pero creo que debería despedirse de la muchacha y ordenar un responso por ella.

—¿Qué me está diciendo? No puede ser...

—¿Es alguien muy querido para usted?

—Es pariente de mi esposa, magistrado, no puedo abandonarla a su suerte. Algo habrá que podamos conseguir, ¿qué dice el obispo Tunstall? Y, ¿cómo es que el Rey ha decidido de manera tan inesperada? ¿Puede hacerlo?

—Por supuesto que puede hacerlo, milord, y el Obispo no quiere enemistarse con su Rey, son amigos. Autorizará que se haga la voluntad de Enrique, aunque seguirá luchando para implicar a Marian de Lancaster.

—Es decir que Madeleine era solo una pieza más en todo este juego, ¿realmente no pretendía ayudarla? ¡Dios!

—Su Eminencia solo puede cumplir las órdenes de su soberano, milord, no debería juzgarlo.

—No lo juzgo, magistrado, simplemente creí que le importaba la muerte injusta de una inocente.

Cuando salió de Westminster, atravesó el bullicio y la multitud como en trance. No podía dejar que mataran a la pobre muchacha, debía avisarle a tiempo para que pusiera en marcha el medallón de los Lancaster. Todo iría bien, James tendría que comprenderlo. Era por el bien de Madeleine, debía partir cuanto antes.

—¿Qué sucede, William? —James apareció inesperadamente cerca de la puerta principal de la abadía, donde William intentaba aclarar las ideas y calcular los plazos con los que contaban. Era evidente que su hermano ya lo sabía, era probable que ya lo supiera todo Londres, no había nada más atractivo para un ciudadano londinense que una ejecución, y si era de un noble, mucho más. Miró a James y vio la furia en su mirada—. Dime que no es cierto.

—Lo siento, hermano.

—¡No! Hay que sacarla de la cárcel esta noche. —Joseph Dorset, a la espalda de su amigo, miraba a William con angustia—. Joseph nos ayudará, ya lo tenemos todo preparado.

—Escucha, James. —William se apartó un poco de Dorset para enfrentar a su hermano—. Hay que usar el medallón, ahora lo que importa es avisar a Madeleine para que pueda irse. Lo único que debe importarnos ahora es salvarle la vida, ¿entiendes? ¡James! ¿Me oyes?

—No dejaré que se vaya, no lo haré.

—Es por su bien; si la quieres, debes entenderlo.

—¡No! —James se apartó de un manotazo de su hermano y partió con grandes zancadas en busca de su caballo. Sacaría a Madeleine de la Torre por la fuerza. No había alternativa.

—¡James Forterque, si eres un hombre de verdad, deberías proteger a tu mujer, no empujarla a una vida de huidas y peligros...!

—¿Como hiciste tú con Elizabeth? —James se detuvo en seco y se volvió para mirar a William a la cara—. ¿Mandarla sola a lo desconocido?, ¿embarazada? ¿Te sientes muy hombre por eso?

Antes de que Joseph Dorset pudiera calibrar lo que estaba sucediendo entre los hermanos, James yacía en el suelo con la nariz sangrando. William le había plantado un puñetazo de tal magnitud que James, soldado hábil y fuerte, no había alcanzado a evitar el ataque, y se había desplomado en el abarrotado jardín principal de la abadía de Westminster sin ninguna posibilidad de defensa.

En una fracción de segundos, el agredido se puso en pie de un salto y sujetó a su oponente con furia. Joseph no pudo intervenir y tuvo que ver cómo dos nobles de alta cuna se peleaban como matones del puerto en medio del improvisado y multitudinario público.

Se destrozaron las camisas, se desgarraron las chaquetas de cuero y se hicieron daño de verdad. Cuando al fin tuvieron que detenerse porque los músculos ya no les respondían, se quedaron de pie uno frente al otro, jadeando e intentando recuperar el aliento. Ambos sangraban por la nariz y tenían los labios partidos, y el pelo suelto y revuelto por el sudor. Y ambos seguían furiosos.

Joseph se acercó a James para ver los daños, mientras William iniciaba a paso lento su regreso a casa. El público comenzó a dispersarse de a poco,

entre comentarios sobre los buenos puñetazos y la fuerza de los contrincantes. Había sido un gran espectáculo, y gratis.

—¿Qué demonios os sucede? ¿Eres idiota? ¿Querías que te matara, matarlo tú a él? Nunca te había visto así, James. Vamos a casa, debes adecentarte un poco, por el amor del cielo.

—No, llévame a mi casa, Joseph, necesito mi caballo.

—Así no, así no. —Dorset estaba horrorizado de ver a su amigo sangrando y desorientado—. Iremos a buscar el caballo, pero antes te asearás, beberás algo... En este estado tan lamentable no puedes hacer el papel de héroe.

—Debo sacarla esta noche de ahí, Joseph, y tú me ayudarás...

O te daré una paliza. —James mostró los dientes manchados de sangre al sonreír, y Joseph le devolvió una mueca de asco—. Vamos.

* * *

Se despertó al sentir cómo le tapaban la boca con una enorme zarpa. Intentó incorporarse, pero el peso de aquella gigantesca figura la había inmovilizado contra el suelo.

—Soy yo, Madeleine. Tranquila, quédate quieta, por el amor de Dios.

Madeleine dejó de patear y forcejear cuando reconoció la voz de James en su oído; se relajó, y él la soltó para luego abrazarla con fuerza. Estaba vestido de soldado, con botas altas y una ceñida chaqueta de cuero marrón. La levantó en volandas y la arropó con una manta, su intención era clara: sacarla del calabozo sin mediar palabra.

—Pero ¿qué haces? —La joven consiguió tocar el suelo con los pies desnudos y hacer palanca para que James la soltara—. No pienso escaparme de aquí.

—¿Qué?! No digas estupideces y salgamos, no tengo tiempo para discutir contigo.

—No quiero irme. —Se plantó en medio de la celda. El pelo suelto le caía en cascada sobre el cuerpo frágil y bien formado, era una visión hermosa, pero sus manos en jarras y su mirada no encajaban con la estampa casi celestial que James tenía ante sus ojos—. Lo he pensado... Si me escapo contigo, te condenarás para siempre, y no permitiré que hagas eso.

—No tengo tiempo para esto, vamos.

—Te digo que no. —A aquellas alturas, las lágrimas ya rodaban por el hermoso rostro de Madeleine—. Ahora vete de aquí, estás a tiempo huir. Por Dios santo, James, vete.

—No. —La sujetó por la cintura y se la acomodó en el hombro como si de una liviana almohada se tratase. Bajó las estrechas escaleras corriendo con ella bien aferrada, mientras Maddy no hacía más que escurrirse y retorcerse —. O te quedas quieta o harás que me detengan —le dijo con voz de mando —. Cállate y no te muevas, ya tendrás tiempo de pegarme, si te apetece, ahora colabora un poco o te tiro al foso de los leones.

En aquellos años, la Torre de Londres aún albergaba la Casa de las Fieras, que había sido el sueño del rey Juan I y que se había inaugurado bajo su reinado en el año 1204. En su recinto, convivían un amplísimo destacamento de soldados y alabarderos, los presos más distinguidos del país y algunos animales salvajes, como leones, tigres y osos, que hacían las delicias del rey Enrique. Maddy pasó bordeando el foso colgada del hombro de James, a casi dos metros de altura y se aferró bien a su espalda, más por instinto que por miedo.

Cuando salieron de la fortaleza, James la dejó en el suelo y le indicó con un severo gesto que guardara silencio. La noche era fresca y oscura como boca de lobo; no había ni una antorcha, ni una fogata que los iluminara, estaban en medio de la oscuridad más absoluta y sumergidos en un profundo silencio, roto solo por el ladrido de un perro a lo lejos o el aullido de algún animal desconocido. Madeleine tembló de frío y se acercó hasta James para cogerse a su mano. Él ni siquiera la miró, desde su altura oteaba en busca de alguna señal, pero la sujetó con firmeza y calidez, y ese solo gesto bastó para que se sintiera reconfortada.

De pronto unos pasos se acercaron sigilosamente hasta ellos, y James susurró algo a los cuatro hombres que acababan de aparecer de la nada. Inmediatamente se dispusieron en marcha, pero el sonido de unos cascos al trote, los hicieron ocultarse entre las sombras y esperar. La firme mano de James la sujetó por la cintura mientras con un leve gesto hizo desenvainar las espadas a sus hombres; él mismo sacó la suya y la acomodó con destreza en la diestra, a la vez que indicaba a Madeleine que se ocultara detrás de los muros abandonados de la Torre. Ella obedeció sin chistar, con el corazón en la garganta y las piernas temblorosas.

Durante unos minutos que parecieron eternos, Maddy se mantuvo oculta

detrás de unas piedras inmundas y malolientes, no volaba ni una mosca por la zona. Los caballos de los recién llegados se habían detenido a cierta distancia, y no se escuchaba ningún movimiento, salvo su respiración agitada y las casi inaudibles pisadas de sus acompañantes.

James seguía quieto y en guardia, mientras el resto de sus compañeros se habían desplegado silenciosamente a su alrededor. Cerró los ojos y se puso a rezar. La noche era muy negra, y el frío se le estaba metiendo por los huesos; el Támesis fluía a tan solo unos metros de ellos, y la humedad del río la estaba empapando entera. Pensó en echarse sobre el suelo para calentarse un poco, pero, en aquel preciso momento, un movimiento brusco la sobresaltó, inmediatamente sintió el golpe de un cuerpo contra el suyo y la mano de un desconocido que le tapaba la boca y la nariz, y le impedía respirar.

—¿Qué diantres...?! —James se volvió hacia ella en una fracción de segundo, al tiempo que la voz ahogada de Marian de Lancaster les terminaba de congelar la sangre.

—Sois un par de idiotas previsibles —susurró la Condesa—. Sabía que te encontraría aquí, Jamie Forterque.

Nadie le contestó. Madeleine gemía de desesperación en brazos de un hombretón que olía a vino y sudor, mientras James y sus hombres hacían un semicírculo en torno a Lancaster con las espadas desenvainadas.

—No me interesa la muchacha —dijo Marian, acercándose más a James—. Solo quiero mi medallón. Mañana a estas horas la habrán capturado y la habrán decapitado. Ya no eres asunto mío, ramera —le dijo a Maddy—. ¿Dónde tienes mi joya?

—No tan deprisa. —Una voz de ultratumba salió a espaldas de Madeleine y los desconcertó a todos: era William Forterque-Hamilton. Marian se volvió hacia él con los ojos echando chispas mientras un ruido metálico de espadas interrumpía la silenciosa noche.

Tras William, espada en mano, apareció Robert Wilson acompañado de varios caballeros vestidos de negro y con sus armas desenvainadas. Los hombres de James se apostaron muy cerca de él con cara de pocos amigos, Madeleine calculó que al menos veinte personas venían con el duque.

—Eres un estúpido, William —contestó la Condesa, que estaba igualmente bien provista en cuestión de escolta personal—. Dadme lo que me pertenece, y os dejaré tranquilos.

James no respondió y ni siquiera miró a su hermano, pero los Forterque no necesitaban hablar para comunicarse. Antes de que Marian volviera a pronunciar una palabra, un golpe seco decapitó limpiamente a uno de sus soldados y la dejó completamente desorientada; medio segundo después, una espada igualmente veloz cercenó el cuello del captor de Madeleine. La Condesa gritó, se revolvió y se escabulló mientras los soldados iniciaban una tremenda escaramuza que mantuvo a Maddy cuerpo a tierra, cubriéndose la cabeza y los oídos muerta de miedo, hasta que una mano firme la levantó del suelo, la arrastró fuera de la trifulca, y la empujó dentro de un carruaje que había aparecido en la zona sin que ella supiera cómo.

—Usa el medallón y vete de aquí. —William Forterque-Hamilton hablaba con agitación, manchado de sangre y de barro. A lo lejos, Maddy pudo ver la imagen feroz de James, su dulce James, en el momento en que partía la nariz de su contrincante de un codazo—. Ya estamos todos metidos hasta el cuello en esto, no lo empeores y vete de aquí.

—Muy bien.

Con los ojos llenos de lágrimas, buscó la joya entre sus ropajes y tocó las inscripciones que había en el dorso. El maldito temblor la entorpecía, y el medallón se le cayó dos veces al suelo. Finalmente consiguió leer las primeras frases del galimatías escrito en gaélico; aunque se las sabía de memoria, esperando que la magia se desencadenaba al leerlo. Sin embargo, no obtuvo ningún resultado. Con decisión abrió la puertezuela contraria del carruaje y se bajó trastabillando, descalza y medio desnuda como estaba. El frío y los nervios no la dejaban actuar con soltura, y le costó algún esfuerzo caminar hasta la parte más alejada de la escaramuza y buscar un poco de tranquilidad. Volvió a leer, y nada. Cerró los ojos, se aferró fuertemente a la joya y leyó de nuevo las pequeñas letras, necesitaba hacerlo con calma, con una serenidad de la que carecía completamente en aquel momento. Tampoco el nuevo intento dio resultado.

De pronto, Marian de Lancaster apareció de entre las penumbras. Venía hacia ella corriendo, con una preciosa daga enjoyada en una mano. Se le acercó con cuidado al ver el medallón entre sus dedos y le sonrió con los ojos llenos de odio.

—Dame la joya. —Tenía miedo de que la muchacha la arrojara al río o hiciera algo peor. Marian sabía perfectamente cuáles eran los poderes de su medallón y no quería perderlo de una forma tan estúpida.

—¿Qué me darás a cambio? —Contestó Maddy, muy segura de sí. Ya no tenía miedo a aquella bruja, la suerte estaba echada.

—¿Qué quieres?

—Que exculpes a los Forterque de todas las mentiras que te has inventado y que declares en mi favor, sabes que no fui yo quien mató a tu marido.

—Ya es tarde para eso, además, los Forterque caerán muy pronto cuando se enteren en la corte de que han ayudado a escapar a la asesina del hermanastro del Rey. Ellos ya no tienen esperanza; y tú, tampoco.

—Entonces... —Madeleine retrocedió un poco, levantó la joya e hizo otro intento de recitar el conjuro—, adiós, Condesa.

—¡No! —Marian gritó a la par que James, que las había descubierto y corría hacia ellas manchado de sangre de pies a cabeza—. ¡No!

—No te acerques. —Marian detuvo el avance del soldado con su daga.

—No querrás que te mate con mis propias manos —contestó él, con una serenidad pasmosa en los ojos dorados—. No te gustará, créeme.

Entonces la Condesa de Lancaster, loca, como una fiera, giró sobre sus tacones y, antes de que pudieran parpadear, lanzó la hermosa daga contra la joven. Madeleine, herida en su hombro derecho, cayó de rodillas en medio del lodo, con un dolor agudo en el brazo y un río de sangre que comenzaba a manchar su fino camisón.

James agarró la mano aún levantada de Marian y se la retorció a la espalda, gesto al que ella respondió chillando como una demente. Segundos después, cuatro de sus hombres rodeaban a James con las espadas levantadas contra su garganta.

—Está bien. —Por fortuna, William Forterque-Hamilton y sus compañeros los alcanzaron—. Te dejaremos ir, pero nosotros nos llevaremos a la muchacha.

—¡Me ha roto el brazo, me ha roto el brazo! —gritaba Marian, aún sujeta por un James excepcionalmente sereno—. Dadme mi joya y podéis hacer con ella lo que os plazca.

—No. —Otro movimiento que cortó el aire con un filo metálico, y las espadas de los hombres de Forterque se posaron contra los cuellos agitados de la escolta de Lancaster. Pronto el cruce de hierros se transformó en un enjambre de espadas.

Robert Wilson se agachó para atender a Madeleine, que jadeaba con la

daga clavada casi hasta el puño bajo la clavícula. La levantó suavemente y la mantuvo abrazada mientras William y James seguían debatiéndose con los esbirros de la condesa.

—Perfecto —masculló Marian—. Ahora esperaremos a que las luces del alba despierten a la Guardia Real, y nos encuentre a todos aquí. ¿A cuántos oficiales habéis sobornado para llegar hasta ella?

—Bajaremos las espadas y no te estrangularé como recompensa —dijo James. Una mirada de soslayo a Madeleine, semiinconsciente en brazos de Robert, lo había apremiado: debían sacarla de ahí, y en seguida.

—Creo que esperaremos, para ver cómo os detienen. Que nadie se mueva —ordenó la Condesa contundente—, o lo caparé con mis propias manos.

Sus hombres permanecieron impasibles, jadeando por el esfuerzo y la excitación. Maddy hizo un esfuerzo para enfocar la mirada que, maldita sea, se le nublaban a medida que los minutos avanzaban. A lo lejos, divisó las primeras luces del alba y miró el enjambre de soldados con las espadas en alto, unos contra otros, y a Marian de Lancaster en medio del revuelo, retenida por James. Debía hacer algo, o todos terminarían en la cárcel. Su vida ya importaba poco, se estaba desangrando de todos modos, y tal vez no llegaría viva ni al mediodía. Debía salvar a los Forterque antes de que la guarnición de la Torre iniciara sus rondas por aquella olvidada orilla.

—Te daré el medallón —gritó con las escasas energías que le quedaban. Robert Wilson intentó detenerla, pero ella le dedicó una mirada tan segura que él solo pudo ayudarla a acercarse hasta Lancaster—. Te daré la joya, pero déjalos salir de aquí sin acusaciones ni denuncias.

—¿Ah, sí? ¿Ahora quieres negociar conmigo? No creo que estés en posición de exigir nada.

—Muy bien, entonces lanzaré la joya al Támesis y todos terminaremos en la Torre. Mañana moriré, pero antes juraré que tú me ayudaste a salir de aquí.

Vio la mirada desaprobatoria de James, pero ya era tarde. Lo sentía por su hermano John, por William y Elizabeth Forterque-Hamilton, pero ella no podía dejar que los apresaran por intentar ayudarla; algo debía hacer, y sacrificar la joya era la única opción que le dejaban. Se arrastró unos pasos y alcanzó la orilla del río, levantó la mano, y miró las negras y turbulentas aguas del Támesis que corrían a sus pies con fuerza. La profundidad era legendaria, el medallón de los Lancaster se perdería para siempre en la corriente, y todo acabaría de una maldita vez. Otro mareo la hizo sujetarse a

Robert, que la observaba incrédulo. El Duque de Forterque, sin embargo, parecía observar la maniobra con total confianza.

—Está bien, está bien —chilló Marian—. Dame la maldita joya, y huyamos todos de aquí.

—Dame tu promesa de que no acusarás a la familia Forterque de nada —dijo Maddy—. ¡Júramelo! Júramelo por tus hijos, o veré la manera de que pagues por esto, sabes que puedo hacerlo.

—¡Lo juro, por mis hijos! —respondió Marian.

Madeleine caminó como pudo hacia el grupo que rodeaba a la Condesa, y todos bajaron las armas para abrirle paso. William se puso a su espalda, y James, con los ojos brillando en la oscuridad, soltó el brazo de su presa. Maddy levantó la mano y dejó caer el medallón de los Lancaster, que se estrelló contra el suelo, a tan solo unos centímetros de su dueña. Marian lo cogió con ansiedad y escupió al suelo a modo de agradecimiento, pero a Maddy ya nada le importaba, le zumbaban los oídos, y las figuras a su alrededor se convirtieron de repente en largas y oscilantes sombras a las que no podía identificar.

El círculo se abrió aún más, y oyó los pasos de los soldados replegándose y abandonando la zona. Al frente, muy lejos, la línea naranja del amanecer se marcaba con intensidad. Alguien le habló a su espalda, sujetándola con firmeza por el hombro sano. ¿William?, pobre William, acababa de echar por la borda sus esperanzas de recobrar a Elizabeth y a su hijo.

—Lo siento, William —susurró Madeleine y se desmayó.

Despertó en un camastro estrecho. Tenía calor, mucho calor, y también mucha sed. ¿Estaría muerta? Lo único que recordaba era haber entregado el medallón a Marian de Lancaster. Quiso moverse, pero un agudo dolor en el hombro derecho la paralizó; quiso hablar, pero no pudo, se lamió los labios y los tenía agrietados; la cabeza le daba vueltas, estaba acostada y, sin embargo, el mareo la hizo girar y vomitar en el suelo.

—Tranquila, querida, tranquila, no ocurre nada, es la fiebre.

—La mujer de voz suave y dulce se acercó la cama y la ayudó a incorporarse un poco. Le puso un vaso de agua en los labios y se los mojó suavemente—. Beba con prudencia.

Apenas podía abrir los ojos de lo hinchados que estaban, pero descubrió que la mujer que la atendía era una monja. Una monja con hábito negro, de rostro amable y maduro, y un acento extraño.

—¿Dónde estoy?

—En el convento, querida, soy la madre Fleur.

—¿Hace cuánto tiempo, madre?

—Unos días. Por favor, descanse, querida, le daré más agua dentro de un rato.

—Tengo calor y muchas náuseas—. Volvió la cabeza para vomitar nuevamente, no podía dejar de hacerlo, la cabeza le iba a estallar, y el dolor del brazo la partía por la mitad.

La madre Fleur la sujetó y la acomodó otra vez en la cama, esta vez sobre unos suaves cojines de plumas, le lavó la cara, la boca y le puso una cataplasma fría en el hombro. El alivio fue inmediato, Madeleine la miró con agradecimiento, cerró los ojos y se durmió.

Unas pesadillas horribles inquietaban su sueño. Veía a James con la espada en alto, cortando cabezas y rompiendo huesos y narices a su paso, con el pelo ensangrentado, la mirada salvaje y las manos chorreando de sangre. La arrojaba sobre la cama gritando como un bárbaro, y luego aparecía Charles de Lancaster, que la amenazaba con un cuchillo en la garganta. Detrás de él, Marian le enseñaba el medallón entre carcajadas. En medio de todo aquello, Maddy solo pedía un poco de agua: “Agua, por favor...”.

Charles la arrinconaba contra la pared para manosearla, el Rey le tocaba los pechos, la gente se reía y repetía su pedido a los gritos: “Agua...”.

Se despertó sobresaltada. Una mano amable le mojó los labios cortados, y Madeleine consiguió abrir un poco los ojos. Era la madre Fleur, que le sonrió con dulzura una vez más, mientras ella intentaba tragar el precioso líquido con dificultad, aunque le raspaba en la garganta, estaba muy deshidratada, necesitaba beber más.

—Quiero más —susurró con la voz quebrada—. Por favor...

—Poco a poco, querida.

—Un poco más, por el amor de Dios, madre.

La madre la ayudó a incorporarse un poco y le acercó el vaso con agua fresca. Maddy lo bebió despacito, pero hasta el final, la madre la recostó contra los cojines y le cubrió el rostro con un paño húmedo, delicioso. Volvió a dormirse.

—¿Cómo está? —La grave voz de James le llegó desde muy lejos.

Entonces él estaba ahí, ¡no estaba muerta!

—Tiene un sueño muy inquieto, milord, pero se repondrá, la herida está cicatrizando. Es una muchacha sana y fuerte, aunque ha perdido mucha sangre.

—Hay que darle líquidos, madre, es lo único que puede salvar a un hombre después de sangrar en la batalla.

—Sí, milord, no se preocupe.

James se sentó con cuidado en la orilla del camastro y le tocó la frente con dulzura, Maddy abrió apenas los ojos y se encontró con los de su amado, que la observaba con angustia. Tenía ojeras y algunos rasguños en la cara, y llevaba el pelo recogido en una coleta. La miró durante unos segundos y luego se marchó. Madeleine hubiese querido llamarlo, cogerlo de la mano, pero era imposible, el cuerpo no le respondía.

* * *

El ruido de los caballos lo sobresaltó, y echó mano a la espada antes de abandonar la herrería para ver quienes osaban entrar galopando dentro del castillo. El herrero, Jonathan Harris, un hombretón enorme y sudoroso, fue tras él, igualmente armado, hasta que se encontraron de bruces con el Duque de Forterque y Robert Wilson, que llegaban al patio seguidos por dos docenas

de soldados. John McDonaldson bajó la espada y se acercó a los recién llegados, buscando con la mirada a su hermana pequeña.

—Lo siento, John, no he podido traer a Madeleine, pero está a salvo. — Forterque puso pie en tierra cubierto de sangre seca; antes de poder preguntar nada, Mary llegó para abrazar a su hermano, a pesar de la suciedad y la sangre—. Tranquila, Mary, estamos bien.

—¿Dónde están?, ¿dónde están James y Madeleine?

—Están en el convento de la Anunciación, es una larga historia. Madeleine está herida, y las monjas la están atendiendo, se pondrá bien pronto.

—¿Cómo que está herida?, ¿qué demonios sucede, Forterque?

William Forterque-Hamilton lo miró entonces con frialdad. Nadie, jamás, osaba increpar al Duque de aquella forma tan directa y, por una milésima de segundo, John temió por su seguridad; sin embargo, cuadró los hombros y mantuvo la mirada firme.

—Le doy mi palabra de que se encuentra bien —dijo William después de guardar silencio para calibrar una vez más a aquel tipo venido del futuro—. Le contaré todo en cuanto me dé un baño y coma algo, me reuniré con usted dentro de media hora en el comedor.

Dos horas después, John McDonaldson conocía ya todos los detalles de la enloquecida aventura protagonizada por su hermana. Había escuchado pacientemente el relato mientras compartía la cena con el Duque, con Robert y con Mary, y no había sido capaz de preguntar nada porque le resultaban absolutamente insólitos los límites hasta los que había llegado todo aquel asunto.

—Si tenemos suerte, Marian de Lancaster ya se habrá olvidado de Madeleine a estas horas, John —dijo Wilson—. Pero debe quedarse en el sanatorio de las monjas, es lo más seguro.

—¿Y cómo justificaréis su huida de la Torre de Londres?

—Hay varios testigos bien pagados que jurarán que se escapó sola —intervino William—. Y ya nadie volverá a encontrarla.

—Pero ¿no habrá investigaciones? ¿Nadie indagará cómo desaparece en plena noche una condenada por asesinato? —John no estaba tan seguro de que el peligro hubiese pasado—. ¿Puede ser tan simple?

—En estos tiempos, sí. —William se levantó de la mesa con una copa de vino en la mano y se acercó a la ventana—. Nadie debe volver a

verla, y el asunto se olvidará en unas semanas. La Guardia Real seguramente venga a hacer preguntas, pero los estaremos esperando. Lo importante ahora es que su hermana se sane, y lo conseguirá.

—¿Y luego? ¿Cómo volveremos a nuestro tiempo?

—No lo sé —contestó William con los ojos nublados de dolor—. Ni cómo volverán ustedes, ni cómo traeré a mi esposa hasta aquí. Ahora, sinceramente, John, no tengo respuestas para eso.

* * *

—Tienes que reponerte, ¿me oyes? —Era James el que le hablaba con firmeza—. Tienes que luchar, maldita sea, Madeleine McDonaldson, abre los ojos.

Ella lo escuchaba, pero no podía responder, otra vez aquel pitido en los oídos, quería seguir durmiendo, que la dejaran en paz. De pronto, unos fuertes brazos la levantaron en volandas de la cama y la acercaron a la ventana completamente abierta. El aire le erizó los pelos de la nuca, pero no era frío, era cálido y reconfortante. Maddy abrió apenas los ojos y se encontró con un atardecer otoñal, hermoso; James la posó en el suelo y le sujetó la cara con dulzura para que lo mirara y respondiera.

—Háblame, ¿sigues conmigo?

—Siempre —respondió ella susurrando.

—Muy bien. —A James se le llenaron los ojos de lágrimas y la acurrucó contra su pecho—. Muy bien porque, si me dejas, no sabría qué hacer.

Cuando volvió a despertar, se sentía más fuerte. Otra monja le acercó un jarro de agua con miel, y ella bebió con muchas ganas. Se quiso incorporar un poco, al menos el mareo había desaparecido, y la hinchazón estaba cediendo, logró abrir los ojos y pudo observar por primera vez la habitación donde se hallaba. Los techos y las paredes eran de estuco blanco, había una mesa llena de cacharros y un par de sillas cerca de una gran ventana con postigos de madera. El suelo era de piedra, en un rincón había una chimenea apagada, y su cama era muy pequeña, pero limpia y también blanca. Miró sus manos y las encontró más delgadas; tenía puesto un camisón rústico y sencillo y, en el hombro, le sobresalía el vendaje immaculado. Giró con dificultad la cabeza —comprobó que llevaba el pelo sujeto en una única trenza—, y se dirigió a la monja que trajinaba a poca distancia.

—Hermana, ¿dónde están todos?

—Shh... Guarde silencio, voy a buscar a la madre Fleur.

Al entrar en su habitación, la madre Fleur y las tres novicias que la seguían levantaron el aire con el movimiento de sus hábitos. Madeleine seguía consciente y sin mareos, aunque no se podía sentar.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo la madre acercándose a la cama—. Está usted despierta, ¿cómo se siente?

—No tengo náuseas, muchas gracias, madre. ¿Me puede explicar qué hago aquí?, ¿dónde está James?

—Lord Forterque-Hamilton no está ahora aquí, pero mandaré un emisario para avisarle que está consciente. La trajo a nuestro sanatorio para curarle esa enorme herida en el hombro, milady. Llevábamos mucho tiempo intentando que sanara y, por lo que veo, Dios ha obrado el milagro. Patricia, trae un caldo a la señorita, ¡corre!

—¿Por qué no me llevó al castillo?

—No lo sé, Madeleine, tal vez porque aquí está más segura.

En 1537 la situación de los conventos católicos en la Inglaterra anglicana era muy difícil. Enrique había provocado el cisma con la Iglesia católica en 1533, al casarse con Ana Bolena y repudiar a su primera esposa, Catalina de Aragón. Catalina era hija de los Reyes católicos, Isabel y Fernando, y tía de uno de los mayores enemigos políticos de Inglaterra, el Emperador Carlos V. El hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso mantenía por aquellos años al papa Clemente VII prácticamente preso y bajo su custodia directa en Roma, y, por lo tanto, absolutamente controlado en lo referente a las decisiones, decretos y bulas papales.

Enrique se encaprichó con Ana Bolena y repudió a Catalina porque no podía tener más hijos, tras el difícil parto de su única hija, María, pero su pasión por la irlandesa Ana fue lo que realmente lo empujó a pedir la anulación de su matrimonio con la española, alegando infinitos motivos de peso. El Papa estuvo en un principio dispuesto a considerarlo, sin embargo, tras innumerables negociaciones, Carlos V presionó a Clemente para que no reconociera la anulación ni a la segunda mujer de Enrique y lo excomulgara.

Enrique VIII, rey de Inglaterra y señor de Irlanda, fue excomulgado en julio de 1533. En respuesta a este castigo, el soberano británico proclamó, entre otras muchas leyes, la Ley de la Supremacía, en la que declaraba que el Rey era la única cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra y acusaba bajo

pena de muerte a quien desoyera esta autoridad. Se acabaron todas las prebendas económicas para la Iglesia de Roma, y se le quitó toda autoridad sobre monasterios, conventos y órdenes religiosas que permanecieran en suelo inglés. Sería Thomas Cromwell, a cargo de la vigilancia espiritual de la Nación, el que se ocuparía personalmente desde entonces de la observancia estricta del cumplimiento de estas leyes por los religiosos católicos, y cometería todo tipo de atrocidades para salvaguardar la nueva Iglesia anglicana.

En 1537 el drama acababa de iniciarse; sería más adelante, con la Reina Isabel I, protestante acérrima, cuando las cosas se complicarían aún más para los católicos ingleses, pero Madeleine conocía la historia y sabía que aquellas monjas católicas corrían un peligro infinito manteniendo a la supuesta asesina del hermanastro del Rey, oculta y con cuidados médicos en su convento.

—¿Más seguro para quién? —preguntó a la madre superiora, pero ella no le contestó.

* * *

—Hola. —La suave y grave voz de James la sacó de su agradable letargo matinal. Hacía calor, se había dado un baño hacía menos de una hora, y el pelo se le estaba secando gracias al aire templado que entraba por la ventana. Permanecía sentada en una cómoda butaca y no lo había oído entrar.

—Hola —contestó sonriéndole con gran alegría. James vestía de negro y llevaba el pelo recogido en una trenza a la espalda, su imagen era impresionante, y a Maddy se le hinchó el corazón de amor.

—¿Cómo te encuentras? —Él acercó una silla, se sentó a su lado y le ofreció la mano. Maddy apretó su enorme mano y se echó a llorar—. No llores...

—Siento tanto haber perdido el medallón... William no querrá perdonarme nunca, fui tan torpe...

—¿Qué? —James se acercó un poco más para secarle las lágrimas—. Eres la muchacha más valiente que conozco, ¿qué estás diciendo? No había muchas alternativas, y supiste sacarnos del atolladero a todos, ¿no te das cuenta?

—Pero entregué la joya, después de tantos sufrimientos y tantas penurias, James, ¿qué ocurrirá ahora con Elizabeth? No dejo de pensar en ellos.

—No pienses en nada de eso. —La abrazó y la acunó contra su pecho, olía a limpio, y Maddy aspiró su delicioso aroma con deleite—. William encontrará una solución, no te preocupes.

—¿Y que pasa con mi huida? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde...?

—Hoy hace diez días. Los mismos carceleros que nos dejaron entrar a la Torre han jurado que has muerto inesperadamente en tu celda.

—¿¿Qué??

—Oh, sí, estás muerta. A Joseph se le ocurrió sobre la marcha, tampoco teníamos muchas alternativas, cielo, ha sido la mejor salida y, de momento, funciona.

—¿Y Marian?

—De ella sí que tenemos novedades, Madeleine.

—¿Qué ha ocurrido? —Se incorporó un poco para mirarlo a los ojos.

—La Condesa ha muerto. —Madeleine no pudo evitar abrir la boca con asombro—. Al parecer, el mismo día que volvió a Hampton Court con el medallón de los Lancaster sufrió un accidente y se desnucó. Las noticias llegaron al castillo Forterque ayer, por eso he venido a verte. ¿Cómo te tratan las hermanas? Todas están muy contentas de que hayas sobrevivido, creen que eres la chica más hermosa que han visto en sus vidas, y yo estoy de acuerdo.

—¿Cómo que está muerta?, ¿estás seguro? ¿Y qué ha sido del medallón de los Lancaster?

—Hace unos días, se celebraron sus funerales en la Catedral de Southwark, muy discretos, según dicen. —James sonrió y le acarició la mejilla—. De la joya, no sabemos nada, ya hemos mandado a unos espías para que averigüen su paradero.

—Dios mío, es increíble. Eso garantiza, supongo, un poco de tranquilidad para tu familia.

—Espero que sí. Pero aún no me has contado cómo te tratan las hermanas.

—Muy bien. Son encantadoras, James, pero ¿no corren peligro con mi presencia?, ¿no vendrá nadie buscando pistas por aquí?

—No, nadie perdería su tiempo viniendo a un olvidado convento de monjas. ¿Puedes quedarte tranquila alguna vez? Cuéntame cómo te sientes. ¿Necesitas algo?

—Sí. Hacer el amor contigo. —La broma le salió sin esfuerzo, porque la pura

verdad es que eso era exactamente lo que más quería hacer desde que había recuperado la conciencia. James se reclinó en su silla, entre divertido y enfadado. Era tan guapo, pensó Maddy embobada, tan guapo, y tan valiente, y tan generoso...

—¿Qué palabras son esas, muchachita? —contestó con fingiendo escándalo—. Aún eres una convaleciente, por el amor de Dios, ¿no respetas un lugar consagrado como este?

—No, bueno... —Roja como un tomate, decidió seguir adelante con la ocurrencia—. He pensado mucho en ello, es decir... ¡James, no me mires así! He descubierto que la vida puede ser muy corta y no quiero perder ninguna oportunidad para ser feliz.

—¡Por los clavos de Cristo! —resopló—. Bueno, estudiaré su propuesta, milady, y le informaré de mi decisión en cuanto sea posible.

—No seas payaso, James, esto es lo más directo que le he dicho jamás a ningún hombre.

—Eso espero.

—¡James!

—Estaba bromeando. —Se inclinó y le rozó los labios con suavidad, Maddy acarició su pecho desnudo a través de la camisa abierta, y a James Forterque-Hamilton se le erizaron todos los vellos del cuerpo. Sus lenguas se encontraron con dulzura, e iniciaron un profundo, intenso y húmedo beso que terminó de devolverle definitivamente el alma al cuerpo—. Eres una muchacha muy extraña, Madeleine, pero me vuelves loco.

—Eso espero —respondió ella riendo.

James abandonó entonces la silla y se arrodilló a su lado para mirarla a los ojos desde muy cerca. Se acercó a sus labios y volvió a besarla antes de hablar.

—¿Querrás casarte conmigo? —le dijo posando su frente en la suya—. No ahora, claro, cuando te sientas más fuerte.

—Por supuesto.

—¿Y te quedarás conmigo aquí?

—Sí, James.

—¿Y tu hermano?

—Lo ayudaremos a regresar.

—Bien.

Maddy lo miró entonces con devoción, el corazón se le disparó en un

galope enloquecido y la emoción le subió por la garganta sin que pudiera contenerla. Se echó a llorar otra vez, pero de pura felicidad, mientras él solo atinaba a acunarla y consolarla sin éxito, hasta que una de las novicias entró alarmada en la habitación, al oír el sentido llanto de la paciente.

* * *

James se quedó velando el tranquilo sueño de Madeleine durante varias horas. Habían compartido una agradable jornada dentro de la habitación, porque ella aún no podía caminar con mucha estabilidad; habían comido junto a la ventana y finalmente la había ayudado a dar un pequeño paseo por los pasillos del convento, para asombro y dicha de las solícitas monjas.

Había cabalgado hasta el convento en cuanto le dijeron que estaba despierta. Recordó aquellos difíciles momentos en los que se había sentido inútil y torpe entre las silenciosas monjas que cuidaban a Madeleine. Su estatura era demasiado grande; sus manos, enormes; su voz, muy fuerte; y sus pasos, estruendosos en aquel remanso de paz y tranquilidad. Así, pues, había decidido quedarse en su casa y distraerse un poco mientras la madre Fleur y sus compañeras se ocupaban de la mejor forma posible de la enferma. Por fortuna Maddy ya estaba bien y se recuperaba de forma milagrosa.

Durante aquellos días en el castillo, mientras Maddy agonizaba en el convento, había discutido una vez más con William. Era su hermano mayor, le debía obediencia y lealtad, pero conseguía sacarlo de quicio a menudo. Tras la escaramuza en la Torre de Londres, sus relaciones habían empeorado considerablemente. Le habían estado reprochando una sarta de acusaciones desde que se reencontraron en el castillo, unas discusiones inútiles que siempre acababan con un portazo o un puñetazo contra la pared. Ya se habían propinado una paliza considerable en Londres y a punto estuvieron de llegar a las manos un par de veces más, ante la mirada atónita de su hermana. La rivalidad estaba a flor de piel entre ambos, y solo la presencia de Robert Wilson lograba aplacar los ánimos.

—¿Y ahora qué? —le había preguntado William al verlo llegar después de haber pasado dos días velando por Madeleine en el convento. La habían trasladado a galope tendido con el puñal de Lancaster aún clavado en el hombro. Cualquiera que conociera de heridas sabía que no se podía retirar el acero sin empeorar los daños, así que Maddy había salvado

la vida al mantener la daga en su sitio para detener la hemorragia hasta su llegada al sanatorio.

—Esta grave, pero se recuperará.

—Me alegro por ella —contestó William acercándose para sujetarlo por la camisa y estamparlo contra un muro—. ¿Y que sucederá ahora contigo, idiota? ¿Cómo evitarás que alguien, algún día, te denuncie por sacarla de la Torre de Londres?

—No me toques. —Con la misma fuerza, se separó de su hermano y lo empujó contra un sillón. Mary llamó a Robert, y el fiel amigo se interpuso entre ambos con una espada en la mano jurando que mataría al que no guardara un poco de compostura—. Joseph se ocupará de eso. A nadie le importaba Madeleine, ha sobornado a los carceleros, y consiguió que ayer se reconociera oficialmente su muerte en extrañas circunstancias. Y, William, no vuelvas a ponerme la mano encima.

—¿Qué? —Bufó el otro, avanzando hacia él con chispas en los ojos—. ¿Me estás amenazando?

—No, solo es una advertencia. Ya no tengo doce años.

Tras aquel primer reencuentro, siguieron ladrándose cada vez que coincidían en un espacio común, y la tensión en la casa aumentaba. Finalmente, el maestro Ulrik se había presentado para poner paz y, tras encerrarse durante horas con William, lo había convencido de que conseguirían traer a Elizabeth sin el medallón, noticia que tranquilizó un poco al Duque y alivió a James.

La segunda vez que hablaron directamente sobre Madeleine fue cuando James anunció, muy tranquilo, que se quería casar con la joven. William, Robert y Mary cruzaron una fugaz mirada de preocupación, pero no se opusieron a la idea.

—Diremos que es una prima llegada de Francia o algo así —comunicó a la familia—. Se puede inventar una identidad nueva, y nadie hablará de ella dentro de unos meses.

—La conocen en palacio, ¿verdad? —preguntó Robert.

—Sí, pero no tenemos por qué ir a la corte. Podemos vivir en el campo.

—¿Se lo has preguntado a ella? —William susurró la pregunta—. Supongo que algo tendrá que decir.

—Le propondré casarnos cuando se reponga.

—¿Y su hermano?, ¿has hablado con él? McDonaldson vive ajeno a toda esta locura, aún está esperando una respuesta a su complicada situación. ¿Has pensado en él siquiera por un segundo, James?

—Por supuesto, hablaré con él y, si el maestro Ulrik encuentra un camino para traer a Elizabeth, seguro que podrá ayudar a John a volver al siglo XX.

William soltó una sarcástica risita como única respuesta y se retiró camino de las caballerizas sin despedirse. Mary abrazó a James y le rogó que hablara con McDonaldson.

—Alguien tiene que hablar con él, Jamie, ha sido muy amable con nosotros y está muy preocupado.

Mientras observaba dormir a Maddy en el convento, James pensaba en aquellos días de discusiones con William. Ella estaba mejor, delgada y débil, pero preciosa, sonriente y maravillosa como siempre. La observó dormir como una niña, con el bellissimo pelo color cobre oscuro sobre la almohada y aquel humilde camisón que evidenciaba levemente sus generosas y apetecibles formas. Siguió la curva lisa de su vientre y se perdió en sus amplias y femeninas caderas; sus piernas, finas y bien torneadas, asomaban por debajo de la delgada prenda. Deseó poder recorrer su piel, deliciosamente suave y pálida, pero la conciencia lo detuvo. No importaba lo que ella le hubiera dicho

aquella tarde, él sabía que tenía que ser paciente, aunque le costara muchísimo.

Madeleine se movió, gimiendo débilmente, y el gesto consiguió marcar perfectamente la curva de sus redondos y firmes pechos. Le había dicho que quería hacer el amor con él. James sabía que, para eso, Maddy todavía necesitaba curarse, pero no creía que pudiera seguir comportándose como un caballero por mucho más tiempo.

XXII

—Mi amor... —Madeleine lo hechizaba con besos y caricias; él resistía el envite con dificultad. No quería tocarla, no quería hacerle daño, aún tenía en carne viva la cicatriz del puñal de Marian de Lancaster en el hombro y estaba débil.

Se habían escondido en el granero del convento, un refugio perfectamente alejado y resguardado de la incesante actividad del monasterio, y que desde hacía días se había transformado en su acogedor nidito de amor.

Después de dar un paseo por el campo, habían llegado una vez más allí para mirarse a los ojos y acariciarse en medio de suspiros y susurros. Madeleine llevaba una semana despierta, después de la terrible agonía, y se recuperaba a pasos agigantados. Estaba preciosa y florecía como una rosa ante la atenta mirada de James, que apenas se separaba de ella.

—No quiero hacerte daño, Maddy. —Intentó alejarse, tenía la camisa completamente abierta y los pantalones casi desatados; ella llevaba un sencillo vestido de verano, escotado, con muy pocos adornos, salvo esa piel de terciopelo y sus deliciosos pechos a punto de escaparse de la tela.

—Está bien. —Se levantó, alisándose la falda e intentando acomodarse el pelo, el brazo derecho aún le molestaba—. Volvamos a casa.

James, aún tumbado sobre el heno, la observó con atención. Ella fruncía el ceño en un gesto que aparentaba seriedad e indiferencia, intentando adecentar su revuelta vestimenta, era tan hermosa... Estiró la mano y sin mucho esfuerzo la atrajo hacia sí, le levantó la falda con la mano libre e inmediatamente la inmovilizó bajo su cuerpo para reiniciar la tarea de besarla y recorrerla con sus dedos ansiosos. Ella separó las piernas y tocó su espalda desnuda; ante el solo gesto, James sintió una incontenible punzada de deseo en sus pantalones y le separó aún más las rodillas para dejarla a su merced mientras se desataba las calzas de montar, tan incómodas en situaciones amorosas de urgencia. Madeleine arqueó la espalda y le arrancó la camisa para besarle el cuello, el pecho, susurrando palabras de amor, mientras él conseguía llegar hasta el escote y liberar sus acogedores pechos de la tela.

Ella se pegó más a él y lo atrapó con los muslos alrededor de las caderas, podía sentir el miembro erecto y suave contra su piel desnuda, y

gimió, temblando de forma involuntaria. Durante un momento eterno, se estuvieron besando y mordiendo y lamiendo, hasta que James, a punto de estallar, la acomodó sin ningún esfuerzo y se detuvo para mirarla a los ojos, Maddy abrió los suyos, soñadores y brillantes, y le sonrió:

—¿Qué ocurre?

—¿No deberíamos esperar a casarnos para esto?

—No. —Soltó una carcajada y le acarició el rostro—. James, amor mío, no empieces otra vez con esa cantinela, por favor...

—Te amo. —Bajó la boca y atrapó uno de sus pezones. Maddy volvió a gemir y deslizó las palmas de las manos por su espalda

caliente. Las deslizó y tocó sus glúteos, tensos y semidesnudos. Suspiró y se pegó aún más a él. Se sentía húmeda, vulnerable y sensual; necesitaba a James dentro de su cuerpo y cuanto antes mejor, él reprimía sus ansias por puro respeto a su virginidad, pero ella no estaba dispuesta a esperar más. Se amaban, lo deseaba, ¿qué más necesitaban? Bajó la mano y acarició su miembro, grande, suave y palpitante, jamás había tocado a un hombre de aquella manera, pero la sensación le pareció deliciosa; James dio un respingo ante el contacto y hundió la cabeza en su cuello. “Vamos”, susurró anhelante y entonces él recobró el control, la miró con los ojos muy brillantes y la penetró de un solo embiste, sólido y concreto. Maddy soltó un quejido involuntario y se aferró a él con toda la fuerza del universo bullendo en su interior.

—Si te duele, me detengo ...

—Estoy bien. Te quiero, James. —Estaba llorando, pero era de emoción. Lentamente inició el movimiento que su cuerpo la empujaba a realizar contra aquella presión maravillosa que su intimidad quería saborear. Se dejó llevar; James la siguió con precaución, hasta que el movimiento, los besos y la pasión lo cegaron; la embistió con todas sus fuerzas haciéndola gritar de placer.

XXIII

—El obispo Tunstall está haciendo indagaciones por Londres, Windsor y sus alrededores. —William Forterque-Hamilton estaba frente a ella, con aquella tristeza penitente en sus espectaculares ojos celestes. Había llegado por la mañana, muy temprano, al convento de la Anunciación acompañado por Lucy y por el maestro Ulrik, al que ella se alegró de ver—. Obviamente no ha dado por cerrado el asunto de tu repentina muerte.

—¿Y qué está averiguando? —preguntó James, que permanecía de pie a la espalda de los recién llegados con aspecto poco cordial. Llevaban una semana juntos y felices en el convento, disfrutando de su intimidad y del despertar de Maddy al sexo, cada día más enamorados, pero de pronto la magia se había roto con la llegada de su hermano y su pequeña comitiva.

—No lo sabemos —contestó William sin mirarlo—. Pero prefiero prevenir, por eso hemos traído a Lucy, aquí nadie intentará contactar con ella.

Lucy, su última dama de compañía en la Torre de Londres, fue instalada como huésped en una de las celdas de las monjas, y James aprovechó aquel momento de trajín para abandonarlos sin despedirse. Madeleine se quedó a solas con William y Ulrik para charlar, muy preocupada por el comportamiento hostil de James con su hermano, pero le fue imposible hablar con él, ni siquiera había dicho adiós, tan solo le había tocado suavemente la cintura antes de salir camino de los establos sin mediar palabra. A ella le quemaba la idea de que el motivo del distanciamiento fraterno fuera su propia persona, pero no podía intervenir, los hombres de aquellos confines no solían discutir con sus mujeres sus problemas personales, estaba claro, y no podía hacer nada para remediarlo.

—Veo que te encuentras muy bien —dijo cortésmente William, siempre correcto e impecable en sus modales—. Es increíble que hayas tenido una recuperación tan rápida.

—William, me alegro que hayáis venido, quería pedirte perdón por el asunto del medallón de los Lancaster, no tuve otra alternativa, pero estás en tu derecho de no comprenderlo...

—No te preocupes, sé que no había otra alternativa. —Le sonrió sinceramente—. El caso es que he traído al maestro Ulrik porque en medio de

toda aquella locura pude observar que el medallón no funcionó. ¿Qué sucedió?, ¿no pudiste leer la inscripción?

—No creo que haya sido cuestión de la inscripción, pero es verdad, no se puso en marcha y... —Se detuvo para recordar exactamente lo ocurrido—. Yo intenté recitar el conjuro, pero no pude concentrarme, creo que mis nervios me jugaron una mala pasada y no permitieron que pasara nada, o tal vez fue el lugar, o ... No sé, pero no pude ponerlo en marcha.

—Según parece —intervino Ulrik—, el tránsito se realiza siempre en unas condiciones óptimas de concentración e intimidad, mi teoría es que aquellas circunstancias, con dos docenas de hombres gritando, luchando e hiriéndose a pocos metros de usted, no eran las más adecuadas para poner en marcha el misterio...

—O simplemente se equivocó al leer el conjuro —intervino William—, cualquier error, muy normal en ese momento, por supuesto, hace imposible que la magia funcione. Si no estamos equivocados, cualquier Lancaster de sangre puede realizar el tránsito solo con leer correctamente el hechizo, no deberían hacer falta más condicionantes para ponerlo en marcha.

—No creo que leyera mal las palabras, me las sé de memoria, las he repasado, repetido y recitado un millón de veces, no podía equivocarme.

Ulrik detuvo el paseo en seco y la observó con los ojillos verdes muy abiertos. William se detuvo también para observar a su maestro con expresión interrogante. Durante unos segundos, se paralizó el tiempo mientras Ulrik escrutaba atentamente el inocente y bello rostro de la joven.

—¿Lo conoce de memoria?

—Sí —contestó Maddy convencida, claro que lo sabía de memoria—. ¿Por qué?

—Creo que Dios no se ha olvidado totalmente de nosotros, milord —dijo Ulrik con una sonrisa—. Si tenemos el conjuro, tenemos la puerta. Da igual el soporte que lo contenga, lo que realmente valen son las palabras.

Regresaron casi corriendo a su habitación. Mientras Lucy preparaba un poco de vino para los hombres, Madeleine buscó un papel donde escribir el ensalmo. Todos decidieron que era mejor no expresarlo en voz alta, por si acaso la magia ahora sí funcionaba, y mientras lo hacía, Ulrik le explicó que tres veces había conseguido traspasar el túnel del tiempo. La primera, cuando envió a Robert Wilson al futuro en busca de William, después de que Agnes lo mandara al siglo XXI como venganza. La segunda, cuando Robert había

conseguido regresar del futuro solo, sin William, al que solo podían traer con el medallón, y finalmente la última, en Cornualles, hacía un año, cuando había mandado a la Duquesa de Forterque de vuelta a su siglo.

Después de aquellos tres intentos, la puerta se había cerrado sin poder entender los motivos, así que la magia de Agnes lo ayudaría a empezar de nuevo. Ahora que Marian de Lancaster había muerto, había prometido a William Forterque-Hamilton que antes de terminar el año irían a buscar a su mujer y a su hijo, y eso era lo que ella, con el encantamiento, iba a ayudar a realizar.

—¿Qué sucede entre James y tú? —Maddy se atrevió a preguntar a William al ver el buen estado de ánimo de lord Forterque después de que ella anotara cuidadosamente las palabras del medallón y Ulrik desapareciera para estudiarlas en la intimidad—. Es por mi culpa, ¿verdad?

—No es tu culpa, es la maldita costumbre de mi hermano de no aceptar consejos.

—¿Qué consejos? ¿Que me dejara ir?

—Que no te sacara de la Torre, por ejemplo. Aún no está claro lo que sucederá con su implicación en todo el asunto. Las conciencias de los sobornados son livianas, Madeleine, el oro puede hacerles hablar tan fácilmente como los ha hecho callar. Lo siento, pero creo que jamás debí sacarte de la Torre de Londres, la opción debía ser otra, y tal vez, si hubiese escuchado a su familia y a sus amigos, a ti no te hubieran herido, no estaríais aquí escondidos, y no seguiríamos viviendo con la misma incertidumbre de siempre.

—El amor nos ciega, yo tampoco debí permitirlo.

—Sé que el amor nos ciega, pero, cuando uno ama, debe procurar la seguridad del ser amado.

* * *

Hicieron el amor por tercera vez aquella noche, antes del amanecer. Aunque, por supuesto, la madre Fleur no les permitía dormir juntos, Maddy se había escurrido sigilosamente al establo, que James había acondicionado como sus aposentos y, mimosa, se había metido en su cama tibia para arrancarlo del sueño con sus besos.

William, Ulrik y su comitiva habían partido de vuelta al castillo

Forterque, y James, después de cruzar unas cuantas frases con su hermano, había cenado con ella y le había regalado unas sonrisas tranquilizadoras antes de retirarse a su morada, como le gustaba llamarla en broma.

Estaba muy contenta de poder ayudar a Ulrik con su nuevo intento para traer a Elizabeth y al bebé, y también porque William le confirmó que su hermano John estaba perfectamente integrado a la vida del castillo. El Duque le explicó con detalle las tareas y actividades de John, y Maddy sonrió al imaginar a su estirado y elegante hermano cubierto de tierra o barro mientras trabajaba en el campo o ayudaba con los caballos, era un cambio increíble que pronto esperaba comprobar por sí misma. Según William, John estaba deseando regresar a su tiempo, claro, pero esperaba con paciencia y tranquilidad en Forterque Castle como un habitante más.

La enorme mano de James acarició sus pechos desnudos, y Maddy sintió inmediatamente un deseo arrollador. Abrió los ojos y sujetó la mano de James contra su pecho. Él la acomodó a su altura, tomándola por la espalda, y buscó ansioso su intimidad. Hicieron el amor meciéndose suavemente, como si el tiempo se hubiese detenido alrededor de ellos, llegaron juntos al clímax y, finalmente, James se puso a su lado para abrazarla con todo el cuerpo y en silencio.

—Tal vez estés embarazada. —Le besó el vientre mientras acariciaba sus muslos y le tapaba medio cuerpo con su melena larga y rubia.

—Tal vez —respondió ella con el corazón saltándole de emoción. Hacía días que pensaba en la posibilidad de un embarazo, e incluso la madre Fleur, discreta y severa, le había insinuado que las consecuencias de su contacto físico con James Forterque-Hamilton podían no tardar en manifestarse—. Creo que no hay nada que desee más, ¿y tú?

—Tampoco creo que haya nada que desee más. —Levantó la vista y le regaló una preciosa sonrisa—. Un hijo sería maravilloso... ¿Crees que ya ha sucedido?

—No lo sé. —Le revolvió el pelo suave e hizo ademán de levantarse, las luces del amanecer eran cada vez más claras, y no quería que la pillaran, otra vez, retozando en la cama de lord Forterque—. Tengo que irme, amor mío, la mitad de las hermanas deben de estar ya levantadas camino de los maitines, me vuelvo a mi cama.

—Debemos casarnos ya para acabar con todo esto.

—Muy bien, mañana lo discutiremos, ahora déjame salir.

James la observó ponerse de pie, con aquel trasero respingón y suave medio oculto por el largo cabello ondulado y cobrizo que a él lo enloquecía. Maddy se volvió para recoger su ropa, y sus pechos turgentes se mecieron levemente, e hicieron endurecer inmediatamente su miembro, aún hambriento de ella. Se pasó la mano por la barbilla para controlarse, pero la visión del vientre liso de la joven, su dulce intimidad y sus labios extendidos en una maravillosa sonrisa lo cegaron. Extendió la mano y, sin ningún esfuerzo, la empujó contra la cama, debajo de él, le separó las piernas con destreza y la penetró sin siquiera besarla, no podía esperar más, la amó con total descontrol, aplastándola, aprisionándola, penetrándola hasta lo más profundo... Solo pensaba en poseerla, en hacerla suya. Gimió y sintió con placer el contacto de su pecho contra sus senos erectos y calientes, la sujetó por el trasero para llegar aún más dentro de sus entrañas, y la embistió durante unos minutos eternos, en los que el cielo le pareció al alcance de sus manos. Cuando el descontrol se apoderó de él y se vació dentro de ella, buscó su boca y la besó.

* * *

Una semana después, Ulrik apareció en el convento, buscando a la pareja. Madeleine estaba en el huerto, trabajando con Lucy. Ambas intentaban compensar la hospitalidad de las monjas con sus habilidades agrícolas y acababan de concluir la siembra de algunas hortalizas.

Estaba arrodillada junto a las verduras cuando llegó el venerable anciano a su lado, ella entornó los ojos para mirarlo y, tras comprobar de quién se trataba, se levantó con una gran sonrisa para saludarlo.

—Maestro Ulrik, qué sorpresa, ¿qué lo trae por aquí?

—Señorita McDonaldson, está usted muy lozana —contestó el irlandés, galante, mirando lo recuperaba y radiante que lucía aquella jovencita siempre tan llena de vida—. No hay trabajo más noble que el de la tierra. He venido a verla y a contarle novedades, ¿dónde está el joven lord Forterque?

—No está aquí. —Una sombra de terror le heló la sangre—. ¿No viene usted del castillo? James se fue hace dos días hacia allí.

—Lo siento, pero James no estaba en el castillo.

—¡Michael! —gritó Maddy al pequeño jovenzuelo responsable de los envíos, mensajes y recados de las monjas—. Corre al castillo Forterque y pídele al

Duque que venga, dile que no sabemos dónde está su hermano.

—No hay que precipitarse, Madeleine —dijo Ulrik, sin rastro de duda en los ojos—. Seguramente lord Forterque ha variado sus planes y ha retrasado su llegada a casa. No debemos alarmarnos.

—No —contestó ella con el corazón en la garganta—. Algo malo pasa, maestro, James no me dejaría aquí sola, a menos que fuera a visitar a su familia y eso hacía, ir a verlos para pasar unos días con ellos.

En la capilla privada del convento la encontró cuatro horas más tarde Ulrik, rezando de rodillas. Con el paso del tiempo, la preocupación había ido en aumento, su intuición le había dejado muy claro que James estaba en peligro. Algo iba muy mal y no sabía cómo, pero lo sabía con certeza.

Había intentado distraerse hablando con el maestro, incluso había aceptado con gran agradecimiento un disco de piedra donde estaban grabadas las palabras del hechizo Lancaster. Pero ningún regalo, ninguna charla pudieron liberarla del temor y la preocupación que apenas la dejaban respirar. —No debería estar tanto tiempo arrodillada, milady. —Ulrik la interrumpió al sentarse a su lado—. No es lo mejor en su estado...

—¿Perdón? —Maddy lo miró, había estado llorando, y unas ojeras tenues enmarcaban aún más sus enormes ojos oscuros.

—Está embarazada, pequeña; ¿acaso una mujer no lo sabe?

—No... —Maddy bajó la cabeza y se miró el vientre liso, escondido bajo su humilde vestido—. Creíamos que era posible, pero no estábamos seguros.

—Está encinta, Madeleine, debería cuidarse, por su bien y por el de su hijo.

Se levantó tocándose el vientre y miró al anciano con una mezcla de agradecimiento, felicidad y angustia, respiró hondo y se abrazó a él llorando a mares.

—Sé que algo le ha ocurrido a James, maestro.

—Lo sé querida, lo sé. Rece, si así se siente mejor, yo vendré a verla más tarde.

—¡Madeleine! ¿Maestro? —William Forterque-Hamilton irrumpió en la pequeña capilla ataviado como un guerrero, el sonido metálico del armamento que llevaba encima lo acompañaba en cada zancada; a su espalda apareció John McDonaldson igualmente irreconocible.

—William... Oh, John... —La imagen de su hermano mayor vestido como un noble rural de la época, con dos espadas al cinto y el pelo, normalmente bien peinado, revuelto y largo en torno a su rostro curtido por el aire libre, la

dejaron perpleja y se tapó la boca con las dos manos—. John...

—Maddy... —Hacía años que John no la llamaba así, y soltó un pequeño sollozo que él respondió con un fuerte y largo abrazo—. ¿Cómo estás, pequeña locuela? ¿Ya estás bien?

—James ha desaparecido, sé que algo va mal, William. —Se volvió hacia el Duque—. Hace dos días que partió hacia Forterque Castle.

—¿Estás segura? ¿No mencionó nada de ir a Oxford o a Windsor?

—No, iba a casa, estoy completamente segura.

—Muy bien. Robert, manda a los hombres a hacer indagaciones por todo el condado hasta llegar a Londres —ordenó—. Resolveremos el misterio cuanto antes, no te preocupes. John, tú y yo nos llevaremos a Madeleine al castillo; maestro, le pido que venga con nosotros.

XXIV

El obispo Tunstall la recibió con un manto bordado en pan de oro, única muestra de su noble estatus eclesiástico. La nueva Iglesia de Inglaterra quería huir del boato y el lujo de Roma, pero aún guardaba algunas reminiscencias del pasado, y Tunstall, aunque llevaba una sencilla túnica debajo de la capa, parecía un emperador, sentado como estaba en una butaca de terciopelo rojo, luciendo su elegante atuendo dorado.

—Alabado sea el Señor que la ha resucitado, joven.

Madeleine ignoró el comentario, hizo una leve reverencia, como correspondía, y luego se mantuvo de pie delante de aquel hombre que tenía su vida, y la de James, en sus manos.

Momentos después de haber abandonado la capilla junto a William y su hermano, una pequeña comitiva enviada por el obispo Tunstall había hecho su entrada triunfal en los humildes muros del convento de la Anunciación. La madre Fleur había hecho ademán de mantenerla oculta, pero Madeleine tenía muy claras sus opciones: no le quedaba más alternativa que entregarse y comparecer ante el Obispo de Durham, y cuanto antes, mejor.

Los mensajeros habían sido enviados para informar de la detención de James Forterque-Hamilton, y ella no iba a esconderse, ni mucho menos huir, no iba a abandonarlo a su suerte. William, Ulrik y John, impotentes ante el desarrollo de los acontecimientos, decidieron apoyar su decisión y escoltarla, después de despedirse entre lágrimas de la madre Fleur y las hermanas, hasta la residencia de campo de Tunstall en Oxford.

No tenían idea de lo que pensaba hacer ese hombre con ella, lo único claro era que James había sido detenido al abandonar el convento hacía dos días.

Contraviniendo las costumbres de sus iguales, James Forterque-Hamilton viajaba sin escolta, ni paje, ni escudero, iba solo camino de casa, y una patrulla real al servicio de Cuthbert Tunstall lo detuvo sin ninguna dificultad. Llevaban días acechando al noble y finalmente lo habían atrapado no muy lejos de Forterque Castle. Como iba solo, nadie avisó de su captura, y Tunstall había decidido alertar a la familia, más por caridad cristiana que por seguir un protocolo, porque James Forterque-

Hamilton era ahora su prisionero. Había ayudado a escapar a una protegida suya de la Torre de Londres y la mantenía oculta en un convento enclavado en territorio del ducado Forterque; existían muchos cargos contra él, aunque la perspectiva de dar con la verdadera presa, Madeleine McDonaldson, le parecía una opción aun más atractiva.

Sus investigaciones confirmaron que la muchacha seguía viva, de modo que debía pagar por el asesinato de Charles de Lancaster. Su desaparición de Londres lo había dejado en ridículo, la Corte entera comentaba la emboscada de la que había sido víctima y protagonista involuntario. Lo habían desafiado en sus propias narices y lo habían utilizado como a un vil cortesano, y encima vivían en pecado, fornicando como animales dentro de las paredes sagradas de un convento. No permitiría que siguieran riéndose de él. James Forterque-Hamilton estaba detrás de todo aquello, canjearía al joven caballero por la muchacha y la entregaría a las autoridades, limpiaría así su nombre, y todo volvería a la normalidad.

—¿Qué puede decir en su favor? —La hizo callar con un gesto para ponerse de pie y pasear teatralmente a su alrededor sin quitarle la mirada de encima. Maddy sintió el desprecio del religioso y se puso a rezar para no vomitar en medio de aquel maldito salón—. En Hampton Court la oí, le creí, la apoyé y la protegí. Debí haberla entregado a vuestra pecadora pariente, son iguales, pero no, intenté liberarla de su culpa, perdoné sus pecados, y me paga de esta manera. No merece ni que le dirija la palabra.

Madeleine siguió impasible y en silencio, si algo había aprendido de aquella aventura era que una muchacha jamás debía contravenir a un superior; lo más seguro era aguantar el chaparrón y dejar que dijeran lo que tenían que decir, para eso había ido, para eso se había entregado. Estaba a merced absoluta del Obispo de Durham y era preciso mantener la calma.

—¿Qué creía, que nadie se iba a dar cuenta de su siniestra estratagema? Lord Forterque-Hamilton está preso en mis mazmorras, querida, y a menos que usted confiese su culpa, dejaré que se pudra en ellas.

—Yo lo engañé para que me ayudara —atinó a decir sin levantar la mirada—. Yo lo manipulé y conseguí que me sacara de la Torre de Londres. La culpa es toda mía, Eminencia, y lo confesaré ante quien quiera.

—¿Cómo lo engatusó, con ardides de bruja?

—No, Eminencia, con ardides de mujer.

—Eso me han dicho —contestó el Obispo, asomándose descaradamente a su

escote. Ella iba envuelta en un chal de lana, pero sus formas se adivinaban perfectamente—. Cualquiera desgraciado caería rendido ante sus encantos de ramera.

—Yo no maté a Charles de Lancaster, señor, se lo juro, pero juraré que lo hice y me entregaré al verdugo dichosa si deja libre a lord James, él es solo una víctima.

—Deberá declarar antes contra Marian de Lancaster, aunque esté muerta, quiero dejar claro quién era esa bruja maligna.

—Lo que demande, milord.

—El Rey ha ordenado su muerte en la Torre de Londres, y yo mismo la llevaré hasta él para que vea con sus propios ojos que sigue viva.

—¿Dejará en paz a los Forterque?

—Sí. Al fin y al cabo, son nobles y cuentan con el aprecio de Su Majestad.

—Gracias, milord.

—Supongo que sabe que, si está encinta, deberán esperar al parto para ajusticiarla. No quiero deudas con Dios, así que hable ahora o cargará sola también con esa culpa.

Maddy lo miró con los ojos llenos de lágrimas, la matarían después del parto y, ¿qué ocurriría con su bebé? ¿Se lo darían a James y su familia? ¿Debía hablar o callar? Levantó la vista cargada de angustia y se encontró con el Obispo encima, mirándola con suspicacia.

—Interpreto su silencio como una afirmación. —Concluyó con desprecio—. ¿De cuánto tiempo?

—No lo sé, señor.

—Alertaré a las autoridades, es pecado ejecutar a una mujer con un inocente en su seno. —Bruscamente la levantó del suelo y llamó a uno de sus ayudantes para que la sacara del despacho—. Es una bruja, encerradla, vigiladla y no volváis a traerla ante mi presencia.

—Eminencia, Eminencia, por el amor de Dios, solo una cosa más. Se lo suplico, escúcheme.

—¿Qué quiere?

—No le hable a la familia Forterque-Hamilton sobre el embarazo, por el amor de Dios, se lo ruego, no ahora.

—¿Qué me dará a cambio? —preguntó con la voz pastosa.

—Lo que quiera de mí —respondió ella firme—. Le daré lo que desee de mí.

—¿Qué podría querer yo de una bruja como usted? ¡Sacadla de aquí!

* * *

La llevaron a una habitación de la torre más alta de la residencia obispal. Tenía una pequeña ventana, mantas, agua y un taburete. De camino a Oxford, había acordado con Ulrik que usaría el hechizo Lancaster si se encontraba en peligro inminente, aquello la tranquilizaba un poco, aunque pensar en un retorno a su época, a su casa, a su familia, y encima embarazada, suponía casi un suicidio, su madre la despreciaría, y tal vez hasta le quitaran a su pequeño. Sin embargo, ese era su as debajo de la manga, y no dudaría en utilizarlo.

William le había prometido que cuidaría de John, que lo ayudarían a volver y que se llevaría a James a casa, aunque tuviera que hacerlo por la fuerza. Un destacamento de doce hombres había venido desde el castillo Forterque con ellos, y sacarían a James a rastras si hacía falta. Ya no había mucho que hacer, no podían seguir huyendo, escondiéndose, ocultándose, primero de Marian, y ahora de la Iglesia de Inglaterra, del Rey y del Obispo, así no podían vivir, ni ellos, ni el resto de la familia. Ella lo entendía perfectamente y por amor a James se sentía dichosa de acabar con aquella angustia. Aunque sacrificaran su amor y su felicidad, era por el bien de muchas personas, y ella podría recuperarse, superarlo. Llevaba con ella a su bebé, y aquel hijo le daría la fortaleza para sobreponerse a toda aquella pesadilla.

Gracias al conjuro del medallón, Ulrik estaba seguro de poder traer a Elizabeth y mandarla a ella a 1920, también lo haría con John, se lo había jurado. Si había suerte, en un futuro tal vez podría volver, pero no era momento para pensar en ello, simplemente debía hacer lo correcto, y lo correcto era terminar con aquella vida de proscritos, una existencia imposible y que acabaría por destruirlos.

Un alboroto en el patio la hizo levantarse y mirar por el ventanuco. Abajo, un grupo de hombres arrastraba a otro hacia la salida, era James. A Madeleine se le partió el corazón. Se subió al taburete para verlo mejor, William lo llevaba por los hombros, mientras otros tantos lo empujaban sin muchas contemplaciones. La guardia del Obispo miraba la escena socarrona,

mientras él la llamaba a gritos, revolviéndose contra el abrazo implacable de su hermano. Maddy pudo divisar también a John, que desafiaba con la mirada a los groseros guardianes; caminaba majestuoso con la espada en la mano, pocos pasos por detrás de los Forterque-Hamilton. John parecía otro, con ese andar tan temerario y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando al fin cerraron las enormes puertas del palacio, siguió escuchando los gritos de James durante horas, él maldijo, amenazó, chilló e insultó sin resultados desde el otro lado de los muros, mientras a ella se le hacía pedazos el alma, hasta que la noche llegó y muy tarde él cesó de llamarla, y las antorchas se apagaron. De pronto fue consciente de que estaba irremediable y dolorosamente sola.

* * *

—Hermano, por el amor de Dios. —William se había alejado solo unos metros de James. El joven seguía desgañitándose detrás de las piedras del palacio obispal, llamando a Madeleine. El esfuerzo era inútil, pero su hermano quería respetar su dolor, de modo que pidió a sus hombres que los esperaran en el camino mientras James desahogaba su enorme impotencia contra la injusticia y el poder de Tunstall. Respiró hondo, se acercó y le tocó el hombro—. James...

—Déjame, William, no me toques, no quiero que me dirijas la palabra.

—Hermano, no había más alternativa.

—¿Entregar a una mujer inocente a la muerte segura? ¿Esa era la única alternativa? Por supuesto, claro, porque no se trata de tu mujer...

—William. —Robert Wilson se interpuso entre los dos para frenar la pelea, con la mirada le pidió a John McDonaldson que lo ayudara a mantener distancia entre los hermanos—. Por favor, William, no lo escuches. James, te juro que no pudimos detenerla...

—Tú has sido su cómplice, Robert. Tú también me has fallado. ¿Y tú...? —Miró a John con furia—. ¿Es que no tienes honor? ¿Cómo has podido condenar así a tu propia hermana?

—No permitiré que me faltes al respeto, James Forterque-Hamilton, aunque creo que ya me lo has faltado bastante al cohabitar abiertamente con mi hermana en el convento. —John avanzó solemnemente hacia aquel loco, no estaba dispuesto a que le hablara en aquel tono. ¿Quién se creía? Había

intimado con Madeleine, todo el mundo lo sabía, ¿de qué honor estaba hablándole?—. Dadas las circunstancias, no te reclamaré nada, pero si vuelves a dirigirte a mí de esa manera...

—¿Qué? —James avanzó con los puños cerrados y empujó a Robert a un lado— ¿Qué demonios podrías hacer tú?

—¿Qué insinúa, señor? —John arrojó la espada a un lado y dio dos zancadas para enfrentar a Forterque; si tenían que pelearse, lo haría, maldita sea, había mancillado a su hermana pequeña y ahora encima se atrevía a insultarlo.

—Un momento. —Robert intentó calmar los ánimos, pero antes de que pudiera hacer algo, James y John se enzarzaban en una tremenda pelea sobre la hierba húmeda, sin que nadie se atreviera a intervenir.

El pobre John McDonaldson soportó en carne propia la furia de un Forterque herido y enfadado, pero lo hizo con pericia y fortaleza. William quería que ambos se desahogaran, jamás permitiría que James le hiciera daño de verdad, de modo que presenció el combate en silencio, alerta a cualquier exceso por parte de su hermano, hasta que ambos acabaron por separarse, hartos y exhaustos, empapados de sudor.

—No deberías haberlo permitido, William —Susurró Robert una hora más tarde, cuando ya iban camino de casa—. James debe más de una explicación a ese hombre, sin contar con que el honor de su hermana ha quedado en entredicho. Si se tratara de Mary...

—Si se tratara de Mary, ya estaría muerto —respondió William lacónico, mirando la espalda de James, que iba delante de ellos escoltado por sus hombres, mientras McDonaldson se había rezagado un poco y cabalgaba detrás del grupo, cansado y con cara de preocupación, los dos igualmente magullados—. Si no lo permitía ahora, probablemente mañana se matarían por cualquier motivo.

—Tal vez tengas razón.

—La tengo.

—¿Crees que la muchacha podrá hacerlo, huir a tiempo?

—Es muy lista, Robert, lista y fuerte como Elizabeth, sabrá hacerlo; después enviaremos a su hermano de regreso.

—Eso espero. —Robert miró de soslayo a William y vio sus habituales ojeras más oscuras por la tensión de los últimos días. Durante unas semanas se había olvidado del calvario particular de su amigo y se sintió culpable, pero guardó silencio y continuó su camino.

—¿Será niño o niña? —Robert se tensó en su montura. Su amigo jamás hablaba de Ellie o del bebé, salvo lo estrictamente necesario, la sola mención de su nombre parecía hacerle daño, así que contuvo la respiración y se volvió para mirarlo a la cara—. Me tortura no saber nada, Robert, si mi hijo es un niño o una niña, si tiene los ojos de su madre o su sonrisa. No sé cómo soportó mi mujer los rigores del parto, si estaba sola en ese momento, si se ha recuperado... solo estoy seguro de que están a salvo, seguros y protegidos muy lejos de aquí, y eso es lo único que importa. James debe entender, si la ama, que dejarla marchar es lo más sensato, no hay otra opción.

—Por supuesto. Y lo entenderá, no ahora, pero algún día lo comprenderá, quizás deberías hablar con él, William.

—No quiere hablar, me culpa por todo.

—Los únicos culpables son Marian de Lancaster y Cuthbert Tunstall.

—Pero él cree que utilicé a Madeleine para recuperar a Ellie a cualquier precio, y que ahora le doy la espalda cuando más me necesita. Tal vez tenga razón, pero mi conciencia me dice que es lo correcto, ella debe volver a su tiempo.

—Yo también lo creo, y lo mismo cree su hermano. No te tortures ahora con eso.

William enfocó la mirada hacia su amigo, y Robert le respondió con una sonrisa, sin decir nada más. El Duque se sentía de pronto muy agotado, casi derrotado, hacía un año que su mujer había partido, y él luchaba cada mañana por levantarse, por andar, por alimentarse, por cumplir con sus obligaciones, a pesar de aquella soledad helada y profunda que le partía el alma por la mitad. Ellie se había llevado todo con ella, sus ganas de vivir, su corazón, su alma, y ya no podía más...

Observó a su querido hermano pequeño apenas a unos metros de distancia y percibió su tremenda desolación, sabía exactamente por lo que estaba pasando James, y su dolor se acrecentó. Espoleó a Twister, se separó del grupo y partió galopando camino de casa. Quería huir, olvidar, respirar lejos de tanta aflicción, se dobló hacia el lomo de su caballo y corrió, corrió como si solo el viento pudiera limpiar tanta tristeza.

Tres días después de su llegada al palacio obispal, iba camino de Londres dentro del carruaje del obispo Tunstall, zarandeándose y mareándose como una niña pequeña. Varias veces vomitó por la ventana, y sus acompañantes —Tunstall, dos sacerdotes y un guardia armado—, la miraban con desprecio sin siquiera dirigirle una palabra.

La comitiva estaba compuesta por dos carruajes y varios lanceros que los rodeaban al trote sobre sus imponentes caballos, al fin y al cabo, se trataba del traslado a la cárcel de una asesina fugitiva y peligrosa, y cualquier cosa podía suceder.

Ella seguía vestida con su humilde traje de paño, su chal de lana y el pelo recogido en un severo moño en la nuca. Intentaba disimular al máximo sus atributos femeninos delante de todos aquellos hombres que la miraban con ojos pecaminosos, y permanecía quieta y sin levantar la mirada, arrinconada dentro del carruaje, incorporándose solo para aliviar sus náuseas y tomar un poco de aire por la ventanilla, abriendo apenas la pesada cortina de terciopelo. La mezcla de olores corporales, el traqueteo y el embarazo, ya completamente probado por sus malestares crecientes, estaban convirtiendo el viaje en una tortura, y rogó a Dios llegar cuanto antes a Londres. No tenía miedo, llevaba el galimatías preparado para lanzar el hechizo y partir, ya no le quedaban lágrimas que derramar, solo pensaba en los maravillosos momentos compartidos con James.

De pronto los cascos de unos caballos al galope los sobresaltaron. Su carruaje se detuvo en seco y la hizo caerse de su asiento, mientras el obispo se asomaba chillando por la ventana. Medio segundo después, el propio Cuthbert Tunstall se le echó encima para inmovilizarla contra el suelo, mientras sobre sus cabezas siseaban las flechas y los gritos salvajes de los soldados.

La voz atronadora de James Forterque-Hamilton se escuchó en medio del revuelo, y el Obispo le susurró:

—Como digas algo, lo mato.

Permaneció quieta y callada un tiempo eterno, con el aliento del clérigo contra su cuello y el corazón saltando dentro de su pecho. Estaba aterrada, no

aguantó más y se echó a llorar, pero el hombre, en vez de apartarse, aprovechó de forma obscena el íntimo contacto corporal para aplastarla contra su miembro:

—Te mataré antes de entregarte —dijo lamiéndole la mejilla.

—Suelta a mi mujer, Tunstall. —James abrió la portezuela de un golpe tan contundente que la arrancó de cuajo. El Obispo se apartó lo suficiente para agarrar a la joven por el cuello y apoyarle un cuchillo contra la garganta.

—La mataré aquí mismo, Forterque, y luego irás a parar a la Torre con el resto de tus hombres.

James no dijo nada, cruzó su mirada dorada con Maddy y obligó a los acompañantes del Obispo a salir del vehículo para despejar rápidamente la zona. Con una claridad meridiana, calculó los riesgos y apoyó la espada contra el suelo, miró a Tunstall y le hizo un gesto para que también saliera del carruaje. Con Madeleine cogida por el cuello, Cuthbert Tunstall puso pie en tierra y amenazó a los atacantes, que a esas alturas tenían controlada e inmovilizada a toda su guardia, para que depusieran las armas.

—Mataré a esta asesina si no os replegáis ahora mismo —le dijo a la tropa. Luego giró con ella, y observó a James a la cara. Maddy vislumbró perfectamente su tensión, el sudor empapándole la camisa, los ojos claros encendidos de odio—. Si te la llevas, morirás por esto, y si me matas, condenarás a toda tu familia. De todas maneras, ya los has condenado, James Forterque-Hamilton, ninguna zorra merece tanto sacrificio.

James permaneció en silencio, aunque con una levísima venia tranquilizó a los suyos y les ordenó que permanecieran en sus posiciones. El aire se podía cortar con un cuchillo, Madeleine podía oír perfectamente los latidos de su corazón, tragó saliva y se volvió hacia un ruido, un susurrante silbido metálico que la distrajo momentáneamente. Un segundo después, se vio de bruces en el suelo, Tunstall la había empujado con violencia, pero James, más rápido, lo inmovilizó con un veloz movimiento.

Los soldados reaccionaron y desarmaron a los hombres de la comitiva. Antes de que pudiera reaccionar, Madeleine se encontró en medio de una escaramuza, con un montón de hombres que gritaban, se propinaban patadas y golpes, mientras James, sin ningún esfuerzo, sujetaba al Obispo por la espalda y lo desplazaba lejos del carruaje y de sus inútiles escoltas.

—Morirás por una ramera, James Forterque-Hamilton —chilló el clérigo, rojo por el esfuerzo de respirar con el brazo de James contra su garganta—.

Deshonras a tu familia, a tu padre, a tu hermano y a toda tu gente. Si me matas, no habrá lugar en el mundo donde puedas esconderte de la furia de Enrique.

—Calla y compórtate como un hombre, Tunstall —respondió James con una serenidad pasmosa. La diferencia de altura entre ambos era abismal, y Maddy miró con algo de lástima la pequeña y enjuta figura de aquel tipo recortada contra la enorme envergadura de lord Forterque—. No voy a matarte.

Miró a Madeleine, que aún permanecía en el suelo, y ordenó a uno de sus soldados que la ayudara a acercarse. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y negó con la cabeza. Sabía que no debían huir, que la historia acababa ahí y que ya habían ido demasiado lejos, pero él no le hizo caso, así que dio un paso al frente y miró al clérigo cuadrando los hombros.

—¡Tunstall! —soltó, no muy convencida del efecto que produciría su proposición sobre el atemorizado Obispo—. Desapareceré delante de tus propios ojos y, a cambio, tú los dejarás ir sin cargos. Olvidarás este episodio y todo lo acontecido hasta este momento.

—¿Qué demonios estás diciendo, muchacha? —El Obispo la miró con incredulidad y James le dirigió una elocuente mirada de interrogación—. ¿Olvidarme de qué? Ninguno de vosotros saldréis indemnes de todo esto.

—¿Qué estás haciendo, Madeleine? —preguntó James, acercándose hasta ella con el sacerdote sujeto por el pescuezo. ¡Mírame, Maddy!

—Yo engañé a los Forterque, yo los hechicé —habló dirigiéndose solamente a Tunstall, aunque sus palabras levantaron un enorme revuelo entre los presentes y provocó un bufido de rabia de James Forterque-Hamilton—. Te demostraré que la culpa es solo mía, me esfumaré delante de todos estos testigos, y tú exculparás a la familia Forterque-Hamilton para siempre. ¡Júramelo!

—¡Demonio de mujer! —respondió el clérigo mientras James lo entregaba a uno de sus hombres de un empujón.

—Ven aquí. —James avanzó hacia ella para agarrarla por el brazo. Estaba muy enfadado, realmente enfadado, ya hablaría más tarde con ella, lo estaba poniendo en evidencia delante de sus hombres, sin hablar del peligro que entrañaba seguir ahí perdiendo el tiempo con palabrerías sin sentido—. ¡No me esquives, mujer!

—¡No me toques! —gritó ella levantando sobre su cabeza la piedra circular de Ulrik—. Es por tu bien, amor mío —le susurró con lágrimas en los ojos,

mientras retrocedía para buscar un espacio diáfano entre tanta gente—. Es lo mejor, créeme...

—¡No! — gritó él, desesperado—. ¡No lo hagas, maldita sea!

—¡Am màireach! (‘el mañana’) —comenzó a recitar de memoria sujetando la piedra con fuerza. No miraría a James, o no podría hacerlo, se dijo y cerró los ojos, mientras un aire helado se levantó a ras de suelo, y los ignorantes soldados se echaron atrás, asustados—. ¡An teine! (‘el fuego’).

Un intenso viento ahogó sus palabras. Cuthbert Tunstall se deshizo de su captor y avanzó un par de pasos para observarla con la boca abierta. James, a corta distancia, volvió a gritar, pero Madeleine apenas lo distinguía entre el aire revuelto, el polvo y la estampida de hombres que buscaban refugio lejos de la bruja. Esta vez el ensalmo gaélico parecía funcionar, y la puerta se empezaba a abrir.

El Obispo de Durham se quedó congelado ante la escena, los caballos empezaron a relinchar nerviosos, y los perros que solían acompañar a la comitiva huyeron despavoridos.

—¡An t-urrainn! (‘el poder’) —clamó. Entornó los ojos y lo último que vio a lo lejos fue la mirada aterrorizada e impotente de su amado James. “Es por ti”, pensó y se aferró al recuerdo de ellos dos juntos, felices, acurrucados en el establo del convento. Cuando el torbellino la cegó, la sonrisa de James Forterque-Hamilton y sus maravillosos ojos ocuparon su alma para siempre.

XXVI

Despertó mareada y vomitando, antes de abrir los ojos ya estaba doblada sobre sí misma devolviendo bilis sobre el césped húmedo. Se quedó arrodillada un momento, atenta, pero no escuchó ruidos. Estaba helada hasta los huesos, llevaba el vestido como único abrigo y, aunque quiso ponerse de pie para entrar en calor, tuvo que sentarse un rato para asentar el estómago y la cabeza, que le daba vueltas como un carrusel.

Inmediatamente calculó que sería de madrugada. Si había aparecido en el campo cerca de Filadelfia, debía caminar mucho para llegar a su casa; si estaba en un parque, bastaría con esperar a que apareciera un guardia y la llevara a la comisaría de policía más cercana. Si, en cambio, estaba en su casa, tendría que huir antes de que su madre la descubriera medio desnuda, mal nutrida y sucia, merodeando por sus preciosos rosales.

No sabía cuál era la alternativa menos grave, pero, de todos modos, debía ponerse en marcha antes de morir congelada, así que se levantó lentamente, se arregló el vestido y resolvió caminar en busca de ayuda. Estaba sedienta, deshidratada, no quería pensar en James, solo debía pensar en el bienestar de su hijo y, aunque los lagrimones empezaron a caerle por la cara, respiró hondo y se tocó el vientre.

—Cuidaré de ti, amor mío —le dijo—. No permitiré que te ocurra Nada malo, mamá será fuerte. Te lo prometo.

El paisaje le era completamente desconocido, se encontraba en medio de un bosque frondoso y la oscuridad era absoluta, así que procuró dar pasos cortos para no caerse. Estuvo caminando mucho rato sin encontrar a nadie hasta que, después de sentarse para descansar un poco, vio a lo lejos lo que parecía la luz de una casa o de una garita de vigilantes. Apuró el paso pensando en la explicación lógica que daría a la policía y a su familia y determinó que su padre sería su mejor aliado, a él le podría contar la verdad, y también a su hermana Mary y a su cuñado Peter, tal vez le creyeran y la ayudaran. Además, debía inventarse una excusa plausible con respecto a John, su pobre hermano abandonado en el siglo XVI.

A medida que fue acercándose a la luz, descubrió con tremenda angustia que el sitio no le era tan desconocido. Rezó para que no fuera

verdad, pero, tras quince minutos de caminata, pudo comprobar que la luz provenía del estudio de la madre Fleur. Se encontraba frente al convento de la Anunciación, en el condado Forterque.

—Madre Fleur —susurró entornando la puerta de la monja. Había entrado sin contratiempos al interior del monasterio y pilló a la madre superiora rezando, arrodillada sobre el suelo de piedra con un rosario en la mano.

—¡Dios Santísimo! —exclamó la religiosa poniéndose de pie para abrazarla con fuerza—. Nos dijeron que habías desaparecido. ¿Dónde estabas, pequeña? ¿Te han hecho daño? Debes llevar días caminando...

—No, madre, la verdad es que no sé cómo he llegado hasta aquí.

—Toda la comarca habla de que te esfumaste como por ensalmo delante de Tunstall. El Obispo tuvo que ser atendido por sus médicos porque sufrió un desvanecimiento. Treinta hombres aseguran que hiciste magia, hija mía. ¿Qué ha sucedido?

—Un milagro, madre, un milagro, yo no sé hacer magia... ¿Sabe algo de James Forterque-Hamilton?

—Pasó por aquí hace dos días, parecía enfermo, tan triste... Iba con cuatro de sus hombres camino de Edimburgo para reincorporarse al ejército de su Majestad. Lo dejaron marchar sin cargos, aunque intentó raptarte de manos de la Iglesia. Tal ha sido el revuelo de tu partida, hija, que el Obispo ha ordenado no hablar nunca más de ti, ni mencionar tu nombre siquiera, está aterrorizado, todos lo están...

—¿Hace dos días? —la miró desconcertada—. ¿Cuánto tiempo he estado fuera, madre Fleur?

—Hace al menos diez días que sucedió aquello, ¿dónde has estado, Madeleine?

—Le juro por Dios que no lo sé, madre. ¿Puedo quedarme en el convento? No tengo adónde ir... —se echó a llorar y se tapó la cara—. Solo por unos días, no quiero perjudicarla... yo...

—Por supuesto, no llores.

—Yo no soy una bruja, madre Fleur, se lo juro, se lo juro por Dios, solo quise hacer lo mejor y...

—Yo no creo que seas una bruja, Madeleine, sé que no lo eres y te quedarás con nosotras, pero nadie debe saberlo, ¿lo entiendes?, nadie, al menos de momento. Ahora debemos ser muy prudentes.

—Sí, claro, madre.

—Nadie, ni siquiera la familia Forterque-Hamilton, ¿de acuerdo? Tu situación es muy delicada, el delito por brujería es gravísimo y no querrás comprometerlos, ni a ellos y a nuestra orden...

—Por supuesto, madre y, en cuanto sea posible, me marcharé. No se preocupe.

* * *

—No deberías irte así. —Mary lloraba estrujando su delantal, mientras James preparaba su caballo en el establo. Tras su frustrado intento por salvar a Madeleine, se iba a Edimburgo, volvía al ejército, y no quería hablar con nadie, menos aún con William, así que ella había bajado hasta las caballerizas para hacer un último intento por persuadirlo—. James, por el amor de Dios, dime algo.

—No tengo nada que decir, Mary, ¿has preparado las viandas para el viaje?

—Claro, pero...

—Adiós, hermana, cuídate. —La besó en la frente y sacó al caballo camino de la puerta principal, ahí tres de sus hombres lo esperaban hacía rato, no tenía tiempo de más palabrerías, ya había discutido con Robert, con Ulrik y con William... Solo quería montar a Hail y galopar por el campo, lejos de todo y de todos.

—James... —Mary lo vio saltar sobre el corcel y espolearlo sin mirar atrás.

Se sentía desolada, sus dos hermanos estaban enfrentados y sin hablarse, aquello jamás había sucedido entre ellos, nunca, ni en los momentos más duros. La familia debía permanecer unida, su padre siempre había inculcado eso a sus hijos, pero ahora... Observó la partida entre sollozos, se volvió y miró hacia la torre de la biblioteca, donde la sombra enorme de William se dibujaba contra la ventana, y se sintió aún peor.

—Mary, ¿puedo hacer algo? —Sus ojos se encontraron por sorpresa con los de John McDonaldson, otra víctima involuntaria de toda la historia. John había aceptado en silencio la partida de su hermana y escuchado sin rechistar las promesas de Ulrik de mandarlo cuanto antes a casa, y en aquel momento ahí estaba, muy cerca, con sus ojos verdes sombreados por unas profundas ojeras.

—¿Qué podemos hacer, John?

—Creo que nada, tiene razón. —John observó con el corazón henchido de

ternura a aquella bellísima joven, y quiso abrazarla y consolarla, pero era imposible, ella no lo aceptaría jamás, y su hermano, el Duque, lo mataría, así que forzó una sonrisa y bajó la cabeza—. Es una situación que escapa a nuestro control, jamás pensé que James, bueno, que él y mi hermana...

—¿Estaban enamorados de verdad? —John asintió—. Ya ve, los caminos del amor son imprevisibles... ¿Cómo se siente usted, John?

—¿Yo? —La miró un segundo antes de contestar. ¿Cómo se sentía? ¿Perdido? ¿Desorientado? ¿Preocupado? No tenía respuestas, estaba inmerso en una situación absolutamente desquiciante y, sin embargo, una paz sólida le inundaba el corazón. Lo que en realidad lo preocupaba en ese momento era Madeleine, sola de regreso en el siglo XX, sola y enamorada. Recordó como James Forterque-Hamilton, roto de dolor, les había contado su loca partida en medio de una docena de soldados, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. No lo sé, Mary, en realidad no sé que decirle.

—Yo me siento igual. ¿Cree que su hermana estará bien en su tiempo? ¿Cree que tal vez pueda volver aquí...?

—Eso no puede ser, Mary. —William se acercó a ellos en silencio, no le gustaba cómo McDonaldson miraba a su hermana y, en cuanto los vio solos en el patio, bajó para hacerles compañía, ya tenía demasiados problemas en la familia—. Madeleine sabe que no puede volver, se juega la vida si vuelve. Estoy seguro de que ella tiene muy claro lo difícil de sus circunstancias, las de ella y las de James.

—¿Y cuándo traerá usted a su esposa, milord? —preguntó John algo molesto, ¿por qué James y Madeleine tenían que ser diferentes de William y Elizabeth? Tal vez en un futuro pudieran reencontrarse; Maddy no se rendiría, de eso estaba seguro.

—¿Perdón? —William le dirigió una gélida mirada celeste que congeló a John en su sitio, aquel gigantón derrochaba una autoridad innata que aplacaba al más valiente, pero John ya no le tenía miedo, de modo que respiró hondo y repitió la pregunta.

—Su esposa, ¿cuándo la traerá?

—No creo que sea asunto suyo, McDonaldson.

—Todo esto se inició para ayudar a traer a su esposa, duque, es natural que me interese por su regreso.

—Bueno, esperemos que sea pronto. —Se interpuso Mary, de reojo, vio a William observando intensamente a John y sintió miedo por él; su hermano

podía partir por la mitad a McDonaldson con una sola mano, y la tensión que había en la casa solo necesitaba de una pequeña chispa para estallar.

—Debo reconocer que su hermana inició todo esto por ayudarnos, McDonaldson —dijo William masticando las palabras—. Y se lo agradezco, pero el desarrollo de los acontecimientos no estuvo en mis manos.

—No estuvo en manos de nadie, supongo —concluyó John. Sin contestar, William giró sobre sus botas, sujetó a Mary por el codo y desapareció con ella en el interior del castillo. John suspiró mirando al cielo; esperaba, sinceramente, que Madeleine supiera lo que tenía que hacer.

XVII

Tal vez jamás llegara a comprender lo que había pasado con su tránsito temporal al futuro. Durante semanas estuvo analizando detalladamente su viaje y al final concluyó que el haberse concentrado en James, en el convento y en sus días de felicidad juntos, había influido en el experimento. Las causas podían ser innumerables, pero con el paso de los días ya no tenían importancia, de cualquier modo, se encontraba en el siglo XVI, en el convento de la Anunciación, actuando como una monja más, aunque escondiera un embarazo bajo las pesadas faldas de su hábito.

La pura verdad, es que no era nada excepcional que una mujer soltera, deshonrada y embarazada se ocultara entre las cuatro paredes de un monasterio. Por aquellos años, era casi una norma para las madres solteras de buena familia, así que esperaba que, llegado el momento de que su estado fuera muy evidente, nadie la juzgara o despreciara. Estuvo de acuerdo en cambiar su nombre, ahora era la hermana Eve, y sus movimientos y desplazamientos se limitaban al interior del convento y al huerto que ella y Lucy habían puesto en marcha durante su convalecencia.

Su querida Lucy permanecía aún con las monjas, tras su accidentada partida hacia el palacio obispal, la joven había decidido tomar los votos y era una novicia de verdad. Su hermano Michael, antes de partir a Escocia junto a James Forterque-Hamilton, había aceptado la decisión a regañadientes, aunque al final había dado su consentimiento y una buena dote para su ingreso. Lucy era feliz con la vida religiosa, más aún desde que había recuperado a Maddy, y juntas trabajaban codo con codo para su comunidad.

La madre Fleur, que regía con mano de hierro el convento y el sanatorio que prestaba servicio a los pobres y a los campesinos de la zona, las había reunido en el comedor y había ordenado a las treinta monjas residentes que jamás hablaran públicamente sobre la presencia de Madeleine entre ellas y que, ante cualquier peligro, indagación o pregunta sobre la joven, usaran todos sus recursos para ocultarla y protegerla. La decisión fue acatada desde el minuto uno a rajatabla por todas las hermanas, y Maddy pasó a vivir a la sombra, sin ser vista jamás por un extraño.

En diciembre, cuando contaba con más de dos meses de embarazo, y su

estado empezaba a manifestarse con náuseas y mareos matinales, la retirada vida religiosa le estaba procurando algo de tranquilidad y paz. Hacía dos meses también que había abandonado a James y, aunque todas las noches lloraba por él y todos los días, cada minuto, cada segundo, pensara en él, la resignación se asentaba con más fuerza en su corazón. La certeza de que él y su familia estaban fuera de peligro y de que su bebé nacería protegido, la colmaban de serenidad.

Por aquellos días, Michael Smith visitó el convento para ver a su hermana y Lucy lo recibió con la mayor naturalidad del mundo, muy tranquila e interesándose inmediatamente por el bienestar y las noticias procedentes de Forterque Castle.

—James, Michael y los demás han regresado de Edimburgo por fuerza mayor. Por lo visto, el duque se marcha a buscar a su mujer, y lord James debe quedarse a cargo del ducado —le contó Lucy en cuanto su hermano se marchó.

—Bien. Muy bien, me alegro por ellos.

—Michael se quedará con el destacamento del castillo, hasta que decida qué hacer, así que debemos tener cuidado.

—Sí. —Hizo un esfuerzo por no llorar—. Debemos tener cuidado.

Entró en su dormitorio, sacó el disco de piedra de Ulrik y lo examinó con los ojos nublados por las lágrimas. Algún día lo usaría, cuando su hijo fuera lo suficientemente fuerte para experimentar el tránsito a otro siglo. La madre Fleur le había preguntado muchas veces por sus planes de futuro, le había hablado de su familia en Francia, de la posibilidad de que ella y el bebé viajaran al país galo para empezar una nueva vida allí, libre y fuera de las paredes de un convento, pero ella no podía decidir nada, los acontecimientos se habían precipitado de forma vertiginosa en su vida durante los últimos meses, y solo aspiraba a conseguir un poco de tranquilidad y equilibrio antes de dar el siguiente paso.

Sin embargo, la posibilidad de poder, en caso necesario, usar el disco y su hechizo la tranquilizaban, todavía podía huir del siglo XVI y dar una mejor vida su bebé, y aquel era su mayor tesoro.

Se estiró en su camastro, se acarició el vientre y tarareó una nana para el bebé. Antes de acabar la segunda estrofa, ya estaba dormida profundamente, soñando con James Forterque-Hamilton y su maravillosa mirada de caramelo.

XVIII

Elizabeth Forterque-Hamilton y su hijo Robert regresaron a casa para el año nuevo. Madeleine escuchó con gran expectación el detallado relato de los acontecimientos que le hizo Lucy Smith, que gracias a un permiso especial de la madre Fleur, había podido visitar Forterque Castle para saludar personalmente a la Duquesa y al pequeño lord Forterque que, al parecer, era un precioso y simpático niño que los tenía a todos hechizados.

—Es rubio y tiene los mismos ojos de lord William, ya sabes, celestes como el cielo en verano—dijo Lucy, evocando con mirada soñadora la imagen impecable del atractivo William Forterque-Hamilton—. Es muy gracioso y risueño. Tiene un añito, y su madre dice que es muy independiente y que tiene mucho carácter. La Duquesa es preciosa, Maddy, tan guapa, tan agradable y cariñosa. Tiene unos ojos negros igualitos a los tuyos, el pelo oscuro y la piel muy blanca. Me trató con enorme consideración y estuvo haciéndome preguntas sobre el convento; aunque su marido no le quita los ojos de encima, ella pudo estar conmigo a solas un ratito y resultó ser tan encantadora.

—¿Sobre el convento?

—Sí, le habían contado que teníamos un pequeño sanatorio, dijo que cuando llegara el buen tiempo nos visitaría...

—¿En serio?

—Sí. También he visto a lord James. —Maddy se puso tensa y se tocó el vientre, nerviosa—. Ni siquiera se acercó. Al verme, me saludó muy distante y abandonó inmediatamente el salón. No le debo traer muy buenos recuerdos...

—Lo siento, Lucy.

—No seas tonta, no me importa. Sin embargo, el Duque me saludó, se acercó para charlar con su mujer y conmigo y, al despedirme, me dio unas monedas de oro para el convento. Le mandó muchos recuerdos a la madre Fleur, es tan amable.

—Lo es—respondió Madeleine.

Se disculpó y regresó a su cuarto, necesitaba estar sola, era una noticia realmente maravillosa que Ulrik hubiese conseguido traer a Elizabeth y a su

hijo, aquello era fantástico. Se preguntó por el bienestar de su hermano, pero no quiso agobiar a Lucy con preguntas sobre John, si ella no lo había mencionado, sería porque tal vez ni siquiera lo había visto en el castillo.

William le había jurado que cuidaría de John, y sabía que harían lo imposible por mandarlo de vuelta a 1920. Se recostó en la cama y pensó en James, en cómo se sentiría, en si regresaría a Escocia con su destacamento. Pensó también en Elizabeth Forterque-Hamilton junto a su marido, ¿cómo se sentiría ella? Había conseguido cruzar una barrera de casi quinientos años para reencontrarse con él, William no cabría en sí de gozo...

* * *

—No quiero seguir mintiendo a mi mujer —tronó William, entrando en la cocina como un toro desbocado. James desayunaba en compañía de John y de Robert, y toda la estancia guardó silencio ante su presencia inesperada allí. Ellie no era tonta, notaba algo extraño, había empezado a hacer preguntas y el pacto de silencio con respecto a Madeleine y John McDonaldson le resultaba cada vez más difícil de sostener.

—Me hiciste una promesa —James le respondió con displicencia, hacía semanas que nada le importaba o inquietaba lo más mínimo, estiró las piernas, se acomodó en la banqueta y miró a su hermano a los ojos—. Hicimos un juramento.

—Ella se dará cuenta, ya sospecha que le oculto algo, que todos ocultamos algo. Te di mi palabra de honor, pero dudo que pueda seguir manteniéndola, James. Cuando fuimos a buscarla omitimos los detalles, pero con ella aquí, es difícil seguir con todo esto.

—Es más seguro para ella que no sepa nada —intervino Robert. Miró de reojo a los empleados que se afanaban a esas horas tempranas en las cocinas y susurró—. No le compliques aún más el regreso.

—No debemos... No quiero que volvamos a mencionar jamás lo que sucedió.

—James se puso de pie—. Me lo juraste, todos lo hicisteis. Es lo único que os pido, si quieres que permanezca aquí.

—Por supuesto, James, no te preocupes. —Mary apareció asustada junto a la mesa, no quería perder a James, debía quedarse, sobre todo ahora que habían recuperado a Ellie y a Rob—. Nadie le dirá nada, ¿verdad, William?

—Tarde o temprano se dará cuenta —contestó William frotándose la cara con

las dos manos—. Yo mantendré mi palabra hasta cuando sea posible...

—¿Pasa algo? —Elizabeth apareció, silenciosa, a la espalda de William. Con la ropa de dormir, el pelo suelto y su hijo en brazos, entró en la cocina para sobresalto de todos. Incluso John McDonaldson, que había sido presentado oficialmente como un compañero de armas de James, se puso de pie de un salto. Aquella hermosa joven, en la práctica su sobrina nieta, lo inquietaba una barbaridad, además, se suponía que no debía intimar con ella, y llevaba días evitándola, así que encontrársela a las seis de la mañana en la cocina del castillo no era lo mejor que le podía suceder. Dejó su tazón de leche y se puso detrás de Mary—. Buenos días a todos —saludó Ellie.

—Buenos días —le replicaron.

—¿Ocurre algo? ¿Qué hacéis todos reunidos aquí tan pronto?

—Solo estamos desayunando, querida —intervino Mary quitándole a Rob de los brazos—. ¿Quieres comer algo? Robbie, mi pequeñín, ¿quieres unos bizcochitos de miel?

—¿Por qué te has levantado tan temprano, Ellie? —William le besó la frente, aún no se podía creer que su preciosa mujer estuviera en casa, sonrió involuntariamente y la abrazó por la cintura—. Debes estar cansada, vuelve a la cama, ahora subo contigo.

—No, mi amor —respondió ella, acurrucándose contra su pecho y observando a todo el mundo con atención, era evidente que estaban manteniendo una especie de reunión clandestina a sus espaldas—. Rob ya está completamente despierto, me vestiré en seguida. ¿Qué tal, James?

—Bien, gracias. —James se dispuso a salir de la cocina. Apenas había hablado con su cuñada desde su regreso; aunque ella intentaba acercarse, él no tenía ánimos para charlas—. Siéntate, Ellie, nosotros nos vamos.

—Me ofendéis, en cuanto llego, todos os marcháis ... —bromeó, pero nadie respondió a su gracia, así que se sentó en una banqueta a mirar cómo James y su compañero salían hacia las cuadras. Observó entonces a Robert Wilson y después enfocó la mirada sobre William, los dos estaban extrañamente silenciosos—. Bueno, ¿qué sucede aquí?

—¿Por qué? —preguntó William con sus enormes ojos celestes muy abiertos. Los dos mantuvieron la mirada fija, el uno en el otro, hasta que William desvió la suya para atender a su hijo.

—Creo que quedó bien claro, hace tiempo, que a mí no puedes ocultarme nada, ni debes intentar protegerme de nada, William.

Él no respondió, y Robert, tampoco. Mary fingió estar muy ocupada con el desayuno del bebé, y ella se sintió de pronto muy lejos de ahí. Había pasado tanto tiempo y tantas cosas, no podía pretender entrar nuevamente en sus vidas sabiéndolo todo; suspiró, se levantó y besó a su marido en los labios.

—Te quiero —le dijo y no volvió a preguntar más.

XXIX

El mal tiempo, la nieve y la corta duración de los días hicieron que las semanas avanzaran lentamente en la apacible vida del convento. De vez en cuando, Madeleine analizaba sus posibilidades, ya que la condesa de Lancaster había muerto, tal vez se pudiera liberar algún día de su retiro voluntario. Más de una vez, lo comentó con la madre Fleur, pero estaba claro que mientras su fama de bruja aún planeara sobre su cabeza, jamás podría volver a aparecer por Inglaterra. La mejor de las posibilidades era viajar a Francia, a la Bretaña, donde la próspera familia de la religiosa le podía dar cobijo.

—Tal vez encuentres un buen marido y un buen padre para el pequeño —le repetía la monja, mientras Madeleine suspiraba sabiendo, fehacientemente, que jamás podría unirse a otro hombre.

Sin embargo, las opciones para una mujer sola en la Europa del siglo XVI eran mínimas, por no decir nulas, si no tenía un padre, un hermano o un marido que respondiera por ella, la mantuviera y protegiera. Maddy pensaba además en las revueltas religiosas que se avecinaban en la Inglaterra de Isabel I, y la piel se le erizaba, ¿qué sería de ella y del bebé? Tenía la piedra del tiempo, como la había bautizado, y no dudaría en usarla si las cosas se ponían muy difíciles, pero antes esperaría a que el niño tuviera al menos un año para someterlo al tránsito. Elizabeth y William Forterque-Hamilton lo acababan de lograr con su pequeño Robert y, al parecer, no le había hecho ningún daño. Entonces, podría volver a casa con su hijo y pedir ayuda a su familia hasta conseguir un trabajo. En su época, tampoco era muy sencillo salir adelante como madre soltera, pero al menos nadie la perseguiría por bruja.

Cuando la primavera empezaba a asomarse, su estado de gestación era ya muy evidente, aunque para ella la actividad y el trajín no disminuyeron lo más mínimo. Cuando llegó el mes de marzo, todo el mundo andaba pendiente de sus cambios y sus achaques; sin embargo, Madeleine gozaba de un estupendo estado de salud y, aunque estaba en su sexto mes de embarazo, ella seguía sintiéndose liviana y muy ágil.

Ocupaba el tiempo en su gran huerto de verduras y hortalizas con las que alimentaba, muy bien, a todo el convento y a los pacientes del hospital.

Estaba muy orgullosa de sus resultados y su buena mano con la tierra, y se pasaba casi todo el día metida entre las cebollas, las lechugas y las coliflores, mimando a sus plantitas con amor mientras hablaba y canturreaba al bebé, que crecía con fuerza y a salvo en su vientre.

De aquel modo, de rodillas, estaba en una de las zanjas recién sembrada con zanahorias, cuando una presencia casi invisible la sacó de su ensimismamiento de un salto. A su lado, un pequeñín de rizos rubios y mirada juguetona la miraba con una gran sonrisa. Iba vestido de manera sencilla, pero con unas botas de cuero que detonaron inmediatamente su buena posición social. Le recordaba poderosamente a alguien, pero prefirió no adelantarse a los acontecimientos. Se puso de pie con dificultad y pronto se dio cuenta de que aquel niño era el vivo retrato de su padre, William Forterque-Hamilton y de que, obviamente, no había llegado solo al convento. El corazón se le subió a la garganta y un dolor desconocido le atravesó las caderas de lado a lado.

—¡Santo cielo, Robert! —Una voz femenina muy dulce la paralizó en su sitio—. ¿Dónde te has metido? No puedes hacer esto a mamá, lo sabes, ven aquí. —La joven madre le hablaba en español a su hijo y Maddie la miró de reojo con curiosidad—. Lo siento mucho, hermana. Espero que no la haya molestado.

—No, no se preocupe, milady —respondió forzando el fuerte acento británico. Se entretuvo en recoger las herramientas y evitó mirar a la recién llegada a los ojos mientras ella, a su espalda, se le acercaba muy decidida. Elizabeth Forterque-Hamilton estaba a pocos centímetros, y Madeleine empezó a repasar mentalmente los sitios donde podía huir sin parecer demasiado descortés.

—¡Vaya! Han hecho un gran trabajo aquí, hermana, esto es maravilloso. — Elizabeth se puso a su derecha y cogió a Robert en brazos. La Duquesa era muy joven, un poquito más baja que ella, y preciosa. A Madeleine se le encogió el corazón al reconocer los delicados rasgos de su querida hermana Mary en aquel rostro angelical y perfecto, y suspiró—. Mi cuñada tiene un huerto similar en casa, pero no tan hermoso, ni tan grande, tal vez pueda darnos su secreto, hermana.

—No hay secretos, milady —contestó, moviéndose levemente hacia su izquierda para acercarse a la entrada trasera de los dormitorios de las monjas, debía salir de ahí antes de que apareciera algún otro miembro de la familia—.

Un poco de cuidado y buena tierra, eso es todo.

—Claro —contestó la joven, algo desconcertada por su fría respuesta.

Maddy la miró por primera vez a la cara y pudo ver la sonrisa cálida de Ellie, como la llamaba su marido, mientras sujetaba con habilidad al pequeño Rob, muy inquieto, sobre una de sus caderas. La Duquesa de Forterque llevaba un sencillísimo vestido color vainilla, el pelo oscuro sujeto en una larga trenza que le llegaba hasta la cintura y, como único adorno, una alianza de oro y un varonil anillo con un escudo en el dedo anular izquierdo. Madeleine no pudo evitar devolverle la sonrisa—. Lo siento, hermana, me llamo Elizabeth Forterque-Hamilton, y este granujilla es mi hijo Robert. Es muy curioso, está en una edad muy activa, apenas podemos controlarlo, ya sabe...

—Es un niño muy guapo, por cierto. Y ahora, si me disculpa, milady, debo regresar a mis tareas.

—Por supuesto, discúlpeme a mí, no queríamos molestar —se apresuró a contestar—. Ha sido un placer.

—¡Ellie! —El vozarrón inconfundible de William Forterque-Hamilton casi la hizo saltar del susto, empujándola como un resorte hacia la entrada oculta del convento. Aprovechó que Elizabeth se volvía para contestar a su marido y desapareció detrás de las piedras que taponaban aquella entrada casi secreta que solo utilizaban Lucy y ella. Con el corazón en la boca, esperó a que el matrimonio abandonara la zona antes de abrir la chirriante puerta de hierro, rezando y respirando hondo para no desmayarse.

—Aquí estamos —respondió la joven. Miró en dirección a la monja que acababa de conocer, pero, al no encontrarla, se encogió de hombros y entregó el niño a su padre. Desde su escondite, Madeleine pudo vislumbrar perfectamente a un William Forterque-Hamilton muy diferente, radiante, sonriente y enamorado. Muy guapo y muy varonil, llevaba la indumentaria de montar, y el pelo suelto y algo revuelto. Embelesado, sonreía a su mujer no solo con la boca, sino también con los ojos y con todo el cuerpo. Feliz, estrechó al niño en sus brazos y le mordió la tripita haciéndolo reír a carcajadas—. Estaba hablando con una de las hermanas, pero no sé adónde se ha ido. ¿Has visto qué huerto más maravilloso?

—Cierto, es impresionante —le contestó él y le dio un beso en la boca, aquella muestra de amor en público era escandalosa incluso para la madre Fleur, que presumía de modernidad, pero se horrorizó al sorprenderlos

en aquella situación—. Habéis hecho un trabajo extraordinario aquí, madre —Le dijo William al descubrirla a su lado.

—Sí, es obra de dos de nuestras hermanas. Si me permiten, los querría invitar a un refrigerio en mi despacho, milord, deben de estar cansados...

—Se lo agradecemos, madre, pero partiremos en seguida, solo hemos venido para saludarla y para que conociera a mi familia.

William entonces abrazó a Elizabeth por la cintura y le besó la cabeza antes de iniciar el regreso hacia la entrada principal. Madeleine, aún con el corazón en un puño, se echó a llorar con una tristeza infinita, en la que se mezclaban la añoranza, el amor y la impotencia. Echaba tanto de menos a James... William y Elizabeth parecían tan felices, tan unidos, tan hechos el uno para el otro y juntos para siempre.

Se sentó en el suelo y siguió llorando hasta que los apresurados pasos de la madre Fleur la sorprendieron, sollozando, apoyada contra la fría piedra del edificio.

—Lo siento, lo siento —dijo la madre sentándose a su lado—. No sabía que vendrían, salieron para disfrutar del día soleado y se les ocurrió pasar a visitarnos, al fin y al cabo, estamos en tierras Forterque y pueden venir cuando quieran. El Duque me pidió un favor muy especial mientras su mujer se ocupaba del niño...

—¿Qué quería?

—No le han hablado de ti a la Duquesa, de tu paso por Inglaterra —contestó la madre sujetándole la mano—. No quieren confundirla, eso me dijo, “confundirla”, no sé a qué se refería, querida, pero por supuesto, no pude negarme.

—Claro, madre. —Maddy lo sabía perfectamente, viajes en el tiempo, medallones, Marian de Lancaster, obispos, brujería... William quería proteger a su mujer de todos aquellos malos recuerdos. Era lo lógico, y Maddy no se ofendió, ella hubiese hecho lo mismo—. Lo entiendo.

—En realidad, es el joven James quien lo ha pedido así. Al parecer, no logra superar tu desaparición, él cree que lo abandonaste.

—¿Eso cree? —Se puso de pie desconcertada—. Bueno, es mejor que lo crea así, ¿verdad?, es más sencillo si no me añora...

—Nadie ha dicho que no te añora, simplemente que se siente defraudado, querida, es lo normal.

* * *

Desde aquella improvisada visita al convento de la Anunciación, Elizabeth Forterque-Hamilton no dejaba de pensar en la joven y hermosa religiosa que había conocido en el huerto. La muchacha era muy joven, demasiado guapa para ser una monja de verdad, estaba embarazada y, además, su dulce rostro le recordaba de forma insistente a alguien.

Cuando volvieron a casa, aquella misma noche, se lo comentó a William, pero él se limitó a explicarle, someramente, que muchas hijas de nobles o ricos comerciantes acababan enterradas en conventos para ocultar su deshonra, no era nada extraño que una de las monjas de La Anunciación estuviera encinta.

—Por el amor de Dios, Ellie —contestó él abrazándola en su enorme cama—. Deja de preocuparte por las cosas más insignificantes, ¿quieres?

—No sé, no sé —insistió ella—. Había algo en aquella muchacha, tenía una mirada muy inteligente, y estaba asustada, aterrada, diría yo.

—Por supuesto que estaba asustada, Robert a punto estuvo de pisar todos sus tesoros —bromeó, acurrucándose sobre su pecho. Acababan de hacer el amor, pero no parecía dispuesto a dormirse—. Vuelve conmigo. —Buscó su boca—. Te quiero, Ellie y te sigo echando tanto de menos.

No volvieron a mencionar a la joven del convento, pero a Elizabeth se le aparecía su rostro en sueños, y despertaba con un escalofrío húmedo en su espina dorsal. Más de una vez, pensó en ir sola hasta la Anunciación para buscar a la muchacha, pero la férrea vigilancia de William, y su inagotable energía, así como la de su propio hijo, la mantenían muy ocupada y sin opciones de escapatoria. Además, había organizado una pequeña escuelita para enseñar a leer y a escribir a los más jóvenes del castillo, y aquella tarea le absorbía gran parte de su tiempo libre. Como si todo aquello fuera poco, estaba de nuevo embarazada y cabalgar o viajar quedaban terminantemente prohibidos para ella.

* * *

James se acercaba a su cama completamente desnudo, moreno por el sol y la vida al aire libre, el pelo rubio revuelto y sedoso sobre su precioso rostro de guerrero, sus juguetones ojos dorados mirándola con devoción.

—Te amo —le decía aplastándola contra la humilde cama de paja—. Te amo.

Madeleine se abría completamente a él y lo recibía con un suspiro, su cuerpo joven y apasionado deseaba tenerlo dentro, besarlo, sentir su lengua caliente y sensual sobre sus pechos y la caricia de su pelo largo sobre su cuerpo.

—Yo también te amo. Yo también te extraño.

De pronto la cabeza se erguía, y era Charles de Lancaster el que estaba encima, meciéndose contra sus caderas, haciéndole el amor de manera salvaje, aunque Maddy intentara zafarse. En medio se le aparecía otro rostro, que se le acercaba para verla aplastada contra la cama, haciendo el amor con el marido de Marian de Lancaster sin poder evitarlo, mientras su cuerpo, húmedo y entregado, cegado de pasión, respondía a los envites de aquel hombre con la misma lujuria. Era una cara hermosa, sonriente... —Hola, soy Elizabeth Forterque-Hamilton —decía la cara, y Madeleine gritaba, chillaba con tanta fuerza que sus propios gritos la despertaron.

—Maddy, Maddy, ¿qué te ocurre? Es solo un mal sueño. —En lugar de la de Elizabeth, fue la cara redonda y llena de pecas de Lucy la que se asomó a su lado para abrazarla—. Ya pasó todo, ¿quieres un poco de agua?

—No, gracias, estoy bien.

—¿Otra vez ese sueño con el hermano muerto del rey?

—Sí, pero esta vez Elizabeth Forterque-Hamilton también estaba en el sueño. Dios mío, Lucy, qué angustia... ¿Podré olvidar algún día a ese hombre?

En abril, la vida cambiaría bruscamente en el convento de la Anunciación y sus alrededores. Madeleine seguía sintiéndose fuerte y saludable, pendiente de sus tareas en el convento como el primer día, y su corazón reposaba tranquilo, añoraba a James, pero lo hacía con serenidad y contención. De vez en cuando, sin embargo, recordaba las palabras de la madre Fleur, y se le partía el alma en dos al pensar que él la condenaba por haber desaparecido.

—Buenos días, milady. ¿A qué debemos el honor de su visita? —Una de las hermanas acababa de recibir en la sala principal del humilde sanatorio a una elegante y misteriosa mujer que había llegado acompañada por al menos una docena de soldados. Maddy esperaba al otro lado de la puerta, por si acaso la hermana requería de su ayuda, y mientras aguardaba, se dedicó a ordenar los frasquitos con hierbas que las monjas repartían entre sus pacientes.

—He oído hablar de vuestras medicinas, hermana. —Madeleine dejó caer uno de los valiosos frascos al suelo y buscó apoyo contra una de las paredes para no perder el equilibrio. La voz autoritaria y educada de Marian de Lancaster le llegó con una claridad asombrosa. Se refugió en un rincón oscuro y, por una pequeña rendija de la tosca puerta, buscó el rostro de Marian para comprobar que no estaba soñando—. Tengo algunos problemas de salud y necesito de vuestra ayuda.

¿No estaba muerta? ¿No había muerto hacía meses? Se movió para intentar ver mejor a la recién llegada, pero era tarea más que imposible. La Condesa, vestida con una larga capa de terciopelo, ocultaba su rostro bajo una capucha y además le daba la espalda. Pero no tuvo dudas, era ella, la mismísima Marian de Lancaster estaba allí, a pocos pasos de distancia.

—Es una enfermedad maldita, hermana, lo sé —dijo después de enseñar su rostro a la impasible hermana Claire—. Solo busco un poco de consuelo a mis dolores.

—Espere un momento —respondió la monja y entró en el cuarto donde estaba Madeleine—. ¿Qué haces, muchachita? Dame las hojas de salicaria. ¿Qué te pasa, te sientes mal?

—No, hermana Claire, por favor, ¿puede preguntar a esa mujer qué está

haciendo por aquí?

—Que tontería, ha venido a vernos porque necesita esta medicina para su piel.

—Por favor, hermana, se lo suplico, por favor... usted solo pregúntele.

—Está bien, está bien.

La hermana salió con las hierbas envueltas en una tela muy limpia y se las entregó a la Condesa.

—Debe hervirlas y luego lavar la zona enferma con la infusión, milady, todas las partes de su cuerpo, esto la aliviará...

—Muchas gracias, hermana, ¿cuánto le debo por esto?

—Su voluntad, milady, lo que usted estime. —Marian comenzó a buscar las monedas dentro de su pequeño bolsito; Claire miró en dirección de Madeleine con cara de enfado y suspiró—. ¿Está de paso por la zona, milady?

—Voy de celebración, hermana —contestó distraída la Condesa—. Mañana hay una gran fiesta en el castillo del Duque de Forterque, y les daré una sorpresa.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! —Maddy tembló al pensar en la sorpresa que Lancaster daría a la familia Forterque-Hamilton.

—¿No lo sabéis? —Le comentó mientras le entregaba varias monedas de plata—. Lord James Forterque-Hamilton celebra su compromiso con una jovencita galesa, es un excelente momento para visitar a la familia.

Se desplomó lentamente contra la pared, las piernas le temblaban, todo el cuerpo le temblaba. Se le secó la garganta, y un fuerte dolor le atravesó el corazón y le quitó el aliento. James se casaba con otra, apenas había tardado unos meses en olvidarla... Acarició su hinchado vientre e intentó ponerse de pie, pero no podía. Asustada, se aferró al borde de una de las mesas y se levantó para salir en busca de ayuda. Debía encontrar a Gerry, el nuevo aprendiz de las hermanas, tenía que mandarlo al castillo Forterque para avisar de las intenciones de Marian de Lancaster...

“James se casa, James se casa”, era lo único que le daba vueltas en la cabeza mientras se arrastraba por los jardines del convento en busca del chaval. Las lágrimas apenas la dejaban ver, y sus sollozos eran cada vez más intensos, pero tenía que encontrar a Gerry.

—¡Dios santo, Gerry! —dijo al dar al fin con el adolescente que a aquellas horas comía detrás de los establos—. Corre hacia el castillo... Corre y dile al

duque que tenga cuidado, que Marian de Lancaster se dirige hacia allí.

—¿Que qué? —respondió el otro con los ojos y la boca muy abiertos—. ¿Está usted enferma, hermana? No tiene buen aspecto.

—Escucha, ¿quieres ganarte dos esterlines de plata? —Era una verdadera fortuna darle dos monedas de plata a aquel pillastre, pero necesitaba llamar su atención—. Necesito que vayas corriendo como el rayo hacia el castillo Forterque, ¿sabes llegar? —El muchacho asintió—. Bien, cuando llegues, busca al Duque, a su hermano lord James, a la Duquesa o a quien quiera escucharte, y les dices lo siguiente... ¡ay! —Una fuerte contracción la hizo doblarse de dolor—. Estoy bien, estoy bien, presta atención, Gerry, maldita sea, es importante. Dile que la Condesa de Lancaster va al castillo, que no está muerta, ¿lo entiendes?

—Sí, hermana, la Condesa de Lancaster va al castillo y no está muerta.

—Buen chico, ahora ve corriendo y, si te preguntan, diles que te envía la madre Fleur, no yo, ¿queda claro?

—Sí, hermana. ¿Y mi dinero?

—Te lo daré cuando vuelvas. Ahora corre, ¡corre!

Gerry salió disparado en dirección del castillo mientras Maddy perdía las últimas fuerzas que le quedaban y caía redonda al suelo. Quiso llamar a alguien, pero no pudo, sufría unas contracciones muy fuertes, y eso no podía ser nada bueno, no a los siete meses...

Pasó mucho tiempo inmovilizada en el suelo, sin atreverse a nada, intentó varias veces incorporarse y llamar a Lucy, pero nadie la escuchaba, se hacía de noche, y las monjas trajinaban a aquellas horas con las cenas y las últimas tareas del día. Mientras tanto, James se casaba con otra... Gritó de rabia, impotencia y dolor, hasta que una voz familiar llegó hasta ella, nerviosa y asustada.

—Madeleine, ¿qué te sucede? Madre Fleur, algo anda mal con Madeleine... ¡¡Madre!!

En cuestión de segundos, la rodearon varias manos expertas, llevaba horas sola tirada en pleno campo, y la madre Prudence decidió que no la moverían del sitio porque podía ser peligroso para la madre y el bebé.

Gerry, el emisario de Madeleine, llegó a su destino bastante tarde para

avisar de nada, de hecho, solo llegó a tiempo para ver la batalla campal que se libraba en la parte trasera del castillo entre los hombres del Duque y los soldados de Marian de Lancaster.

Desde una loma cercana, pudo ver perfectamente la enorme figura de James Forterque-Hamilton, espada en mano, manchado de sangre y peleando cuerpo a cuerpo con los invasores, mientras caían cuerpos inertes por todas partes. Gerry permaneció quieto en su escondite, observando con la boca abierta de admiración la escena que duró no más de veinte minutos y esperó agazapado a que el zafarrancho cesara para bajar cautelosamente hasta ellos y presentarse.

Llegaba tarde, muy tarde porque, cansado de correr por el campo abierto, había decidido detenerse y dormir un poco entre unos troncos. Finalmente, el sueño lo había vencido y, cuando despertó, ya era más de mediodía. La hermana Eve lo mataría, pero, a juzgar por los resultados que se exhibían ante sus sorprendidos ojos, el asunto no había ido demasiado mal, y los Forterque se habían defendido espléndidamente del sorpresivo ataque.

Cuando llegó a uno de los enormes portones de entrada al castillo, el trájín era tan grande que nadie reparó en su figura larguirucha y tímida, nadie contestó a sus preguntas, y los hombres lo quitaban de todas partes con brascas palmaditas en la espalda.

El Duque y su familia habían subido a sus dependencias privadas para atender a la Duquesa de Forterque, al parecer la joven se había desmayado en plena matanza, y todos estaban con ella en aquel momento. El joven amo James daba órdenes a diestra y siniestra para adecentar la zona, sacar cadáveres y tranquilizar los ánimos sin prestarle la más mínima atención y, antes de darse cuenta, estaba instalado en una de las cocinas del castillo sentado delante de un enorme plato de caldo y una hogaza de pan blanco, de modo que se dispuso a comer, feliz y tranquilo, distraído con la animada actividad que lo rodeaba.

Esa misma tarde, se celebró un torneo en el castillo. Gerry no cabía en sí de gozo al ver caballeros, lanzas, caballos engalanados, gente alborotada. Llegó hasta el patio central con una manzana en la mano y se instaló en un rincón estratégico desde donde podía dominar todo el campo adornado con las banderas y los escudos de los competidores, jamás había presenciado un torneo de justa, y el corazón se le salía del pecho de la pura emoción. Ni siquiera se molestó en hablar con lord James, que estuvo de pie a su lado

durante unos minutos, luego lo haría, pensó, y se limitó a mirar de reojo al enorme caballero que en aquel momento llevaba a un niño rubio sobre los hombros.

La tarde fue gloriosa para el Duque de Forterque, participante activo del juego caballeresco por excelencia, todos lo aplaudían y vitoreaban mientras él dedicaba el trofeo a su preciosa mujer, una joven menuda y muy hermosa que dejó perplejo al ingenuo Gerry, acostumbrado a las monjas y sus recatados hábitos. La Duquesa llevaba un maravilloso vestido escotado y muy ceñido, el oscuro cabello recogido de forma sencilla, los enormes ojos negros y brillantes. Cuando terminó el torneo, pasó por el lado de Gerry y, al verlo, le acarició suavemente el brazo a modo de saludo. El chiquillo, como hechizado, la siguió por los pasillos del castillo con el corazón henchido de amor, hasta que ella se sentó pesadamente en una de las banquetas de la cocina, para descansar.

—Querida Kate, ¿me sirves un poco de agua, por favor?

—Milady. —Aprovechó el momento para decir su recado, rojo hasta las orejas—. He venido desde el convento de la Anunciación.

—¡Hola! —contestó entonces la Duquesa con una enorme sonrisa. Gerry no pudo dejar de observar sus perfectos dientes blancos y su armonioso cuerpo debajo de aquel vestido tan bonito—. ¿Cómo te llamas?, ¿qué te trae por aquí? Kate, dale un vaso de agua a este jovencito, por favor.

—¿De dónde sales tú, granuja? —contestó la cocinera, brusca y malhumorada, estaba harta de que su señora tratara a todo el mundo por igual—. ¿Qué quieres con la Duquesa? No la molestes...

—No, no, Kate, está bien, viene del convento de la Anunciación. No seas tan desconfiada, mujer. ¿Cómo te llamas? ¿necesita algo la madre Fleur?

—Me llamo Gerry, milady, y me mandaban...

—¡Elizabeth, maldita sea, ¿qué haces aquí?, te he buscado por todas partes!

—El vozarrón del enorme Duque de Forterque hizo temblar de arriba abajo al jovenzuelo, que cerró la boca de golpe. William Forterque-Hamilton, vestido completamente de negro, entró en la cocina de dos zancadas, prestando atención solo a su esposa—. ¿Estás bien?, ¿te sientes bien?

—Sí, William, ¿puedes dejar de maldecir todo el tiempo? Escandalizas a la pobre Kate. —Ellie sonrió mirando a la cocinera, que se santiguaba en ese momento. William se sentó muy cerca de ella y le puso la mano en el vientre, gesto que terminó de descolocar al pobre Gerry.

—¿De verdad te sientes bien? Estás un poco ojerosa, deberías subir a descansar un poco, hoy ha sido un día agotador.

—Ya estoy descansando, mi amor. Has estado fantástico ahí fuera, estoy tan orgullosa... —interrumpió la joven acariciándole la mejilla mal afeitada—. Mira, tenemos una visita.

—¿Quién eres tú? —preguntó de pronto el Duque con la mirada fija en él.

—Mi nombre es Gerry, milord —contestó el muchacho, azorado por los gestos de intimidad entre la pareja, las manos entrelazadas, la cercanía de sus piernas—. Me mandan del convento de la Anunciación, ayer estuvo la Condesa de Lancaster allí y dijo que se encaminaba hacia aquí. Por eso me mandaron a avisarles.

—Ya es un poco tarde, joven Gerry —contestó lord Forterque—. Pero os lo agradecemos igualmente. ¿Has comido? Kate, atiende a este joven...

—¿Cómo es que en el convento conocen a Marian de Lancaster? —preguntó Elizabeth con verdadera curiosidad. Observó un sutil gesto de incomodidad en su marido cuando el muchacho habló del convento y de Lancaster e intuyó inmediatamente que algo raro sucedía, además, William acaba de evitar su mirada y se ponía de pie demasiado rápido—. ¿William?, ¿cómo es que las hermanas conocen a Marian?

—Todo el mundo conocía a esa bruja. Y ahora, vuelvo fuera, hay un montón de gente que atender.

De pronto, James entró con Rob en brazos e interrumpió la extraña charla.

—Está demasiado excitado para dormir —le dijo a su hermano entregándole al niño. Por el rabillo del ojo localizó la figura de Gerry y el corazón le dio un vuelco. Reconoció al muchacho en seguida, era uno de los protegidos huérfanos de la madre Fleur—. ¿Qué ocurre aquí?

—Buenas tardes, milord —saludó Gerry con respeto—. He venido para...

—Vino para prevenirnos de la llegada de Marian de Lancaster —terció William con la intención de salir de la cocina cuanto antes—. Pero ya ves que llegó un poco tarde. Llevaré a Robert un rato a los establos y luego nos vamos a la cama, mamá, no te preocupes.

—¿Conoces a lord James, Gerry? —preguntó Ellie, al ver cómo su marido se escurría descaradamente y la dejaba con un montón de preguntas en la cabeza.

—Oh, sí, milady...

—¿Has comido ya, Gerry? —interrumpió James—. ¿Te llevo de vuelta al convento?

—No he cenado aún, milord, gracias.

—Si quieres duerme con los demás muchachos, están todos cenando detrás de los establos, y mañana te llevamos a casa. Con un gesto autoritario, condujo a Gerry hacia la parte trasera de la cocina. Elizabeth Forterque-Hamilton se quedó atónita observando la absurda y misteriosa situación.

—¿No tienes nada que contarme, William? —Él le daba la espalda mientras se secaba tras el baño. Habían tenido un día duro, entre Marian de Lancaster, la escaramuza, la muerte de un montón de gente en su propia casa, la fiesta, el torneo... Eran las once de la noche y al fin estaban solos y en su dormitorio. William le regalaba una imagen magnífica de pie delante de la chimenea, con sus cincelados músculos brillantes, sus glúteos bien torneados, su espalda ancha y tostada por el sol. En cuanto ella habló, él dejó la tarea de secarse y se volvió con los ojos celestes abiertos como platos—. No me mires así...

—Es que no sé a qué te refieres... ¿Estás desnuda debajo de esas mantas? —Coqueteó con sonrisa juguetona—. Creo que no podré esperar para sacarte ese maldito camisón...

—¿Qué tremendo misterio hay entorno al convento de la Anunciación?

—¿Misterio? —Corrió y se metió de un salto en la enorme cama.

Efectivamente, su mujer llevaba uno de aquellos malditos camiones que le cosía su hermana Mary, muy escotados, pero muy largos y con mucha tela. Estaba muy sexy, como decían en su tiempo, pero él tenía prisa, quería tocar su piel desnuda y hacerle el amor, como había estado deseando hacerlo desde hacía horas y, de paso, dejar de hablar del dichoso convento—. ¡Dios! ¿Te lo quitas tú o te lo arranco yo, preciosa?

—No. —Elizabeth se escurrió en la enorme cama y se puso a la orilla contraria—. Estoy hablando en serio, algo me corroe el alma. Hoy, cuando le pregunté a Mary por el tema, se puso roja y me dijo que no sabía nada. Tu hermana no sabe mentir, y tú tampoco, mírame a los ojos y dime que no hay nada que yo no sepa, William.

—Si no te hago el amor ahora mismo, voy a explotar. Luego hablamos...

—No, no. —Se levantó de la cama y William, ya enfadado, saltó a su vez para agarrarla del brazo

—Ven con tu marido, mujer —gruñó frunciendo el ceño—. Elizabeth, por favor.

—No. —Con un gesto teatral, se puso un chal sobre los hombros y se mantuvo tiesa como un palo delante de la puerta. Al lado de la ventana, en la misma habitación, su hijo dormía plácidamente y él miró en su dirección

respirando hondo—. Si no hablas conmigo, me voy a otro cuarto. Hablo en serio, William.

—Mira...

—Mira nada, algo pasa, no soy idiota, desde que llegué sé que algo muy grave me ocultáis y no es justo, no es justo y lo sabes. Háblame, William, por favor.

—Ellie... —bufó y se sentó en el butacón junto a la chimenea—. Juré a mi hermano que no te diríamos nada.

—¿Entonces es cierto? ¿qué ocurre? —Se acercó despacio y buscó sus ojos—. Soy tu mujer, mi amor, confías en mí, ¿verdad?

—James no me lo perdonará, y ya me ha costado bastante que me perdone por otros motivos... —Levantó la vista y cruzó su mirada celeste con la de ella, lo cierto es que no se merecía que la engañaran más—. Hace unos meses, apareció en nuestras tierras una mujer joven, acompañada por su hermano...

—Muy bien... —Ellie acercó una pequeña banqueta y se sentó frente a él, lo cogió de las manos y se las besó. William, ya completamente desarmado, empezó a relatar con calma la agitada visita de Madeleine y John McDonaldson al siglo XVI.

Durante más de una hora, desgranó los cientos de acontecimientos que rodearon a la joven procedente de 1920. Su enorme valentía al entregarse a Marian de Lancaster para recuperar el medallón, su aventura con el Conde, la muerte de este y el rescate de James, que la llevó por vez primera hasta el convento de la Anunciación, de donde fue secuestrada por Marian con la intención de entregarla al Rey como prenda de buena voluntad. Relató también cómo se había entregado al obispo Tunstall y había declarado su culpabilidad en el crimen del hermanastro del Rey para salvar a James. La Torre de Londres, su huida, su paso por el convento herida de gravedad, la nueva detención de James, del que se había enamorado, y su sacrificio delante de Cuthbert Tunstall y su comitiva para liberar a la familia de las innumerables acusaciones que se les venían encima.

—¡Dios mío! —susurró Ellie con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo habéis podido ocultarme algo semejante?

—James no quiere volver a mencionar su nombre, para él, ella lo abandonó y lo despreció. Cuando Madeleine pasó la puerta del tiempo, Tunstall y James sellaron un pacto de silencio. Cada uno siguió su camino,

sin hacer caso de lo que acababan de presenciar, y mi hermano, destrozado, no ha querido volver a tocar el asunto, tampoco ha querido que tú lo supieras. Es mi hermano, y se lo prometí. Desde entonces, ha hecho todo lo posible porque lo mataran en alguna taberna, pelea callejera o en el ejército, sin conseguirlo, claro. Supongo que la imposibilidad de autodestruirse lo ha llevado finalmente a firmar el compromiso matrimonial con la prima de Joseph Dorset.

—Está confundido... ¿No sabe que la mayor prueba de amor es proteger a quien amas? —miró a William y se levantó para besarlo—. Tú sí lo sabes, mi vida... y entiendo que por amor a tu hermano no me lo hayas contado antes, de verdad que lo entiendo, y te respeto por eso.

Apenas pudo dormir. Además de los sigilosos movimientos del nuevo bebé, que empezaba tímidamente a dejarse notar en su vientre, la historia que acababa de narrarle William la mantuvo preocupada y pensativa casi toda la noche. Pobre Madeleine, pobre muchacha, sola y desorientada en tierras y tiempos extraños, y tan valiente. James no podía renunciar a ella tan fácilmente, debían hacer algo, su adorable cuñado no podía echar la vida por la borda y casarse sin amor con una perfecta extraña solo por despecho o impotencia, no después de haber conocido al amor verdadero; además, ¿qué sería de Madeleine en su tiempo? Debían buscar juntos una solución.

Se escurrió de la cama en cuanto el primer rayo de luz se coló por su ventana. William la sujetaba fuertemente por la cintura, pero consiguió zafarse sin despertarlo. Lo besó en la frente, lo tapó con las mantas y abandonó de puntillas el dormitorio, directamente hacia la habitación de James.

—Háblame de Madeleine —dijo abriendo la puerta con un golpe seco. James se sobresaltó, y tan solo atinó a verificar que estaba tapado con las mantas—. Háblame de ella.

—¿Qué diantes...? Maldición —dijo desplomándose sobre las almohadas.

—Háblame de ella.

—No quiero hablar de eso, no es asunto tuyo.

—Sí que es asunto mío, yo te quiero, eres mi hermano, mi hijo te idolatra, mi marido te adora... Y a ella le debo en gran parte estar de vuelta con mi familia, no me digas que no es asunto mío, James Forterque-Hamilton.

—William tiene razón, eres muy elocuente, pero no voy a tratar de eso con

nadie, ¿cómo te has enterado?

—Eso ya no importa, aunque un día me pagarás el no habérmelo contado desde el principio.

—De verdad, Ellie. —James se sentó en la cama y buscó los pantalones que descansaban sobre la alfombra—. No me hagas esto, si me quieres, como dices, no me hagas esto, por favor, no puedo hablar de ella, no quiero hablar de ella, ¿queda claro?

—Debes recuperarla, James.

—Ella y yo no somos William y tú, por si no te has enterado —soltó con sorna—. Lo nuestro fue diferente.

—No lo creo, si solo la quieres la mitad de lo que yo amo a tu hermano es suficiente, no tienes por qué condenarte a vivir sin ella el resto de tu vida.

—Ella se fue, me abandonó y me avergonzó al dejarme tirado como a un imbécil. Ya tuve suficiente.

—¿No te das cuenta de que lo hizo porque te ama? ¿Estás tan ciego que no te das cuenta de que es la mayor prueba de amor que podía darte? Ella te ama, James, y seguramente estará en algún lugar sufriendo por ti. No puedes casarte con la prima de Dorset, es un error, tú no la amas.

—Y ella tampoco me ama a mí, ¿quién habla de amor cuando quiere decir matrimonio? Es lo más normal, lo correcto, me casaré con ella.

—Y será una vida sin amor, añorando a alguien que se fue y...

—Le dije que me iría con ella, y tampoco quiso escucharme.

—¡Uf! —Ellie soltó un bufido de impotencia y se sentó en una butaca cercana—. ¿Qué ibas a hacer tú en el siglo XX? Madeleine debe de haber comprendido inmediatamente que tú, como tu hermano, pertenecéis a este tiempo, a esta tierra, a estas gentes, no podéis salir de aquí; a William casi le cuesta la vida el tiempo que pasó en mi época. Ella te ama, James, ¿cómo iba a hacerte eso? Además de valiente es lista, no puedes perderla.

—Elizabeth Forterque. —La voz de William los interrumpió. El Duque venía vestido solo con los pantalones y el pequeño Robert en brazos. El niño se chupaba el pulgar con energía mientras se acurrucaba, aún adormilado, contra el pecho de su padre. Los dos con cara de sueño, los dos despeinados y los dos idénticos, a pesar de la diferencia de tamaño—. Como vuelvas a abandonarme de esta manera, te ataré a la cama...

—Vamos a recuperar a Madeleine —susurró Ellie convencida, mientras James abría la boca sin poder emitir sonido alguno. William se apoyó contra

la pared, miró a su hijo y le besó la cabeza—. Vamos a reunir a toda la familia, ahora mismo voy a buscar a John McDonaldson.

Mientras Elizabeth se ponía manos a la obra para idear la forma de recuperar a Madeleine McDonaldson del siglo XX, la aludida se recuperaba satisfactoriamente de su reciente susto con el embarazo, con energía y una salud a prueba de balas. Había perdonado mentalmente a James por intentar rehacer su vida con otra persona y solo pensaba en las consecuencias de la visita de Lancaster al castillo de los Forterque-Hamilton.

Cuatro días después de su partida, Gerry apareció en el convento satisfecho y feliz, con una moneda de plata en el bolsillo, regalo del Duque de Forterque, y un atillo con fruta y bizcochos que le había dado la cocinera del castillo. Estaba tan excitado que no se acordó de presentarse ante la hermana Eve hasta bien entrada la tarde.

—Mira quién ha vuelto y qué planes trae para su futuro. —La madre Fleur entró en la celda de Maddy con el chiquillo cogido por un brazo y con aspecto de estar bastante enfadada.

—Gerry, ¡gracias a Dios! —exclamó Madeleine—. ¿Dónde te has metido?

—Se quedó en el castillo para presenciar un torneo de justa, dice, y ha comido todo lo que ha podido. Lo ha traído en su carronato uno de los comerciantes que surten al Duque. El muy bribón se quiere ir a vivir con la familia Forterque-Hamilton, al parecer solo viene para despedirse de nosotras.

—¿Es eso cierto, Gerry?

—Sí, hermana —contestó él, muy tieso y orgulloso—. Quiero ser soldado, trabajar para lord Forterque y cuidar de sus caballos, me ha dicho que, si la madre me dejaba, podría hacerlo.

—Bien. —Madeleine miró a la superiora con gesto conciliador, no era mal futuro para un huérfano—. Ahora dime, Gerry, ¿qué pasó con Marian de Lancaster?

—La Condesa ha muerto, hermana, hubo un ataque al castillo, pero los hombres del Duque y él mismo lo sofocaron rápidamente, incluso, por la tarde, hasta tuvieron tiempo de celebrar el torneo de justa.

—¿Están todos bien?

—Sí, hermana.

—¿Llegaste a tiempo?, ¿hablaste con ellos?

—No, hermana, cuando llegué, la Condesa ya había atacado —contestó sin mencionar que se había dormido en el camino—. Luego hablé con la Duquesa y con el Duque, y con lord James, me dieron una recompensa y mucha comida...

—Gracias a Dios —dijo Madeleine y se atusó el pelo antes de buscar las monedas que le había prometido—. Este es tu pago por el servicio, muchas gracias, Gerry, y recuerda no mencionar a nadie que yo te envié al castillo, ¿de acuerdo?

* * *

Elizabeth Forterque-Hamilton convenció a su marido para llamar a Ulrik de Armagh tras una larguísima charla con James. El joven y apuesto guerrero había acabado por derrumbarse ante las palabras de apoyo de su cuñada, y había confesado que añoraba a Madeleine con toda su alma. Jamás la había olvidado, a pesar del tiempo transcurrido, jamás podría dejar de pensar en su sedosa piel, en sus ojos, en su sonrisa, le dijo, y Ellie lo escuchó con paciencia, lo consoló, lo reconfortó y finalmente lo convenció para anular el compromiso con Gwyneth, cerrar ese capítulo y concentrarse en lo importante: recuperar a Maddy del siglo XX.

William y Robert Wilson le advirtieron de la fama de bruja que se había creado la muchacha y de los riesgos reales, y trágicos, a los que se enfrentaba si regresaba al siglo XVI. El asunto no era tan sencillo, el mismísimo Obispo de Durham, amigo personal del rey Enrique, había presenciado la desaparición de la supuesta hechicera después de que ella misma confesara, ante dos docenas de hombres, que iba a hacer magia.

—No es tan sencillo, ella sabe perfectamente que corre un peligro mortal si la descubren aquí —apuntó William a la hora de la cena—. Ya vivió en su propia carne el cautiverio y...

—Puedo quedarme yo en su tiempo —terció James, absolutamente convencido de que, si no luchaba por su mujer, no podría volver a vivir en paz—. Al menos hasta que este tema se olvide.

—No, eso ni lo sueñes, James. —Ellie permanecía sentada junto a su marido sin comer y con bastantes molestias por culpa del embarazo—. No todo es

blanco y negro, podemos encontrar una solución intermedia.

—Sinceramente, no te imagino en 1920, James —señaló John, completamente de acuerdo con Elizabeth. Aquella mujer, su sobrina nieta, era un torbellino de energía que lo había arrastrado para apoyar su causa sin demasiado esfuerzo. Lo había despertado una mañana con la noticia de que conocía su procedencia y, desde entonces, lo trataba como a un hermano, y a él le era imposible sustraerse a su encanto y personalidad—. No es una buena opción, además, estoy seguro de que Maddy prefiere vivir aquí, en este tiempo, créeme. Debemos pensar en una solución para que ella venga y se quede, seguro que la hay.

—¿Como cuál? —intervino Robert Wilson.

—¿Cuánta gente la vio? —preguntó Elizabeth—. En este siglo, tampoco es que todo el mundo se conozca, un puñado de personas la han visto y, probablemente, ya no se acuerden de ella...

—Se acordarán —contestó Robert—. Es una muchacha muy hermosa, diferente, ya me entiendes, y además el Obispo estará al acecho.

—Pero ¿qué posibilidades hay de que el Obispo de Durham se la encuentre por aquí, en el campo? —insistió—. Puede vivir en este castillo una vida entera sin ser vista por nadie.

—Por supuesto —contestó James—. No tenemos que hacer vida social, de la que por cierto carecemos normalmente. Creo que podemos protegerla dentro de nuestras tierras.

—Suponiendo que ella quiera regresar a este salvaje mundo nuestro —opinó William acariciando el vientre de su mujer, estaba preocupado por ella. Ellie no tenía muy buen aspecto, parecía agotada y se cuidaba muy poco—. Ellie, creo que deberíamos subir a la cama, estás cansada, cariño.

—Ella querrá volver —agregó John mirando a Mary de reojo—. No tengo la más mínima duda, ella ama este tiempo y ama a James. Volverá.

—Yo iré a buscarla y, si me quiere, vendrá conmigo —susurró James mirándolos a todos a los ojos.

A partir de ese momento iniciaron todos los preparativos necesarios para ir en busca de Madeleine McDonaldson a la Filadelfia de 1920. La primera medida fue mandar llamar al maestro Ulrik, que se encontraba de viaje por Irlanda en aquellos días, mientras Ellie dirigía todos sus esfuerzos por instruir a su querido cuñado en la posible realidad que se encontraría en los Estados Unidos de los años veinte.

James aprendía sin chistar, asimilaba aquellos adelantos que ella y John le narraban detalladamente y aceptó la ayuda de Robert Wilson que, amable, sensato y siempre protector con los hermanos Forterque-Hamilton, se había ofrecido generosamente para acompañarlo en la aventura. Todo debería de ir bien, habían pasado meses desde la partida de Madeleine, y no tenían por qué encontrar enemigos en su camino de vuelta a casa. Marian de Lancaster había muerto, y el obispo Tunstall estaba más ocupado en ganar puntos como consejero del Rey que en encontrar a una joven desconocida sospechosa de brujería.

* * *

—No encuentro a la muchacha —dijo aún con los ojos cerrados el maestro Ulrik ante sus runas extendidas sobre la mesa del gran salón. El anciano druida había llegado tan solo veinticuatro horas antes a Forterque Castle y había accedido a ayudar a James en su tarea de recuperar a la joven del futuro, pero con una simple condición: él rastrearía primero a Madeleine a través de las runas para no equivocarse el rumbo. Lo había hecho con William, con Elizabeth y con Robert, y lo haría también en esta ocasión —. Tal vez necesito más días, milord, porque ahora no la percibo.

—¿Cómo que no la encuentra? —James se paseaba como un tigre enjaulado alrededor de la mesa donde Ellie, William y Robert esperaban pacientemente respuestas de boca del druida—. No puede ser... ¿No habrá muerto?

—No, claro que no —contestó Ulrik con los ojos cerrados—. No está muerta, pero no está donde tiene que estar, o yo no la percibo...

—Debería descansar y hacerlo dentro de unas horas —terció William, intentando calmar a su hermano—. Duerme un poco, maestro, y mañana lo veremos otra vez.

—Para ti es sencillo —replicó James mirando ostensiblemente a su cuñada —Llevamos meses esperando esto. Haz otro intento, maestro Ulrik, por favor.

—Lo siento, milord, no está. Tal vez lord William tenga razón. Quizá mañana...

—¡Dios santo! —James salió con un portazo del salón y dejó a todo el grupo desconcertado.

—Discúlpalo, maestro —intervino William—. Está muy alterado desde que

se ha propuesto este viaje. Añora a Madeleine, y todos sus sentimientos se han precipitado y...

—No es nada, milord —respondió Ulrik y miró a sus interlocutores con una extraña duda en sus ojos—. ¿Están seguros de que la joven Madeleine realizó realmente el tránsito?

—Casi treinta personas la vieron desaparecer en medio de un torbellino de aire y tierra, maestro —señaló Robert Wilson—. James estaba delante, ¿por qué?

—No sé dónde está esa muchacha, amigos míos, pero en su época no está. Ya han visto que, cuando rastreamos primero a milord y después a milady, rápidamente los localizamos. Esta vez es diferente, y algo me dice que el conjuro no funcionó o lo hizo de forma errónea.

—¿Puede ser que haya sufrido algún daño? —preguntó Elizabeth poniéndose de pie—. ¿Que no se haya ido de este siglo? ¿Puede intentar localizarla con otros... métodos?

—Lo haré mañana. Ahora, si me disculpan, necesito un poco de descanso.

Una semana después de la llegada de Ulrik al castillo, aún no encontraban pistas sobre Madeleine McDonaldson. James, taciturno y serio, unos rasgos normalmente ausentes en su carácter, se paseaba indignado por la propiedad profiriendo maldiciones y alterándose por cualquier cosa. Pronto volvieron las tensiones y las peleas con su hermano, al que culpaba de casi todos los males que lo afectaban y, en más de una ocasión, Ellie y Robert tuvieron que intervenir para que no llegaran a las manos.

Finalmente, en la intimidad de su dormitorio, Elizabeth recibió una inesperada visita del maestro Ulrik, visita que cambiaría el rumbo de los acontecimientos lo suficiente como para que ella se lanzara a una nueva búsqueda de su pariente.

—Milady, espero no importunarla. —Ulrik se presentó con su humildad y serenidad de siempre mientras Ellie cosía, acompañada por Mary, unas camisitas para su futuro bebé. William se había llevado al pequeño Robert al campo, y no había nadie cerca para interrumpirlos. —. Creo que es importante.

—¿Sí, maestro? —La Duquesa lo invitó a sentarse y Mary se levantó para dejarlos a solas—. Cuénteme.

—Milady, no quiero pecar de torpe y precipitarme, por eso hablo con usted en primer lugar. —Ellie abandonó la labor y se dispuso a escucharlo—. Creo

que la señorita McDonaldson no partió a ninguna parte, por algún motivo, ella permanece aún en nuestra época.

—¿En serio? —A Ellie el corazón se le disparó de emoción—. ¿Y estará bien? Dios mío, ¿todo este tiempo? ¿No la habrán capturado?

—Si no me equivoco, si la percibo bien, no está presa, aunque sí escondida y no muy lejos de aquí.

—Madre mía —Elizabeth guardó silencio y pensó inmediatamente en el convento.

—¿Qué sucede? —William entró de pronto en la habitación y Rob corrió a los brazos de su madre, mientras él tiraba al suelo algunos de sus artilugios de montar—. ¿Va todo bien? ¿te encuentras bien, cariño?

—Muy bien, mi vida —contestó ella abrazando al niño. Miró a su marido sonriendo, levantó la cabeza para recibir un beso y respiró hondo antes de hablar—. William, mañana tenemos que visitar el convento de la Anunciación.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —El Duque se volvió hacia Ulrik y observó una gran sonrisa dibujada en su beatífico rostro—. ¿Qué estáis tramando?

Llegaron al convento de la Anunciación sin previo aviso y sin contárselo a James, para evitar adelantar acontecimientos. William no se podía creer que Madeleine McDonaldson hubiese podido burlar a la guardia del obispo Tunstall, y a los hombres de James, para conseguir esconderse entre las monjas, según la loca teoría de su preciosa mujer, pero finalmente había accedido a organizar una breve excursión por el campo, acompañados por Rob y por Mary, visitar a la madre superiora y hacer algunas preguntas

—Madre Fleur —decía Elizabeth por enésima vez. La monja se mostraba inflexible en sus argumentos, aunque Ellie creía que mentía descaradamente—. Ya sé que le pidieron que no me contara nada, pero ya ve que ahora lo sé todo, solo queríamos comprobar que usted no ha vuelto a tener noticias de mi pariente.

—Ya le he dicho que no, milady.

Se pasaron más de una hora charlando con aquella inflexible mujer vestida de negro, pero ni el encanto de Elizabeth Forterque-Hamilton, ni las presiones de William, dieron resultado, así que al final habían decidido

abandonar la tarea y regresar a casa sin ninguna respuesta, pero Ellie más convencida que antes de llegar, que allí le ocultaban algo.

—Nos volvemos a casa ahora mismo, no tienes muy buena cara, no debimos salir —protestó Mary tocándole la frente. Ellie, embarazada de más de seis meses, parecía cansada y estaba mareada. El embarazo no estaba siendo muy agradable, y el viaje en carruaje, más la tensa conversación con la dura madre Fleur la habían dejado exhausta.

—Solo estoy cansada, cariño, no te preocupes.

—¿En serio?

—Te lo juro por Dios.

—Bien, pero nos vamos en seguida.

—Vale... —Salió al aire libre detrás de William y oyó como él preguntaba a la monja sobre del trigo y la cebada, sobre sus vacas, pero de pronto no oyó nada más, un pitido intenso le atravesó los oídos, y cayó redonda al suelo, ante la mirada aterrada de su marido, que no alcanzó a sujetarla.

—¡Elizabeth! ¿Ellie?, cariño —repetía lord Forterque abrazando a su mujer en el suelo, no quería que la movieran, mientras un enjambre de hábitos se reunía rápidamente a su alrededor—. Dejad espacio, por favor, dejadla respirar... Santo Cielo, amor mío, ¿me oyes?

—Sí —respondió ella con voz de ultratumba. Una monja muy amable la sujetó con pericia por la nuca, mientras con la mano libre le palpaba el vientre y le hacía preguntas a su asustado marido.

—¿Cuánto tiempo tiene de embarazo, milord?

—No lo sé. —William tenía lágrimas en los ojos. Su hijo se había escurrido rápidamente de los brazos de su tía para aferrarse a él, asustado—. Creo que unos seis meses...

—Siete meses o casi —afirmó Mary, inclinándose para atender a su cuñada—. El primer embarazo tampoco fue sencillo, han esperado muy poco —reprochó a William mirándolo de soslayo—. Se siente bastante mal desde hace unos días, pero tú ni te enteras.

—Estoy bien, estoy bien. —Se esforzó en decir en voz alta Ellie, en un intento por frenar una discusión más entre los hermanos. Mary no podía entender que William insistiera en compartir el lecho con ella, teniendo en cuenta su avanzado estado de gestación y sus molestias, y se lo hacía saber cada vez que tenía ocasión—. Solo quiero un poco de agua.

La monja que la asistía resultó ser la madre Prudence, la experta

comadrona del convento, que llevaba atendiendo todos los partos de la comarca desde hacía décadas. La incorporó y le pidió a lord Forterque que la llevara en brazos hacia una de las habitaciones de las monjas. La instaló en una cama y, tras auscultarla con cuidado, determinó que no se podría mover de allí, al menos durante un par de días.

—El niño es grande, y ella, muy pequeña —diagnosticó con seguridad—. Se quedará aquí. Dentro de un par de días, podrá llevársela a casa, milord.

Madeleine McDonaldson observó toda la escena desde una distancia prudente. Había dejado el huerto a cargo de Lucy y se había asomado al patio al escuchar el revuelo. Solo regresó a su cuarto cuando comprobó que todo estaba en orden. Una hora después, la propia madre Fleur le narró detalladamente la charla que había mantenido con los Forterque-Hamilton en su despacho, antes de que la duquesa se indispusiera, lo que dejó a la joven absolutamente desconcertada.

—¿A qué vienen esas dudas ahora?

—No lo sé, Madeleine, pero, por tu seguridad, la de tu bebé, y la nuestra, debes mantenerte escondida aquí mientras la Duquesa se recupera.

—Tiene razón, madre, debemos tener cuidado.

Antes de la cena, Madeleine no pudo evitar pasar por un pasillo cercano al dormitorio donde habían alojado a Elizabeth Forterque-Hamilton. Por la puerta entreabierta, pudo ver a la guapísima joven recostada en su estrecho camastro, y la observó un rato hasta que se sobresaltó al ver aparecer a William por el pasillo contrario, alto, apuesto y preocupado. Cuando él se sentó en la cama para acariciar el pelo de su esposa, la besó con una dulzura extrema y comenzaron a besarse con suavidad, mirándose a los ojos. Ellie finalmente acarició con una sonrisa el rostro de su marido, y él se le acurrucó en el cuello suspirando, mucho tiempo, hasta que se puso de pie fastidiado. Se iba, tenía que dejar a su adorada mujer en aquel convento y volver al castillo para avisar de su paradero y para cumplir con sus obligaciones. Antes de salir, volvió sobre sus pies para plantarle otro beso urgente en la boca, cuadró los hombros y salió.

Con el corazón en la mano, Maddy pudo ver como las lágrimas rodaban por el inmaculado rostro de lady Forterque, se puso a llorar también y regresó corriendo a su celda, con los sollozos ahogándose en su garganta.

XXXII

El sudor empapaba su camisa de lino. La brisa le refrescaba sutilmente la nuca y el pecho desnudo, pero el calor le invadía todos los vasos sanguíneos del organismo, estaba alterado, enfadado, ansioso y moría de deseo por tener una mujer entre sus brazos... No, una mujer, no, quería tener a Madeleine, y amarla y hacerle el amor hasta la extenuación mientras ella le regalaba sus besos, sus palabras y su maravillosa sonrisa.

Giró veloz con la enorme espada a la altura del cuello y detuvo con un golpe seco el ataque de su contrincante, que perdió la espada en la defensa y cayó de espaldas al suelo por el impacto. Era Michael, su fiel amigo y compañero de tantas batallas, tan fuerte y tan experto como él mismo, pero carente, en aquel momento, de la adrenalina disparada de James Forterque-Hamilton.

—¡Mierda! —exclamó Michael mientras los ocho chiquillos que los rodeaban, más los sirvientes de la casa, aplaudían la maniobra y los reflejos de su joven amo.

—Bien —concluyó James, extendiendo la mano para levantar a su humillado amigo del suelo—. Nunca perdáis la concentración, ni deis la espalda a un hombre. Manteneos siempre alertas, porque nunca sabréis de dónde os viene el enemigo, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —respondieron sus alumnos, entre ellos Gerry, fascinados ante la enorme y sólida figura de su héroe.

—Es todo por hoy, ya es muy tarde, deberíamos estar durmiendo. Por cierto, ¿dónde está el Duque?, ¿no han vuelto aún del paseo?

—No —dijo Robert Wilson apareciendo como un fantasma a su espalda, era medianoche y nadie parecía dormir en el castillo Forterque, la cálida noche veraniega los mantenía en vigilia y muy activos—. Si no llegan en media hora, saldremos a buscarlos. Es muy tarde, es posible que hayan decidido quedarse en Reading.

—Es posible—respondió James mirando hacia la puerta principal, en aquel momento tres jinetes hacían su entrada en la propiedad. Uno de ellos era su hermano, su enorme caballo y su estatura se recortaban claramente contra la oscuridad—. Ahí viene William, pero viene solo...

William desmontó de un salto a Twister y se encaminó hacia su familia con cara de pocos amigos. James y Robert salieron a su encuentro muy preocupados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robert.

—Elizabeth ha tenido un desvanecimiento y no está muy bien, la he dejado en el convento para que la atiendan, maldita sea. —Entregó la fusta a su paje—. ¿Es que nadie duerme en esta casa?

—Pero ¿está bien? ¿Por qué la has dejado sola? —James lo siguió hacia el interior del castillo, preocupado por su cuñada.

—No la he dejado sola. —William se giró hacia su hermano con una ira tal en su mirada que era más aconsejable no seguir preguntando—. Se ha quedado con Mary, le he dejado a Robert, y no sé cuántas monjas la están cuidando, ¿te parece bien?

—De acuerdo —intervino Robert poniéndose en medio de los dos—. Si has vuelto por la audiencia de mañana, nos podemos ocupar nosotros. Duerme un poco y regresa allí si quieres.

—No, ella insistió en que viniera, ¡la madre que...! —En el camino se tropezó con unos perros y varios cacharros desperdigados por el pasillo—. Ya sabes cómo es, además, las visitas son una vez al año, no puedo dejar a los campesinos sin audiencia. Cuando todo esto acabe volveré, necesito llevarle algunas prendas de ropa.

—William, ¿estás bien? —preguntó Robert.

—No —contestó él subiendo los peldaños de dos en dos hacia su dormitorio.

—¿Qué hacían Ellie y mi hermano en el convento? —James detuvo a Robert por la manga—. ¿Qué buscaban allí?

—No tengo ni idea, amigo —respondió Robert regresando a sus obligaciones—. Pasarían a saludar a la madre Fleur.

James se quedó solo en medio del pasillo preguntándose por qué William y Elizabeth se habían ido al convento de la Anunciación sin avisarle, con Rob y Mary, y ni siquiera se lo habían comentado. Todo era muy extraño.

Estaba harto de tanto misterio, de aquella especie de provisionalidad en la que se había convertido su vida, añorando a una mujer invisible, sin un futuro claro, realizando sus tareas y sus actividades por pura inercia, mientras su familia hacía cosas a sus espaldas, cosas como visitar en secreto el dichoso convento.

Dio un sonoro puñetazo contra la pared y se encaminó hacia las dependencias privadas de Ulrik con una decisión tomada, le iba a exigir que lo enviara de inmediato al siglo XX. Todo estaba preparado, no debía esperar más, no podía hacerlo, el insaciable deseo que sentía no lo dejaba dormir en paz, la preocupación y la frustración acabarían por matarlo.

* * *

A la misma hora, a pocos kilómetros, su añorada Madeleine se levantaba de la cama empapada y asustada. Había roto aguas.

Apoyada contra la pared de estuco llamó a Lucy, primero en un susurro, después con un grito, el terror le subía por el pecho y un dolor indescriptible le partía la columna vertebral en dos.

La encontraron de rodillas en el suelo de su habitación, inmediatamente la pusieron sobre varias esterillas, la taparon con mantas y trajeron todo lo necesario para el alumbramiento, a saber, agua caliente, paños limpios, tijeras... Maddy estaba muy asustada, aterrada, pero su hijo la obligaba a empujar con fuerza, las manos hábiles de la comadrona la hurgaron a conciencia para determinar que el bebé estaba bien colocado, y que la dilatación era rápida y perfecta. No había nada que temer.

Lucy y la madre Fleur le apretaban las manos en cada embestida del pequeño. Ella, de normal tímida y discreta, chilló y gritó a todo pulmón sin importarle nada y hasta tuvo tiempo de pensar en su madre y en que seguramente reprobaría con el ceño fruncido un comportamiento tan poco elegante.

Gracias a Dios su madre no estaba allí y finalmente, tras un último y desgarrado grito, nació su bebé, dejando a su madre agotada y llorosa. La madre Prudence lo envolvió con una sábana y se lo entregó hecho un ovillito, sucio y sonrojado.

—Es una preciosa niña —sentenció la monja, tan agotada como la parturienta—. Ahora hay que terminar el alumbramiento, querida, solo un pequeño esfuerzo más.

—Una niña... —Maddy abrazó a la pequeña sin poder contener las lágrimas. El resto del trabajo del parto lo acabaron rápido y, a pesar de los dolores, ya nada le importaba, su preciosa hija la miraba con sus ojillos rasgados, como si la reconociera—. Eres preciosa, amor mío, mamá te quiere tanto...

XXXIII

Después de pasar cuarenta y ocho horas en la cama, Elizabeth Forterque-Hamilton rogó que la dejaran levantarse para pasear un poco por la habitación. Se sentía mejor, al menos eso le contó Lucy a Madeleine mientras organizaban la ropa blanca del convento. La recién nacida permanecía en el capazo mirándolo todo con sus enormes ojos claros, mientras su madre y su tía postiza se ocupaban de las labores cotidianas.

Maddy había dormido ocho horas seguidas tras el nacimiento de la pequeña Fleur. Decidió llamarla así por dos razones, la primera era el cariño y agradecimiento que sentía por la madre superiora, que se estaba jugando prácticamente la vida por protegerla, y la segunda, porque la niña había nacido en el campo, rodeada de tierra, y aquella circunstancia tenía que marcar a cualquiera.

Fleur, que era una niña muy sana, pesó al nacer dos kilos y medio, dijeron las hermanas tras ponerla en la balanza de la cocina, sonrosada y con una pelusa rubia como único adorno en su cabecita redonda. Un angelito, sentenció su tocaya, y además muy comilona y dormilona. Dos horas después de dar a luz y ya instalada en su cama, Madeleine se la puso al pecho, la niña se alimentó con fuerza y finalmente, juntas y muy arropadas, se durmieron profunda y plácidamente durante más de ocho horas seguidas. La mejor medicina para una madre recién parida, le había asegurado la madre Prudence, que de eso sabía más que nadie en el mundo.

—El Duque se ha tenido que ir al castillo por la cita anual que tiene justo estos días con sus arrendatarios ¿sabes?... —comentaba Lucy, emocionada—. Pero ha dejado a uno de los guardias de Forterque Castle y a su hermana acompañado a lady Elizabeth y al pequeño Rob. Ella se ocupa de todo, vaya carácter... ¿Sabes que Fleur se parece muchísimo a lady Mary? Podría hasta pasar por su hija. La Duquesa me ha dicho que se pone muy mal cuando está separada de su esposo, que eso la entristece mucho, pero que está muy agradecida por nuestras atenciones.

—¿Ya está mejor? ¿Qué dice la hermana Prudence?

—Dice que es joven y sana, pero cree que el parto se adelantará. Lady Elizabeth nos contó esta mañana que Robert nació a los siete meses.

—¿Y cuando vuelve lord Forterque?

—Tal vez mañana, no están seguras, porque depende de la cantidad de campesinos que se acerquen para hablar con él y el tiempo que él necesite para solucionar sus cuitas.

Lo cierto es que la Duquesa de Forterque se quedó tres días más en el convento sin que su esposo regresara. Madeleine hacía encaje de bolillos para evitar toparse con Mary y con el pequeño Rob, que andaba por todas partes de la mano de alguna monja, y mirando a sus espaldas por si William aparecía de improviso. Su paranoia era tal que apenas salía de su cuarto y se pasaba las horas haciendo labor, escribiendo y leyendo. Fleur, que era un ángel, estaba encantada donde ella estuviera, de modo que apenas salían fuera de las cuatro paredes de su celda. Además, debía reponerse del parto, aunque ella se sintiera bien, fuerte y llena de energía desde el primer momento, la convalecencia y sus cuidados eran más que necesarios, le habían advertido, aunque lo cierto era que para ella el trance de dar a luz hubiera representado solo unos minutos, y su recuperación fuera casi milagrosa, debía ir con pausa.

El quinto día de estancia de Ellie en el convento, anunció que se sentía muy bien, así que animó a su cuñada para que se llevara al pequeño Robert a visitar el campo de trigo cercano al convento donde se celebraba una fiesta local, la típica festividad de verano, que la joven estimó sería muy divertida para su inquieto vástago. Mary la dejó sentada en el jardín principal de la Anunciación, con un aspecto magnífico, y partió rodeada por las hermanas hacia los campos en flor, con Rob de la mano y prometiendo regresar en seguida.

Por supuesto, Madeleine no pudo sumarse a la alegre excursión, así que decidió trabajar un rato en el huerto, con Fleur durmiendo en su moisés, y decidida a pasar la mañana al aire libre. El día era espléndido, y observó a la distancia a su pariente, que era tan guapa y tan adorable como su bisabuela Mary, su querida hermana Mary. Respiró hondo y se quedó quieta pensando en su hermana mayor a la que tanto echaba de menos, se inclinó para acariciar la carita de Fleur, y volvió a mirar a Elizabeth Forterque-Hamilton, una mujer del siglo XXI, embarazada y frágil, viviendo en medio de aquellos salvajes parajes.

Al menos ella tenía a William y a Rob, no estaba sola, ni vivía escondida en un convento, y se la veía plena y feliz, aunque obviamente la preocupación por su nuevo bebé debía de atenazarle el alma. Madeleine tragó

saliva, bajó la cabeza y regresó a su trabajo sin querer darle más vueltas al asunto. Allí permaneció, de rodillas entre las plantas, hasta que un ruido la sobresaltó. Calculó que al menos había transcurrido una hora desde que había vigilado por última vez a la Duquesa, así que se levantó, recogió el capazo de Fleur y se acercó para mirar mejor en dirección del jardín.

Elizabeth estaba de pie, doblada sobre sí misma y aferrada a un árbol, la silla se había volcado, y la joven hacía verdaderos esfuerzos para respirar. El sol estaba casi en lo alto, y hacía calor. Maddy miró a su alrededor, debía avisar a alguien, entró rápidamente por la parte trasera de los dormitorios y llamó a las hermanas, pero nadie respondió. Todas parecían haber salido, estaban solas... Llegó a la entrada del edificio justo en el momento en que Ellie daba un grito desgarrador agarrándose el vientre con una mano. Un líquido familiar, aunque esta vez manchado de sangre, salió de su cuerpo y salpicó el césped, Madeleine no lo pensó dos veces, dejó a la pequeña dormida en su moisés, en el suelo, y corrió para sujetar a la Duquesa por la cintura.

—Tranquila, tranquila, ya estoy aquí. —La abrazó para que no se cayera. Elizabeth estaba llorando y le dirigió una mirada agradecida, a la par que seguía aferrándose con la mano libre al árbol—. No se preocupe, llamaremos a alguien, ha roto aguas, es normal...

—No puedo dar a luz ahora —dijo Ellie apretándole la mano—. Es pronto, faltan dos meses... ¡Dios! No puedo...

—Claro que puede —contestó Maddy con tranquilidad mientras la sujetaba con firmeza, a pesar de que ambas compartían la misma frágil complexión física—. Ahora siéntese. Vamos a respirar juntas y a relajarnos, ¿bien? Uno, dos, tres... Respire hondo... Ya está. Otra vez: uno, dos...

Elizabeth reparó al instante en el acento de aquella preciosa monja que, aunque llevaba el hábito negro de rigor, no se cubría la cabeza con la típica toca de sus compañeras. Era la misma religiosa que había visto unos meses atrás en el huerto. Tenía un hermoso pelo largo, color cobre oscuro, muy brillante, sujeto en una larga trenza a la espalda, aunque se le escapaban unos mechones ondulados a la altura de las sienes. Tenía la piel blanca, y unos enormes y vivos ojos negros que le recordaron en seguida a los de todas las mujeres de su familia.

—¿Madeleine? —preguntó convencida. El dolor le estaba partiendo las caderas, pero su cabeza aún funcionaba con claridad.

—Sí, venga, respire. —A Maddy el mundo se le suspendió de repente, dejándola con la palabra en la boca y el alma congelada. Miró a Elizabeth Forterque-Hamilton y retrocedió instintivamente, cayendo en la cuenta inmediata de que había respondido por su nombre de pila. ¿Cómo sabía ella...?

—Santo cielo, ¿eres tú? —Ellie se incorporó un poco, con las lágrimas mojándole la cara, pero con una gran sonrisa.

—Milady, por el amor de Dios... —Sin querer miró en dirección del capazo de Fleur y volvió a mirar a la Duquesa con ojos aterrados—. Por favor, se lo ruego...

—¿Qué? —Ellie miró hacia el humilde moisés y vislumbró la figurita de un bebé dormido. Recordó que aquella joven estaba embarazada cuando la vio por primera vez. Un hijo, un bebé... ¿Sería de James?—. ¡Dios! —Otra contracción la paralizó y le arrancó nuevas lágrimas.

—Respire hondo. —Maddy se agachó para acariciarle la cabeza—. Iré en busca de ayuda.

—No, espera. —La sujetó por la muñeca para no perderla—. No queremos hacerte daño, no tengas miedo, solo queríamos encontrarte...

La madre Prudence apareció de pronto, corriendo en el jardín, y miró a Madeleine con agradecimiento, pero llamó a dos de sus aprendices para ocuparse de la Duquesa, sabía que el parto ya estaba en marcha, y debían actuar en seguida.

En dos minutos, había cuatro monjas rodeando a lady Elizabeth, pero ella no se soltaba de Maddy, aunque se retorciera de dolor. Las contracciones eran muy seguidas, el pequeño estaba a punto de nacer, y la sola idea la paralizaba de terror. ¿Qué sería de su hijo sin las atenciones médicas adecuadas, una incubadora, por ejemplo?

—No me dejes —le susurró a Madeleine entre lágrimas—, y ella asintió, apretándole la mano con una sonrisa.

La llevaron dentro aprovechando un momento de pausa en el trabajo de parto. La arrastraron fácilmente hacia su cama y ahí la prepararon para el inminente alumbramiento. Ellie se aferraba a Madeleine como si su vida dependiera de ello, y Maddy la consolaba como podía. Al ver que las monjas se miraban con cara de preocupación, empezó a temerse lo peor para la madre y el bebé prematuro y pensó que debían mandar llamar al padre. Era imperioso que William viniera para estar con su mujer, pero no hizo falta

enviar a nadie, porque en ese momento, como un milagro, lo vio aparecer por la puerta.

—¡William! —Ellie se aferró a los brazos de su marido, llorando—. Viene muy pronto, no puedo evitarlo...

—Calma, mi vida.

El enorme Duque de Forterque se arrodilló junto a ella para besarle la frente y abrazarla en medio de sus contracciones. Las monjas lo instaron a dejar el cuarto porque ningún hombre debía participar en el íntimo y casi sagrado ritual del parto, pero él se negó a abandonar a su mujer, así que Ellie se pegó a su pecho y ahí aguantó el dolor apretando los dientes. Maddy intentó entonces una discreta retirada, pero Elizabeth, con fuerza inusitada, la retuvo por la muñeca.

En aquel momento, William Forterque-Hamilton reparó por primera vez en las mujeres que rodeaban la cama y miró con los ojos celestes muy abiertos a Madeleine. Ninguna palabra salió de su garganta, pero la expresión de sorpresa era tal, que Maddy fue incapaz de sostenerle la mirada.

—No te vayas, Madeleine, por favor —le dijo Ellie—. Quédate conmigo.

Maddy y William cruzaron una elocuente mirada y no volvieron a ocuparse el uno del otro hasta que el parto finalizó. Elizabeth dio a luz a una preciosa niña apenas tres horas después de que se iniciaran las contracciones y, aunque era muy pequeñita, estaba entera y berreaba con unos pulmones muy saludables.

Ellie lloró, exhausta, sostenida por su marido, igualmente emocionado, cuando les enseñaron a la pequeña muy arrugadita y sucia. Los dos, embobados, estuvieron pendientes de ella mientras las expertas manos de la madre Prudence la limpiaban y acicalaban para dársela a su mamá. La pequeña Mary se aferró inmediatamente al pecho de su sorprendida progenitora y se alimentó, con una fuerza y una intensidad tal, que hicieron quejarse de dolor a su convaleciente y agotada madre.

—¡Santo cielo, pequeñita! —Ellie se dobló de dolor cuando Mary buscó su pezón desnudo y se enganchó a él como un ternero—. Eres una niña muy fuerte.

—Está sana —determinó la monja mientras recogía sus bártulos—, completamente sana. Si hubiera esperado dos meses más para nacer, la situación no habría sido tan sencilla para la madre, milord. La naturaleza es sabia...

—¿Está bien que se alimente tan pronto? —preguntó el padre un poco contrariado.

—Sí, mi vida —intervino Ellie acariciándole la mano—. En mi... en mi país, es lo normal ahora, poner a los niños inmediatamente al pecho, es bueno para recuperarse del parto, no te preocupes. Aunque esta pequeñita parece que quiere quedarse con todo de una vez —Bromeó y le sonrió. William comprobó que todo iba bien, besó la cabecita de la recién nacida y le plantó un enorme beso en la boca.

—Te amo —le dijo— Gracias, mi amor. Ahora vuelvo.

Ella devolvió el beso, él se puso de pie y salió del cuarto arrastrando a Madeleine por un brazo. Cuando llegaron al jardín, se estiró para desentumecer los músculos, respiró hondo, se giró hacia ella y la miró directamente a los ojos.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—No tengo palabras para explicarlo, William, no sé que pasó, pero el conjuro me trajo hasta aquí en lugar de llevarme de vuelta a casa, entonces la madre Fleur me dio alojamiento, me escondió, y decidí que era mejor permanecer oculta.

—¿Sabes acaso el sufrimiento que les has provocado a mi pobre e idiota hermano?

—Oficialmente soy una bruja, creo que mayor daño le hubiese hecho si lo buscaba...

—Una respuesta para todo... —Miró al cielo antes de continuar—. Será cuestión de familia... ¿Y ahora?, ¿qué hacemos? Dudo mucho que mi mujer te quiera dejar aquí, lleva meses planeando ir a buscarte al futuro, ¿sabes? Todo este circo es de locos. ¿Qué le diremos a James? Y, lo más importante, ¿cómo se lo diremos?

—Él no tiene por qué saber nada. Hablaré con tu esposa, él debe casarse con su nueva novia y seguir con su vida.

—Ya no va a casarse, Elizabeth lo convenció para que te buscara, pero ahora, no estoy seguro de qué es lo más conveniente para mi hermano... ¡Hijo! — De pronto a William la cara le mudó de enfado a felicidad, y sonrió en dirección de Rob, que venía corriendo con pasitos inseguros hacia él, seguido por Mary y la pequeña comitiva de monjas que aquella mañana habían salido camino del campo. Todos se habían olvidado de ellos hasta que regresaron, felices y cansados, de la fiesta. —¿Sabes qué, hombrecito? —le dijo

levantándolo por encima de su cabeza mientras el pequeñín gritaba de felicidad—. Ha nacido tu hermanita. Ahora está con mamá, ¿quieres conocerla?

—¿Cómo? —Mary llegó hasta ellos corriendo, primero miró a su hermano y luego fijó sus ojos en Madeleine, su expresión de sorpresa era exactamente la misma que Maddy había visto horas antes en la cara de William, bajó la mirada y guardó silencio—. ¿Ellie ha dado a luz?, ¿cómo? Si salimos de aquí hace solo unas horas... —Volvió a mirar a Maddy—. ¿Madeleine, eres tú?

—Hola, Mary —respondió ella con una única idea tamborileando en su cabeza. James había anulado la boda y quería buscarla ¿La amaba? ¿Cómo le hablaría de Fleur?—. Sí, soy yo. Elizabeth... Lady Forterque —corrigió mirando a William de soslayo—, se puso de parto al poco rato de que os marcharais, ha sido todo muy rápido.

—Están bien, las dos, es una preciosa niña que se llamará Mary como tu tía, ¿te gusta, hombrecito? —preguntó William a Rob mientras este lo miraba muy atento.

—¡Oh, Dios mío, William! —Mary se abrazó a su hermano y a su sobrino a la par—. ¡Es maravilloso, maravilloso! Quiero verlas, ¿puedo?

—Claro que puedes —contestó William acomodando a Robert sobre sus hombros—. Entremos todos y veamos cómo es la hermanita de Rob.

Maddy aprovechó el revuelo para escurrirse hacia la parte trasera del convento y esconderse en su dormitorio. Fleur estaba durmiendo en brazos de Lucy, así que se desplomó en la cama, miró a su amiga y se echó a llorar como una Magdalena.

XXXIV

Cuando Elizabeth despertó de su pesado sueño, William dormía a su lado, doblado e incómodo por la estrechez del lecho, pero abrazándola como siempre. La pequeña dormía en una cunita pegada a su costado, y Robert y Mary en sus respectivas camas, a cierta distancia, pero dentro de la misma habitación.

Era de madrugada, se sentía bien, ya no tenía dolores, aunque sí un poco de calor. Se movió para servirse un poco de agua, y la pequeña Mary protestó con un gritito que anunciaba el llanto. Así que se incorporó, la cogió de su cuna y se la puso al pecho. Era muy guapa, con una nariz pequeñita, una pelusa de pelo rubio en su cabecita redonda y unas manos muy finas, se parecía mucho a Rob de recién nacido.

—¿Qué ocurre? —preguntó su marido pegado a su hombro—¿Va todo bien?

—Tiene hambre, tú sigue durmiendo...

—Hum... —ronroneó en su cuello.

—Sigue durmiendo, William...

—Es preciosa, ¿no crees?, como tú. —Se pegó aún más a Ellie para mirar al bebé de cerca—. Tan pequeñita, tan perfecta, es un milagro.

—Es igual que Robert cuando nació ¿sabes?, por lo tanto, es igual que tú. Y sí, es un verdadero milagro, me alegro tanto de que llegaras a tiempo...

—Has sido tan valiente, cariño, estoy tan orgulloso. Ha sido maravilloso, gracias.

—Lo hemos hecho juntos... —Ellie bromeó y lo besó en la mejilla—. Es igualita a su padre, y eso me encanta.

—Bueno, yo espero que se parezca más a su madre, aunque cuando sea mayor tenga que espantar a los centenares de pretendientes que se acerquen al castillo.

—Solo con verte temblarán de miedo —se echó a reír bajito—. A propósito, no habrás asustado a Madeleine, ¿verdad? ¿Qué le has dicho ahí fuera? No la he vuelto a ver desde ayer...

—Dios mío, esa muchacha debe de estar loca. —La abrazó con precaución para acariciar delicadamente la mejilla de Mary, que se alimentaba, feliz, sujeta al pecho de su madre—. Dice que el hechizo no

funcionó, lleva meses escondida entre estas cuatro paredes. ¿Cómo pudo...? En fin, jamás entenderé a las mujeres...

—¿Has visto a su bebé?

—¿Qué bebé? —Ellie lo miró a los ojos, y William comprendió enseguida, se puso de pie, estaba medio desnudo, con los pantalones sin abrochar, a la altura de las caderas, sin camisa, el pelo largo y despeinado. Una vez más, Elizabeth se estremeció al contemplar su espléndida anatomía coronada por ese rostro varonil y tan hermoso. Lo vio pasearse cerca de la cama ceñudo e involuntariamente recordó la primera vez que lo había visto, elegante y distante, en la Universidad de Nueva York—. Esas ya son palabras mayores, si es hijo de James, tiene que trasladarse inmediatamente al castillo, es mi sangre.

—Creo que eso es asunto de ellos —respondió ella sin levantar la voz—. Manda a buscar a James, en seguida, debe saber lo que está pasando, pero son ellos los que deben decidir qué hacer, no tú...

—Yo soy el cabeza de familia y en esto no admitiré concesiones. Si es madre de un Forterque-Hamilton, debe vivir bajo mi techo, me da igual lo que ellos decidan.

Al día siguiente, uno de los escoltas de lord Forterque partió veloz al castillo para anunciar el nacimiento de la nueva lady Mary Elizabeth y para buscar a James. Madeleine vio salir al jinete al galope, pero no imaginó que su tarea consistía en alertar a James para que se presentara en el convento.

Desde el parto de Elizabeth, no había querido acercarse a sus habitaciones, no sabía qué decir. Por la mañana, tras el alumbramiento, la Duquesa la había mandado llamar varias veces, e incluso Mary había estado preguntando por ella en el hospital y las cocinas, pero con astucia había conseguido esquivar el encuentro durante toda la jornada, e incluso cenar y dormir tranquila en su cuarto, amparada por la madre Fleur, que no dejó que nadie osara acercarse a las celdas de las monjas.

Por supuesto estaba preocupada, Ellie había visto al bebé, ¿Cuánto tiempo podría evitarla? Se sentía confundida y asustada, y no dejaba de pensar en el momento en que tendría que enfrentarse a James para contarle la verdad, porque seguro que William Forterque-Hamilton no admitiría otra cosa.

Cuarenta y ocho horas después del nacimiento de la pequeña lady Forterque-Hamilton, se encaminó al huerto para recoger algunas hortalizas,

vestida con su hábito negro y con la toca bien sujeta, pero, aún así, no pasó inadvertida para la duquesa, que estaba dando muestras de ser una mujer muy persistente.

—¿Hablarás conmigo o tendré que seguir arrastrándome por el convento?, con lo torpe que estoy —Elizabeth Forterque-Hamilton llegó hasta su huerto del brazo de Mary, lenta pero segura. Estaba radiante, vestida con un sencillo traje color violeta, preciosa y, como siempre, sonreía.

—Milady.

—Nada de milady —soltó moviendo la cabeza—. Creo que tenemos que hablar, Madeleine; además, quería agradecerte que me ayudaras en el jardín. Si no hubiera sido por ti, podría haberme desangrado, y mi hija podría haber muerto.

—¡Jesús bendito! —exclamó Mary, santiguándose—. No digas esas cosas...

—Es cierto, y soy consciente de que te has arriesgado mucho al aparecer delante de nosotros.

—No sé qué decir... Yo no podía dejarla así... —Sin saber cómo, hizo un puchero y se echó a llorar como una cría.

—No, no, no llores... —Ellie y Mary la abrazaron—. Todo va a ir bien, ya verás.

—Mary, cariño —dijo suavemente Ellie dirigiéndose a su cuñada, que se había afanado en acercarles unos taburetes para que se sentaran—. ¿Podrías dejarnos un ratito a solas?, solo un momento y así puedes echar un vistazo a William y a la niña. Tu hermano se quedó dormido con ella, pero puede despertarse, y tampoco sé exactamente dónde anda Rob...

—De acuerdo —contestó Mary con una sonrisa, apretó la mano de Ellie y las dejó solas a la sombra de un manzano.

—Madeleine —comenzó a decir Ellie con el corazón encogido, intentando que Madeleine dejara de sollozar—. No queremos hacerte ningún daño. Yo comprendo que a veces mi marido puede llegar a ser un poco brusco, no sé exactamente qué te ha dicho, pero te doy mi palabra de honor de que no haremos nada contra ti o tu bebé.

—Él no me ha dicho nada —respondió Maddy, aferrada a la mano tan cálida de Elizabeth—. Quiero que sepan que yo no quise hacerle daño a James. Yo solo pretendía protegerlo, no fue mi culpa que el hechizo no funcionara, simplemente aparecí aquí unos días después, y ¿qué podía hacer? Tunstall,

Marian de Lancaster, mucha gente me buscaba... No quise hacerlo así, William dice que James ha sufrido muchísimo, ¿y yo? Yo estoy como muerta en vida, solo tengo a Fleur, y no sé qué sucederá a partir de ahora. Él no me lo perdonará...

—¿Fleur? —dijo Ellie con lágrimas en los ojos—. Es un nombre precioso... ¿es hija de James?

—¡Claro! —Madeleine la miró con sorpresa.

—Por supuesto, cariño, ¿o sea que tenemos una sobrinita?

—No sé si él lo aceptará tan fácilmente, Duquesa.

—Elizabeth.

—Elizabeth, yo he pensado que seguramente este es el momento de volver a casa con mi hija.

—No. —dijo tajante—. No, primero tenéis que hablar, él lo comprenderá, le daremos tiempo, y él lo comprenderá todo, ya sabes cómo es James, es un hombre íntegro, inteligente y muy cariñoso.

—Pero le he ocultado a su hija, le he hecho daño... William dice...

—Fue por un buen motivo. No sigas huyendo, por favor, lo que tenemos que encontrar ahora es la forma de que sigas desaparecida para el resto del mundo. Ya me han explicado las circunstancias que te rodean, Madeleine, y juntos conseguiremos superar esto. Confía en mí ¿de acuerdo?

—... —Guardó silencio y asintió.

—¿Cuándo nació Fleur?

—Cuatro días antes que la pequeña Mary Elizabeth.

—¿En serio? ¿y estás bien?

—Perfectamente, gracias.

—Se te ve maravillosamente bien —Estiró la mano y le acarició la suya—. Me alegro tanto de conocerte.

* * *

Tras muchos ruegos, súplicas y hasta un llanto sincero de Elizabeth Forterque-Hamilton, Madeleine accedió a trasladarse al castillo Forterque para hablar con James y enfrentar la nueva realidad que ella sola se había buscado al aparecer ante los ojos de Ellie en el convento.

Sin decir adiós, sino tomándose la mudanza como algo provisional, dejó entre abrazos, recomendaciones y consejos a sus hermanas, a la madre Fleur

y a la pobre Lucy, que se moría de pena por tener que separarse de la pequeña Fleur. Había tenido casi cinco días para charlar con Ellie, meditarlo con calma y convencerse de que era prioritario enfrentar a James. Tenía que hablar con él, le debía muchas explicaciones y tanto el duque como la duquesa, se habían comprometido a apoyarla en tan difícil tarea.

Las cosas siempre suceden por algo, le dijo la madre superiora al despedirla, y Maddy aceptó la idea con convencimiento, además, el cariño y la comprensión con que Ellie, William y Mary la habían acogido a ella y a Fleur no tenían precio y esa era la señal que necesitaba para dar el paso, dejar de esconderse y mirar a James a la cara.

Lamentablemente, cuando Robert Wilson llegó al convento de la Anunciación con varios de sus hombres para recogerlos y escoltarlos de vuelta a Forterque Castle, les contó que James no estaba en casa, se había marchado de viaje, y que John McDonaldson se había ido con él, así pues, las explicaciones tendrían que esperar, sin embargo, siguió adelante con sus planes. No cabían más dudas y de ese modo, muy nerviosa, Madeleine McDonaldson llegó al castillo Forterque por segunda vez en su vida, en compañía de los Duques, sus hijos y lady Mary, donde fueron recibidos con grandes muestras de respeto y afecto por todo el mundo.

Sin tiempo para asimilarlo, se encontró ocupando unas dependencias propias, junto a la habitación de James, cuarto que se negó rotundamente a ocupar sin su consentimiento, y dejó que Fleur fuera mimada, atendida y querida por su verdadera familia.

A los siete días de dar a luz, Elizabeth ya se movía por la casa con la energía de siempre y procuraba hacerle la estancia lo más agradable posible. La presentó a todo el mundo como su prima, y la integró rápidamente al ritmo y la actividad de su enorme hogar. La joven Duquesa combinaba como podía sus obligaciones como señora de la casa, su escuelita, su marido, su niño de año y medio, y su recién nacida, no paraba, pero se mostraba siempre atenta y cariñosa con Fleur, y muy pendiente de Madeleine, que rápidamente empezó a sentirse segura y tranquila a su lado.

—¿Qué es lo que más echas de menos de tu época? —Se atrevió a preguntar un día a Ellie tras la cena. No hablaban nunca de su origen, como si estuviera prohibido recordar el pasado, pero aquella noche estaban relajados, disfrutando de una agradable velada en familia y decidió indagar un poco. William acababa de sumarse a ellos, tras atender un problema en los establos,

y observó a su mujer con curiosidad.

—Hum... —La Duquesa miró al cielo pensativa. Estaba sentada en la alfombra, viendo un libro de cuentos que había traído del futuro con Rob y Andrew, el hijo de Robert y Jane Wilson, vestida de color violeta y con el pelo castaño suelto sobre los hombros, parecía una niña, y Madeleine sonrió divertida al ver su cara de duda—. ¿El cine, el chocolate con almendras, los espaguetis con gambas? No sé... ¿Y tú?

—El chocolate, por supuesto —sentenció Madeleine—. Y los batidos de fresa.

—Comida, muy profundo —bromeó William, que se había desplomado en su butaca favorita moviendo la cabeza.

—Los avances médicos, la asepsia, los ascensores, los museos, los aviones, los automóviles —dijo Robert Wilson con aire pensativo.

—¿Fue muy duro estar allí? —Pregunto a William.

—Lo fue, hasta que conocí a la señorita Butler, aquí presente —respondió él mirando a su mujer.

—Sí, sí, debió ser muy duro vivir en un castillo maravilloso, rodeado de comodidades, con avión privado, coches de lujo, chofer y mayordomo, por supuesto —bromeó Ellie—. Durísimo.

—¿Ah sí?, ¿qué castillo? —Preguntó Maddy.

—Este castillo, que llegó al siglo XXI siendo íntegramente propiedad Forterque, así lo procuramos, previendo nuestra llegada al futuro. Los beneficios del viaje en el tiempo —explicó Robert, orgulloso de sus propias maniobras para preparar un futuro adecuado para su llegada y la de William al año 2003. Desde 1534, el primer viaje en el tiempo, habían tomado serias medidas para adelantarse a los acontecimientos, y aquellas medidas — propiedades, fortunas, herencias— habían funcionado a la perfección—. Nos procuramos un pasar a la altura de un noble, nada más.

—Claro —opinó Ellie.

—Si las circunstancias hubiesen sido otras, tal vez lo hubiese disfrutado más —opinó William, estirando sus largas piernas sin

quitar la vista de encima de su preciosa mujer—. Pero tú sabes, querida esposa, que no fue así, por muchas comodidades que me rodearan, no fue nada fácil, pero he de reconocer que yo añoro, si cabe la palabra, los transportes; eso es impresionante, realmente impresionante.

—Mejor no pregunto sobre los detalles, no quiero marearme —dijo

Madeleine bufando—. Yo me quedo con el chocolate.

—Claro que sí —sentenció Ellie, riéndose—. Uno echa de menos las pequeñas cosas. Además, ante esta misma pregunta, mi vida, en el año 2004, tú me contestaste que añorabas el pan recién horneado de tu cocina, ¿recuerdas?

—Sí, puede ser, pero yo no tenía aviones, ni transbordadores espaciales, ni medicina nuclear en 1534, así que solo me quedaba el pan recién hecho.

—Sí, mi amor, por supuesto...

* * *

Unos días después de su llegada, Maddy apenas se acordaba de los motivos por los que había vuelto y se movía como pez en el agua por las dependencias del enorme castillo. De vez en cuando, pensaba en James, y un pinchazo de angustia le paralizaba el corazón, pero la buena acogida por parte de toda la familia la animaba a ser optimista y a esperar al padre de su hija con la mejor disposición.

—Vamos a la cama. —William abrazó a su mujer por la espalda y hundió la cara en su cuello fragante a violetas. Ella ya había recuperado completamente la figura, nada indicaba que había dado a luz hacía apenas quince días, y él deslizó la mano por sus caderas suspirando, mientras Ellie siguió recogiendo la mesa sin prestarle demasiada atención. Madeleine los miró desde la alfombra donde vigilaba a las niñas y jugaba con Rob y Andrew, y sonrió—. Te echo de menos.

—Aún tengo algunas cosas que hacer, mi vida, sube tú y ahora voy yo, ¿quieres?

—Eso ni lo sueñes —soltó Mary acercándose a la mesa y William se giró hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Cómo dices?

—Ella debe respetar la cuarentena —contestó, roja como un tomate. Ellie dejó lo que estaba haciendo para mirarla con atención—. Al menos deja que se recupere un poco más...

—¿¡Qué?! —preguntó William poniéndose las manos en las caderas.

—Soy la única mujer de tu familia que puede recordártelo y eso hago. Es mi deber y mi obligación.

—Está bien, está bien —terció Elizabeth, mirando de soslayo a Madeleine—.

Gracias, Mary, por supuesto que lo sabemos, aquí todos somos adultos, pero gracias por tu preocupación. William, mi amor, en cinco minutos estaré contigo, ve subiendo. Rob, a la cama...

William Forterque-Hamilton se quedó de pie en el centro del comedor, con las piernas separadas y una cara que daba miedo, su hermana agachó la cabeza y partió camino de las cocinas en silencio. Robert Wilson y su mujer, que estaban también en el salón, no daban crédito a una impertinencia tan impropia de Mary.

—Se está convirtiendo en una solterona entrometida —murmuró William.

—No hables así de tu hermana —lo interrumpió Elizabeth muy seria—. Cuida de nosotros, eso es todo, se preocupa por nuestro bienestar, así que no pienso consentir que hables así de ella.

—¿Ah no? —bromeó William sujetándola al vuelo para abrazarla y besarla con la boca abierta. Una muestra pública de afecto que no parecía escandalizar a nadie, a nadie salvo a Madeleine, que tuvo que desviar la vista para no sonrojarse hasta las orejas.

—¿Qué pasa aquí?! —El vozarrón inconfundible de James Forterque-Hamilton interrumpió la escena de golpe y provocó que Maddie se pusiera de pie de un salto—. Por el amor de Dios, deja a tu mujer en paz, ¿quieres, hermano?

James acababa de llegar al castillo procedente de Eton, dónde había ido a buscar al maestro Ulrik, pero llegaba sin el viejo druida que estaba en la cama con la gripe. Sin previo aviso y de noche, algo poco habitual por aquellos confines, había conseguido llegar a casa para arrasar con los restos de la cena y descansar plácidamente en su cama. Venía de buen humor y satisfecho porque, tras muchas horas de presiones y charlas, había conseguido, al fin, una maldita piedra con las inscripciones del hechizo para realizar el tránsito al futuro. Sus planes a corto plazo eran, por tanto, cenar, dormir y partir al día siguiente en busca de Madeleine. John lo acompañaría al siglo XX, y todos contentos.

Tiró su polvoriento talego al suelo, apoyó la espada contra la pared y empezó a sacarse el cinto lleno de armas y artilugios varios, mientras Rob y Andrew se le colgaban de las piernas. El silencio era absoluto, pero él no se percató de nada, tampoco de la presencia de Madeleine, estaba demasiado ocupado jugando y bromeando con los niños, hasta que, tras unos minutos, se dio cuenta de que algo raro estaba pasando, subió la vista y observó con sus

ojos dorados el semblante extraño de su hermano y la seriedad, poco común, en el rostro de su cuñada, vislumbró la figura tensa de Robert Wilson y finalmente miró a su derecha con el corazón inquieto, esperándose lo peor.

Enfocó varias veces los ojos ante la imagen, primero pensó que se trataba de Mary, pero en seguida desechó la idea, porque la figura que permanecía de pie de espaldas a la chimenea era más menuda y más pequeña que su hermana. Siguió mirando y, cuando descubrió con claridad el precioso rostro de Madeleine a pocos centímetros de distancia, el corazón pareció desbocársele en el pecho, retrocedió unos pasos para serenarse, pero ya era demasiado tarde, la cabeza le estalló en un destello brillante y cegador.

—¡Dios mío, James! —Todos, salvo Maddy, que permanecía paralizada en su sitio, corrieron para atender al recién llegado. Con sus casi dos metros de estatura, James Forterque-Hamilton se había desplomado con un sonoro estruendo al suelo, asustando a los niños y haciendo aparecer a Mary, a John McDonaldson y a varios criados en el comedor—. ¡James!

Madeleine no se podía mover, apenas podía respirar. Se dobló para atajar las náuseas e intentó calmarse, miró a James, inconsciente en el suelo, hermoso y fuerte como un príncipe de cuento, y sintió que también le fallaban las piernas. Alguien la agarró por el codo y la sentó en un sillón, era Elizabeth, que le acercó un vaso de agua mientras le decía algo, pero ella apenas la entendió. Los oídos le pitaban, aunque poco a poco fue recuperando los sentidos y pudo observar con claridad al padre de su hija siendo atendido por su familia, a William y Mary intentando incorporarlo, a Rob, que adoraba a su tío, dándole besitos en la frente y a Jane Wilson abanicándolo con energía.

—Ellie, por favor —dijo William indicándole con la mirada que se ocupara del niño—. Cariño, ve con mamá, el tío se repondrá en seguida.

—¿Madeleine? —preguntó James abriendo los ojos—. ¿Maddy?

—¿Maddy? —John McDonaldson la vio por primera vez y se puso tan pálido que Madeleine temió porque él también se desmayara—. ¿Cuándo has...? ¡Madeleine...!

Todos guardaron silencio y la miraron esperando a que hiciera algo, pero ella no conseguía que sus músculos le respondieran. Elizabeth regresó a su lado con Robert en brazos y le tocó el hombro para animarla a acercarse, entonces se levantó, se arregló la falda, caminó en medio del silencio general

y se arrodilló junto a James para mirarlo a los ojos.

—James, lo siento. No quería que fuera así.

Él abrió completamente los ojos, sonrió con ellos, la sujetó por la nuca y le plantó un beso que la dejó sin respiración. Sus lenguas se encontraron con la misma ansiedad de antaño, con una fuerza y una energía que aislaron completamente a Madeleine del mundo, se olvidó por unos segundos donde se encontraban y el hecho de que estaban rodeados de gente, nada era importante, nada salvo las manos de James recorriendo su espalda y la risa que soltó en cuanto se separaron para mirarse directamente a los ojos.

—Te he echado tanto de menos —dijo él, chispeante de felicidad—. Pero ¿cuándo has venido?, ¿por qué nadie me ha avisado? —Miró a sus hermanos sin comprender la expresión angustiada de sus miradas—. No os preocupéis, estoy perfectamente. —De un salto, se puso de pie haciendo reír a los niños—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Quince días —respondió William ante el silencio de ella.

—¿Tanto? —La miró frunciendo el ceño—. ¿Por qué no me habéis mandado llamar? Cielo, estás preciosa... ¿No es preciosa? —Miró a todo el mundo y se volvió para cogerla en brazos y besarla sin ningún pudor.

John no dijo nada, esperó a que acabaran los saludos, se acercó y simplemente la abrazó y le besó en la frente, tenía los ojos húmedos y Maddy le apretó las manos mirándolo con una sonrisa. Su hermano mayor era otra persona, tan fuerte, tan recio y tan cálido. A ella las lágrimas se le agolparon también en la garganta y volvió a abrazarlo.

—Dios mío, ¿por qué tanto silencio? —preguntó James cada vez más desconcertado—. Y ¿dónde está mi nuevo sobrino?

—Sobrina —señaló William abrazando a Elizabeth—. Mary Elizabeth.

—Mary Elizabeth, muy bonito, ¿dónde está? Ellie, tú estás preciosa. —Agarró a Madeleine de la mano y se acercó a su cuñada para besarla en la mejilla—. Enhorabuena... —El llanto de Fleur rompió el silencio, James giró la cabeza y pudo ver a dos bebés en sus respectivos moisés. Maddy se deshizo de su mano y se inclinó para atender a la pequeña, la sacó de la cuna, la abrazó contra su pecho y se volvió hacia él para mirarlo a los ojos.

—¿Habéis tenido dos niñas? —preguntó con toda la ingenuidad del mundo.

—No, ella es Fleur, y es mía —respondió Maddy sujetando bien a su pequeña.

—¿Qué? —Con las manos en las caderas, la miró completamente confundido—. ¿Es nuestro? ¿Es mi hijo?, ¿me estás diciendo eso?
—Es una niña —contestó Maddy acariciando la perfecta cabecita rubia de su pequeña—. Tiene veintidós días, y sí, es tu hija, James.

Dio un paso hacia atrás porque a punto estuvo otra vez de perder el equilibrio. William soltó a su mujer para sujetarlo por la espalda y lo sostuvo hasta que fue capaz de asimilar tanta información de golpe, estaba conmocionado: un hijo, una preciosa niña que ella ahora traía a su casa para que pudieran vivir juntos... Las lágrimas acudieron rápidamente a sus enormes ojos claros, miró a su familia con una radiante sonrisa en la cara y comprobó que Elizabeth y Mary también estaban llorando, John McDonaldson, en cambio, cayó sobre una butaca pálido y con la boca abierta.
—Mi hija —repitió abrazando fuertemente a su hermano, quien devolvió el gesto con energía—. ¡Dios, Maddy! ¿Puedo tocarla?

Con lágrimas en los ojos y el corazón encogido, ella puso a la pequeña en las enormes manos de su emocionado padre. Fleur abrió los ojitos azules y lo miró bastante rato, James no podía dejar de llorar, todos estaban llorando, incluso William, que no quiso interrumpir el mágico momento, vivido por él mismo hacía muy poco tiempo. Padre e hija se quedaron mirando, embobados, por un instante eterno.

—¡Vino! —gritó el Duque a los sirvientes—. Traed vino y venid todos, vamos a agasajar a la hija de mi hermano. ¡Vamos, McDonaldson, saluda a tu sobrina! Tienes que estar orgulloso.

—¿Cómo que no se ha ido al futuro? ¿Cómo que ha estado escondida?

A John McDonaldson la cabeza le daba vueltas y no era por culpa del exquisito vino sacado de las bodegas del Duque para celebrar el regreso de su hermana y el nacimiento de su sobrina. No, no era eso, la verdad es que estaba muy contrariado, y únicamente Mary parecía preocupada por su desconcierto. Robert Wilson le acababa de explicar las circunstancias de Madeleine en el convento de la Anunciación, y estaba realmente sorprendido con la verdad.

—Ya lo sé —dijo Mary sentándose cerca, en el patio. Era muy tarde, pero todo el mundo estaba celebrando en el gran salón la vuelta de Maddy y nadie parecía tener intenciones de irse a la cama—. Ella se asustó, sabía los riesgos que corría con el Obispo pisándoles los talones, no sé, es natural que optara por esconderse.

—Esconderse, de acuerdo, pero no de nosotros. Una vez más, creo que el sentido común de mi hermana ha brillado por su ausencia.

—Mi opinión es que no debemos ser tan severos con ella, al fin y al cabo, James está feliz, los dos están felices.

—Algo que lo honra —determinó John poniéndose de pie. Estaba enfadado con su hermana, no había actuado como la mujer adulta que aparentaba ser. Lo del hijo era lo de menos, pero el hecho de ocultarse, de hacer sufrir al pobre James —que ya bastante había hecho por ella— de toda la familia Forterque-Hamilton, jamás podría comprenderlo. Aunque ya no era hora para reproches, hablaría con Madeleine seriamente, tenía que volver a la realidad de una vez por todas, no podía seguir actuando como una heroína de novela barata, era una mujer hecha y derecha, hombre, y ahora, encima, madre—. James es un hombre noble, Mary, pero no sé cómo reaccionará cuando conozca todos los detalles de esta historia.

—Él la ama, ¿cómo crees que reaccionará? Ellie y yo estamos seguras de que él lo comprenderá.

—El amor a veces no es suficiente. —John lo dijo con sinceridad, aunque inmediatamente supuso que tal reflexión era un poco inadecuada para la dulce e ingenua mentalidad de su anfitriona y se volvió

hacia ella con una sonrisa.

—¿No? —respondió Mary con la mirada perdida—. Mi experiencia es nula en estos campos, milord, pero he visto a mi hermano mayor cruzar el tiempo, arriesgar su vida y luchar espada en mano, sin dudarlo, por su mujer. Para ellos el amor ha sido más que suficiente.

—El amor, la confianza, la complicidad, la lealtad, el compañerismo... Es un conjunto de muchas cosas, Mary, a eso me refiero, sin lo demás, el amor no es suficiente.

—Bueno, Madeleine y James lo tienen todo.

—Claro. —John se volvió para mirar el campo solitario, silencioso y oscuro, no iba a discutir con ella. Él era un escéptico, con las ideas claras, y ahora se preguntaba si James podría confiar algún día en Madeleine con los ojos cerrados, como hacía William con Elizabeth, después de que ella le contara todos los detalles de su aventura. Su hermana no había actuado bien, y esperar para hablar con James del tema tampoco era comprensible. No culparía a Forterque-Hamilton si acababa por darle la espalda—. Supongo que yo tengo un punto de vista diferente.

—La intensidad es un factor importante. —La dulce voz de Elizabeth Forterque lo sacó de su ensimismamiento y se volvió bruscamente hacia ella, sobresaltándola un poco—. Siento interrumpir e inmiscuirme —agregó la joven sentándose en uno de los peldaños de la escalera—, pero no pude evitar oírte, John.

—¿Intensidad? —dijo él soltando una risita burlona.

—Si algo he aprendido de los hombres y mujeres de esta época, John, es que viven y respiran en un nivel de intensidad y pasión muy superior a los de mi época, y supongo que a los de la tuya. Aquí no hay medias tintas, se ama incondicionalmente, se siente muy profundamente... Las circunstancias se comprenden de manera diferente, y nuestra mente “moderna”, racional y escéptica jamás logrará comprenderlo. —Sonrió y los miró a ambos con una gran sonrisa—. Así que te aconsejo que no pienses más y te dejes llevar. Ya verás cómo para James el amor será más que suficiente.

—¿Las promesas de amor se cumplen? —preguntó, incrédulo.

—Si prometen amor eterno, lo sienten, si prometen cruzar siglos para ir a buscarte, lo harán, si prometen protegerte, darán su vida por cumplirlo. Las promesas de amor siempre se cumplen, John, en este tiempo, las personas son así, y los Forterque-Hamilton, aún más... —Miró a Mary con cariño y su

cuñada le devolvió la sonrisa con orgullo.

—Estoy de acuerdo con una parte de esos argumentos, pero ella se escondió, lo mantuvo ignorante de lo que estaba pasando, le hizo daño... en fin, si no la hubieseis encontrado en el convento, ¿qué demonios habría terminado haciendo? ¿Y si yo me hubiese marchado a mi época y no la hubiese encontrado allí...? ¿Cómo crees que podría haber seguido viviendo?

—Pero eso no ocurrió —intervino Mary, siempre conciliadora—. ¿Por qué no intentamos ser comprensivos, generosos y compasivos? Debemos apoyarlos y dejar de cuestionarlo todo.

—Bien dicho —sentenció Ellie con cara de agotamiento—. Dejemos de sufrir por lo que no sucedió, ya hemos pasado bastante en esta familia.

—Me encantaría verlo de esa forma —dijo John mirando a Mary con disimulo. Por ella sí que el amor sería suficiente, pensó y carraspeó arreglándose la camisa—. Haré un intento...

—¿Habéis visto a mi mujer? —William apareció en el patio con la mirada chispeante—. Ellie, ¿qué haces aquí?

—Estoy tomando un poco de aire fresco antes de subir a la cama, pero ya me voy a dormir.

—¿Estás bien? —Se inclinó para mirarla a los ojos y besarla en los labios—. Te acompaño, vamos.

—Vamos, buenas noches. —Ellie se levantó con algo de dificultad de los fríos peldaños de piedra y se agarró a la mano de su marido—. Y, John, deja tu raciocinio moderno en un baúl o te volverás loco, hazme caso.

Los jóvenes Duques de Forterque se despidieron con un beso en la frente de Mary y entraron en el castillo para subir a sus habitaciones. William llevaba a su mujer sujeta por la cintura, y ella se acurrucaba contra él. La diferencia de estatura era impresionante, sin embargo, eran la más viva representación de la unión, el equilibrio y el amor. Al menos eso se le antojó a John McDonaldson, que los siguió con la mirada hasta que se perdieron en la oscuridad de la enorme casa.

—Vale la pena, ¿verdad? —preguntó de pronto Mary, pendiente de su mirada.

—Sí, vale la pena —respondió él, que sabía a qué se refería—. Supongo que tenéis razón. —Mary lo observó en silencio—. ¿Crees que para nosotros también lo hay?

—¿Qué cosa? —El corazón comenzó a latirle muy fuerte, y temió

ponerse colorada como un tomate.

—Ese amor que lo puede todo.

—No lo sé. —Las piernas le temblaron, y tuvo que apoyarse en la balaustrada. No podía mirarlo a los ojos, el alma se le alegró en el pecho, y el pulso se le alteró inexplicablemente—. No suelo pensar en esas cosas.

—Yo tampoco, aunque, últimamente...

—¡Milady! —La voz de una de las empleadas de la casa rompió el mágico momento que los estaba empezando a envolver. Mary Forterque-Hamilton saltó de su sitio para atender a la doncella y olvidó a John en seguida—. Necesitamos la llave de la despensa, el amo James quiere comer jamón.

—Muy bien, Joanna, ahora voy. Buenas noches, John. —Mary abandonó el patio, aliviada, y dejó al apuesto caballero con la palabra en la boca. Era mejor así, pensó; respiró hondo y se lanzó a su labor con premura.

John sintió que se le aflojaba el cuerpo y se aferró a la escalera con fuerza. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? ¿Qué pretendía?, ¿enamorar a él también de una Forterque-Hamilton? ¡Por el amor de Dios! —se reprendió en voz alta, mientras bajaba los escalones para buscar alivio con una caminata nocturna— McDonaldson, eres un imbécil. Ella jamás te aceptaría, y su hermano te descuartizaría con sus propias manos antes de permitir que le pusieras un solo dedo encima. Sin nombre, ni título, ni tierras, ni dinero, aquí no eres nadie. Concéntrate en volver a casa y recuperar tu vida.

XXXVI

—Te deseo tanto, ¡Dios! —James la arrinconó en un pasillo cuando regresaba de acostar a la pequeña Fleur. La fiesta improvisada tras su llegada los había entretenido, y les había impedido seguir hablando y aclarando sus circunstancias. James había brindado demasiado por su hija y por su recuperada Madeleine y, a aquellas horas de la noche, chispeante y muy divertido, solo tenía ganas de continuar la fiesta—. Ven aquí, preciosa.

Con fuerza y habilidad, la inmovilizó contra la curva oscura y oculta de una de las torres y, antes de que ella pudiera impedirselo, le había desabrochado el escote buscando con ansiedad sus pechos. Estaba muy excitado, feliz, y comenzó a besarla con urgencia.

—¡Dios!, ¡Dios! —repetía, deleitándose en su piel caliente y olorosa—. Te amo y te he echado tanto de menos.

Ella quiso perder el control, lo añoraba tanto, lo deseaba tanto, pero no podía hacerlo, aún era pronto para ella después del parto; además, la sombra de la verdad le pesaba como una losa sobre la cabeza y era consciente de que antes de dar cualquier paso hacia adelante en su relación, debían hablar, y muy seriamente. Retrocedió y buscó sus maravillosos ojos color miel con una sonrisa.

—James...

—¿Me sigues amando?

—Nunca he dejado de hacerlo. Escucha...

—¿Me deseas?

—Te amo y te deseo, y lo haré el resto de mi vida.

—Con eso es suficiente. —La atrapó de un salto, a pesar del mareo provocado por el vino, y se la subió al hombro. Ella protestó, pero no había escapatoria, así que se dejó arrastrar camino del dormitorio.

—Escúchame, tenemos que hablar. —atterizó suavemente sobre las mantas de la enorme cama de James. Fleur dormía plácidamente en la habitación contigua, vigilada por una de las doncellas, así que tenían el resto de la noche para aclarar las cosas. Él se desnudó muy rápido, regalándole su estupenda imagen recortada contra la luz de las velas, se reclinó sobre ella y, con una gran sonrisa, empezó a desnudarla con calma—. James, por favor, he dado a

luz hace muy poco tiempo, no podemos...

—¿No? —preguntó él asombrado.

—No, no es recomendable, debemos esperar al menos un mes, cuarenta días.

—Inconscientemente se sonrojó, aquella era una situación nueva, demasiado íntima, y hacía tanto tiempo que no estaban juntos que se sintió muy violenta y desvió los ojos hacia la pared—. Lo siento.

—No lo sientas... Pero ¿puedes besarme? ¿Puedo besarte? —Bromeó echándosele encima—. ¿Puedes tocarme?

Se desnudaron, se acariciaron y se besaron a conciencia y suavemente, deleitándose en cada rincón oculto de sus cuerpos, en cada aroma, en cada recuerdo y cuando al fin se taparon con las mantas, completamente desnudos, James la abrazó contra su pecho y le acarició el pelo con ternura.

—Gracias —dijo con la voz ronca—, por haber vuelto conmigo, por Fleur, gracias por estar a mi lado, Maddy, creo que si no... —El llanto inundó su garganta, y Madeleine se incorporó para tocarle la cara y besarle las lágrimas.

—James, escucha, tenemos que hablar, tienes que saber algo. Yo no he dejado de pensar en ti ni un solo segundo desde que nos separamos. Te juro por Dios que jamás he dejado de quererte y que ahora me siento la mujer más dichosa del mundo por poder volver a tu lado, pero tengo algo que contarte.

—¿Qué? —preguntó él divertido—. ¿Por qué no lo dejamos para mañana? Estoy algo borracho, ¿sabes? Cualquier cosa puede esperar.

—No, cariño, no puede esperar, escúchame... ¿James?

—Mmm... — Con una mano la giró en la cama, la abrazó por la espalda y, un instante después, estaba durmiendo profundamente, con el ronquido suave y pausado de un hombre satisfecho.

* * *

La casa empezó a despertar a las ocho de la mañana, muy tarde para su trajín habitual, debido a que la fiesta improvisada la noche anterior se había extendido hasta altas horas de la madrugada para todo el mundo. Elizabeth bajó silenciosamente a la cocina con sus hijos, dispuesta a preparar el desayuno para Rob, y al entrar se encontró de bruces con Madeleine, que ojerosa y seria, estaba sentada en una de las mesas. La joven tenía un enorme tazón de leche sin probar, y su hija dormía muy tranquila en su cunita, a su lado. Kate, la cocinera, empezaba a organizar las comidas junto a varias de

sus doncellas sin prestarle ninguna atención.

—Buenos días —dijo Ellie a todo el mundo, e inmediatamente dejaron lo que estaban haciendo para atenderla. Sentó a Robert a la mesa y pidió una infusión para despertarse— ¿Qué ocurre, Maddy? ¿Va todo bien?

—No lo creo. —Ella la miró con sus bonitos ojos anegados de lágrimas—. Aún no he podido hablar con James, no he podido contarle la verdad. Él es tan... tan maravilloso, y yo no he podido confesarle dónde he estado todo este tiempo, dónde nació nuestra hija... ha sido imposible.

—Bueno, podrás hacerlo en cuanto se levante.

—Me odiará, Ellie, lo sé. —Su llanto asustó un poco a Robert, que a punto estuvo de imitarla—. Y tiene todo el derecho del mundo...

—Nadie odiará a nadie. Cariño, no ocurre nada, la tía Maddy está un poquito triste, nada más. —abrazó al niño con una mano y se lo comió a besos, mientras con la otra consolaba a la pobre Madeleine, que parecía deshecha y agotada—. Come un poco y sube a despertarlo, ¿de acuerdo?, yo me ocuparé de Fleur.

—¡Elizabeth, te he dicho que no te marches del dormitorio sin avisarme! —William Forterque-Hamilton llegó a la cocina a medio vestir, con la camisa abierta, el pelo suelto y los pantalones mal abrochados.

—Quise dejarte dormir, apenas has dormido, cariño, vuelve a la cama, ¿quieres?

—No, y no vuelvas a salir sin avisarme, menos aún si te llevas a los niños —refunfuñó. Luego miró a Maddy y comprendió inmediatamente que el drama se había desatado—. ¿Qué ocurre?

—Está preocupada. —respondió su mujer.

—No he podido hablar con James —confesó Madeleine llorosa.

—Pues ahí lo tienes, viene bajando las escaleras.

Maddy se giró y lo vio entrar, pletórico y hermoso como un ángel. Nada denotaba su borrachera nocturna, se había aseado, llevaba el pelo sujeto con una cinta de cuero y estaba completamente vestido.

—Buenos días a todo el mundo —dijo con una amplia sonrisa. Bordeó la mesa y se acercó a la pequeña Fleur para observarla con ojos emocionados—. ¿Habéis visto lo preciosa que es mi hija? ¡Madre de Dios! qué bien suena eso.

—James... —Atinó a decir Madeleine, pero él la interrumpió.

—¿La has bautizado? —Ella negó con la cabeza—Perfecto, así podremos

bautizar a las dos primas juntas ¿no? E iremos pensando en una boda, lo antes posible, incluso podemos organizarlo para officiar ambas ceremonias el mismo día, iré a ver al padre O'Hara esta misma mañana.

—Necesito hablar contigo.

—Primero voy a desayunar, si no te importa.

—Sí me importa, es fundamental que...

—Seguro que puede esperar unos minutos. Kate, por favor, sírvame el desayuno.

—No, James, no puede esperar, tenemos que hablar ahora mismo —Maddy se puso de pie, le importaba bien poco el lugar o la falta de intimidad, ya había sido suficiente, no podía seguir con aquella angustia tan tremenda que le quitaba el aire—. No he venido de mi época, James.

Elizabeth hizo ademán de levantarse para salir, pero su marido la sujetó por el brazo y la obligó a permanecer a su lado. James se puso frente a ella, todo lo grande que era, con los brazos en jarras y con cara de sorpresa.

—¿Qué?

—El conjuro no funcionó. Desaparecí, es cierto, pero aparecí unos días después en el convento.

—¿Qué convento? —Soltó una risa nerviosa antes de ponerse serio— ¿Qué dices? ¿Cuándo?

—En el Convento de la Anunciación, hace unos meses.

—No entiendo. —Se puso pálido, la cabeza le daba vueltas. ¿Había estado todo el tiempo ahí al lado?, ¿y él sufriendo como un imbécil?—. ¿Qué diantres estás diciendo? —gritó involuntariamente, y Maddy dio un paso atrás.

—Nunca fui al futuro, James.

—¿Nunca fuiste al futuro?

—Sí, yo...

—¿Y no fuiste capaz de decírmelo?

—Pensé que lo mejor era permanecer escondida, sin comprometer a nadie, por Tunstall, por Lancaster, por...

—¿Eso pensaste? —Seguía gritando, y Ellie se puso de pie para sacar a los niños de allí—. Elizabeth, por favor, quédate, quiero que todos oigan esto o voy a pensar que me estoy volviendo loco. ¿Y qué más pensaste?

—Lo siento.

—Dios mío... ¿Lo sientes? ¿qué sientes?, ¿sientes haberme tratado como a

un imbécil?, ¿sientes haberme engañado?, ¿sientes ser una embustera?

—No puedo rebatir nada de eso.

—Es increíble... —Se atusó el pelo completamente desconcertado y miró hacia la cunita de Fleur.

—Tienes derecho a estar enfadado, a odiarme, me iré inmediatamente si así lo prefieres... pero...

—¿Y la niña es mía?

—¡Dios Santo! —Ellie miró a su cuñado con los ojos abiertos como platos, mientras William escuchaba impasible el desarrollo de los acontecimientos tomándose un enorme tazón de caldo—. ¡James!

—Tiene razón, Elizabeth, tiene toda la razón, puede dudar todo lo que quiera de mí —Maddy se apoyó contra la pared—. Quiero irme en seguida, por favor, ¿podéis ayudarme a volver a la Anunciación?

—Eso está muy bien, sigue huyendo —respondió James indignado—. Lárgate.

—Por lo que a mí respecta —intervino William Forterque-Hamilton sin apenas levantar el tono de voz, ni la mirada de la mesa—, esa niña es una Forterque, así que no la sacarás de mi casa. Las dos os quedáis, y no se hable más.

—No te metas en esto, William.

—En mi casa, se hace lo que yo diga. No voy a discutirlo contigo, James, tampoco contigo Madeleine. —El Duque se levantó lentamente estirándose cual alto era.

—Esto es solo asunto mío —susurró James, y detuvo la salida de su hermano plantándole una mano en el pecho. Maddy seguía muda, al igual que Elizabeth. William se limitó a bajar la vista hacia aquella mano y luego a levantar los ojos despacio hacia su insolente hermano pequeño.

—Lo que tú tengas con ella —murmuró— es vuestro problema, pero la niña es asunto de la familia, por lo tanto, es mi responsabilidad.

—Está bien. —Maddy avanzó hacia ellos intentando tragarse las lágrimas... no quería empeorar las cosas, solo quería irse, James tenía toda la razón del mundo rechazándola y lo mejor era volver al convento y resolver allí lo que haría con su futuro—. Por favor, William, no quiero provocar un conflicto más, yo...

—Estás furioso, y con razón —Él la ignoró y continuó dirigiéndose a su hermano—. Pero puedes arrepentirte de lo que decidas ahora estando

cabreado. Sal fuera, James, vete unos días y luego tomas una decisión, ahora no, así no.

—No. —James lo sujetó por la camisa para evitar que se fuera, y William giró y le dio un empujón haciéndolo trastabillar. Madeleine y Ellie ahogaron un grito, y los sirvientes abandonaron apresurados la cocina.

—No me toques.

—Por favor, William, cariño. —Ellie se interpuso entre los dos y buscó los ojos de su marido, intentando instaurar la calma, pero él no la veía, sus ojos acribillaban a James varios centímetros por encima de su cabeza—. Maddy, ve a buscar a Robert, por favor, ¡corre! William, mírame, ya está bien, ¿sí?, los niños están ahí mismo...

Antes de que Madeleine pudiera atinar a salir de la cocina en busca de Robert Wilson, el pequeño Rob se puso a llorar y William lo miró estirando la mano hacia él.

—No pasa nada, hombrecito...

—¿Qué sucede? —Robert Wilson apareció gracias a que Kate lo había mandado a llamar y miró a los dos hermanos frunciendo el ceño—. ¿Estáis todos bien?

—¡Sácalo de aquí! —gritó William—. Llévatelo de aquí ahora mismo o no respondo.

—Si no fuera por tus malditas decisiones, señor duque, no estaría envuelto en toda esta mierda —le espetó James antes de salir de la cocina—. Tú la obligaste a marchar, tú te interpusiste en nuestro camino, pero eso se ha acabado, hermano, ya no tienes ningún derecho sobre mi vida...

—¡James! —Llamó Robert Wilson, pero él ya no oía nada y salió camino del patio a grandes zancadas. Madeleine se desplomó en una silla llorando y vio aparecer a Mary, que entraba tan tranquila a la cocina para preparar los desayunos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —contestó William tajante, cogiendo a Rob en brazos para abandonar también la estancia. Maddy se puso de pie, agarró el moisés de Fleur y salió en silencio camino de las escaleras.

—¿Madeleine? —Oyó que preguntaba Mary como de lejos, pero no miró atrás, subió los escalones de dos en dos, con la única idea de desaparecer cuanto antes de allí.

XXXVII

—¿Qué haces? —Su hermano John la sorprendió en el dormitorio arreglando las pocas pertenencias de las que disponía.

—Me voy a casa —contestó llorando—. Tengo la piedra y el conjuro. Me los dio el maestro, esta vez no fallaré... —Respiró hondo y miró a su hermano a los ojos—. Si quieres, John, podemos volver al siglo XX ahora mismo.

—¿Y tu hija? ¿Y James?

—Le he dicho la verdad y... no me quiere aquí, tiene todo el derecho a odiarme... —Se sentó en la cama, se tapó la cara y se echó a llorar—. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Tú tenías razón, siempre la has tenido, soy una inconsciente que no sabe tomar decisiones y que no hace más que dañar a todo el mundo.

—Maddy... —John se acercó y se sentó a su lado para abrazarla—. No llores. Mira, cuando estés más tranquila, hablaremos del regreso a casa, ahora no creo que estés en condiciones de pensar o decidir nada ¿de acuerdo? Tienes una hija, Madeleine, debes pensar en ella también.

—No puedo quedarme aquí. Él no me perdonará jamás, jamás volverá a confiar en mí.

John se limitó simplemente a abrazarla, a escuchar sus sollozos sin intervenir, como cuando era pequeña y buscaba consuelo en él tras pelearse con su hermana Christine. Una ternura enorme le invadió el pecho y lamentó sinceramente haberse alejado tanto de Madeleine cuando se hicieron mayores.

—Maddie, por el amor de Dios, no puedes marcharte. —Mary Forterque-Hamilton entró en el cuarto con los ojos llenos de lágrimas—. No puedes llevarte a Fleur, no puedes irte, te lo suplico...

—Mary, no me hagas esto. —La miró lamentando tanto hacerle daño a ella también y se enjugó las lágrimas—. Por favor...

—James está enfadado, pero pronto se le pasará, él es un buen hombre. Mis hermanos son así, muy poco razonables cuando sufren, tienen un pronto tremendo, pero son buenas personas, lo sabes, dale un poco de tiempo.

—No iré a ningún sitio, no te preocupes, Mary —intervino John con autoridad—. No podemos arriesgar a Fleur en el viaje, es muy pequeña —

Levantó la mano para acallar las protestas de su hermana y se puso de pie—. Tú no estás en condiciones de decidir nada en este momento, acabas de dar a luz, estás sensible, has pasado por mucho estos últimos meses, y ahora lo de James... en fin, no es momento de que asumas semejante responsabilidad así que yo decido por los dos, mejor dicho, por los tres: nos quedamos.

—¡John...!

—Sí, querida, tu hermano tiene razón, ahora no es momento de que decidas nada y no estás sola en esto... —Mary se arrodilló a su lado y le sujetó las manos con dulzura. John McDonaldson perdió inmediatamente el hilo de la charla, embobado por la imagen de Mary Forterque-Hamilton a tan corta distancia, su cuello de cisne, su pelo recogido, su boca tan bien dibujada—. ¿No es cierto, milord?

—¿Cómo? —La miró un poco desconcertado.

—Ella debe saber que no está sola y que nosotros la apoyaremos en todo lo que necesite.

—Por supuesto.

—Puedes quedarte en el castillo sin toparte con James, no sé adónde ha ido, pero si no quieres verlo, Madeleine, no lo verás. Yo me ocuparé de ello, te doy mi palabra de honor y, dentro de unos días, si quieres y estás preparada, puedes volver a charlar con él, ¿de acuerdo?

—Trato hecho —contestó John besando la cabeza de su hermana.

No ver a James Forterque-Hamilton resultó ser una tarea muchísimo más sencilla de lo que esperaba, porque él había montado su caballo y se había marchado a Londres acompañado por dos de sus hombres y sin despedirse de nadie,

William creía que era lo más sensato, y esperaba que aquel viaje aclarara la mente y el corazón de ambos. Maddy había aceptado la decisión sin rechistar y dedicó sus jornadas, normalmente colmadas de llantos, a acompañar a Mary y Elizabeth en sus tareas cotidianas, que eran muchas y muy diversas en Forterque Castle.

* * *

Giró en la cama para buscar la mano de William. Hacía muchísimo calor, una noche extraña en pleno condado de Berkshire donde, a pesar de vivir un verano espléndido, las madrugadas solían ser frescas y agradables.

Rodó sobre las suavísimas sábanas y tocó su cuerpo desnudo.

Continuaba enfadada con él. Tras la famosa discusión entre James y Madeleine en la cocina, ellos también habían acabado discutiendo a gritos. Elizabeth ofendidísima por cómo había manejado el tema, y por el comportamiento nada justo de James, y él porque en los asuntos de su familia no aceptaba más opiniones que las suyas. En aquella materia en particular, parecían condenados a no entenderse y, a pesar de los ruegos y disculpas de su marido, le resultaba imposible pasar por alto su endemoniado genio y sus inflexibles decisiones. A veces actuaba, a sus ojos, con una condescendencia y una arbitrariedad imperdonables, y aquel conflicto los tenía distanciados, especialmente a ella, desde hacía quince días.

Extendió la mano y acarició la suave piel de su abdomen liso y fuerte, se incorporó un poco, se quitó el pesado camisón y disfrutó durante un segundo del frescor de la brisa sobre su epidermis. Miró su propia imagen desnuda y vio cómo todo su cuerpo había recuperado las formas armónicas y finas de antes del embarazo, la curva tirante y delicada del vientre, los pechos firmes, los pezones sonrosados. Deseaba hacer el amor con él.

Se inclinó, lo besó y deslizó sus dedos hacia su intimidad palpitante, William estaba tibio y suspiró ante el contacto de su boca. Lo abrazó y él estiró la mano para acariciarle el trasero y recorrerle la espalda mientras respondía a sus besos con la misma vehemencia de siempre, sin palabras, ni explicaciones, solo pura e intensa pasión. Se puso encima de ella y la penetró con energía. Ellie se abrió completamente a él, quería que la traspasara, que la fundiera bajo su enorme y maravilloso cuerpo, arqueó la columna vertebral y se pegó a su marido gimiendo, lamiéndole el cuello y la boca, siguiendo las deliciosas y potentes embestidas, perdiendo la cordura, pidiéndole otro bebé, su simiente, toda su esencia dentro de ella...

Cayeron sobre los almohadones, agotados, cubiertos de sudor, y él se acurrucó en su cuello, sin salir de su cuerpo. Elizabeth, satisfecha y emocionada hasta las lágrimas, le acarició el pelo revuelto y giró la cabeza para mirar las camitas de sus hijos al otro lado de la habitación. Un escalofrío gélido le recorrió la espalda paralizándola de terror: Agnes, la bruja, estaba de pie entre la cuna de Mary y la cama de Rob. Abrió la boca para gritar, pero no podía emitir ningún sonido; quiso alertar a William, pero él tampoco parecía escucharla. Entonces Agnes caminó lentamente hacia ella, se agachó a la altura de sus ojos y le susurró despacio:

—No volverás a engendrarle un hijo. Pagarás por el daño que le hiciste a mi ama. No volverás a parir, bruja venida del infierno.

—¡No! —gritaron los dos. William bajó de la cama de un salto y echó mano a la espada que reposaba en el suelo, empujó una silla que había a los pies del enorme dosel y se volvió hacia Elizabeth con el pecho agitado.

—¿La has visto? —preguntó asustado—. ¿Tú también la has visto?

—Sí —contestó ella antes de salir como un rayo en dirección de los niños. Ambos dormían plácidamente. Ellie se inclinó para acariciar la cabecita de Robert, y en aquel momento se dio cuenta de que estaba vestida, con el camisón de hilo blanco, tapada hasta los pies. Todo había sido un sueño, no habían hecho el amor. Se acercó a William y se abrazó a él sollozando de angustia.

—¿Crees que ha podido entrar y salir sin ninguna dificultad usando sus malas artes? —Decidieron llevarse a los niños a su cama y William los tapó acercándose a ella para abrazarla contra su pecho.

—Tal vez ha sido un sueño inducido por telepatía —contestó Ellie sin perder de vista a los pequeños—. O un viaje astral, en mi tiempo, se hablaba mucho de la capacidad de algunas personas para visitar a otras solo con su espíritu, ¿sabes? No creo que esa mujer se aventurara a entrar en el castillo, a nuestro dormitorio, a estas horas de la noche.

—Mañana iré a buscarla, recorreré todo el maldito condado hasta encontrarla y luego la mataré, te lo juro, Ellie, no permitiré que se acerque a vosotros.

—No... —Se incorporó para mirarlo a los ojos—. No creo que debamos separarnos, William. Nos puede hacer daño si nos dividimos, no quiero que vayas detrás de ella porque seguramente eso es lo que pretende, que te marches y que nosotros nos quedemos solos aquí.

—Pero...

—Por separado nos puede hacer daño, si permanecemos juntos no se atreverá a acercarse.

—Está bien, pero mandaré a algunos hombres a localizarla y la sacaremos de su madriguera.

—De acuerdo, pero será mejor no asustar a la familia con todo esto, mejor si lo hacemos de forma discreta, ¿sí?

—Sí.

William la abrazó y hundió la cara en su sedoso pelo, cerró los ojos y recordó con claridad el final de su propio sueño: “Enterrarás a tus hijos con

manos ensangrentadas y verás morir a tu amada delante de tus ojos. Te odiarás y condenarás por no haber sabido protegerlos”.

XXXVIII

Un mes después de su partida a Londres, James regresó a casa con el alma más serena y las ideas un poco más claras. Amaba a aquella muchacha y amaba a su hija. Les costaría muchísimo olvidar lo ocurrido, pero estaba dispuesto a intentar vivir con Madeleine y la pequeña Fleur.

En la ciudad, había salido con Joseph, se había intentado divertir, había besado y tocado a alguna mujer en la oscuridad de la noche, se había excitado en brazos de otra, pero siempre se separaba de ellas antes de lo previsto, sintiéndose culpable y miserable. No podía dejar de pensar en Madeleine, e incluso su díscolo amigo le había aconsejado regresar al castillo y casarse de una maldita vez con ella.

—Joseph, no te he dado ninguna explicación respecto al tema de Gwyneth, por la ruptura del compromiso. Espero que no me guardes rencor. —Ambos estaban borrachos, en un pestilente tugurio, y apoyó la espalda en la pared intentando parecer sereno y formal—. No tenía otra opción.

—Mala suerte, era un buen trato. Ella es rica, y tú, guapo. —Joseph soltó una risa con la jarra de cerveza en la mano—. Ahora no serás tan rico, pero al menos tendrás a tu Maddy.

—No sé si me perdonará. Me he portado como un maldito cerdo egoísta.

—¿Y Ellie?

—¿Qué sucede con Ellie?

—Sigue estando tan deliciosa...

—Te voy a romper las piernas, Joseph. Deja ya las insinuaciones hacia mi cuñada —bufó—. Me voy a dormir, no puedo más. —Se levantó tambaleándose. Joseph Dorset lo observó entornando los ojos.

—Estás perdido, Jamie, te ha embrujado, estás perdido. Vuelve a casa, cástate con ella y llénala de hijos.

Estaba decidido a hacerlo, pero, al pisar el castillo, se había sentido incapaz de hablar con ella, se había encerrado en su cuarto y había dedicado toda su energía a eludir su compañía o la de la niña. Estaba desorientado, y la situación en la casa no contribuyó demasiado a serenar su agitada alma.

Tras los saludos protocolarios y tensos con su hermano, William le

compartió sus temores más urgentes, le contó que Ellie y él habían detectado la presencia de la bruja en el castillo, que había mandado realizar varias pesquisas por el campo, sin ningún éxito, y que había desplegado alrededor de la familia una férrea vigilancia.

—Voy con Michael y dos hombres más a ver qué encuentro yo por ahí — dijo, repasando mentalmente los lugares donde solía moverse Agnes—. No permitiremos que se acerque a tus hijos, hermano, ni siquiera contemples esa posibilidad.

—Ellie no quiere que nos separemos, cree que, si la hechicera puede acceder a alguno de nosotros por separado, no dudará en atacarnos, secuestrarnos o Dios sabe qué. Respetaré su deseo, está muy alterada, apenas duerme y no quiero preocuparla más, pero no cejaré hasta dar caza a esa maldita bruja, James. Está muy asustada y no puedo consentir que...

—Tranquilo, iré a buscarla, daremos con ella. Elizabeth no tiene por qué enterarse de dónde voy con mis hombres. —Avanzó dos pasos y le puso una mano en el hombro.

—Me encanta veros juntos. — Ellie entró en la biblioteca con la pequeña Mary en brazos, la preciosa bebé de dos meses venía con los ojos azules muy abiertos, mirándolo todo, atenta a cualquier movimiento, y James no pudo evitar sonreír al verla. Su cuñada estaba resplandeciente, con el pelo recogido en un sencillo moño. Nada parecía traslucir el inquieto estado de ánimo que según William la estaba afectando—. Cariño, dice Kate que no te olvides de preparar el pago para Joseph Heynes, el carnicero, vendrá mañana a buscarlo. ¿Qué tal, James?

—Ya está preparado —respondió William mirando con ojos brillantes a su hija. Se inclinó y la saludó con un beso en su naricilla respingona, beso que Mary recibió con un alegre gorjeo de felicidad. James sintió un pinchazo de envidia al observar la escena, cruzó una elocuente mirada con su cuñada y se volvió para dejar de parecer un estúpido sentimental—. ¿Cómo está mi preciosa niñita? Mariel, amor mío, ¿te vienes con papá?

—¿Mariel? —preguntó James.

—Sí, ya ves, es el nombre que le ha puesto Rob, Mary Elizabeth le debe parecer un nombre demasiado largo y difícil, ¿a quién no? —bromeó Ellie dejando a la pequeña en brazos de su padre—. ¿Cómo estás, James? ¿Has hablado con Madeleine?

—Ellie... —protestó William.

—No, está bien. Pues no, aún no.

—Deberías hacerlo, no sé que has decidido, pero creo que estás perdiendo un tiempo precioso, James. —Ellie buscó sus ojos—. Por favor, acércate a ella, ¿quieres?

—Es que no sé cómo.

—Simplemente ábrele tu corazón.

* * *

Estaba engrasando la silla de montar ayudado por un paje cuando Madeleine se le plantó delante en silencio. Las caballerizas bullían de actividad, y James se había colocado en un rincón con buena luz para enseñarle a Gerry cómo debía cuidar de su preciosa silla, que había sido un regalo de su padre cuando cumplió los dieciséis años. Era uno de los pocos objetos materiales que en realidad le importaban, y la trataba con un cuidado exquisito, mientras Gerry lo observaba embobado.

—Buenos días —dijo Maddy con el corazón acelerado, no sabía muy bien qué hacía ahí, no era el lugar ni la hora más adecuada para mantener una conversación privada, pero ya estaba harta de esperar a que él se dignara dirigirle la palabra; además, la propia Mary la había animado a abordarlo sin más contemplaciones—. ¿Podemos hablar?

—Ahora estoy ocupado. —Fue su respuesta automática, aunque no la más adecuada.

—Me da igual, ya sé que estás ocupado, pero eso puede esperar, yo no.

—Gerry —ordenó entonces, poniéndose de pie despacio—. No toques nada, ¿de acuerdo?, pero vigila mi silla, vuelvo en seguida.

Caminaron a buen paso y en silencio hacia el jardín donde Mary y Elizabeth cultivaban las rosas que habían pertenecido al fallecido Andrew Forterque-Hamilton. Todo estaba en silencio en aquel minúsculo remanso de paz, y Madeleine se dio vuelta hacia él justo al llegar al centro del precioso jardín.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir ignorándome? —Levantó ambas manos para acallar su respuesta—. Insúltame, grítame, exígeme responsabilidades, James, puedes hasta echarme de tu casa si te apetece, pero deja de fingir que tu hija y yo no existimos.

—Yo no hago eso —respondió sin poder mirarla a la cara—. Es que no tengo

nada que decirte.

—¿Ah, no? —Buscó su mirada dorada—. ¿Cómo que no?

—Aún no asimilo todo lo sucedido. Tú no sabes lo que sentí cuando te fuiste, cuando desapareciste delante de mis hombres, delante de mis propios ojos. Yo había arriesgado la vida de mis amigos para salvarte, pero tú te fuiste sin más, y luego... Oh, Dios Santo, Madeleine, no quiero revivir aquello... Estás perdonada, ¿eso es lo que quieres escuchar?, te perdono, ahora déjame en paz.

—¿Crees que solo aspiro a tu perdón? —contestó ella acercándose más—. Eso suena un poco arrogante, James, necesito que hablemos, que me escuches y que juntos podamos solucionar nuestras diferencias.

—No quiero hablar.

—Muy bien, entonces jamás podremos solucionar este problema. Me odias porque te mentí, porque no puedes ver que si me escondí fue para protegerte, a ti, a tu familia y a esos amigos que colaboraron en mi huida. Me oculté porque creí que de ese modo os mantendría a salvo a todos, pero, por lo visto, lo hice todo mal. Y, por si fuera poco, aparezco aquí con una hija que jamás has deseado. —Se echó a llorar y se cruzó de brazos.

—Yo quiero a mi hija, Madeleine, no digas que no la deseaba, porque sabes que quería casarme contigo, tener hijos contigo y vivir aquí como una familia normal. No me digas lo que deseo o no deseo.

—Entonces, ¿por qué la ignoras? Ella te necesita, que a mí no me perdonen no significa que debas despreciar a Fleur. Podemos llegar a un acuerdo para que pases tiempo con ella sin que yo esté presente, lo que quieras, pero no sigas actuando así, te lo suplico. No puedo más... —Cayó de rodillas al suelo, derrotada, llorando ya sin contención, mientras él la seguía observando distante.

—Tienes la piedra del tiempo —dijo al fin, un poco desconcertado porque no estaba acostumbrado a tratar con mujeres, y se atusó el pelo mirando las rosas—. Tienes la maldita piedra y tarde o temprano vas a llevártela, harás que me acostumbre a Fleur, y luego te irás y otra vez me dejarás solo, lo sé.

Madeleine levantó la vista y lo vio tan alto, tan fuerte, vestido con un simple pantalón de montar beige y una camisola blanca; llevaba el pelo rubio, larguísimo, sujeto a la espalda con una cinta de cuero y los ojos dorados entornados para evitar el sol. Lo miró con los ojos llenos de lágrimas, doblada por la pena y

la culpa, y de pronto lo comprendió todo: él temía volver a perderla, temía que se marchara para siempre.

—No me iré si tú no quieres.

—Sabes que no lo quiero.

—Muy bien, pues es un trato. No me iré.

Se puso de pie sin su ayuda, se estiró la pesada falda del vestido, lo miró fijamente a los ojos y buscó alguna reacción en su pétreo y perfecto rostro, pero no la encontró, así que se hizo a un lado e inició su camino de vuelta a la casa, al menos habían tenido un primer acercamiento, y eso era bueno, con eso tenía suficiente.

Al pasar por su lado, le rozó un brazo, y James aprovechó el mínimo contacto para sujetarla por la muñeca; Madeleine se detuvo y esperó con el corazón saltándole en el pecho, entonces él la sujetó por la nuca y acercó sus labios tibios y sedosos a los suyos, la abrazó y la besó con la misma vehemencia y la misma pasión con la que habían iniciado su romance hacía casi un año.

—Te amo —le dijo al oído después de hacer el amor como locos en un cobertizo destartado y abandonado, apartado del castillo—, pero no me hagas hablar cuando no me apetece.

—Haré el intento —respondió ella riéndose. Tenía el pelo suelto sobre el pecho bronceado de James, apenas se habían desvestido, simplemente se la había llevado en brazos detrás del jardín y la había amado con entrega contra el suelo desnudo. Ella había respondido con la misma pasión y finalmente se habían

desplomado, agotados, el uno sobre el otro—. Te he echado tanto de menos, James, tanto...

—Yo también, cielo. —Le besó la cabeza, bajó una mano y le acarició la espalda lisa y suave, entrelazó los dedos en su pelo cobrizo y suspiró—. Mi madre me mataría por traerte a este sitio y hacerte el amor en el suelo.

—Y la mía por dejar que lo hicieras —comentó Maddy inclinándose para besarle el pecho fuerte y acogedor, y el abdomen marcado por unos músculos firmes y deliciosos. Olía tan bien y lo quería tanto.

—¡Robert! ¡Rob! —El grito desgarrado de Elizabeth los sacó violentamente de su letargo, se pusieron de pie de un salto y trataron de vestirse de prisa, mientras Ellie seguía llamando a gritos a su hijo. Se miraron a los ojos, James abrió la puerta del cobertizo de un golpe y salió al jardín atándose los

pantalones—. James, ¿Rob no está contigo?

—No, Ellie, ¿qué pasa? —Su cuñada estaba a punto de llorar, pero seguía buscando al niño con paso firme, seguida por varios empleados de la casa—. ¿Dónde está Andrew?, seguro que está con él.

—Ninguno de los dos aparece... Jane ha ido por la parte delantera...

—Muy bien, vamos a mirar en el lago.

Ellie lo observó con sus enormes ojos negros aterrados y salió corriendo detrás de él.

El lago junto al castillo era una enorme piscina natural cubierta de líquenes y musgo, el agua era oscura y espesa, muy peligrosa, así que mientras corría hacia allí, James empezó a sentir una enorme presión en el pecho, un miedo atroz, porque si su sobrino o Andrew habían entrado en el agua, si se les había ocurrido acercarse allí solos, era probable que...

Llegó a la orilla del lago, escudriñó con atención la enorme superficie y pronto distinguió la cabecita rubia de Robert. El niño estaba sobre una especie de barca, sin barandillas ni sujeción, en medio del agua; la balsa se tambaleaba a la par que él, instintivamente, intentaba estabilizarla.

—¡No te muevas, Rob! —gritó saltando dentro del agua sucia. El líquido era muy espeso y le costaba avanzar. Robert, al verlo, se puso a llorar de inmediato, estaba solo; Andrew se encontraba jugueteando tranquilamente en la orilla con algo de madera—. Tranquilo, hombrecito, no te muevas...

El avance era trabajoso y ni siquiera podía nadar, no valía la pena, el agua le llegaba a la altura del pecho y nadar allí era incluso más peligroso. Levantó la vista y vio cómo William llegaba por el extremo contrario al galope, saltaba de Twister y aterrizaba directamente en el agua. En aquella zona, el lago era más profundo y vio como su hermano perdía pie en seguida y se hundía sin remedio. James apuró el paso con esfuerzo y pocos minutos después estaba sujetando a Rob por la camisa y abrazándolo contra su pecho; el pequeñín estaba asustado, pero se aferró confiadamente a su cuello.

—Venga, hombrecito, vamos con mamá, que le has dado un susto de muerte —Regresó despacio a la orilla y se lo entregó a Ellie, a la que ya se le habían ido todos los colores de la cara.

—¡Rob, por el amor de Dios! —Soltó ella inspeccionándolo, sin poder sujetar las lágrimas. Estaba sucio y asustado, pero no tenía ni un rasguño—. ¿Cómo te has metido en el agua?, ¿eh?, ¿cómo habéis venido hasta aquí?

—Robert, ¿quién demonios te metió en el agua? —William apareció calado hasta los huesos, y sujetó al niño por los hombros para que lo mirara a la cara. Se encontraba recorriendo los cultivos cuando alguien le avisó de que su hijo estaba en el lago acompañado por alguien desconocido. Sin pensarlo dos veces, había montado a Twister y había corrido como loco hasta que había conseguido llegar y ver a su hermano rescatando al pequeño. El corazón se le iba a salir del cuerpo, estaba tan asustado como Ellie, pero además estaba enfadado, muy enfadado —. ¡Robert, mírame y dime, ¿quién te dio esa barca?!

—William, por favor —Ellie lo agarró de un brazo.

James retrocedió para otear el horizonte y percibió perfectamente que alguien los estaba observando, de eso estaba seguro, su instinto nunca le fallaba. Maddy se puso a su lado, con Andrew Wilson en brazos, y lo cogió de la mano. Él la miró preocupado y movió la cabeza, era la primera vez que ella abandonaba los límites del castillo, y la idea no hizo más que aumentar su desazón.

—¡Robert! —insistió William zarandeándolo un poco— Hijo, ¿quién os trajo hasta aquí? ¡Rob!

—No sé.

—¡¿Cómo que no lo sabes?!, ¡maldita sea!

—William —Elizabeth lo apartó del pequeño y buscó sus ojos—. Está asustado, es un bebé, no le hables así, por favor...

William Forterque-Hamilton bajó la mirada y observó a su mujer con el ceño fruncido. Ella estaba llorando y Rob también, así que respiró hondo tragándose el tremendo cabreo, estiró el brazo y los asió a los dos contra su pecho.

XXXIX

—Si Tunstall está buscando una bruja, podríamos darle la cabeza de Agnes —dijo Robert Wilson—. Así mataríamos dos pájaros de un tiro.

Todos guardaron silencio. Era de noche, y se habían reunido después de la cena en el dormitorio de William y Elizabeth. Los Duques no habían bajado a cenar tras el incidente en el lago, así que James, Madeleine, John y Robert habían decidido subir hasta sus enormes aposentos para charlar un poco después de un día tan duro.

William estaba recostado en la cama con Mary Elizabeth dormida sobre su pecho, y Ellie, a su lado, acunaba a Rob, que dormía como un angelito, ajeno a las preocupaciones de sus mayores, con las mejillas sonrosadas y los bucles rubios revueltos.

—¿Cómo está Andrew? —preguntó Ellie.

—Duerme —respondió Robert mirando las ojeras de su amiga—. Nos ha dicho que una señora rubia les dio la barca y la espada de madera.

—Lo que no entiendo es cómo los niños salieron del patio sin que nadie los estuviera vigilando —protestó William sin levantar la voz—. Y que se fueran con una desconocida fuera del perímetro del castillo. Quiero saber quién los vigilaba, quién era el responsable y por qué no hizo nada para detenerlos.

—Lo averiguaremos —contestó Robert y se sentó junto a la chimenea apagada.

—¿Realmente creéis que esa bruja es la que ha hecho esto? —preguntó Maddy. A ella le costaba creer que la vidente de Marian de Lancaster viniera a atacarlos en aquel momento, en su propia casa y meses después de la muerte de la Condesa. Le parecía un poco insólito el asunto, y así se lo había comentado a James mientras cenaban.

—Sí —respondió Ellie—. Ella está mandando avisos de venganza, nos teme y nos odia, y sabe que la única forma de hacernos realmente daño es a través de los niños. —La voz se le quebró—. Es ella, no tengo la más mínima duda.

—Mi opinión es que ella y Tunstall están en el mismo carro —intervino James—. Estoy seguro de que esa mujer tiene tratos con el Obispo, en Londres se rumoreaban cosas acerca de los intereses de Tunstall por la magia y los viajes en el tiempo, sus investigaciones sobre temas paranormales y su

interés por la bruja de Lancaster. Por lo tanto, debemos redoblar las medidas de seguridad.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —intervino William.

—Porque no quise darle mayor importancia, solo se trataban de habladurías de palacio, hermano, no creí que tuvieran credibilidad hasta hoy. —Miró a Madeleine y le apretó las manos—. Pero no ha pasado nada, así que no hay que preocuparse, solo hay que actuar con mayor prudencia y evitar que nadie de la familia salga solo, menos aún los niños. ¿Dónde está Fleur?

—Con Mary en su dormitorio, quería hacerla dormir ella.

—Lo que me hace preguntar... —intervino John McDonaldson, completamente ajeno al drama sufrido aquella misma tarde, porque cuando media casa buscaba al primogénito del Duque de Forterque por todas partes, él y Mary se encontraban en la capilla del castillo limpiando algunas reliquias. Ella lo había invitado a ayudarla y, ocultos por el silencio de la cripta, no habían oído nada del revuelo que se había montado—. ¿Por qué lady Mary no está participando de esta reunión familiar?

—Porque no quiero alertar a mi hermana más de lo necesario —respondió, seco, William—. No hace falta asustarla.

—Creo que subestimáis la fortaleza de lady Mary —contestó sinceramente John, estaba un poco harto de que la hermana del Duque fuera una especie de comodín para todo, menos para las decisiones y los asuntos de importancia—. Ella puede ser de gran ayuda y, además, merece saber el peligro que se cierne sobre la familia.

—Tienes razón —contestó Ellie cruzando una mirada muy elocuente con Madeleine; estaba claro que John sentía debilidad por Mary, y acababa de confirmarlo delante de todo el mundo. Observó la reacción de William y vio cómo su marido recibía la crítica entornando los ojos—. ¿Nos harías el favor de ir a buscarla, John? Y que traiga también a Fleur.

Minutos después, Mary Forterque-Hamilton recibía las novedades aferrada a su rosario, pálida, pero muy serena.

—¿No deberíamos trasladarnos a Londres? —opinó—. La casa es más pequeña, más segura. Creo que sería más sencillo cuidar de los niños allí y provocar que esa bruja se deje ver. Si nos busca en la ciudad, contaremos con más medios para atraparla.

—Eso me parece muy razonable —dijo James con su hijita en brazos—. Pero Madeleine tendría que vivir escondida. En la corte la conocen, Mary, para

nosotros es muy peligroso.

—No huiremos. —William dejó a Mariel en la cama y se levantó estirando los músculos de la espalda—. La esperaremos aquí, aunque sí creo que sería buena idea denunciarla al Obispo, ¿qué dices, Robert?

—Puedo ir mañana a la ciudad y llevar una carta tuya con la denuncia, podemos darle los puntos clave donde suele moverse esa mujer, hay cientos de campesinos que pueden testificar en su contra.

—La gente le tiene miedo —intervino Ellie—. Nadie testificará contra ella, pero me imagino que habrá pruebas de sus prácticas oscuras. Tunstall ya sabe de las malas artes de Agnes y las pasa por alto, pero la denuncia oficial por parte de un noble puede inducirlo a hacer algo. Por lo menos, no podrá negarse a actuar, aunque Agnes sea su aliada, el Obispo de Durham debe estar a la altura de su cargo. No creo que esto solucione el problema del todo, pero por lo menos aplacará un poco la alianza extraña que mantiene con ella.

* * *

Los días siguientes transcurrieron con más tensión de la habitual en el castillo Forterque. Robert Wilson, acompañado por Joseph Dorset, se había presentado en Greenwich ante el obispo Cuthbert Tunstall y le había entregado el sobre lacrado con la denuncia de William Forterque-Hamilton, Duque de Forterque, contra la mujer conocida como Agnes Black. William denunciaba todos los actos ilegales, y contra la iglesia, realizados por esa mujer en sus tierras, y las amenazas y agresiones que había proferido a su propia familia.

El Obispo de Durham, de visita aquellos días en Londres, había recibido con sobriedad a los hombres, había leído la carta y los había despachado sin más explicaciones; tres días después, Robert regresaba al castillo con pocas esperanzas.

Elizabeth, por su parte, que apenas se separaba de sus hijos y se despertaba mil veces cada noche con una presión tremenda en el pecho, rogó a su cuñada que le enseñara a usar el arco o la ballesta, una tarea que en principio Mary se negó rotundamente a realizar, porque sabía que su hermano era contrario a la idea de que su esposa venida del futuro se manejara con armas, pero al final no tuvo más remedio que ceder y empezar los entrenamientos de sus dos cuñadas, en secreto y de espaldas a William.

—Os daré una ballesta a cada una —les anunció Mary tras quince días de entrenamiento con esa arma de precisión de origen francés, que ella controlaba al dedillo y que le resultaba muy cómoda —, para que las escondáis en vuestros cuartos, las dos pertenecieron a mi madre, a ella le encantaba practicar en el campo... pero mis hermanos no deben enterarse, ¿prometido?

—Prometido, Mary.

—Si William se entera querrá matarme.

—Tenemos derecho a aprender a defendernos —Le dijo Ellie acariciándole el brazo— Y si se entera, ya me ocuparé yo de resolverlo, no te preocupes.

* * *

Maddy se sentó en la cama jadeando y con el cuerpo empapado de sudor: vislumbró una sombra sospechosa detrás de las cortinas y el corazón se le subió a la garganta. Conocía el sueño que los Duques habían tenido con Agnes y, aunque Ellie pensaba que solo había sido una especie de fantasía inducida, decidió levantarse, sacar su ballesta del escondite, sujetarla con la mano derecha y acercarse con paso firme a la ventana. Si esa mujer estaba allí, en su propio cuarto, la mataría sin dudarlo.

—¿Qué haces, por el amor de Dios, muchacha? —James se despertó y la observó desde la cama con una sonrisa—. ¿Qué haces con eso?

—Nada. —Maddy apoyó la ballesta en la pared y corrió para meterse en la cama con él—. Me desperté algo inquieta.

—¿Y que hacías con esa ballesta?

—Por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué?

—Por si la necesitaba. ¿Qué ocurre, te estás burlando de mí?

—No me gusta que tengas un arma en el dormitorio, es muy peligroso. —La interrumpió antes de que ella iniciara las protestas—. Yo sé usar mi espada, tengo buenos reflejos y, si necesitas ayuda, yo te salvaré, no te preocupes. Se lanzó hacia ella y, poniéndose encima, le atrapó los brazos con una sola mano, le sujetó las muñecas y se las sostuvo por encima de la cabeza—. ¿Ves?, soy un soldado bien entrenado.

—Y muy presumido.

—Las muchachas tan guapas como tú no deben tener armas, para eso ya

tienen a sus hombres, que matarán por ellas sin dudarlos.

—¿Te acostaste con Gwyneth, James? —De repente recordó que se había despertado soñando con Gwyneth Glendower, su prometida galesa, la prima de lord Dorset.

—¿Qué? —Levantó los ojos—. ¿Estás loca?, ni siquiera la vi en privado.

—¿Crees que ella se enamoró de ti?

—¡Dios! ¿A qué viene eso ahora?

—No lo sé, soñé con ella, más bien tuve una pesadilla con ella, creo...

—¿Y?, ¿estás celosa? —preguntó muerto de la risa.

—No, no es eso... no sé... —James se inclinó para besarla y ella recordó nítidamente como había soñado con una muchacha a la que no había visto jamás y que, sin embargo, la miraba desde muy cerca con unos ojos azules muy tristes, cómo advirtiéndole de algo. Instintivamente supo que era Gwyneth, la novia de James, y aquel detalle no hacía más que inquietarla. Un escalofrío recorrió la columna vertebral y en ese mismo instante un golpe seco en la ventana los hizo saltar y separarse, James se bajó de la cama, cogió la espada y descorrió las cortinas. No había nadie, pero la ventana estaba abierta y, en el suelo, se encontró con una rosa roja marchita. Aliviado, se volvió hacia Madeleine con una sonrisa:

—Es solo el viento —dijo, devolviendo la espada a su sitio, la miró y le guiñó un ojo— ¿Por dónde íbamos, milady?

XL

Terminó de vestirse y se volvió para mirar a Ellie, que dormía plácidamente entre los cojines. La imagen de su mujer completamente desnuda lo dejaba siempre sin aliento. El pelo oscuro, larguísimo, le cubría la cara, parte de la espalda y las nalgas; los muslos suaves reposaban relajados, de costado; su abdomen liso y tierno se movía apenas por la respiración acompasada; y sus pechos, firmes, llenos, deliciosos, le provocaron una erección instantánea que él combatió mirando al cielo y respirando hondo. Debía partir, con suerte estaría de regreso para hacerle el amor por la mañana. Hacía solo un par de horas que se habían amado, con pasión, pero su apetito por aquella mujer era insaciable.

Se agachó suavemente y le besó la cadera desnuda y sedosa, la cubrió con la colcha y se separó de la cama restregándose la cara con las dos manos. Aún recordaba la impresión que le había causado verla por primera vez en el Nueva York del año 2004, la frescura, la naturalidad, la magia de sus movimientos y aquella sonrisa cautivadora. ¡Dios! Debía irse. Fuera, en la escalera, Robert y James lo esperaban preparados y bien armados.

Unos antiguos contactos de su hermano en el ejército les habían dado información sobre el paradero exacto de la bruja Agnes. La maldita hechicera pernoctaba aquellos días dentro de sus tierras, a tan solo unas millas, en una casucha destartalada donde esperaba pacientemente el momento de atacar a la familia. William pensaba entrar, matarla y entregarle la cabeza en bandeja a su esposa.

Como amo y señor de su condado, tenía derecho de vida y muerte dentro de sus fronteras, y no daría ni la más mínima tregua a la vieja bruja. Sería una escaramuza rápida y limpia, se llevarían solo a una docena de hombres, y regresaría al alba para volver a meterse en la cama con su preciosa mujer.

—John y Michael se quedan como responsables del destacamento —informó Robert a su amigo mientras montaban. Él no estaba muy convencido de la maniobra, de hecho, había pedido a su mujer que se fuera con Andrew a la casa de su familia, fuera de las murallas del castillo, hasta su regreso. En cambio, ni William ni James habían querido poner a salvo a sus mujeres—.

William, ¿estás seguro de no avisar a Ellie?

—Sí, Robert, ya tiene suficientes preocupaciones. Volveremos en seguida, y no hará falta asustarla con esperas innecesarias.

Llegaron al galope a la zona señalada por los colegas de James. Aún era noche cerrada, plena madrugada, pero vieron perfectamente la casa y el humo de la chimenea que salía tranquilamente desde un rincón de la humilde vivienda. Desmontaron sin hacer ruido y se distribuyeron en torno a la casucha sin hablar. William y James desenvainaron las espadas y abrieron la destartada puerta de una patada. Justo frente a ellos, con unos gatos rondándole las piernas, se encontraron con Agnes Black, que los esperaba de pie y con el mentón bien alto. Un escalofrío helado les recorrió la columna vertebral y ella, vestida casi con harapos, les regaló una gran sonrisa desdentada antes de hablar.

—Los famosos hermanos Forterque —dijo casi en un susurro—. Los más bellos, los más nobles, los más fuertes...

—¡Calla! —gritó William avanzando hacia ella—. Llevo mucho tiempo esperando este momento, Agnes, pagarás por todo el daño que nos has hecho.

—Un momento, milord. —La bruja se arrodilló, suplicante—. Un momento, por el amor de Dios, te lo ruego por tus hijos. No puedes matar a una mujer indefensa, no es noble, mi señor, ni valiente, ni propio de ti, William Forterque-Hamilton.

—William... —susurro James, a la derecha de la bruja algo brillaba claramente. El mismísimo medallón de los Lancaster reposaba al alcance de la mujer arrodillada.

Antes de que el duque de Forterque pudiera reaccionar, la bruja cogió con ambas manos el medallón y se levantó de un salto, repitiendo la letanía que él conocía perfectamente, y que chirriaba endemoniadamente en sus oídos.

—Tu mujer es preciosa, joven y apetitosa —gritó Agnes avanzando hacia él—. Y morirá desnuda en su propia cama, con tus hijos llorando a sus pies. —Giró hacia James con los ojos inyectados en sangre—. Y la tuya... su maravilloso pelo rojo arderá en la hoguera de Tunstall, mientras el pueblo clama sangre y exige la muerte de la bruja.

Durante una fracción de segundo, el tiempo se detuvo, William visualizó a Elizabeth sola, desnuda e indefensa en su cama, mientras los hombres de la bruja entraban al dormitorio y se ensañaban con ella. Miró a

James, que tenía la espada completamente rendida a su diestra y la mirada perdida en un punto fijo. Se volvió hacia Agnes y la vio casi encima, intentando sujetarlo, quería arrastrarlo en el viaje, quería llevárselo con ella.

—¡Apártate! —chilló Robert a su espalda, lanzando con todas sus fuerzas la espada hacia la vieja, sin medir ni calcular la distancia, y el arma la atravesó limpiamente. Con la boca grotescamente abierta, cayó de espaldas sobre una alfombra raída y al instante desapareció ante sus ojos—. ¡Vamos!, tenemos que volver al castillo. ¡Vamos!

* * *

Un escalofrío delicioso despertó a Elizabeth Forterque-Hamilton. Estiró la mano para tocar a William y solo palpó su hueco vacío en la cama, se volvió hacia los niños y comprobó que ambos dormían tranquilamente. Se incorporó, se puso el camisón y se dirigió a la ventana para ver si había amanecido. No disponía de reloj, y le costaba horrores calcular las horas, sobre todo de noche. Miró la ropa de su marido y vio con sorpresa que las botas favoritas de William, así como su espada y su fusta habían desaparecido. Tal vez había salido temprano a cazar o a entrenar con Twister, sin embargo, no recordaba que él le hubiese comentado nada al respecto.

Se quedó observando la noche, y la tranquilidad absoluta del patio empezó a inquietarla. Ningún empleado, ningún mozo de cuadras, ninguna criada de Kate, al alba muchas personas empezaban ya a dejarse ver por el patio central y la cocina, así que, por lo tanto, aún sería plena madrugada. Cogió un taburete y se subió para poder mirar mejor a través del grueso y tosco cristal, en seguida localizó un movimiento extraño muy cerca del pozo, unas sombras que se movían con gran sigilo. Se bajó de la silla y se fue directamente hacia sus hijos, con la certeza de que algo marchaba mal; envolvió a la niña en un chal y espabiló a Rob para arrastrarlo de la mano lejos del dormitorio, unos minutos después golpeaba la puerta de Mary.

—Mary, no te asustes. —Entró con los pequeños y los acostó en la cama de su adormilada tía antes de que se despertaran—. ¿Sabes dónde está tu hermano?

—No —respondió Mary, poniéndose la bata a oscuras—. ¿Qué pasa?

—William no está, no tengo ni idea de adónde ha ido, pero ahí fuera hay

alguien rondando... Quédate con los niños, voy a buscar a James. ¿Tienes algún arma aquí?

—Por supuesto.

—Pues prepárala y espérame, vuelvo en seguida.

Salió al pasillo con sumo cuidado y alcanzó a dar sólo un par de pasos antes de que una mano enorme se cerrara sobre su boca. Un montón de recuerdos terribles se cernieron sobre su memoria, y ahogó un grito de terror mientras pataleaba como una loca.

—Ellie, soy yo. —John McDonaldson, completamente vestido de negro y con una espada en la mano, intentaba calmarla en medio de la oscuridad—.

¿De dónde sales? ¿Qué haces aquí?

—¿Dónde está William, John? Hay gente ahí fuera.

—Son nuestros soldados, no te preocupes. ¿Dónde están los niños?

—Con Mary. ¿Y William?

John bajó la cabeza y caviló sobre si su vida peligraba más en manos del Duque o en las de su furiosa mujer, levantó los ojos verdes y se encontró a Elizabeth con los brazos en jarras.

—Han ido a buscar a la bruja Agnes, ayer les dieron aviso de su paradero.

—¿Qué?, ¿cómo, ¿con quién fue?

—Robert, James y una escolta de doce hombres. Los demás nos quedamos de guardia, eso es lo que has visto abajo.

—¿Qué ocurre? —Maddy salió al pasillo al escuchar una pequeña escaramuza, llevaba en la mano su ballesta cargada, y a John casi le da un ataque verla con un arma encima.

—¿Sabías que James se fue a buscar a Agnes?

—No, acabo de despertar y he visto que no está...

—Se han ido sin avisar, he visto gente rondando la casa y me he sobresaltado. —Ellie se tragó las lágrimas, atusándose el pelo—. ¿Cómo no me ha avisado?, ¿cómo se atreve a dejarme sola? Maldita sea, me prometió que no nos dejaría solos y que no haría nada directamente contra esa mujer.

—¿Todo en orden? —Mary se asomó al pasillo, también armada, y John no pudo más que resoplar con las manos en las caderas.

—¿Pero qué demonios hacéis con las ballestas cargadas dentro de la casa?, ¿las escondéis debajo de la cama?

—Sí —respondió Mary sin titubear, se acercó a Ellie y la abrazó por los hombros—. ¿Adónde han ido?

—A buscar a Agnes, nada menos. ¿Es que no saben lo peligroso que es? ¡joder!... ¿Hace cuánto que se fueron, John?

—Hace dos horas, más o menos. Dentro de muy poco amanecerá y, para entonces, deberían de estar de vuelta, si no...

—Si no, ¿qué? —Madeleine se acercó a su hermano con los ojos muy abiertos ¿Y si era una trampa? ¿Y si James y William no volvían?

—Si no, debemos mandar a una cuadrilla a buscarlos. Pero no hará falta, no os preocupéis.

El día llegó, nublado y húmedo. Ellie, Madeleine y Mary se habían vestido y se paseaban por los pasillos con el alma en vilo. Para Elizabeth todo aquello resultaba de una imprudencia tal, que no concebía que su marido hubiese acudido a ciegas a atacar a una mujer tan poderosa como Agnes Black, llevándose a su hermano y a Robert. No había que ser muy listo para intuir que se podía tratar de una trampa para los Forterque-Hamilton. Por su parte, Madeleine, más confiada, solo lamentaba no haber ido con James para saldar cuentas personalmente con la hechicera.

En cuanto el primer rayo de luz asomó por el Este, John mandó una cuadrilla compuesta por seis hombres en busca del grupo. Dejaron a los niños, aún dormidos, al cuidado de dos doncellas y un soldado bien armado, y bajaron a la cocina para esperar noticias, pero las noticias no llegaban. Apenas eran las seis de la mañana y, según los cálculos Mary, solo hacía unas cuatro horas que sus hermanos habían partido. Para ir, atrapar a Agnes y volver, necesitaban cuatro o cinco horas, e incluso más.

Una hora después, seguían esperando, y las tres decidieron salir a dar un pequeño paseo por los patios para comprobar que todo estaba en orden. Mary cargó su ballesta y se encaminó con sus cuñadas hacia la parte trasera del castillo para matar el tiempo. Todos parecían asustados, en guardia, el silencio se extendía por todas partes, ni mujeres ni niños salían aún a cumplir con sus tareas, solo los soldados remoloneaban por los rincones con cara de sueño, bastante hartos de la larguísima guardia.

John había desaparecido. Muy cómodo con su nuevo papel de responsabilidad en la casa, el joven abogado había ensillado un caballo y había salido con dos hombres a recorrer los alrededores de la propiedad, una precaución que le pareció correcta a aquellas horas de la mañana.

Las tres jóvenes llegaron dando un rodeo a la zona sur del castillo, vieron los portones cerrados y se volvieron tranquilamente para regresar a la

casa, pero el ruido de unas pisadas sobre la hierba las paralizó en su sitio. No eran pisadas confiadas, seguras y evidentes de quien se encuentra en territorio amigo, no, eran sigilosas y susurrantes. Mary levantó la ballesta en dirección del ruido creciente, no era un hombre, eran varios. Alta y esbelta, se puso por delante de sus cuñadas con el pulso firme y entornando los ojos.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —William Forterque-Hamilton, seguido por varios de sus hombres, entró en el patio furioso, avanzó sin detenerse ni medio segundo y arrancó de un tirón el arma de manos de su hermana. Un instante de duda, y Mary podría haberlo atravesado como a una fruta madura—. ¡Elizabeth! ¡Podríamos haberos matado!

—¿Maddy? —James corrió al encuentro de la joven y la levantó del suelo para abrazarla.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —William había decidido entrar sigilosamente por aquella zona porque la calma y el silencio que reinaban en el castillo no le había gustado nada. Prevenidos, habían optado por comprobar primero qué estaba pasando antes de entrar y ahí estaban, a punto de haber matado a Elizabeth, a Mary y a Maddy que, además, cometían la torpeza de andar armadas y sin escolta en un momento tan delicado para la familia.

—¿Que qué hacemos aquí? —Ellie retrocedió con el ceño fruncido, estaba tan enfadada que no se alegraba siquiera de verlo, después de haber estado imaginado todo tipo de muertes, torturas y encantamientos por parte de la malvada bruja, solo quería abofetearlo—. ¿Y tú, de dónde demonios vienes?

—Ellie —William la miró bajando el tono.

—Me habías prometido que no me dejarías sola. —Siguió ella al borde de las lágrimas—. Me habías jurado por tus hijos que no nos separaríamos... estábamos de acuerdo en que por separado esa mujer nos puede hacer daño más fácilmente... ¡joder, William!

—No te he dejado sola, se quedaron John, Michael y una escolta. —William hablaba como masticando las palabras y los soldados empezaron a replegarse al ver el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Maddy miró a James y a Mary y los tres bajaron la cabeza—. No he faltado a mi juramento, aquí estoy. Ellie, ven... —Extendió una mano hacia ella.

—No, me has mentado, me has engañado, nos has dejado solos... —Se echó a llorar sin un maldito pañuelo a mano para limpiarse las lágrimas—. Ella podría haberte asesinado, podría haber sido una trampa, ¿qué haría yo si te

pasa algo? ¿eh?, ¿y los niños? Me desperté y no estabas. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Mi vida... —William superó los dos pasos que los separaban e intentó sujetarla por la cintura, entendía por lo que ella estaba pasando y solo quería consolarla, pero Ellie lo esquivó de un empujón y le pegó en el pecho con las dos manos.

—¡Maldita sea! —Le dio un último puñetazo y se volvió indignada para ir en busca de sus hijos, estaba realmente enfadada. Miró a Mary y a Madeleine, y se sujetó la falda para salir corriendo, pero un revuelo inesperado le impidió seguir andando.

El ruido de unos cascos al galope, unos gritos y un considerable barullo en el patio central interrumpieron la tensa discusión. Todo argumento quedó suspendido en el aire al ver entrar a Joseph Dorset, agitado y nervioso, seguido por un par de hombres.

—Gracias a Dios —dijo el Conde mientras se quitaba la liviana capa de viaje de los hombros—. Me alegra que estéis bien. William, duquesa. —Saludó con una breve venia—. No soy portador de buenas noticias...

—¿Qué pasa? —James se acercó y abrazó a su mejor amigo con cara de preocupación—. ¿Qué ocurre, Joseph?

—Alguien alertó a Cuthbert Tunstall del regreso de Madeleine al condado— Observó a Maddy con una sonrisa y comprobó cómo la dulce expresión de la muchacha mudaba instantáneamente de sorpresa a terror—. ¿Qué tal, señorita McDonaldson? Creo que tenéis espías entre vuestra gente.

—No es posible —William miró a su mujer, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Ellie, con los ojos negros muy abiertos, retrocedió hasta tocarlo con su cuerpo, William estiró la mano y la atrajo hacia sí con fuerza—. ¿Estás seguro?

—Me temo que sí. Pensé que no llegaría a tiempo, el Obispo mandó a un destacamento de mercenarios hacia aquí, a estas horas deben estar poniendo patas arriba el convento de la Anunciación.

—¡Santo cielo! —Maddy se echó a llorar, sabía que su reaparición solo acarrearía problemas—. Dios mío, pobrecillas.

El Obispo había decidido contraatacar, era evidente. Después de la denuncia presentada por los Forterque contra Agnes, que lo obligaba a actuar contra su aliada, debía hacer algo para desacreditar a la familia. La aparición de Madeleine McDonaldson era su mejor baza. Señalada por todos como una

hechicera, Maddy se volvía un bocado muy apetecible para un Obispo que debía mostrar celo y pericia en la cacería de brujas.

—¿Qué ocurre? —Robert Wilson apareció en el patio con la espada en mano—. Conde, ¡qué sorpresa!

—Robert, reúne una docena de hombres y cabalga inmediatamente hacia el convento de la Anunciación —ordenó William—. Ayuda a las monjas en lo que sea, han mandado a unos mercenarios para buscar a Madeleine entre sus paredes. Asegúrate de que están bien y luego vuelve aquí.

—Bien —Robert obedeció sin chistar, abandonó el lugar seguido por dos pajes y partió raudo hacia las caballerizas.

—¿Cuántos hombres tenéis en el castillo? —preguntó Joseph mirando de reojo a la preciosa mujer de William Forterque-Hamilton, sentía una debilidad indecente por ella y, aunque Madeleine era igual de deliciosa, se trataba de la mujer de su amigo, sin embargo, la Duquesa...

—Armados, unos veinte —respondió James, interrumpiendo las lujuriosas ensoñaciones de Dorset—. Más los campesinos y los sirvientes... No sé, ¿cincuenta?

—Yo he traído una docena, creo que podremos enfrentarnos a esto sin problemas.

—Ellie, lo más seguro es que las mujeres y los niños os escondáis en el sótano. —William pronunció las palabras intentando transmitir tranquilidad a su esposa, solo él era consciente del verdadero miedo que producían esos episodios a su mujer. La miró fijamente a los ojos y la instó a que obedeciera sin protestar—. Vamos, cielo. Madeleine, Mary, id a buscar a los niños.

Su hermana asintió con serenidad y los animó a moverse, en pocos segundos todo era actividad y tensión dentro de la fortaleza.

Cuando terminaron de acondicionar el sótano, una estancia enorme y oscura construida bajo del castillo para hacer las funciones de bodega, alacena y refugio, Madeleine se dio de bruces con James al bajar las escaleras. La joven había estado actuando con prisas y siguiendo las instrucciones que le daban sin hablar, pero con un creciente sentimiento de culpa en su corazón. Todo era responsabilidad suya, absolutamente todo.

—Estaréis bien aquí abajo —dijo él acariciándole la mejilla—. No os mováis e intentad mantener la calma por el bien de todo el mundo ¿de acuerdo?

—Si yo me entregara... —Era una propuesta sincera, tal vez la única solución razonable para enfrentarse de una vez por todas a su destino.

—¿Qué dices? —La agarró por el brazo y la atravesó con sus hermosos ojos dorados—. ¿Quieres abandonar a tu hija? ¿Qué crees que te hará Tunstall cuando te tenga en sus manos? No, ni en sueños, no tienen ninguna prueba de que estás aquí dentro y, aunque la tuviera, tampoco pueden entrar en nuestra propiedad y sacarte del castillo sin enfrentarse a nosotros.

—Lo siento tanto, James... —Se echó a llorar, él la abrazó y le besó la cabeza—. Si Ellie y William no me hubiesen descubierto, yo jamás hubiese vuelto, porque sabía que al final esto iba a pasar y que os iba a perjudicar a todos, a las hermanas de la Anunciación, a vosotros...

—No te preocupes. —Bajó la boca y buscó sus labios con dulzura—. No es tu culpa, no ocurrirá nada, te lo prometo. No entrarán aquí, no lo permitiremos, confía en mí.

Finalmente la había dejado en medio de un torbellino de emociones que apenas la dejaban respirar; por una parte, estaba asustada por lo que se les venía encima, y por otra, lo amaba con locura y no quería perderlo, no podía abandonarlo otra vez.

De pie en lo alto de la escalera buscó a Fleur con los ojos, ella dormía en una cunita improvisada en un rincón, en la parte más alejada y protegida del sótano. A su izquierda, Elizabeth acunaba a su hija, mientras William, en cuclillas frente a ella, le hablaba buscando sus ojos, ella tenía el rostro bañado en lágrimas, incapaz de devolverle la mirada, pero asentía abrazando a su niña y sonreía de vez en cuando a su hijo, que jugaba con su amigo Andrew a pocos pasos de distancia.

—No permitiré que os ocurra nada, Ellie, ¿eh?, pero es fundamental que no os mováis de aquí.

—Agnes provocó el incidente en el lago para hacer salir a Madeleine, estoy segura, y luego le avisó a Tunstall —Susurró.

—Lo sé —Asintió Forterque respirando hondo. Si ellos no hubiesen vuelto a tiempo a casa, los hombres de Tunstall hubiesen entrado al castillo sin ninguna resistencia y a esas horas ya se habrían llevado a Madeleine. Agnes estaba metida en el ajo, no le cabía la menor duda, y ellos habían caído como idiotas en la trampa.

—¿La visteis en su escondrijo, ¿qué pasó con ella?

—La vimos, nos amenazó y Robert la atravesó con la espada, está muerta. —Omitió deliberadamente el detalle del medallón de los Lancaster para no empeorar el asunto.

—¿Cuándo acabará todo esto?

—No lo sé, mi vida, no lo sé. —Se acercó a su cuello, su mujer olía a violetas, como siempre; respiró hondo aquel aroma delicioso y le acarició el lóbulo de la oreja con la nariz—. Te amo.

Se inclinó, besó la cabecita de Mariel, los labios de su mujer, tocó suavemente el pelo a su juguetón vástago y se volvió con los ojos húmedos hacia la puerta. Pasó junto a Madeleine sin verla y salió con grandes zancadas camino de la primera planta. A Maddy se le paralizó otra vez el pulso, William Forterque-Hamilton parecía asustado, y eso no era buena señal.

XLI

Una hora escasa después de la llegada de Joseph Dorset al castillo Forterque, las mujeres y los niños de la fortaleza se amontonaban disciplinadamente en el sótano, entretenidos en un sinfín de actividades silenciosas para pasar el rato.

Madeleine se acercó a Elizabeth y la miró cruzándose de brazos. Ellie estaba de pie junto al único ventanuco de aquel recinto, intentando oír los sonidos del exterior. Vestida con sencillez, con el pelo recogido en un moño, la cara lavada y el semblante preocupado, Maddy pensó que Elizabeth Forterque-Hamilton parecía una niña perdida en medio de toda aquella locura. Se acercó más y le tocó el codo para llamar su atención.

—¿Crees que esto tiene suficiente ventilación? —preguntó para distraerla. Ellie se volvió con los enormes ojos negros muy abiertos y le sonrió.

—William me ha dicho que tiene un sistema antiquísimo de ventilación por aquel espacio. —Señaló hacia el fondo—. En teoría está pensado para albergar a muchas personas durante muchos días, pero vete tú a saber...

—¿Cómo un refugio antiaéreo? —Le guiñó un ojo.

—Exacto —contestó Ellie sonriendo—. Eso es... un refugio antiaéreo del siglo XVI.

—¿Tienes miedo?

—Últimamente parece que siempre tengo miedo... —bromeó moviendo la cabeza—. Y es cierto, pero no tengo miedo por mí, me da miedo que los niños crezcan en medio de este ambiente tan violento, y me aterra pensar que Robert manejará una espada antes de los doce años, y que se pasará toda la vida cuidando de un montón de gente, lo elija o no, siendo responsable absoluto de su seguridad, como hace ahora a su padre.

—Ese es su destino...

—Supongo, pero yo vengo de una arrogante época en la que creemos que somos dueños de nuestro futuro, de nuestro destino, y a veces me inquieta ser consciente de que mis hijos no gozarán de esa libertad.

—Lo sé, lo sé, si te paras a pensarlo es terrorífico —Maddie tragó saliva y se cruzó de brazos.

—¿Tu cómo estás?

—Bueno, teniendo en cuenta que un obispo de Inglaterra quiere capturarme y quemarme por bruja, no tan mal. —Soltó un bufido y miró al techo, Elizabeth le acarició el brazo con cariño.

—Con ancestros tan valientes como tú, ya entiendo mejor a las mujeres de mi familia—comentó sincera. Aquella jovencita del siglo XX era su pariente, aunque ellas nunca hablaban de eso—. Por favor, háblame de tu hermana Mary, mi bisabuela Mary...

—¿Mary? —Maddy sonrió y evocó la figura esbelta y elegante de su hermana mayor, su sonrisa perpetua, sus ojos oscuros y su piel de porcelana. Su hermana favorita siempre le había parecido un ángel—. Es guapa, dulce, inteligente... Era con la única de la familia con la que me entendía de verdad, con ella y con mi padre, los demás me veían como una verdadera vergüenza, la oveja negra de la familia, ya sabes.

—¿Sí?, ¿y eso por qué?, ¿John también?

—Oh, John era el peor. —Maddy miró a Ellie y sonrió—. Ese John McDonaldson que tú conoces no tiene nada que ver con el del siglo XX, allí era un burgués insufrible, ambicioso y presumido que odiaba a su díscola hermana pequeña que simpatizaba pública y activamente con las sufragistas de Filadelfia.

—¿Eras sufragista?, ¿en serio?, adoro esa época en particular, yo...

—Me imagino que en los libros de historia parece una época histórica apasionante y muy romántica, pero la realidad no era tan buena, muchas sufrimos el rechazo y la animadversión de nuestras familias, amigos, conocidos...

—Lo sé, fue muy duro.

—Sí, por eso John y yo nos llevábamos fatal, era un tipo insufrible... Sin embargo, ha cambiado tanto desde entonces, ahora se ve tan feliz... Estoy convencida de que él tampoco quiere volver a casa.

—Bueno, la vida ha cambiado para todos, y la única culpable es Marian de Lancaster, a veces pienso que más que un daño, la muy bruja nos hizo un favor a todos, ¿no crees? Si no fuera por ella, yo jamás habría encontrado al amor de mi vida; y tú, tampoco; y John —le guiñó un ojo mirando a Mary Forterque-Hamilton de soslayo— menos aún.

—¿Mami? —El pequeño Rob tiró de la falda de su madre restregándose los ojitos celestes con las dos manos. Elizabeth se inclinó, lo cogió en brazos y lo acunó contra su hombro.

—Es la hora de su siesta —anunció Mary tan tranquila y tan pulcra como siempre, como si no acabara de desplegar toda su capacidad de organización, ocupándose de su gente, de la comida, del agua y del abrigo de todo el mundo, sin quejarse ni una sola vez y sin hacer preguntas—. Ya casi es mediodía...

—Sí —contestó Ellie besando la cabecita de Rob—. Ya han pasado al menos tres horas y no se oye nada, Mary, ¿qué puede estar pasando allí fuera?

—No lo sé, cariño. Tal vez nunca pase nada, no podremos saberlo hasta que vengan a sacarnos.

—¿Alguna vez habéis estado encerrados aquí? —preguntó Maddy.

—Más de una vez. Cuando yo era pequeña, por ejemplo, unos asaltantes atacaron el castillo y mi padre nos encerró aquí un día entero. William se enfrentó a los atracadores con tan solo diez años, y a James lo tuvimos que sujetar entre varios aquí abajo para evitar que se escapara fuera, tenía siete añitos, recuerdo que para nosotros fue como un juego.

Pronto la luz del día dejó de entrar en el sótano, y las mujeres se organizaron para dar de cenar a los pequeños y tomar algún bocado, las que podían. Después de la siesta de los niños, había sido un suplicio entretenerlos toda la tarde: cuentos, juegos, canciones, historias, nada era suficiente para unos angelitos acostumbrados al aire libre y a las grandes dimensiones de la casa. Apenas podían correr, aunque les hicieran espacio, y no los dejaban gritar ni alborotar, así que la tarea se estaba convirtiendo en una tortura para todo el mundo. Finalmente habían caído rendidos, por lo que decidieron unánimemente apagar las velas y esperar el alba en la más absoluta oscuridad.

Ellie se quedó dormida dándole el pecho a Mary, sentada en el suelo, apoyada contra una de las paredes, hasta que la humedad de un cálido beso en el cuello la hizo saltar de su rincón y sujetar fuertemente al bebé.

—Soy yo —susurró William encima de su boca. Lord Forterque daba miedo, llevaba la cara pintada con betún, el pelo sujeto en una trenza y vestía completamente de negro, con las altas botas de montar hasta las rodillas. La besó con urgencia, llenándole la boca e intentando no aplastar a la niña que Ellie no soltaba—. He venido a ver cómo estáis...

—¿Por dónde has entrado?

—Hay una trampilla en el techo, solo la conocemos James y yo. Te amo —ronroneó besándola otra vez—. Aún no han intentado entrar, pero están ahí

fuera. Solo quiero un poco del calor de mi mujer.

—¿Están ahí fuera?

—Sí, dame un beso, lady Forterque, que tengo que volver con mis hombres.

—¿Y si no entran nunca?, ¿tendremos que estar escondidos aquí abajo eternamente?

—No, Ellie, seguro que hacen un intento, solo están calibrando sus opciones. Venga, dame otro beso.

* * *

Treinta y seis horas después, aún no sabían nada. La situación se estaba volviendo insostenible en el sótano, eran unas dieciséis personas nerviosas y asustadas, más los niños pequeños y las dos bebés, atrapados todos en aquella penumbra constante, y susurrando todo el tiempo.

Tras la visita de William no habían vuelto a tener noticias de los hombres. Ni una sola escaramuza, ni un grito, nada. Jane, la esposa de Robert Wilson, manifestó su temor a que estuvieran heridos o algo peor, y la duda comenzó a extenderse entre las demás mujeres, creando una tensión cada vez más insoportable.

—Tenemos que salir —opinó Madeleine—. Alguien tiene que ir a ver qué pasa, yo puedo ir.

—No —objetó inmediatamente Mary—. De aquí no sale nadie hasta que mi hermano lo mande. Debemos esperar.

—¿Y si no vienen? —protestó una de las doncellas—. Milady, deberíamos ir a ver qué está ocurriendo... Ya son dos noches aquí, tengo miedo por mi marido, él no es un soldado.

—Sí, claro, Jeanny. —Ellie miró a su cuñada y decidió que debían hacer algo, porque ya eran demasiadas horas—. Mary, creo que deberíamos...

—Mi hermano me matará si te dejo salir —contestó Mary, alerta ante la mirada decidida de su cuñada.

—Bueno, iré yo... —Maddy se arregló la ropa y se dispuso a buscar la trampilla de la que Elizabeth le había hablado.

—Sé manejar la espada y la daga mejor que muchos hombres, si alguien ha de ir, esa seré yo. —Mary dejó lo que estaba haciendo para interponerse en el camino de Madeleine—. Tú quédate con tu hija.

—No, todas te necesitan aquí. —Maddy miró a Ellie—. Déjame ir a mí, al fin y al cabo, todo esto es por mi culpa.

—No es tu culpa —respondió Elizabeth calibrando el tema con la cabeza fría. Necesitaba a Mary con las mujeres, ellas confiaban plenamente en la hermana del Duque, era más útil en el sótano que fuera enfrentándose a Dios sabe qué —. Está bien, sube tú, haces una pequeña inspección y vuelves inmediatamente, ¿entendido?

Madeleine subió por la escalerilla del techo con dificultad porque las faldas se enredaban contra los estrechos peldaños de hierro de la trampilla. Finalmente llegó a la superficie y, después de sentarse, se volvió para despedirse de Elizabeth con una sonrisa y cerrar la portezuela con cuidado.

De inmediato la envolvió la oscuridad total, Mary le había explicado que saldría justo detrás de la biblioteca y el salón principal, a un pasillo lateral muy discreto, y así fue, estaba en medio de un pasillo, y el silencio era absoluto a su alrededor, solo el latir de su corazón y su agitada respiración la acompañaron mientras iniciaba un sigiloso avance hacia las estancias principales de la casa.

La primera planta parecía desierta, ni un solo movimiento, ni una sombra. Recorrió el gran salón, la biblioteca, los comedores, la cocina, los pasillos centrales y finalmente se volvió hacia la enorme escalera de piedra para subir a las dependencias privadas de la familia. Aunque ya era noche cerrada, el estrellado cielo estival se colaba por las ventanas superiores e iluminaba su recorrido, un recorrido eterno que ella intentó hacer con tranquilidad, aunque el miedo le atenazaba los músculos y el corazón. Una fina película de sudor le pegaba el vestido a la espalda cuando llegó al dormitorio vacío de los Duques. Cerró la enorme puerta y decidió mirar por la ventana más grande hacia el campo, desde aquel ángulo tampoco veía nada, ni un alma. Empezó a temer que los hombres hubiesen abandonado la fortaleza para defenderla desde fuera, un error estratégico básico. Suspiró y volvió sobre sus pasos para inspeccionar los dormitorios de Mary, James y el suyo propio antes de regresar al sótano, calculó que llevaba más de media hora de espionaje e imaginó que Ellie y Mary ya estarían empezando a preocuparse.

Un pequeño ruido la alertó al acercarse al final del pasillo, y se detuvo para identificarlo, pero, antes de poder siquiera respirar, la manaza áspera de un hombre la agarró por un brazo para estamparla contra la pared.

—¿Qué demonios tenemos aquí? —Un individuo no muy alto, ancho, gordo y muy sucio la miraba con curiosidad de arriba abajo. Madeleine intentó identificarlo, evidentemente no se trataba de uno de los hombres de la casa. Llevaba un uniforme raído y muchas armas colgando por todas partes; en una mano, tenía una espada, y en la otra, una ristra de joyas que obviamente acababa de robar de algún joyero de la familia. La desnudó con la mirada y, tras regalarle una horrible sonrisa desdentada, levantó la hoja de la espada y se la puso a la altura de la garganta—. Dulce angelito, ¿de dónde sales?

—¿Qué ocurre? —Otro tipo de aspecto muy similar apareció a espaldas del primero y la miró con sorpresa—. Por los clavos de Cristo, Charlie, esto sí que es una recompensa. Madeleine no fue capaz de articular palabra, su pecho subía y bajaba agitado por el miedo y los observó con horror hasta que uno de los hombres se lanzó sobre ella.

—Me toca a mí —dijo el otro y empujó a su compañero—. No voy a esperar.

—Yo la vi antes —contestó el más corpulento. La agarró por el pelo y le levantó la cabeza para verle la cara—. Esta preciosidad es mía.

—¿No hay nada para mí? —Elizabeth hizo la pregunta con el tono más trivial y seductor que encontró en su repertorio. Tras mucho tiempo esperando a Madeleine en el sótano, ella y Mary habían decidido subir a buscarla y, al oír las voces de los hombres, subieron corriendo las escaleras para encontrarse con el espectáculo: Maddy en el suelo tratando de repeler a uno de esos tipejos. Le pidió a Mary que esperara oculta en la oscuridad con la ballesta cargada, respiró hondo y avanzó coqueta hacia ellos.

—Yo también estoy muy solita.

—¿Ah, sí? —respondió el más ansioso, girando para mirarla— Ven aquí, preciosidad, tú sí que estás muy rica.

—No, esta es mía también —protestó el otro, avanzando torpemente hacia la preciosa mujer recién llegada, sin quitar los ojos de su generoso escote—. Toda mía.

Ellie se quedó quieta con las manos en las caderas esperando el avance del bellaco, con una rápida mirada observó que Maddy se movía ligeramente en su sitio e indicó con un leve gesto a Mary que estuviera preparada. El tipo no alcanzó ni a rozarla con su mugrienta mano estirada porque justo a su espalda, muy tranquila, su cuñada apareció con el arma a la altura perfecta para no errar el tiro. Antes de que aquel individuo emitiera sonido alguno, un virote certero le atravesó limpiamente la garganta.

El hombre cayó hacia atrás con los ojos abiertos, Mary volvió a cargar y apuntó al otro atacante, serena como si se encontrara en misa.

—No me hagáis daño —dijo espantado—. Un paso más, y mato a esta zorra.

—Se agachó para sujetar a Madeleine por el pelo, pero ya era tarde, la joven se había recuperado y había agarrado con las dos manos la espada abandonada de su compañero. Se incorporó veloz y le incrustó la hoja en plena cara. El tipo se desplomó redondo al suelo.

—Salgamos de aquí —dijo Mary—. No está muerto, aunque puedo remediarlo.

—No —opinó Ellie agarrándola por una manga— Recuperemos las joyas y salgamos de aquí, que se ocupen de él más tarde, no gastes más munición.

—¿Dónde están los demás? —inquirió Maddy mientras se estiraba el vestido—. He mirado por todas partes, ni siquiera en el patio vi rastro de los hombres.

El sonoro ruido de una carrera por las escaleras las hizo guardar silencio y permanecer alertas. Maddy y Ellie se pusieron detrás de Mary, que cargó nuevamente la ballesta para atravesar a quien osara acercarse a ellas.

—A mí jamás podréis destruirme.

Las tres se volvieron hacia la voz tenebrosa. Los ruidos de la escalera cesaron de golpe, solo podían oír sus propias respiraciones alteradas. Mary volvió a fijar la ballesta a la altura de los ojos, y Maddy avanzó un paso para ver bien de quién se trataba. A dos metros, la figura encorvada y oscura de Agnes Black, la hechicera, permanecía impasible.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Ellie avanzando a su vez, pero sin separarse de Mary.

Agnes levantó una de sus huesudas manos y dejó a la vista un cordón de terciopelo con el medallón de los Lancaster en un extremo.

—Pagaréis por la muerte de mi señora, todos los Forterque-Hamilton lo haréis, uno por uno, jamás descansaréis en paz...

—¿Qué quieres de nosotras? —preguntó Madeleine—. Somos sangre Lancaster, no te atreverás a matarnos, ni a nosotras ni a nuestros hijos.

—Vuestros hijos son simiente Forterque, y siempre temeréis por ellos. — Agnes soltó una carcajada y avanzó hacia ellas con sigilo—. No quiero nada, no necesito nada, pero ¿qué necesitáis vosotras de mí?

—¡Nada! —gritó John McDonaldson desde el costado derecho de la bruja. Las muchachas se sobresaltaron, e incluso Mary perdió de vista su objetivo

para observar a John durante un segundo, el abogado del futuro llevaba su arco cargado y tenía a la hechicera en la mira.

—¿Tú quién eres? —chilló Agnes, totalmente desconcertada. No sabía nada de John McDonaldson—. Eres un Lancaster, ¿un descendiente de mi señora? Tú eres un Lancaster —repitió emocionada, avanzando hacia él—. Ven conmigo, ven aquí, mi señor...

—No —respondió John tensando la cuerda.

—Mi señor, mi señor... —Bajó la cabeza en señal de sumisión y respeto, con lágrimas en los ojos—. Tú tienes todo el poder, milord, iremos dónde quieras ir, haremos lo que quieras hacer...

—Si es así me obedecerás y dejarás en paz a lord Forterque, a sus hijos, a su mujer y a su familia, Agnes —pronunció John. De repente se sentía imbuido por un poder extraordinario y no pretendía desaprovecharlo. Miró de reojo a Mary, a Maddy y a Ellie, que lo observaban en completo silencio, y cuadró los hombros antes de seguir—. Me servirás bien si olvidas para siempre a los Forterque-Hamilton.

—No puedo —contestó ella, alterada—. Tengo que vengar a mi señora...

—Entonces, Agnes, adiós. —Disparó el arco, la bruja soltó un ensalmo enloquecido y desapareció. Antes de tocarla, la flecha cayó al suelo inerte, ante los ojos sorprendidos de los cuatro.

—¿Dónde demonios...? —preguntó John avanzando hacia la flecha a grandes zancadas. Mary bajó la ballesta y se acercó a él muy decidida.

—El medallón —dijo Ellie apoyándose contra la pared—. Usa el medallón de los Lancaster a su antojo.

—Debemos encontrarla y quitarle la maldita joya —apuntó Maddy. Aquella mujer era más peligrosa de lo que jamás había sido Marian de Lancaster, jugaba con el espacio y el tiempo como quería y eso no podían consentirlo.

—Al menos ya sabemos que te teme y respeta, milord. —Mary se dirigió a John con una sonrisa—. Podemos usar ese poder también a nuestro antojo...

—¡Maldita sea! —William Forterque-Hamilton entró en el pasillo, furioso, y se detuvo en seco al ver dos cuerpos inertes a los pies de su hermana—. ¡Te dije que no te movieras del sótano, Elizabeth!

—Llevamos casi dos días esperando —respondió Ellie un poco perpleja, nunca lo había visto tan fuera de sí y entornó los ojos—. La decisión fue únicamente mía.

Cuando llegó hasta ella la cogió del brazo con tal violencia que le

arrancó la manga con el tirón. Maddy quiso proteger a su amiga, pero la fría mirada de William la paralizó en su sitio, mientras Mary se hacía a un lado, otra vez convertida en la dulce y obediente hermana del Duque de Forterque. John McDonaldson, aún perturbado por el encuentro con Agnes, guardó silencio, viendo como un montón de soldados empezaban a llenar la casa.

—Sois unas inconscientes y unas irresponsables —gruñó William antes de girar sobre sus talones para ordenar que retiraran el cadáver y al herido del pasillo.

—No te atrevas a hablarme en ese tono. —Ellie se zafó de su manaza e intentó salir de ahí cuanto antes, estaba a punto de llorar, pero no pensaba hacerlo delante de todo el mundo, y muchos menos delante de él.

—¿Qué? —William volvió a sujetarla—. Tú no te atrevas a enfrentarme, mujer, y no vuelvas a desobedecerme jamás, nunca más, ¿me oyes? No estás en tu tiempo, así que sigue mis reglas si pretendes continuar con vida.

Madeleine no aguantó más y se puso detrás de Elizabeth para darle su apoyo, ella sabía que no podía intervenir, pero no pensaba dejarla sola, no estaban solas, se tenían la una a la otra ante aquel energúmeno que daba miedo.

—¡Mírame! —Ella lo miró a los ojos—. Si digo que no os mováis del sótano, no os movéis ¿queda claro? No es por capricho, ¿puedes entenderlo? ¡Elizabeth! —Ellie ya no estaba allí, había conseguido deshacerse de su enorme mano y caminaba muy segura hacia el sótano para ver a sus hijos.

—Todas la presionamos para salir, y ella solo vino para ayudarme, esos tipos me estaban atacando. Además, Agnes apareció delante de nosotros cuatro, aquí mismo, eso significa que puede atacarnos donde le plazca —señaló Madeleine de pie delante de él. William Forterque-Hamilton le lanzó una mirada de tal calibre que ella quiso que la tragara la tierra. El silencio de apoderó de la estancia, Mary se encaminó con paso firme hacia la salida detrás de su cuñada, y Maddy tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para sostener la helada y transparente mirada de William.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Que la bruja Agnes entró aquí, nos amenazó y, cuando le disparé con mi arco —contestó John—, desapareció como por arte de magia... nunca mejor dicho...

—¿Cómo entró?

—Eso es lo peor de todo —intervino Maddy—. Esa mujer usa el medallón de

los Lancaster a su antojo, entra y sale del tiempo como quiere... Es de locos, hasta ha descubierto a John, al parecer no sabía nada de él, pero inmediatamente lo identificó como un Lancaster y quiso llevárselo con ella.

—Ahora no tengo tiempo para esto —replicó William un poco desbordado—. Vamos a reorganizar la casa, eso es lo primero. John, te necesito fuera, James te dirá lo que hay que hacer; Madeleine vuelve con las mujeres, ya hablaremos luego.

XLII

Reorganizar la casa resultó ser una tarea agotadora. Mientras los hombres se hallaban fuera de las paredes de la fortaleza para protegerla de los mercenarios de Tunstall, los dos soldados enemigos que habían entrado en el castillo habían hecho de las suyas a sus anchas: rompieron recuerdos, destrozaron libros y documentos, y arrasaron algunas de las habitaciones en busca de joyas y objetos de valor. Mary miraba con lágrimas en los ojos los daños y, cuando Elizabeth la abrazó por la cintura para consolarla, respiró hondo y declaró con su sentido común habitual:

—Aprovecharemos para hacer limpieza a fondo, Ellie, es una época estupenda, antes de que venga el otoño. —Acto seguido, le quitó a Mariel de los brazos y partió rumbo a la cocina en busca de alguna de sus mujeres para ponerse a la tarea.

—Ellie. —Madeleine apareció a su espalda—. ¿Estás bien? ¿Te das cuenta de lo que acabamos de ver? Quise contárselo a James, pero no me hizo caso, también está enfadado conmigo por haber salido del sótano, son insufribles... ¿Ellie?

—Sí, te escucho. —Ella seguía andando por ahí con una manga menos y cara de susto.

—Debemos estudiar las consecuencias del encuentro de John con esa mujer, las nuevas posibilidades...

—Las tropas de Tunstall volverán, Maddy, esto no ha hecho más que empezar, cariño. —Elizabeth le acarició la espalda con ternura. La valiente e impulsiva muchacha del siglo XX estaba tan emocionada con el tema de Agnes que era incapaz de ver el peligro real en el que se encontraba.

—Lo sé, lo sé, pero, si neutralizamos a esa mujer, controlaremos al Obispo. Ellos están juntos en esto, Ellie, y uno nos puede entregar al otro.

—Tal vez tengas razón.

—Créeme, conozco a ese hombre.

—¡Elizabeth! —William las sobresaltó al aparecer en el pasillo con la cara y las manos sucias, parecía un salvaje. Ellie lo miró e hizo ademán de abandonarlo a su suerte—. Quieta, quiero hablar contigo. Madeleine, por

favor, déjanos solos —Avanzó hacia su mujer y la miró fijamente a los ojos—. Me has faltado al respeto...

—¿Qué?! ¿Me hablas de respeto? —Lo miró con los brazos en jarras—. ¿Tú sabes algo del respeto?

—Ellie... —Bajó el tono y respiró hondo, él normalmente no daba explicaciones a nadie, jamás, y si lo hacía con ella, era precisamente porque la respetaba—. Te di una orden, la desobedeciste y pusiste en peligro a muchas personas. Es normal que me enfade...

—Me paso dos días escondida con mis hijos en un sótano oscuro e inseguro sin saber qué demonios está sucediendo fuera, mientras mi marido se juega la vida y actúa sin dar explicaciones,

¿y pretendes que me comporte como una sumisa mujer del siglo XVI? ¿en serio? Tengo cabeza e iniciativa, William, no te olvides nunca de eso.

—Aquí no, en este momento no, no puedes tener iniciativa, no es tu época.

—Por supuesto que no es mi época, no sé ni cómo puedo vivir en este negro y horrible siglo donde os matáis y os atacáis como si hicierais deporte.

—Ellie... —Era la primera vez que ella se quejaba de su tiempo, que hablaba de aquella manera, y el corazón le dio un vuelco. De pronto sintió miedo por lo que estuviera pensando hacer y se pasó la mano por la cara—. Lo siento, llevo dos días sin dormir, de guardia para detener a esa gente. Soy responsable de demasiadas personas. —Se atusó el pelo y la miró con los ojos

nublados de amor, pero Ellie se mantuvo impasible—. Si algo te pasara... no puedes salir por ahí como una inconsciente... Dios mío, Ellie, lo siento...

—¿Qué sientes?, ¿gritarme delante de todo el mundo?, ¿tratarme como si fuera uno de tus pajes?

—No fue así, yo jamás...

—Me voy, William, no sé ni qué decir, tengo que atender a los niños y no quiero seguir hablando contigo... —Hizo ademán de marcharse.

—Mi amor. —Él estiró la mano, la atrajo hacia sí con fuerza y la estrechó contra su pecho—. Ellie, tengo tanto miedo de que te paso algo, a ti, a los niños... Contigo soy vulnerable, cariño, y eso me vuelve loco... ¿no sabes cuánto te amo?

—Yo también te amo, esto no tiene nada que ver con el amor, William.

—¡Milord! —Gerry se asomó en busca de su amo—. Han soltado a algunos animales y arrasaron con la herrería.

—Voy, ahora voy. —Se apartó de su mujer y le acarició la cara con un dedo—. Descansa un poco, yo tengo mucho que hacer.

La reconstrucción y el ajetreo de personas por la casa continuaron hasta tarde. Las mujeres y los niños Forterque durmieron juntos la primera noche después del asedio, en la habitación de los Duques, con una guardia armada en la puerta. Los hombres, por su parte, descansaron como pudieron, en cualquier parte, agotados, turnándose por horas para no dejar desprotegidas las paredes de la fortaleza. Estaban muy preocupados, sobre todo William, James, John y Robert, que sabían que aquello no se trataba más que de una tregua, antes de que volvieran a atacarlos.

Al día siguiente, casi a mediodía, Robert Wilson seguía sin poder concentrarse en su trabajo y se paseaba nervioso por el castillo, viendo cómo los empleados continuaban con sus obligaciones casi sin hablar. Salió al patio central y se encontró a William Forterque-Hamilton sin camisa, trabajando codo con codo con sus hombres, James hacía lo suyo por ahí cerca, con ojeras y los hombros tensos.

—Hola, niños —dijo a Rob y a su hijo Andrew que, detrás del Duque, y vigilados de cerca por el fiel Gerry, lo ayudaban acarreando pequeños objetos. William los miró de reojo y le hizo una venia, ya había pasado la noche y al menos la mayoría había podido dormir un poco—. Ya veo que ayudáis mucho.

—Por supuesto —contestó William con una sonrisa—. Son de gran ayuda. Rob, hijo, tráeme esa cuerda. ¿Qué pasa, Robert?

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en volver?

—¿Una semana, quince días? No lo sé, ¿por qué?

—Tal vez deberíamos hacer algo para evitarlo, negociar, ir a ver al Obispo... Es un hombre razonable, tú eres un noble de alto rango, William, un Duque, has sido campeón del Rey...

—Puede ser... —William se estiró cuan alto era y miró hacia el castillo, Joseph Dorset caminaba hacia ellos con energía—. Joseph, ¿cuánto crees tú que tardarán en volver?

—Una o dos semanas... —Observó a los atareados pequeñines y sonrió, pensando en que su hijo era casi de la misma edad, aunque su insoportable madre no lo dejaba ni comer solo—. Lo que es seguro es que volverán, amigo, ¿qué quieres hacer?

—Yo creo que lo más razonable es que me lleve a Maddy y a

Fleur a Escocia —intervino James—. Las sacaré de aquí, conozco gente en Pitlochry, allí estaremos a salvo, y vosotros, también.

—No hay lugar en las islas donde puedas esconderte, hermano, pero no te preocupes, no dejaremos que se acerquen a ella.

—Es a la madre de mi hija a la que buscan, William, no me digas que no me preocupe. —La respuesta fue áspera, y William dejó lo que estaba haciendo para volverse hacia él.

—Hijo. —Se agachó para hablarle al niño, que los observaba muy atento—. Rob, por favor, ve con Gerry y con Andrew a la cocina y dile a mamá que comeremos en seguida, ¿quieres? —El pequeño asintió, se agarró de la mano de Gerry y salieron corriendo hacia la casa—. Soy perfectamente consciente de lo que está pasando, James.

—Sí, pero el problema es mío, me las llevaré, y todos en paz. Es mi decisión, no la tuya, así que no planees nada sin contar conmigo, ¿de acuerdo? Mañana terminaremos de adecentar el castillo, y a mediodía me iré, fin de la historia.

—No me hables en ese tono. —El Duque arrojó a un lado la pala que estaba usando y se le puso delante. James lo miró con los ojos dorados irritados por el cansancio, pero sin perder la calma—. Todos estamos haciendo lo posible por proteger a Madeleine, ella es parte de la familia.

—Sí, pero es mi mujer, no la tuya...

—¡Ya es suficiente! —Robert se puso en medio, Joseph miraba muy divertido la discusión y se mantenía en un discreto segundo plano, esperando a ver por dónde salían los hermanos—. Deberíamos ir a hablar con Tunstall, esa es la solución, James. No puedes huir justamente ahora, empeorarías la situación. Maddy y Fleur estarán a salvo si permanecen aquí.

—No estoy tan seguro.

—¿Qué ocurre aquí? —Elizabeth se acercó a ellos con Rob en brazos, había notado la tensión a varios metros de distancia y no pretendía consentir otra pelea entre los hermanos, ya tenían suficientes problemas para que, encima, la familia se pasara la vida discutiendo—. ¿William, vienes a comer?

—Ya voy. —La miró sin moverse.

—Ven ahora —insistió ella—. Por favor, se enfriará la comida.

—Ellie...

—No, está bien... —James pasó por su lado como una exhalación.

William caminó dos pasos y le arrebató a Rob para caminar con él hacia la cocina. Elizabeth miró a Robert Wilson, y juntos siguieron los pasos de

James hacia las caballerizas.

—James... —Ellie se acercó y buscó sus ojos—. No creo que haya sitio seguro en las islas británicas ni en Europa donde podáis huir y estar a salvo. —Explicó sin preámbulos, a pesar de ver su cara de angustia—. Dentro de muy poco, la Iglesia de Inglaterra conseguirá unos poderes desmesurados, y Tunstall con ella. Es una de las personas con más influencia en la corte. La captura de una hechicera, que, además, es la “amante” de un noble inglés, contestatario y católico como tú, es un caramelo muy difícil de ignorar. Si no la encuentra aquí, cuando sus hombres regresen, os rastrearán por todo el país, por supuesto por Edimburgo y por todo el continente, si es necesario; sus tentáculos son muy largos, cariño.

—Puedo proteger a mi familia.

—Por supuesto —intervino Wilson—. Pero nosotros te ayudaremos, Elizabeth tiene razón, escúchala, ella sabe lo que pasará...

—La ejecución de una bruja en la corte de Enrique VIII puede ser un golpe de efecto muy bueno para el Obispo —continuó Ellie—, puede situarlo a la altura de la mejor pesquisa acometida por la Inquisición española, eso demostraría que aquí, en Inglaterra, se lucha contra la herejía sin necesidad de Roma, ¿me entiendes? Todo es cuestión de política, de intereses muy por encima de nosotros, dudo mucho que todo acabe aquí.

—Yo opino que la única solución es hablar con Tunstall, James, deja que William lo haga, buscaremos una fórmula, pero no te vayas, no lo hagas, por favor, empeorarías la situación de Maddy.

—¿Estáis seguros? —Se volvió hacia ellos despacio.

—Sí.

—Muy bien, pero quiero que se me tenga en cuenta para decidir el rumbo de mi vida. Estamos hablando de mi familia, de Madeleine. William no es el único que puede decidir sobre nosotros.

—Por supuesto —le dijo Ellie sonriendo y acariciándole el brazo.

—Él es el cabeza de familia, James, siempre hace lo mejor para nosotros— Robert respiró hondo—. La situación se ha desbordado, tenemos que poner orden, debemos dar con una alternativa favorable para todos. Estoy seguro de que podremos resolverlo hablando.

—¡James! —Madeleine llegó corriendo a las cuerdas. Joseph Dorset le había comentado, muy divertido, el encontronazo entre los Forterque-Hamilton, y temía que, por su culpa, los hermanos dejaran una vez más de hablarse, o

algo peor—. Dios santo, estáis aquí, mi amor, ¿estás bien?

—Sí, pequeña. —Se abrazaron y James le besó la cabeza para tranquilizarla

—. No ocurre nada, muchachita, no pongas esa cara.

—Me dijeron que...

—Un choque entre colosos, Maddy —bromeó Wilson, viendo a lo lejos cómo John McDonaldson se acercaba también hasta ellos—. Siempre ha sido así y siempre lo será, deberías ir asimilándolo, las dos deberíais hacerlo.

—Qué bien que os encuentro juntos. —John entró al recinto y los miró indistintamente—. Vengo de hablar con Ulrik, está en la capilla. Tengo una idea. No he dejado de dar vueltas al encuentro que tuvimos con Agnes. Ella me llamó “amo”, se amedrentó ante mi presencia. En definitiva, creo que puedo quitarla de en medio —Nadie dijo nada, así que siguió hablando—. Si Dios me ha puesto aquí, será para algo. No sé cómo puedo salvarte de Tunstall, hermana, pero al menos sé cómo puedo librarnos de la bruja.

—¿Cómo? —James sujetó a Madeleine por la cintura y le clavó los ojos dorados.

—Convocándola, hagamos que venga a nosotros, los tres somos Lancaster, tenemos el poder para llamarla, o eso creo. Y cuando la tenga en mis manos, la mataré. Primero debo ganarme su confianza, claro está, pero no pienso seguir esperando a que vuelva cuando le apetezca, quiero aprovecharme del miedo que me tiene. El maestro Ulrik está completamente de acuerdo, él nos ayudará a atraerla, luego nos ocuparemos de ella como se merece.

—También podemos hacer que ella nos venda a Tunstall. —Madeleine habló bajito, como para sí misma, interrumpiendo a su hermano—. Son socios, estoy segura de que ella puede ponernos la cabeza del Obispo en una bandeja.

—Pero no podemos liquidar al Obispo de Durham —intervino Elizabeth—. Ese hombre tiene mucha historia por delante y nosotros no podemos intervenir en este presente o cambiaríamos el rumbo de los acontecimientos...

—No, pero podemos chantajearlo, o al menos mantenerlo neutralizado. La información es poder, después de todo —opinó John, entusiasmado—. Si logramos que Agnes nos dé pruebas de la relación que la une al Obispo Tunstall, lo tendremos en nuestras manos.

—Estoy de acuerdo. —Robert Wilson se acarició la barbilla, aquella era la moneda de cambio que estaba buscando para poder negociar con Tunstall. La idea era descabellada, pero, después de todo lo que habían visto y vivido,

podía ser completamente factible.

XLIII

—¡Agnes Black! —La voz de Cuthbert Tunstall resonó en la pequeña iglesia. Había acudido a una cita con la mujer mientras sus hombres intentaban sacar de Forterque Castle a la bruja Madeleine. Agnes le había avisado que esa muchacha estaba de vuelta, amancebada con el menor de los varones Forterque en su castillo, y él, ahora, le pagaría el favor con creces—. ¿Qué quieres?

—Quiero al hombre Lancaster, y yo le daré todo el poder, mi señor —Agnes se giró hacia él con la cabeza gacha, susurrando, aún conmocionada por la presencia de un varón Lancaster en la casa de William Forterque-Hamilton—. Su nombre es John, es alto, moreno, de ojos verdes. Se pasea por la propiedad del Duque de Forterque como uno más de la familia.

—No puedo entrar en el hogar de William Forterque-Hamilton y detener a toda la familia, Agnes. —Caminó despacio por el pasillo central de la humilde parroquia—. Es un Duque de Inglaterra, pariente del Rey, no es viable. Sólo necesito a la bruja, a la amante del hermano, la juzgaremos por herejía, por sus múltiples pecados contra Dios y contra la Corona, pero a los demás no puedo tocarlos. Te daré tu oro y te protegeré, tal como habíamos acordado...

—Puedo darle el poder de viajar en el tiempo, milord, todo el poder sobre el tiempo.

—Sandeces —gruñó—. No tengo paciencia para tus supercherías, mujer, ya es suficiente.

—Madeleine McDonaldson desapareció ante sus ojos, lo hizo con mi hechizo, milord, puedo darle eso y la joya que lo contiene, pero tráigame a John Lancaster.

—Muéstrame la joya. —Agnes rebuscó entre sus ropajes, sacó el medallón y se lo enseñó, Tunstall guardó silencio con una media sonrisa.

—¡Eminencia! —Uno de sus hombres entró en la iglesia y se arrodilló a sus pies, el Obispo le hizo un gesto para que hablara—. No hemos encontrado a la mujer, el Duque y sus hombres nos atacaron, tuvimos que huir, hay varios heridos y algunos muertos. Estaban esperándonos, señor, no pudimos entrar

al castillo.

—Os dije que la traerais a cualquier precio, a ella o a James Forterque-Hamilton.

—Hicimos lo posible, pero la guarnición del castillo nos repelió, Eminencia, no pudimos acercarnos.

—Perfecto, hora estarán prevenidos o huirán a Dios sabe dónde, ¡estúpidos! ¡Godofredo! —gritó, y un hombrecillo vestido de negro entró corriendo—. Manda a alguien a Londres, necesito un poder del Rey para entrar en el castillo Forterque y buscar a Madeleine McDonaldson debajo de cada piedra del ducado. Trae una orden real y una guarnición de palacio, ¡corre!

—No la encontrará jamás, porque ella usará mi poder para volver a su tiempo. —Agnes lo miró y giró hacia la salida—. Quiero al hombre Lancaster, y yo le daré a la bruja, a partir de este momento, solo yo puedo cazarla —dijo y se fue. Un frío intenso recorrió la espalda del Obispo, se santiguó y se sentó frente al altar.

* * *

—Mariel, mi vida, ¿sabes que eres preciosa? —Mariel miraba a su padre mientras se chupaba las manitas. Inquieta, mimosa y con carácter, a sus casi tres meses de vida la pequeña era una bebé preciosa, con unos enormes ojos color turquesa, que tenía como locos, no solo a su embobado padre, sino también a todos los empleados de la casa. Al igual que Rob, la hija del Duque acaparaba la atención de todo el mundo, algo que Ellie intentaba llevar con la mejor disposición, y con intención de evitar, de todas las formas posibles, que se hicieran diferencias con Fleur, aunque a Maddy aquello le importaba bien poco—. Papá, soy papá, cariño...

—William. —Ellie entró en el dormitorio con Maddy, John y el maestro Ulrik. Estaba acostado en la enorme cama jugando con su hija. Rob hacía tiempo que se había dormido y él disfrutaba de un ratito con el bebé tras la cena—. ¿Podemos hablar contigo?

—¿Qué ocurre?

—Como te explicamos ayer, Agnes entró aquí usando el medallón de los Lancaster. —Soltó John, algo nervioso y sin preámbulos—. Al reconocerme se asustó bastante, en fin, creemos que podemos convocarla, ganar su confianza y acabar con ella.

—¿“Creemos”? ¿quiénes? —Se incorporó un poco y miró a su mujer directamente.

—Nosotros, los tres, y contamos con la ayuda del maestro Ulrik —respondió ella con firmeza.

—¿Maestro?

—No se trata solo de la hechicera, William —interrumpió Madeleine—. Ella tiene tratos con el obispo Tunstall, está claro. Si John consigue atraer su atención, puede forzarla a entregarnos al Obispo o, por lo menos, darnos un motivo para negociar con él. Robert cree que, si hay algo para ofrecer a Tunstall, él se alejará de nosotros.

—¿Y cómo pretendéis conseguir todo eso? —Se puso de pie para desentumecer los músculos—. Estoy muy cansado, así que explicádmelo despacio.

—Convocaremos a Agnes. —Ulrik se puso delante de su pupilo con serenidad—. Lo hará lord John, ella está deseando dar con él, la atraeremos, y John, como su nuevo amo, podrá conseguir pruebas que la relacionen con Tunstall. Una vez cazado el Obispo, podremos neutralizarla, quitarle la joya y dejarla indefensa.

—¿Cómo te ganarás su confianza?

—Le diré que quiero tener poder, dinero, títulos, que estoy cansado de ser un segundón y un mantenido en tu casa.

—¿Puedo pasar? —Robert Wilson subió a los aposentos de su amigo cuando James y Joseph, que jugaban a los dados con los empleados en la cocina, le dijeron que todos ya estaban arriba.

—¿Sabes tú algo de esto? —le preguntó William al verlo entrar; Robert asintió, y el Duque enfocó nuevamente los ojos claros en su esposa—. No es un mal plan, pero vosotras no estaréis en medio, al menos tú no, Elizabeth.

—No necesito a tu esposa ni a mi hermana para llevar a cabo el plan, William, al contrario, Agnes no se fiará de ellas, solo de mí, pero sí deben ayudarme a convocarla, los tres tenemos sangre Lancaster.

—¿Cuándo y dónde?

—Podemos convocarla ya —intervino Ulrik—. Lo haremos fuera de las murallas del castillo y usaremos la casa de la bruja en el condado para los encuentros.

—Hay que hacerlo en seguida —opinó Wilson—, antes de que Tunstall tenga tiempo de volver.

—¡Dios! —William Forterque se pasó la mano por la cara. No tenían muchas alternativas, giró hacia la cama y se inclinó para coger en brazos a Mariel, la pequeña seguía despierta y gorjeando. Le besó la cabecita suave y fragante, y finalmente los miró con resignación—. Está bien, inténtalo John, pero las mujeres y los niños quedan fuera.

* * *

Media hora después, Elizabeth, Madeleine y John se encontraron, acompañados por el maestro Ulrik, junto al lago. Hacía frío, el mes de octubre estaba siendo especialmente ventoso en Berkshire y, aunque aún no terminaba de llegar el otoño, Ellie y Madeleine temblaban bajo sus finos chales de hilo. Ulrik apareció con dos de sus sigilosos ayudantes y los formó en círculo antes de pedirles que visualizaran la imagen de la bruja en silencio y con los ojos cerrados.

Los minutos fueron pasando y, de pronto, en medio de aquel extraordinario silencio, John McDonaldson empezó a hablar como en trance. Ellie y Maddy abrieron inmediatamente los ojos, pero un severo gesto de Ulrik las hizo quedarse mudas y quietas en su sitio.

—Seré tu amo, Agnes —susurró el apuesto abogado—, pero necesitamos hablar. —Calló unos segundos—. Mañana, al mediodía, cerca de Reading. —Volvió a callar—. Sé dónde es. Sí, seré tu amo.

El momento se extendió solo unos segundos más, hasta que John McDonaldson abrió los ojos con una enorme sonrisa en la cara.

—¡Caray! Me ha hablado, ¿verdad, maestro?

—Así es. Volvamos a la casa, mañana te enfrentarás a tu destino, lord John, debes descansar.

La primera cita de John con Agnes Black se produjo en la hora y en el lugar previstos. El mayor de los McDonaldson, muy seguro, se comportó como el noble despiadado y prepotente que esperaba tener la bruja como su nuevo amo. Llegó altivo, y con poca paciencia, a la casucha, le expuso sus exigencias: dinero, títulos, tierras y, a cambio, ofreció lo único que tenía, él mismo. La hechicera lo escrutó con los ojos entornados, intentado leer en su alma, pero el abogado, bien instruido por Ulrik, fue capaz de superar el envite sin que la bruja dudara de él.

Al final, cuando ella lo despachó de vuelta al castillo Forterque, con la

promesa de estudiar su propuesta, John montó a su caballo y corrió como un poseso por la campiña hasta que llegó a la fortaleza y, casi temblando, se bajó de la montura para vomitar antes de entrar en la casa.

—Dios bendito, está enfermo. No deberías permitir que haga esto, William. John, tranquilo... —Mary lo asistía con compresas frías en la frente, aterrada ante la idea de que su apreciado amigo pudiera morir por intentar salvar a su familia en medio de un tiempo que no era el suyo.

—Estoy bien, milady —repetía McDonaldson, algo azorado por su evidente debilidad. Miró al frente y vio cómo los hermanos Forterque-Hamilton, sentados uno junto al otro, lo observaban con el ceño fruncido. Aquellos tipos, de casi dos metros de estatura y la complexión física de un jugador de rugby, debían pensar que era una nenaza, o eso creyó él, así que se puso de pie y se arregló la ropa como pudo—. Ha ido todo bien, confirmaremos el trato en seguida.

—Pero ¿qué te ha dicho? —Ellie se paseaba con Mariel en brazos, sin quitarle los ojos de encima.

—Le hablé de mis ambiciones, y ha hecho preguntas, desconfía, es normal... Seguiré viéndola.

—Muy bien, John, estoy orgullosa de ti. —Maddy se acercó para besarle en la mejilla.

—¿Has pensado dónde cazaremos a Tunstall? —James saltó de la silla para coger de la mesa una jarra de leche y bebérsela de un trago.

—De momento, iremos con calma —terció Robert—. Pero la iglesia del convento de la Anunciación podría ser un buen sitio.

—De acuerdo —dijo John.

—Estarás solo, pero no te abandonaremos, John. —William se levantó y le clavó los ojos celestes—. Has hecho un buen trabajo, amigo, esa mujer es muy peligrosa. ¡Rob! —Llamó a su hijo, que observaba a McDonaldson con la boca abierta—. ¿Quieres montar? Vamos a dar una vuelta por el campo, venga.

—¿Te ha dado una buena sensación? —preguntó Ellie.

—Todo lo buena que puede ser viniendo de ella, pero tengo esperanzas.

Las citas fueron sucediéndose casi de inmediato.

Mientras el Duque de Forterque armaba su castillo hasta el techo para prevenir un posible ataque de Tunstall y sus esbirros, John seguía con su plan y se encontraba con Agnes Black diariamente, a escondidas, muy cerca de la

fortaleza. Exactamente diez días después del asedio, y aún sin noticias de Londres o del Obispo, le habló por primera vez de Cuthbert Tunstall. Agnes entrecerró los ojos y lo acribilló a preguntas, pero John, impertérrito, las contestó todas sin vacilar ni un solo segundo.

—¿Por qué me hablas de ese hombre?

—Quiero verlo, simplemente. Creo que puedo ayudarlo en su causa.

—¿Qué causa?

—Yo puedo entregarle a Madeleine y él puede ayudarme a mí: quiero acabar con los Forterque-Hamilton.

—¿Entregarías a tu propia sangre?

—La odio. Me obligó a venir a este tiempo, quiero vengarme de ella y de James Forterque-Hamilton. Él la mancilló, mancilló el honor de mi familia, y ahora tienen una hija ilegítima. Prefiero que muera a vivir con semejante vergüenza. Dile a Tunstall que quiero verlo.

—No creo que el Obispo...

—Solo hazle llegar mi deseo, Agnes, obedece a tu amo. Si consigues eso, puedo irme contigo a Londres, a recuperar la casa de los Lancaster, ¿no es eso lo que quieres?

* * *

Tan solo cuatro días más tarde, John McDonaldson, acompañado por los Forterque-Hamilton, Robert Wilson, Joseph Dorset y un destacamento de ocho soldados entró en el convento de la Anunciación para encontrarse en secreto con el Obispo de Durham. Diligente, la hechicera había conseguido la cita horas después de su solicitud, así que tenía esperanzas de que el ilustre personaje le develara sin ninguna resistencia su evidente relación con Agnes Black.

William habló claramente con la superiora, y la mujer, que adoraba a Madeleine, accedió de inmediato a que se reunieran en su casa para preparar la entrevista. Iba a ser una emboscada en toda regla, pero sin espadas, ni sangre, ni muertes, solamente con palabras.

Y mientras en la Anunciación se preparaban para el delicado encuentro, Forterque Castle se vaciaba de mujeres y niños. La Duquesa y toda la familia se trasladaron a una localidad cercana, donde los cuñados de Robert poseían una humilde finca, casi sin ninguna comodidad, pero lo suficientemente

segura y alejada como para albergar a la esposa del Duque y a quienes la acompañaban con alguna garantía. Llegaron de madrugada a la aldea, con sus hijos dormidos y, mientras Mary saludaba a la gente, las instalaron en un granero, rodeadas de animales, pero tranquilas y bien pertrechadas. Contaban con catorce soldados de escolta, y además Mary iba bien armada, así que sólo debían rezar por el bienestar de sus hombres, que se jugaban su futuro a pocos kilómetros de allí.

—Ya están aquí. —Robert saltó de su sitio, y James, con él.

—Son las siete de la mañana —protestó William desperezándose, dormía fatal sin Ellie al lado, y peor aún en una de aquellas camas de hierro tan pequeñas—. Aún faltan cinco horas.

—Es previsor, como nosotros —susurró James—. Al menos John ya está ahí fuera, iré a ver a los hombres. Espero que Fitz-Lyon llegue a tiempo.

John McDonaldson esperó al Obispo de Durham en medio de la entrada al convento, no había dormido en toda la noche así que, cuando sintió el ruido de los cascos, salió de la iglesia y se encomendó al cielo para que todo saliera según lo previsto. Solo, con la mirada firme y la mano sobre la empuñadura de su espada, observó cómo se acercaba la pequeña comitiva, demasiado exigua, en su opinión, ya que venía un único carruaje escoltado apenas por dos jinetes. Avanzó unos pasos y se detuvo para recibirlos.

—Ha madrugado, Eminencia —saludó sin perder la compostura, aunque el corazón se le salía del pecho.

—Prefiero solucionar mis asuntos antes del almuerzo —contestó Tunstall.

—Entremos a la capilla, milord, es el sitio más discreto —sugirió girando hacia la pequeña iglesia.

—Usted dirá. ¿John Lancaster? —Tunstall no tenía ninguna fe en aquel inesperado encuentro, pero le quedaba de camino al castillo Forterque, donde esperaba llegar esa misma tarde con una orden real para inspeccionar la propiedad y, además, sentía curiosidad por ese individuo. La bruja Agnes parecía maravillada con él, al que llamaba heredero de Marian de Lancaster.

—Digamos que sí —sonrió John, tenso. Respiró hondo y decidió aplicar todas sus técnicas como orador. Él era un abogado de primera, pensó, y no había juez ni jurado que se le resistiera—.

Iré al grano, Eminencia, le entregaré a Madeleine McDonaldson. Agnes dice que usted puede ayudarme en la corte, soy un recién llegado, necesito apoyo

—continuó al ver el silencio del Obispo—. Madeleine escapó del castillo Forterque hace días, no está allí, pero yo puedo entregársela.

—Tengo entendido que es su pariente.

—Sí, es mi hermana, pero ha mancillado el honor de nuestra familia al fornicar como una ramera con James Forterque-Hamilton. Está hechizada, es una hereje, me ha humillado, lo mismo que todos los Forterque, se la entregaré y resarciré en parte el honor perdido.

—Si es familiar de Marian de Lancaster, amigo mío, no hay mucho honor qué resarcir. —Tunstall rió mirando a su interlocutor con curiosidad, era elegante e inteligente, sin duda, un noble. Pensó que podía serle de utilidad—. Bien, ¿dónde está?

—En Reading, podemos apresarla hoy mismo.

—¿Obispo? —La voz lúgubre de Agnes le llegó alta y clara, sintió un escalofrío en la espalda, solo faltaba ella. Esperaba que los demás estuvieran en sus puestos—. Se me han adelantado...

—Un poco, mujer... ¿confías realmente en este joven, Agnes?

—Sí. —La bruja se puso al lado de John y se aferró a su brazo—. Ayúdalo, y nosotros te ayudaremos.

—Voy al castillo Forterque, tengo una misiva real.

—No, Eminencia, ella se ha ido —susurró Agnes, para sorpresa de John—. Todas las mujeres han huido, pero mi amo lo llevará hasta ellas, ¿verdad, mi señor?

—Claro, es lo que he dicho. —¿Cómo sabía aquella mujer que se habían marchado?, pensó para sí.

—Bien, bien, bien. —Tunstall se sentó en uno de los bancos de la iglesia y miró hacia el altar con sus brillantes ojillos oscuros—. Quiero a la bruja, yo también debo resarcir mi honor, ¿sabe usted? Esa mujer huyó de mí delante de dos docenas de hombres, burló mi autoridad, y su amante, también. Pero él no me interesa, sólo quiero a Madeleine McDonaldson y, por supuesto, tu fascinante joya, Agnes.

—¿Qué joya? —preguntó John con inocencia.

—Una que posee el poder de manipular el tiempo, o al menos, eso dice ella...

—Tunstall hizo un gesto despreciativo con la mano.

—Aquí está. —La hechicera rebuscó entre sus ropajes y sacó el reluciente medallón de los Lancaster para ponerlo sobre la palma de la mano del Obispo—. Prometednos lealtad, Eminencia, y el poder será tuyo.

—La tienes, mujer, soy un hombre de palabra. —Cerró la mano temblorosa, estaba emocionado ante la posibilidad de probar semejante secreto. Disimuló su entusiasmo como pudo y se volvió para mirar a la mujer a los ojos.

—¿Quién me iba a decir a mí que un Obispo de la Iglesia de Inglaterra tenía tratos con una conocida hechicera? —La voz profunda y modulada de William Forterque-Hamilton hizo saltar a Cuthbert Tunstall.

—Y a mí —se mofó Joseph Dorset, elegantísimo, vestido de gala, de pie junto al Duque de Forterque—. ¿Acaso no era él quien las cazaba?

—Sí, para librarnos del pecado, la ignorancia, la superstición... —William se acercó despacio y enfrentó al desconcertado sacerdote desde su altura. Tunstall giró, con el medallón en la mano y comprobó que varios hombres, entre ellos James Forterque-Hamilton, lo miraban con cara de pocos amigos. Balbuceó algo, pero fue incapaz de articular una palabra coherente.

—¡Amo! —Agnes se revolvió aterrada y sujetó a John por el codo—. Amo...

—¿Qué creéis que opinará Enrique cuando sepa que su Obispo más destacado mercadea favores con una bruja?

—Duque, no tiene nada que demostrar en mi contra.

—¿Ah, no? ¿Y qué hace Su Eminencia reunida a escondidas con este hombre y con Agnes Black en un convento sencillo y discreto, afincado, por cierto, en mis tierras? A mí también me preocupa la salud espiritual de mi gente, señor, y llevo años intentando dar caza a esta estafadora.

—Duque, yo... —Tunstall se levantó y los miró a todos con una media sonrisa—. Somos personas civilizadas, es un error, además, es su palabra contra la mía...

—Mi palabra como Duque de Inglaterra, la del Conde de Dorset, la de mi hermano y la de mis amigos.

—Y también la mía. —Edward Fitz-Lyon entró dando largas zancadas al recinto y se puso al lado de William. Además de ser uno de los mejores amigos de los Forterque, Fitz-Lyon era hijo de uno de los asesores más cercanos al Rey de Inglaterra. El joven, camarada de William en infinidad de torneos y pasos de armas, vivía en Windsor y acudió en cuanto pudo a la llamada de su amigo sin conocer aún todos los detalles del asunto, pero decidido a apoyarlo en lo que hiciera falta—. Eminencia, creí que se hallaba en Greenwich con su majestad, no aquí, tratando con esta mujer.

—Ya ves, Edward —contestó William con una sonrisa—. Estaba negociando

en mis tierras con una hechicera reconocida, que ha conspirado contra mí y contra mi familia en reiteradas ocasiones. ¿Qué puedo hacer, amigo?

—Tengo una escolta numerosa ahí fuera, William, y voy camino de Londres, puedo entregarlo a la justicia mañana mismo.

—¡No! —Tunstall enfrentó con dignidad a los jóvenes nobles. Odiaba y despreciaba a aquella gente llena de privilegios, títulos y dinero. Eran una lacra para el país, pero conocía perfectamente su poder, por lo tanto, debía negociar—. ¿Qué quiere de mí, Forterque? No soy estúpido, es evidente que me ha cazado, enhorabuena... —Miró a la bruja con desprecio, Agnes seguía la charla inquieta, retenida por John.

—Iré al grano, señor, quiero que deje en paz a mi hermano y a la madre de su hija, Madeleine McDonaldson, que es inocente de todos los cargos que se le imputan, usted lo sabe perfectamente—. Estiró la mano hacia Robert Wilson, le pidió unos documentos y se los puso delante—. Quiero que firme la absolución de la joven, que la libere de toda persecución y se comprometa a dejarnos en paz, Tunstall. Ya estoy harto de su guerra silenciosa contra mi familia.

—Ella se entregó, en dos ocasiones.

—Asustada y preocupada por el bienestar de mi hermano. Ya sabemos lo que puede llegar a hacer una mujer por amor, Eminencia. Y si no lo sabe, yo se lo cuento, harían cualquier cosa. Ahora, ¡firmé el documento!

—No tiene alternativa, señor. —Dorset miró de cerca a la bruja.

—Bien. —Tunstall cogió los papeles y la pluma que le extendía Robert, se apoyó en un banco de la iglesia y firmó uno a uno los papeles de descargo—. Aquí tiene, ¿qué más quiere?

—Una disculpa —intervino James—, por habernos faltado al respeto, a mí y a la madre de mi hija.

—Señor, por el amor de Dios. —Cuthbert Tunstall se atusó el pelo, algo desesperado.

—Eminencia —James se le puso delante reprimiendo las ganas de partirlo por la mitad—. Tenga algo de honor.

—Acepte mis disculpas, lord Forterque, pero recuerde que fue ella la que me buscó a mí, no yo...

—Hijo de puta...

—¡James! —William sujetó a su hermano antes de que se echara encima del clérigo—. Ya es suficiente, salgamos de aquí.

Cuthbert Tunstall, el honorable Obispo de Durham, abandonó el convento de la Anunciación seguido por su escolta, echando chispas por los ojos, indignado, pero sobre todo humillado. No hubo despedidas, ni palabras de cortesía, salió empujando todo lo que se le puso por delante, se subió a su carruaje y rápidamente desapareció por el portón de entrada, con intención de olvidar cuanto antes el deshonroso incidente.

El medallón de los Lancaster quedó tirado en el suelo de piedra de la iglesia, James se agachó para recogerlo, miró por primera vez a Agnes a la cara y se quedó unos segundos observando aquella mirada cargada de odio. La hechicera, retenida por John, lo miraba sin hablar, pero él fue capaz de entender perfectamente lo que su mente estaba maquinando.

—William... —llamó. Su hermano, más relajado, se abrazaba en ese momento con Edward Fitz-Lyon y le agradecía su inestimable ayuda—. ¡William!

—¿Qué?

—Hay que ir a buscar a las mujeres —William Forterque-Hamilton dio unos pasos y se puso frente a la bruja, ella lo miró con displicencia. Lo odiaba más que a nada en el mundo, por su culpa, Marian de Lancaster estaba muerta—. Sabe dónde están...

—Ya te dije una vez que tu mujer moriría odiándote, Forterque, por no haber sabido proteger a sus hijos. —Se revolvió, y John la agarró más fuerte, uno de los soldados se acercó y laató con las manos a la espalda—. Mi gente va directo a Jasonville para acabar con ellos; con tu primogénito, primero, y con la puta de tu mujer, después.

—Maldita Bruja —James le cruzó la cara de un bofetón.

—¡Vamos! —No tardaron ni un minuto en llegar a sus monturas,

William saltó sobre Twister, lo espoléó y voló por la campiña, con los cascos de sus compañeros a la espalda.

XLIV

—¿Papá? —Rob se acercó a su madre haciendo pucheros. Llevaban horas despiertos y no habían podido salir de su escondite. Según las órdenes, debían permanecer juntos y ocultos, y aunque después de la comida improvisada entre el heno, decidieron dejarlos salir para que corretearan un rato, a esas horas él y Andrew volvían a estar hartos de esperar y portarse bien.

—Robert, tienes que portarte bien, como un niño mayor, ¿de acuerdo? Me lo habías prometido —Ellie le acarició el pelo. Rob cumplía dos años dentro de un mes y medio, era apenas un bebé, y se odió por decirle aquellas cosas, pero no había más remedio—. Papá vendrá esta noche o mañana, aunque llores, no aparecerá aquí de repente, así que pórtate bien. ¿Por qué no jugáis con los rompecabezas que trajimos? Andrew, cariño, tráelos y yo os ayudo con ellos.

Madeleine los miró con ternura y se acercó al ventanuco que les dejaba ver la entrada a la aldea. Debían ser las tres o las cuatro de la tarde, llevaban un día entero sin saber nada de James, William, John o Robert, aunque suponía, esperaba, que a esas horas ya habían conseguido su propósito... O no.

Se volvió hacia la familia y comprobó cómo Mary rezaba el rosario en silencio, con Fleur dormida en su regazo, cómo Jane bordaba sin levantar los ojos de la labor y cómo Elizabeth, con los ojos enmarcados por las ojeras, organizaba el juego de los niños mientras acunaba a Mariel sobre el hombro.

—¿Cuánto pueden tardar desde el convento hasta aquí? —preguntó al ver pasar a Michael Smith, el jefe de su escolta, unos metros por debajo de su posición.

—Media jornada.

—¿Qué quieres decir?, ¿doce horas?

—No. —Michael frunció el ceño, a la par que su instinto de soldado lo alertó repentinamente—. ¡Adentro, cerrad la ventana!

Maddy cerró la ventana de madera y les hizo un gesto para que todos guardaran silencio, Ellie miró a su hija rogando al cielo porque no llorara, y un ruido extraño sonó muy cerca, uno como el de la hierba húmeda bajo la

presión de unas botas. Nadie dijo nada, pero Mary se deslizó sigilosa, dejó a su sobrina en su capazo y buscó la ballesta.

Silencio, demasiado silencio. No volaba ni una mosca en la única calle del lugar, y a Mary Forterque-Hamilton tanta tranquilidad no le gustó lo más mínimo. Se acercó a la ventana y la abrió, escrutó los rincones del campo con los ojos entornados y comprobó que nada parecía moverse, ni personas, ni animales, ni siquiera los pájaros. Volvió a cerrar la ventana y susurró:

—Esto no me gusta, no os asustéis, pero iré a ver qué está pasando.

—¡No! ¿Estás loca? —Ellie la miró con ojos abiertos como platos—. No debemos separarnos.

—Debo ir a ver qué pasa, Ellie, no nos podemos quedar quietas aquí. Tal vez no sea nada, pero prefiero asegurarme. Maddy, coge tu ballesta y sígueme.

—Voy con vosotras. —La Duquesa hizo amago de levantarse, y entonces fue Jane Wilson la que la detuvo.

—¡No! No puedes dejarme sola con los niños, no puedo con los cuatro.

—Jane tiene razón, a ti te harán caso, Ellie —determinó Mary—. Quedaos todos aquí, volveremos en seguida.

Mary y Madeleine bajaron la escalera y caminaron despacio hacia la puerta del granero, Mary se asomó para ver dónde estaba su escolta, pero sólo vio a uno de los guardias apostado en la entrada.

—¿Qué pasa, Roy?

—Se han ido a ver qué ocurre, milady, unos soldados sin divisa han entrado por el norte. Vuelva arriba.

—Sí, claro, y tú solo nos vas a defender —masculló Mary volviendo al granero—. Bien, Maddy, tú te quedas aquí, yo me apostaré ahí enfrente, esto no me huele bien. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Por supuesto.

Antes de terminar la frase, el ruido de unos gritos y unas carreras las hizo saltar en su sitio. La puerta se abrió de golpe, y apareció Michael Smith gritando instrucciones, Mary se apostó en un costado del granero con la ballesta cargada, empujó a Madeleine y la colocó a su izquierda, al menos así cubrían mejor el escaso ángulo de tiro.

—¿Quiénes son? —preguntó Madeleine a Michael.

—Mercenarios —respondió él—. Son muchos... Hemos abatido al menos a una docena, pero no queda más que replegarse. Matad a todo lo que se mueva.

Un arquero subió de dos saltos a la planta alta para apostarse junto a la Duquesa y sus hijos. Elizabeth reunió a los niños y los escondió en un rincón oscuro, observando de reojo al soldado impertérrito, con la piel curtida y el pelo rapado, poner rodilla en tierra junto al ventanuco y disponerse a disparar, con muchísimas flechas bien sujetas a su espalda. Los arqueros ingleses eran los mejores de Europa, recordó de forma involuntaria, y confió en que fuera suficiente para contener el ataque o lo que fuera aquello.

—Pero ¿qué querrán? —le preguntó Jane, angustiada—. ¿Dónde está el Duque?

—Tal vez son los hombres de Tunstall, Jane, no lo sé... Algo debe de haber salido mal, o nos tenían vigiladas... No lo sé.

La batalla, que había comenzado a la salida del pueblo, se fue desplazando poco a poco hacia ellos. Michael y sus hombres, hasta aquel momento intactos, repelían a los atacantes con calma y profesionalismo. Mary empezó a disparar pronto, mirando de reojo a Maddy, que no atinaba a levantar el arma. Era necesario que no errara demasiado, así que prefirió no presionarla y se dedicó a lo suyo con el pulso firme, como siempre.

Cuando cayó el primero de sus hombres, el práctico y frío Michael Smith ordenó rodear el granero para mantenerlo protegido. Como él mismo hubiese hecho, los mercenarios intentarían incendiar el refugio, era lo lógico, así que solo podía aspirar a mantenerlos lo suficientemente alejados para que no los alcanzaran con el fuego.

—Debemos sacar a la familia —gritó a lady Mary, la hermana del Duque, que no movía ni un solo músculo de la cara mientras disparaba, metódica y limpiamente.

—No, Michael, mis hermanos tienen que venir, estoy segura de que vendrán. Esperaremos un poco más

—Dios la oiga, milady, pero si no llegan en media hora, sacaré a la Duquesa de aquí.

—De acuerdo.

Ellie se asomó a la espalda del arquero y vislumbró a lo lejos un remolino de polvo que se acercaba hasta ellos. Con Rob pegado a sus faldas, imploró al cielo porque fuera su marido. “William”, susurró.

Abajo, la refriega se hacía cada vez más potente. Se agachó y cogió en brazos a su hijo; el niño, asustado, se le aferró con brazos y piernas mientras su hermana, en su capazo, jugaba tranquilamente con sus manitas, ajena

completamente al peligro que se les venía encima.

—¡Lord Forterque! —gritó el arquero, limpiándose el sudor de la frente. Elizabeth volvió a asomarse y vio perfectamente la alta figura de William sobre Twister, que entraba a la aldea a galope tendido junto con los demás hombres—. Bajaré a ayudar, milady, acabaremos con esos hijos de perra en seguida.

—Papá ya está aquí —susurró a Rob, y miró a Jane con los ojos llenos de lágrimas—. Ha venido, mi amor, no te asustes...

Cuando William vislumbró el mísero pueblo, apuró a Twister al máximo de sus fuerzas. El típico desorden de la batalla rodeaba la humilde aldea y no hizo falta mirar a su hermano, a Robert o a Edward Fitz-Lyon, rápidamente se dividieron de dos en dos y entraron cargando sin piedad contra los mercenarios. Antes de bajarse del caballo, cortó más de una cabeza, y cuando puso pie en tierra miró aterrado a su alrededor, no sabía exactamente dónde estaba su familia, todas las casuchas le parecieron idénticas, y aquella incertidumbre le heló la sangre porque la mitad estaban ardiendo.

James no desmontó y avanzó gritando hasta el final del pueblo, cegando varias vidas a su paso. Como soldado era temido por los ejércitos enemigos, por mercenarios y delincuentes, y nada más verlo, con el pelo rubio suelto y la cara

manchada de sangre, los más cobardes iniciaron la retirada inmediata; él se bajó de un salto de Hail y enfrentó a los rezagados con la espada desenvainada.

Elizabeth contempló desde su posición cómo William, su amante esposo, el padre dulce y cariñoso de sus hijos, hacía girar la espada con un leve movimiento de muñeca antes de arrancar de cuajo la cabeza de un contrario; cómo James corría como un loco, rompiendo huesos y cercenando miembros, despejándose el pelo de la cara con la mano chorreando sangre... Abrazó a Rob y un frío helado le recorrió la columna vertebral, imaginándose a su propio hijo en semejantes circunstancias.

—Voy a bajar, Jane, quédate con los niños, ya ha pasado lo peor.

Dejó a Robert y a Andrew junto a su amiga y saltó a la primera planta para buscar a su marido. No había nadie allí, tampoco Mary o Madeleine. Las llamó a gritos, pero nadie le respondió. Salió por la puerta principal y vio que el grupo de los Forterque se reunía lejos. Se dispuso a caminar hacia ellos,

pero un quejido la empujó hacia la parte trasera del granero. Dio unos pasos y vio a Madeleine doblada sobre sí misma, aferrada a un árbol, sola y temblorosa.

—¿Maddy, estás bien?

—He matado a varios, Ellie. —La joven lloraba y vomitaba sin pausa—. Ha sido algo que jamás pensé que haría. ¡Dios mío! No dudé en matarlos, y lo volvería a hacer un millón de veces.

—Has sido muy valiente. —La abrazó y la besó en la cabeza—. Te traeré agua.

—¡Tú te vienes conmigo! —La voz le llegó a Elizabeth en cuanto se giró para ir a buscar el agua—. ¿De cuál de los Forterque eres? —El tipo sujetó a Maddy por la cintura y la levantó sin esfuerzo, alzó la vista y miró la cara de pánico de Elizabeth—. Y tú, ¿qué miras?!

—¡Suéltala! —gritó Ellie, con esperanza de que alguien más la oyera. Se agachó y agarró la ballesta cargada de su amiga—. Suéltala...

—¡Huy, qué miedo...! —No alcanzó a terminar la frase porque Madeleine le pegó un tremendo codazo en el pecho. El tipo se dobló de dolor, y ella aprovechó para intentar escurrirse de sus zarpas, aunque, antes de pisar el suelo, el individuo la sujetó con furia por el pelo y la lanzó contra la tierra. La joven aterrizó sobre la hierba casi sin sentido—. Ven aquí, putita...

Elizabeth levantó el arma y disparó; le temblaba el pulso, así que erró el tiro y le dio en una pierna. El hombre cayó de rodillas al suelo y se desplomó junto a Maddy. Ellie avanzó despacio, volvió a cargar y le disparó apuntando al pecho, pero la ballesta se encasquilló; volvió a intentarlo, ya con lágrimas en los ojos, y tampoco funcionó.

—Voy a matar a tu amiga, zorra, y después a ti.

Vio cómo sacaba una navaja de entre su ropa inmunda y estiraba el brazo para herir a Madeleine, caminó ciega de rabia y, con las dos manos, intentó clavarle en el pecho la ballesta con la flecha encasquillada. Dudó, respiró hondo y miró los ojos aterrados de aquel individuo, tragó saliva y se quedó con el arma en alto, incapaz de matar.

Al verla vacilar, el tipejo se giró bruscamente y levantó la navaja contra ella, pero una mano enorme, firme y familiar se cerró encima de su muñeca y la empujó a clavar el arma en el cuerpo del desconocido. Pudo ver perfectamente cómo se apagaban sus ojos vidriosos, el hilillo sangre que salió de la comisura de sus labios, percibió su último estertor y soltó la ballesta.

—Mi vida, mi vida —le repetía William abrazándola y besándole la cabeza—. Ellie...

—William... —Se echó a llorar viendo por el rabillo del ojo como James y a Madeleine se abrazaban y besaban ya a salvo, su amiga estaba bien. Miró la cara de su marido y vio sus maravillosos ojos celestes cargados de preocupación, estiró la mano y le acarició la mejilla—. Has venido...

—Por supuesto que he venido, mi amor, por supuesto que he venido.

Epílogo

Condado de Berkshire, fin de año de 1538.

Entró flotando en la capilla. El padre O'Hara había accedido a casarlos en el castillo Forterque, un poco debido al crudo invierno reinante, y otro poco, por los ruegos de William y James, a los que conocía desde que eran unos niños. Madeleine miró hacia el pequeño altar de mármol, dónde James la esperaba junto a William, y suspiró enamorada.

Todos se pusieron en pie, y ella sonrió del brazo de John que, vestido de gala con ropa confeccionada especialmente para la ocasión, se había convertido en el más guapo y distinguido de los padrinos.

—Estás preciosa —dijo su apuesto novio con los ojos brillantes cuando llegó hasta él.

—Tú también —respondió feliz y emocionada, él era como un príncipe de cuento, vestido de marrón oscuro, con las botas altas lustradísimas, una capa de piel en el mismo tono prendida con el escudo azul y dorado de los Forterque-Hamilton, el pelo rubio sujeto en una trenza y la espada con empuñadura de oro en la cadera.

La ceremonia fue larga y emotiva, con una misa en la que cantaron los himnos cuatro monjas de la Anunciación, llegadas desde el convento con una prebenda especial, y en la que hasta los niños se portaron como ángeles, a pesar del frío y la solemnidad del acto.

—James George Andrew Forterque-Hamilton, ¿tomas a Madeleine Jane McDonaldson como tu esposa, para cuidarla, protegerla y respetarla hasta que la muerte os separe?

—Sí, claro —respondió James con una sonrisa, y los aplausos estallaron.

El sacerdote apenas pudo terminar las últimas frases de la ceremonia, mientras los novios se intercambiaban los anillos y todo el mundo dejaba sus heladas posiciones para abrazarlos y felicitarlos.

El animado y numeroso grupo de invitados salió de la capilla de inmediato y corrió hacia el castillo, donde Elizabeth y Mary habían organizado un banquete nupcial abundante y delicioso en medio de un engalanado salón principal, con dos chimeneas encendidas y vino templado

para resistir el frío. Fuera nevaba, y era casi de noche a pesar de ser mediodía. —Santo cielo, cómo me gustas, muchacha. —William Forterque-Hamilton agarró al vuelo a su preciosa mujer, que iba de arriba abajo atendiendo a la gente sin apenas dedicarle una sonrisa, y la asió por la cintura. Ellie estaba bellísima, lo tenía hipnotizado desde la mañana con un escotado vestido rojo oscuro que resaltaba su espléndida figura, un moño alto y elaborado, y sus enormes ojos negros iluminados de felicidad. Hundió la cara en aquel cuello delicioso y bajó los labios por la suave piel camino de su escote, pero ella lo detuvo con energía.

—No, señor. Está lleno de gente, y te toca hacer el brindis principal, así que no seas niño, mi amor.

—Papá. —Rob se le aferró a la pierna para que lo cogiera en brazos, y William tuvo que desistir, volver sobre sus pasos y caminar hacia la mesa principal para pronunciar el brindis de honor. Ellie se puso a su lado y el Duque de Forterque inició el emotivo discurso con su heredero en brazos.

—Ha sido un año duro e intenso —dijo con su grave y educada voz—. Pero Dios nos ha bendecido con muchas alegrías, como el nacimiento de nuestras hijas, la amistad incondicional de nuestros amigos, el amor de nuestras mujeres, la prosperidad y la abundancia en nuestras tierras. —Suspiró y aguardó un instante antes de continuar—. Hemos podido cumplir con nuestras promesas de amor y de honor; y hoy, el último día del año, el cielo bendice la unión de mi hermano James con la mujer que ama. Bienvenida seas oficialmente a nuestra casa, Madeleine Forterque-Hamilton, y bendecidos seáis los dos con salud, muchos hijos, y tanto amor como el que yo comparto con mi mujer. —La gente aplaudió, y él se volvió para besar a Elizabeth en la cabeza—. Quiero que brindemos por James y Madeleine Forterque-Hamilton, nuevos Vizcondes de Rutland. Que Dios os bendiga.

Maddy, enfundada en un precioso traje color marfil, heredado de Beatriz Forterque-Hamilton, la hermana pequeña de la familia, se abrazó a su flamante marido. William les había cedido uno de los doce títulos que poseía como regalo de bodas y, aunque no pretendían ir a vivir a aquellas tierras, James podía ostentar título nobiliario propio, una garantía de prestigio y seguridad que ambos agradecían profundamente.

—He hablado con Dorset. —Robert Wilson, elegante y discreto, se acercó a Ellie mientras servía la cena de los niños en la cocina.

—¿Sí? —Ella lo miró con verdadera curiosidad. El Conde de Dorset era uno

de los ilustres invitados a la boda, pero no había tenido ocasión de hablar con él, y podía traer noticias frescas desde Londres—. ¿Qué te ha dicho?

—El asunto de la exculpación de Madeleine ha corrido como un reguero de pólvora por la ciudad, Tunstall se ha ido a Escocia con su nuevo cargo político —supongo que sin dar explicaciones—, y el tema es la comidilla de la corte. También me ha dicho que entregó el medallón de los Lancaster a Montigú hace solo unos días...

—Bien. —Roger Montigú, Duque de Nortfolk y albacea de los hijos de Marian de Lancaster, era un noble de alto rango, muy amigo de los Forterque-Hamilton, y lo habían elegido como el mejor depositario de la joya, eso habían decidido tras sopesar mucho el futuro del medallón. Debían procurar que permaneciera en la familia Lancaster, tal como había estipulado Marian en su testamento, así que habían encomendado a Joseph Dorset que se lo entregara personalmente—. Estupendo, ¿no tienes hambre?

—Yo sí tengo hambre. Ellie, por el amor del cielo, ¿puedes dedicar un rato a tu abandonado marido?

—¡William...! —Lo miró con una sonrisa, se acercó y lo besó en los labios—. Eres un poquito egoísta, mi amor, estaré contigo dentro de un rato y durante el resto de mi vida, pero hoy es un día especial, ¿de acuerdo? ¿Dónde está Mary?

—No lo sé, busca a McDonaldson y seguramente la encuentres cerca —bufó en broma, aunque en el fondo seguía sin aprobar la relación que su querida hermana tenía con ese abogado del futuro, una amistad que su esposa auspiciaba descaradamente—. Niños, ¿qué coméis? Mariel, cielo, ¿quieres venir con papá?

Ellie abandonó la cocina y buscó a su cuñada con los ojos; ciertamente, Mary, guapa y muy femenina con un recatado traje azul claro, permanecía a unos pasos de John, escuchando la charla que este mantenía con Joseph y James.

—Iremos a Windsor en primavera, no hay mejor coto de caza, le diré al Rey que te incluya en la partida, John, te encantará. —Joseph Dorset parloteaba ajeno a las miradas que John y Mary se dedicaban con disimulo—. Señora Duquesa, jamás se ha visto tanta gracia y belleza enfundada en rojo —susurró coqueto al verla.

—No sigas, Joseph, o William te arrancará la piel a tiras, sabes que puede hacerlo —comentó James, algo achispado por los brindis.

—Por cierto, ¿qué ha pasado con Agnes Black? —preguntó Dorset frunciendo el ceño—. He oído que la han desterrado.

—No exactamente, John se la llevó a Irlanda con el maestro Ulrik, estará presa bajo su custodia para siempre, espero que se muerda la lengua y se envenene.

—¡James! —exclamó Mary.

—Es cierto, mejor muerta que exiliada —concluyó el flamante novio.

Ellie se disculpó y se llevó a Mary para empezar a servir la comida, la gente comenzó a sentarse alrededor de la gran mesa, mientras un ejército de doncellas ponía los platos y distribuía las bebidas. El salón, caliente, bien iluminado y lleno de gente no podía regalar una imagen mejor, los felices recién casados ocuparon su sitio de honor, y William sujetó a su mujer para sentarla a su lado. Maddy y Elizabeth cruzaron una elocuente mirada de felicidad, la joven de Filadelfia se volvió hacia su marido y le plantó un enorme beso en la mejilla.

—¿Eres feliz, Ellie? —le susurró de pronto William pegado a su cuello.

—Muy feliz, mi amor, ¿y tú?

—Nunca soñé tener tanto —respondió sincero. Se acercó, la besó en los labios y la miró a los ojos—. Nunca.

Fin

Claudia Velasco